CARMEN BIANCHI

@carmenbianchii_

Lo que siempre quise decirte



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Parte 1. La vida es un lienzo en blanco, pinta tu propia historia

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Parte 2. La aventura comienza donde el miedo termina

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Parte 3. Lo que siempre quise decirte

Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

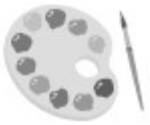
Lo que siempre quise decirte

Carmen Bianchi

matchstories

A «S», que me acompañó en la sombra
sin pedir jamás ser vista.

Prólogo



Claudia

31 DE DICIEMBRE DE 2024, 23:47 HORAS

Falta poco para la cuenta atrás y yo, como todos los años, me dispongo a escribir mi lista de buenos propósitos. Vale, mentira. Nunca hago esta mierda. Me parece una tradición absurda y sin sentido. Pero en esta ocasión, por alguna razón (llámese «aburrimiento», «crisis existencial» o «demasiado vino blanco entre pecho y espalda»), he decidido intentarlo. Y, además, los voy a cumplir. Lo juro. Con sangre si es necesario.

Me enfrento a la hoja en blanco... ¡Joder, qué difícil es mirar el papel! Imagino que todos estaréis esperando que ponga lo típico de ir al gimnasio, comer sano, hacerme minimalista o cualquier cosa superpositiva para mí, pero no.

Voy a irme a la capital.
Voy a compartir piso con mi mejor amiga y sobrevivir al intento.
Voy a centrarme en abrirme un hueco el mundo del arte sin importar cómo. (Prometo no hacer grafitis... por si lees esto, mamá).

Y no voy a enamorarme, ni a tener una relación con ningún chico de ninguna manera.

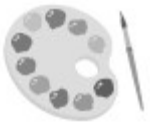
Leo lo que he escrito y asiento, voy a por todas. No sé exactamente dónde estaré en unos meses ni si mi vida va a ser tan caótica que no seré capaz ni de mirarme al espejo, pero debo intentarlo.

El reloj marca las 23:59. Respiro hondo. Este va a ser mi año. Lo presiento.

Spoiler: no soy lo que se dice demasiado intuitiva, por lo que mis premoniciones puede que sean el mayor *fail* de la historia.

Parte 1
La vida es un lienzo en blanco, pinta tu propia historia

Capítulo 1



Claudia

Maletas y cajas por el suelo, la cama invadida de ropa, las estanterías semivacías, marcos sin fotos y la que ha sido mi habitación durante años de repente patas arriba, arrasada. Por cierto, mi nombre es Claudia y, como podéis intuir, sí, estoy a punto de mudarme de casa de mis padres. No es que no me guste vivir aquí o, como mucha gente dice, «Esto se me queda pequeño». No. Solo voy en busca de una oportunidad a Madrid, la ciudad en la que se supone que las encuentras.

—Cariño, te he preparado estos táperes. Irte a la capital y estrenar una vida completamente distinta es un reto, solo faltaría que no comieras.

Si de algo me he dado cuenta con los años es de que, pase el tiempo que pase, mi madre siempre me va a ver como a una niña, así que, por supuesto, me seguirá abasteciendo con toneladas de táperes cada vez que me vea.

A todo esto, no puedo parar de pensar en la empresa de mudanza que se encargará de trasladar mis pertenencias; llega con retraso, estupendo. Poco se habla de lo que es llevarte una vida entera a cuestas. Cuando tuve que decidir qué iba a meter en cajas y qué se

venía conmigo a Madrid en mi equipaje, se me plantearon un montón de dudas, y me dije que no me quedaba otra que tomar decisiones trascendentales. Pero, en cuanto ellos me dijeron que me traerían las cosas al día siguiente de mi llegada, os aseguro que respiré de otra manera.

Puede que sea de esa clase de personas que piensan demasiado y se preocupan en exceso de las cosas, pero, solo de imaginar que mis cuadros, mis pinturas, mi armario al completo y un montón de recuerdos podrían perderse o quedar a la deriva al puro estilo *Lost*, no me hace ninguna gracia, francamente.

«¿Me puede llamar ya esta gente, que estoy rodeada de cajas y tengo el tiempo en la garganta?».

Mi padre está en el salón viendo los deportes en la tele, tal y como lleva haciendo toda la vida, al menos desde que tengo uso de razón. Algo me indica que quiere aparentar normalidad porque el hecho de que «su niña» ya no vaya a vivir cerca de él no lo lleva nada bien. Él es así, le cuesta expresar y gestionar las emociones.

Suena mi teléfono. Adivinad: son los señores de la mudanza pidiéndome disculpas por el retraso. Están aparcando fuera. Rezad para que llegue al aeropuerto con tiempo suficiente de embarcar o voy a perder mi vida en el intento.

En cuanto aparecen, les doy indicaciones de lo que tienen que llevarse y comienzan a cargar las cajas en el camión. Les insisto en que sean cuidadosos con las que son delicadas, en las que específicamente pone FRÁGIL. En verdad no sé si estoy pidiendo demasiado, pero avisados están. Cuando terminan y se van, entro en el salón.

—Papá, me voy ya.

—Hija, avisa cuando llegues —me pide mirándome con ojos vidriosos, pero a la vez aguantándose las ganas de llorar.

Mientras nos despedimos, me queda claro que no tenía asumida mi marcha, como yo bien sospechaba.

—Sí, papá, te aviso en cuanto llegue.

—Recuerda lo que te ha dicho tu madre y cuídate mucho.

—Lo haré, papá...

—Y ya sé que tienes ahorros, cariño, pero vivir en Madrid empezando de cero va a ser muy complicado. Tu madre y yo queremos darte un pequeño empujón... y, si más adelante necesitas algo, por favor, no lo dudes, cuenta con nosotros.

Acepto el sobre que me tiende, miro en su interior y me quedo flipando. No sé exactamente cuánto dinero hay ahí metido, pero por lo bajo pillo que más billetes de cincuenta juntos que pijamas en mi armario. Y tengo muchos, muchísimos.

—Papá, no sé ni qué decirte.

—Pues un «gracias» estaría bien, que educarte no me ha costado poco, niña —me dice riéndose al tiempo que extiende los brazos para que nos abracemos—. Estaremos al otro lado del teléfono siempre que nos necesites y, sí, puedes volver también sin preguntarlo.

—Lo sé, papá.

Mi padre y yo siempre hemos estado muy unidos. Los dos estamos tristes, pero, a diferencia de él, yo llevo una mochila cargada de ilusiones que me pesa más.

—Te quiero.

—Y yo, papá.

Mi madre no quiere quedarse atrás y, aparte de toda la cantidad de táperes que me tiene preparados, también desea aportar su granito de arena. No definiría a mi madre como una persona muy sentida que digamos, más bien es una mujer práctica a la que la

vida le ha enseñado a base de palos y ella ha tenido que adaptarse. Pero, en esta ocasión, la percibo especialmente sensible.

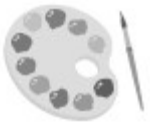
—Hija, sé feliz y disfruta de todo lo que te venga. Y recuerda que siempre podrás regresar a casa con nosotros. Te queremos.

—Gracias, mamá. Prometo comerme todo eso antes de que se estropee. Os quiero.

Y, tras despedirme, salgo de casa.

¿Conoces esa sensación de nostalgia cuando te vas de un sitio y empiezas a echarlo todo de menos? Me refiero a que sabes que ese es un punto de inflexión, que, desde el momento en que decides irte, tu vida ya no va a ser la misma. Por ejemplo, ya no compraré ese pan tan bueno en la panadería de siempre, ni tampoco volveré a cruzarme con mi vecina del octavo, esa señora de edad bastante avanzada que padece una enfermedad neurodegenerativa y cuyas mañanas se resumen en subir y bajar del ascensor sin parar. Con esto lo que quiero decir es que la chica que se está yendo a Madrid ya nunca será la niña que vivía aquí.

Capítulo 2



Claudia

—¡Mierda! —exclamo cabreada.

Queda poco más de una hora para que salga el avión y, como siempre, voy justa y viviendo al límite. Suerte que no tengo que facturar.

No es que suelan dominarme las emociones, pero hay una en concreto que a menudo lo hace: la ansiedad. Y si a eso le sumamos lo desastre que soy con la gestión del tiempo, ahora mismo estoy ante un nerviosismo absoluto.

—Al aeropuerto, por favor —le indico al taxista con tono de «Llego tarde, apura todo lo que puedas».

—Perfecto, señorita. ¿A dónde viaja?

Nunca me ha gustado dar conversación a alguien si no me apetece, como es el caso, pero hay personas con las que, por más que intentes evitarlo poniéndote los cascos, haciendo ver que te llaman por teléfono o directamente simulando estar concentrada en cualquier cosa, no cuela. Sus ganas de hablar pueden con todo eso y más. Para muestra, este taxista.

—A Madrid.

—Anda, ¿y eso? ¿De vacaciones?

—No, a vivir allí.

Quizá estoy siendo un poco cortante, pero es que no lo conozco de nada y las preguntas tan directas me hacen sentir incómoda.

—Madrid es una gran ciudad. ¿Qué va a hacer una chica como tú en un sitio como ese?

Lo primero que se me ha pasado por la cabeza al oír esa frase ha sido «Pedazo imbécil, ¿en qué momento te he brindado tanta confianza como para que me tutees y me sueltes un comentario de este tipo?». Estoy superdecidida a pararle los pies, pero, de nuevo, la Claudia educada y agradable responde a su pregunta pasando por alto lo a disgusto que me ha hecho sentir.

—Estudié Bellas Artes, soy pintora. Mi intención es abrirme camino profesional en la capital.

Mientras pronuncio cada palabra me voy arrepintiendo por segundos. No sé en qué momento he decidido que era buena idea facilitarle tanta información sobre mí a un tío que debería limitarse a llevarme al aeropuerto y cuyo comentario anterior, fuera de lugar, me ha hecho sentir cero cómoda.

—O sea..., eres «artista», ¿no? —suelta arqueando una ceja y asintiendo pagado de sí mismo, como si fuese un entendido total en la materia.

—Algo así, sí —contesto seca y con muchas ganas de que gire la rotonda para entrar ya en el aeropuerto.

—Cuando seas una pintora reconocida, acuérdate de mí, guapa.

Oye, de verdad, ¿alguien les puede decir a estos «señoros» que esos comentarios solo causan repugnancia?

—Déjeme aquí mismo —le indico en cuanto puede parar el taxi.

Pago la carrera y me bajo del vehículo. El hombre también baja y saca mi equipaje y la bolsa llena de táperes del maletero.

—Aquí tienes, preciosidad...

—Claudia, me llamo Claudia —lo corto—. Adiós.

—Adiós, ricura.

Giro sobre los talones y tiro del asa de mi trolley. Una vez dentro del recinto, me voy directa a «Salidas». Llegar con tan poco margen a un aeropuerto es una experiencia que recomiendo evitar a todo el mundo. Lo peor es que ya sé que lo paso fatal, pero jamás le pongo remedio. Respecto al tema de la gestión de tiempo soy realmente nula, y encima suelo tener problemillas con mis maletas, así que es horrible. Esta vez, sin embargo, la suerte me sonríe y esta pasa el control de seguridad a la primera. Aunque... os doy un consejo: jamás intentéis embarcar con un bolsón hasta arriba de táperes. *Spoiler*: sale mal.

—¡¡Cuidado!! —exclama de repente el policía que está al lado del arco de seguridad.

Y cuando miro al suelo..., en efecto, compruebo que ahí están todos y cada uno de los platos que me ha preparado mi madre. En mi cabeza solo soy capaz de oír su voz diciéndome «Te dije que fueras con cuidado, que se te podían caer». Menos mal que no ha visto este estropicio, porque entonces ya no solo habría pasado vergüenza por el desastre que he provocado, sino también por la bronca.

Me digo que hay algo simbólico en este momento. Lo único que me llevaba de mis padres está en el suelo, esparcido por todas partes, y pienso en que ahora sí que los dejo atrás.

El servicio de limpieza aparece enseguida, lógicamente los han llamado por los altavoces, y yo estoy a punto de pillarle una fregona a una de las chicas para, al menos, echar una mano y ayudar a recoger este desastre, pero su mirada asesina me deja claro que ni me acerque, así que me dirijo a mi puerta de embarque y me pongo a la cola.

Una vez dentro, ese olor tan característico de los aviones me inunda y siento una emoción en la boca del estómago; esto cada vez es más real. Cuando por fin localizo mi plaza y me siento, suspiro; a pesar del retraso de los de la mudanza, del cretino del taxista, de llegar justa de tiempo, del estropicio de los táperes..., aquí estoy. Si esto es un presagio de lo que me espera en Madrid, no voy a aburrirme, pero lo voy a lograr.

—Buenos días —me saluda la azafata mientras nos cruzamos por el pasillo.

—Buenos días —le respondo amablemente.

Siempre me alucina lo bien peinadas e impolutas que van.

Saco el móvil para avisar a mis padres de que he llegado sin problemas y que en breve volaremos. Abro el grupo de familia y escribo:

Claudia: Todo bien, despego ya.

Mamá: Buen viaje, avisa cuando aterrices.

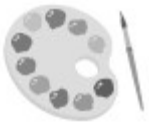
Añade a ese texto el emoticono de una cara sonriente y el de un avión.

Tengo que reconocer que, cada vez que hace esas cosas, la ternura me invade. Pongo el modo avión en el móvil y me coloco los cascos para escuchar algunas canciones. El despegue siempre me pone algo tensa y, según dicen, la música amansa a las fieras.

Observo cómo las azafatas explican, también con mímica, los procedimientos de evacuación del avión y dónde están las salidas de emergencia, por si hay un accidente en pleno vuelo. Debo admitir que no presto atención a sus explicaciones, como mucha otra gente..., pero verlas hacer todos esos gestos con la música de fondo hace que me entre la risa tonta. Sí, llamadme «básica», pero parece que estén llevando a cabo una nueva coreografía de TikTok.

Miro por la ventanilla y, cuando ya estamos surcando las nubes, soy plenamente consciente de que comienza mi aventura. Madrid, allá vamos.

Capítulo 3



Claudia

Durante el vuelo me he pedido un café y una magdalena de chocolate. ¡Cuando el hambre protesta... hay que escucharla!

Mientras aún rodamos por la pista, aprovecho para volver a escribir a mi familia y decirles que he llegado bien.

Intento salir lo antes posible del avión, me agobia estar en un sitio cerrado tanto rato y, además, tengo prisa. Me esperan aún dos buses y un metro. Por cierto, poco se habla de las distancias en esta ciudad, voy a tener que empezar a trabajar mi paciencia si quiero sobrevivir aquí.

Mi nueva casa está en La Latina, un barrio muy conocido. No hace falta haber visitado la capital para que ese nombre te suene. Me gusta porque es céntrico, con calles estrechas y plazas amplias de origen medieval, en el que hay varias galerías de arte. Sé que me voy a sentir cómoda y en paz, libre. No es un piso especialmente bonito, ni grande, ni siquiera tiene una luz natural que enamora. Es más bien un «cuchitril» al que tengo muchas ganas de considerar mi hogar. Ya sabemos que los precios de la vivienda son desorbitados, y más en Madrid, y al final solo soy una artista emergente sin trabajo y sin dinero que sueña con que le den una oportunidad.

Suena mi teléfono y, cuando voy a sacarlo del bolso para responder, se me caen al suelo el monedero, la funda con las gafas de sol, unos clínex y un libro. Esto es algo que me caracteriza mucho: mi torpeza me juega malas pasadas, como con los táperes, aunque empiezo a saber convivir con ello. Lo recojo todo y miro a izquierda y derecha para comprobar que nadie más me haya visto. Una tiene el sentido del ridículo muy alto. Me vuelve a sonar el móvil y, cuando miro la pantalla, leo «Amanda».

«¡Mierda, Amanda!», exclamo mentalmente, y me imagino de inmediato su cara de enfado.

Descuelgo.

—¿Dónde estás? Hace diez minutos que hemos quedado con la casera para que nos entregue las llaves.

—Voy, voy, dame diez minutos.

—¡Esos son los que te faltan, Claudia!

—Voooooy.

Amanda es mi mejor amiga; la conozco desde la adolescencia, pues cursamos juntas bachillerato, y nuestra relación se basa en un amor-odio. Se podría decir que solemos llevarnos como el perro y el gato, pero no podemos vivir la una sin la otra. Es, sin lugar a dudas, la persona más estricta y pragmática que conozco.

—¡Por fin, Clau! —suelta en cuanto aparezco.

—Ya, lo siento. Las distancias en esta ciudad son algo que tengo pendiente de revisión.

Entramos en el portal donde hemos quedado con la casera y nos disculpamos por «nuestro» retraso.

—Chicas, vayamos al piso, firmemos el contrato y os entrego las llaves.

—Sí, por supuesto —le responde Amanda con cara de «Efectivamente vuelvo a ser la adulta de las dos»..., y no se lo voy a

negar. Todo lo que conlleve procesos tediosos y burocráticos en los que el aburrimiento sea el protagonista se lo dejo a ella, yo soy la creativa de las dos.

—Nos encanta, gracias —le digo a la propietaria. Esta ha sido mi máxima aportación en media hora de conversación.

—Me habéis parecido muy buenas chicas las dos, ya me disteis buena impresión desde el principio. En todo caso, espero que no seáis como las anteriores inquilinas que tuvimos aquí, que metieron a media universidad en casa y no parábamos de recibir quejas de los vecinos y llamadas constantes de la policía. Las normas son claras y están todas en el contrato —nos dice la mujer muy seria.

Si no fuese porque confío en Amanda y no dudo de que ha gestionado esto como se debe, me habría acojonado por si nos sacaba un contrato interminable cargado de cláusulas a lo Christian Grey..., bueno, pero menos guarrillo todo, que con esta señora quedaría raro.

—Tranquila, Amelia, que lo tenemos claro. Nada de molestar a los vecinos y nada de subalquilar.

—Hablando de eso, recordad que, si alguien quiere instalarse con vosotras, me lo tenéis que comunicar con antelación, porque en el contrato pone que sois dos y...

—En principio, estaremos nosotras dos solas —la corta Amanda tajante.

Amelita no sabe que mi amiga puede ser un pibón e ir sobrada en belleza, pero en paciencia..., pues va a ser que no.

Por fin leemos el contrato, lo firmamos y nos entrega las llaves.

—Bueno, si necesitáis cualquier cosa..., me escribís o me llamáis —se despide.

—Perfecto, Amelia. Muchas gracias —contesta Amanda antes de cerrar la puerta—. ¡Por el amor de Dior, ¿estaba en el puto contrato

tener que aguantar a esta tipa también?! Porque, en ese caso, nos están cobrando el alquiler muy caro, deberían pagarnos a nosotras. Por cierto, ya sabes cuál será mi habitación, voy a dejar mis cosas.

—Qué morro tienes...

—Calla o dormirás debajo de un puente.

—Que sí, que sí, que tú cual reina, y yo cual Cenicienta —suelto riéndome mientras traslado mis bártulos al que será mi cuarto.

—Oye, Ceni, que yo me he encargado de todo, ¡qué menos! Aunque, ojo, si quieres dedicarte tú a limpiar y a hablar con ratones, por mí, fenomenal... Cada loco con su tema.

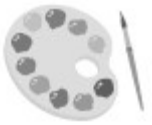
—Eres idiota.

—Pero me quieres, Cinderella.

Con una sonrisa en los labios, me dispongo a instalarme en mi habitación. No es ni grande ni pequeña y la luz no es gran cosa, comparto patio con vecinos a los que todavía no conozco, pero, dándole mi toque y con tiempo, estoy segura de que le cogeré cariño a este habitáculo.

¡Hola, nuevo hogar, he venido a comerme el mundo!

Capítulo 4



Claudia

Una vez que he deshecho la maleta y he colocado las cosas en su sitio, me voy directa al supermercado. ¡El frío que hace en los Madriles! Poco se habla de eso... Esta noche tenemos que celebrar nuestra entrada en este piso de una manera especial. Me encanta vivir el presente y festejar este tipo de cosas, una no se muda todos los días a la capital con su mejor amiga, y, sí, es cierto, siempre tiendo a romantizarlo todo, pero para lo contrario ya está Amanda, ella ya se encarga de objetivarlo.

Entro en el súper y lo primero que pienso es en qué momento me he vuelto una adulta funcional que tiene como única preocupación poder preparar una cena aceptable para esta noche tan significativa. Por cierto, ¿nunca os habéis parado a pensar en lo mucho que una persona puede llegar a ligar haciendo la compra? Por eso siempre voy hecha un pincel cuando la hago. Como decía mi abuela: «Nunca sabes dónde puedes encontrar al amor de tu vida, y la sección de procesados tiene mucha chicha». Cuánta sabiduría en una misma frase, y cuánto la echo de menos, a pesar de todo.

Cuando vuelvo a casa me encuentro a Amanda ordenando su habitación con los cascos puestos, cantando a pleno pulmón un

tema de Paula Mattheus. Es una chica con buen gusto, no lo voy a negar.

—Neni, ya he vuelto de hacer la compra. Esta noche vamos a celebrar que nos hemos mudado aquí y esta nueva etapa que iniciamos juntas.

—Cómo te chifla romantizarlo todo, tía... Voy a preparar la cena, pero porque tengo hambre, no por tus idealizaciones de la vida perfecta y bonita que te montas, te aviso.

—Me da igual; de todos modos la vas a hacer, y en mi cabeza suena todo muy, pero que muy bien.

—¿Qué has comprado? —me pregunta mirando la bolsa del súper como si fuese el bolso de Mary Poppins.

—Patatas, huevos, especias y muuucho queso.

—Aaah..., o sea, que quieres que haga magia, entiendo.

—Eso es, qué malo es conocerse —suelto con una media sonrisa, y me dispongo a ayudarla.

Mientras preparamos la cena, Amanda, Ami para los amigos, habla de sus planes más inmediatos. Siempre me ha sorprendido la capacidad que tiene de hacer que parezca que todo es más fácil de lo que crees. Lo hacía también cuando estudiábamos en la universidad, en facultades diferentes; estábamos hasta arriba de trabajos, exámenes, proyectos por entregar, y aquí, una servidora, atacada..., y ella tan tranquila y segura de sí misma. Está claro que es un alma vieja y ya tiene herramientas de sobra para manejarse en este loco mundo. A mí me queda mucha escuela todavía para llegar a su nivel.

—¿Y tú? ¿Por dónde vas a empezar? —me pregunta mientras mete la cena en el horno.

—Lo primero será enviar el currículum a galerías y museos para encontrar un curro que me permita cubrir mis gastos mientras no

me pueda dedicar al cien por cien a lo mío. Ya sabes que vivir del arte no es fácil y, además, todavía no tengo los cuadros necesarios con calidad suficiente como para hacer una exposición en condiciones.

—Ya, y... ¿te has planteado currar en un instituto dando clases de Historia del Arte?

—No lo he contemplado... Tía, la verdad es que no me veo ahí, eso de dar clases no va conmigo, me parece algo taaan aburrido... Ya sabes que yo necesito crear, concebir cosas.

—Hagas lo que hagas...

—¡Ponte bragas! —la interrumpo antes de que termine la frase.

—Claudia, tía..., ¿qué tienes, quince años mentales? —Se mete conmigo.

—¡Y qué felices años! —Me río guiñándole un ojo porque sé lo nerviosa que le pone que le repliquen. Y a mí me encanta picarla.

Cuando la cena casi está hecha, saco de la nevera la joya de la corona, un vino blanco bien fresco. Que me chifla el vino es un hecho, y que cualquier excusa es buena para brindar y tomarme una copa, pues también.

—Guau, hasta has comprado vino... —comenta Ami mirando la botella con ojitos.

—¡Síííííí! ¿Cómo no íbamos a tomar un poco de vino en nuestra primera noche en este piso?

—Pues sírvenos una copa y brindemos.

—Loca, lo tomaremos mientras cenamos. ¿Qué pretendes?, ¿que me suba de golpe a la cabeza? No estamos ya para esas...

—Sosa...

—Fíjate, la que parece ahora que tiene quince años eres tú. —Se la devuelvo y le saco la lengua.

No voy a negar que me cae una colleja más que injustificada después de soltarle esa frase. Aun con esas, al rato nos ponemos a cenar.

—De verdad te lo digo, tía, este plato debería ser patrimonio de la humanidad.

—Clau, no fastidies, este plato es lo más sencillo del mundo. Un estudiante medio de Erasmus es de lo que vive.

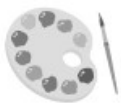
—Pues debo de estar a ese nivel, a mí me parece perfecto.

El plato en cuestión es una base de patata panadera, unos huevos fritos sobre esta, muchísimo queso por encima y todo gratinado al horno y... ¡magia! No creo que haga falta mucha descripción más.

—¿Brindamos ya?

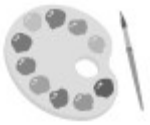
—Pues claro, amiga.

«Chiiiiiin».



De esa noche guardo un vago recuerdo. Me cogí un buen pedo con Ami y mi habitación no paraba de dar vueltas cuando me acosté. Por cierto, dejo claro desde aquí que, lo de anclar una pierna al suelo para que dejes de tener la sensación de que todo gira, a mí no me ha dado ningún tipo de resultado.

Capítulo 5

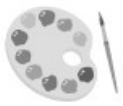


Claudia

A pesar de la resaca, me despierto bien temprano porque llaman al telefonillo... ¡¡¡Mis cosas!!!

No os imagináis la alegría al ver que está todo y en perfecto estado, por lo que no tendré que cursar ni una sola reclamación. Voy a ponerme enseguida a organizar mi habitación, porque si hay algo que he heredado de mi madre es su obsesión por el orden y la limpieza, y tener mogollón de trastos por medio hace que me tiemble el párpado de más.

Tal vez os habéis imaginado cuatro cajas con ropa y poco más, pero, no, para nada. Me he llevado, literalmente, la casa a cuestas, como un caracol; es una expresión muy mía, pero es la pura realidad. Así que voy sacando fotos, diarios, libretas viejas del instituto, el anuario de la universidad, adornos... En fin, de todo y, en algunos casos, poco útil. ¿Por qué lo hago? Pues, para ser sincera, no lo sé; mi apego ansioso me impide dejar las cosas atrás. Así que mi plan para hoy es este. Supongo que os imaginabais que en mi primer día en Madrid iba a ir a comerme el mundo, pero eso tendrá que esperar.



Os aseguro que no hay nada más agotador que deshacer cajas y colocar su contenido. Eso sí, se me ha pasado el día volando, ya está anocheciendo. Menos mal que ayer compré pan de molde y algo de queso y he podido hacerme un sándwich para cenar algo. Hay personas que no perdonan una sola comida, pero, como yo esté concentrada en algo, me olvido de saciar mis necesidades básicas y me convierto en un Furby disfuncional que, o lo alimentas, o no sobrevive solo. Eso sí, lo que esté haciendo, hecho queda.

Cuando termino miro a mi alrededor y siento que sí, que ahora estoy en mi propio refugio y esta habitación es la mía.

A continuación abro el portátil y me dispongo a alcanzar el segundo objetivo del día para poder tacharlo de la lista: adentrarme en el *mood* «Buscar curro», a poder ser uno que me permita sobrevivir en esta ciudad y que tenga una mínima relación con mi formación académica. Con el dinero que tengo ahorrado, y el que me dieron ayer mis padres, que me será de gran ayuda, calculo que me va a llegar para dos o tres meses de gastos, nada más, por lo que necesito trabajar. Tengo que quemar todos los cartuchos. Como he mencionado, la idea es encontrar algo de lo mío, pero si no tengo suerte trabajaré de cualquier cosa. No sería la primera vez que sirvo cañas para ganar pasta y no se me han caído nunca los anillos. No es sorpresa para nadie que todos estudiamos para algo que a veces nunca llega y que acabamos ganándonos la vida de cualquier manera menos de lo nuestro. Esto de ser adulta deberían explicárnoslo de pequeños, porque nada es lo que parece. Cuando eres un niño, te imaginas tu futuro de un modo ideal, pues crees

que podrás hacer y deshacer a tu antojo. *Spoiler*: la vida adulta es una estafa y Peter Pan era todo un visionario.

—¿Qué haces? Llevas todo el santo día encerrada en casa —me pregunta Ami desde la puerta de mi cuarto.

—Esta mañana han llegado el resto de mis cosas y he estado deshaciendo cajas y colocándolo todo, menuda leonera.

—Ni Mary Poppins ni Cenicienta, hoy te habría venido de lujo ser una de las hadas madrinas de la bella durmiente, Flora por ejemplo, y colocarlo todo con la varita mágica. Menudo rollo de día has pasado.

—Cada vez tengo más claro que debería poner una queja formal por el hecho de que no me paguen algo por aguantarte.

—Bueno, anda, relaja. ¿Quieres ir a dar una vuelta?

—Qué va, tía. Ahora estoy buscando un trabajo aceptable.

—¿Buscando un curro aceptable?

—Sí, tía, sí, y como esté tan complicado como encontrar un alquiler digno en Madrid, ya me puedo armar de paciencia. Voy a mandar currículums como una loca a todos los museos y galerías habidos y por haber, ya he enviado algunos.

—Bueno, pues nada, ya me contarás. Yo voy a salir, que he quedado —me dice con una voz mezcla de sueño y resaca.

—¿Con quién vas?

—¿Te acuerdas de Sofía? ¿Mi amiga de la carrera?

—Hummm... Creo que sí; ¿es la chica que se sentaba detrás del todo? ¿a la que le molaba Guille?

—Sí —contesta Ami rotunda.

—Pasadlo bien, entonces.

—Venga, ánimo, nena.

Y mientras Amanda se va a disfrutar de la tarde-noche madrileña, una servidora termina la jornada pegada al ordenador, respondiendo

a unas pocas candidaturas y ofreciéndose a un incontable número de puestos en los que a priori no necesitan a nadie. No estoy exagerando si digo que al final acabo mandando más de treinta correos en un solo día; por suerte, pertenecer a la era digital facilita mucho las cosas. Gracias, mamá, por decidir tenerme a finales de los noventa.

—¡Mierda! —exclamo de pronto—. ¡El correo, he olvidado revisarlo y limpiarlo!

Me pongo a ver todos los correos atrasados que me esperan en la bandeja de entrada y de pronto leo ISABELLA CASAS. Me quedo con la boca abierta mirando el asunto sin abrir el correo. Esta mujer es una artista creativa increíble que admiro desde mis inicios en la uni.

Abro el correo y resulta que Isabella está preparando un taller de experimentación técnica aquí en Madrid y me invita a inscribirme porque ha visto algunos de mis óleos y... ¡¡¡cuenta conmigo!!! Qué pasada, ya me ha alegrado el día, la semana y el mes. Esto de ser «pintora emergente» es algo que nunca me había planteado tan en serio, pero que, por alguna razón, no sé si kármica o del propio destino, me ha tocado.

Esta mujer se pasa la vida viajando por todo el planeta, contactando con artistas noveles que considera que tienen un futuro prometedor, para que realicen talleres formativos específicos.

Menudo subidón me ha dado que me haya escrito... y menudo bajón tener que contestarle que no. Al acabar de leer toda la información del taller, que tiene una pinta espectacular, consta el precio de este. *Spoiler*: ni combinando tres trabajos, en turnos de mañana, tarde y noche, podría pagarlo.

No sé si eso de «Hay que estar en el lugar perfecto en el momento perfecto» será verdad o no, y desconozco si ese lugar y ese momento son los actuales, pero lo que sí sé es que tengo las

ganas y la actitud para entrar en el sector del arte y comérmelo a bocados, pero me falta la pasta..., así que voy a seguir buscando trabajo, porque desanimarme no es una opción. No tan pronto.

Tengo claro que, cuando sostengo un pincel entre los dedos, me pongo música y me dedico a hacer trazos sobre la tela, el mundo deja de girar, los problemas desaparecen y siento que estoy donde debo estar. ¿Sabéis ese *trend* que se hizo viral en TikTok y que decía algo así como «Si me ves haciendo "x" cosa, déjame ahí, que es donde quiero estar»? Pues, literal, en mi caso saldría rodeada de pintura, con mis cascos puestos y un lienzo en blanco delante de mí. Así que no voy a rendirme.

Continúo buscando curro. Contestaré al email después para darle las gracias y declinar el ofrecimiento.

Al rato me suena una notificación de mensaje en el teléfono, pero, como siempre cuando estoy concentrada en algo importante, y en este caso, perdonadme, pero necesito trabajar si quiero pagar esta casa tan ¿«bonita»?, la ignoro y sigo a lo mío. Si fuera importante, llamarían en lugar de enviar un mensaje, siempre pienso así.

Vuelve a sonar otra notificación. Dos mensajes seguidos comienzan a despertar mi curiosidad, así que decido leerlos.

> Hola, Clau. ¿Ya estás aquí?
> Soy Álex.

—¿Álex? —me digo en voz alta.

La última vez que nos vimos fue en las fiestas de mi pueblo hace una eternidad, tendríamos unos quince años..., así que no tengo ni idea de cómo ha conseguido mi teléfono y aún menos de por qué tiene curiosidad en saber si estoy o no en Madrid... Ni siquiera sé cómo se ha enterado...

Me dedico a darle vueltas y más vueltas a cómo habrá obtenido esos datos, y de momento no respondo..., hasta que un par de horas después cojo el móvil de nuevo.

Hola, Álex, ¡cuánto tiempo!
¿Cómo estás? Sí, ya estoy en Madrid. Me he instalado aquí con Amanda, creo que no la conoces.

¡Qué bien! Si queréis, podemos vernos y tomar algo.

¿Te puedo hacer una pregunta?

Sí, claro.

¿Cómo es que tienes mi teléfono?

El verano pasado me encontré con tu hermano por casualidad, coincidimos en vacaciones, y le pregunté por ti, para saber cómo te iba todo. Me contó que te ibas a mudar a Madrid a principios de año. Quizá no debería haberle pedido tu número, pero la verdad es que, después de tanto tiempo, quería saber cómo estabas, sobre todo al saber que vivirías aquí.

¡Vaya! Jaime no me ha comentado nada. Muchas gracias por preocuparte. Y, sí, hablo con Ami y quedamos un día para tomar algo los tres.

Genial... y, oye, espero que no te haya molestado.

No te preocupes, me alegro de saber de ti. Besos.

Otro para ti.

Ha sido la conversación más inesperada de toda mi vida, estoy flipando. Álex y yo nos criamos juntos, fuimos muy amigos de pequeños, nuestras familias siguen siéndolo..., pero, con la llegada de la adolescencia, todo cambió entre nosotros, las cosas se complicaron bastante y, por temas que no vienen al caso, él acabó marchándose a estudiar a Madrid... antes de que yo conociera a Amanda. Resumen: hace mil años que no nos relacionamos.

Llamo a Amanda, pero no me lo coge. Esta tía debe de estar pedo otra vez con esa tal Sofía.

Necesito hablar con mi amiga sí o sí, porque soy incapaz de quitarme a Álex de la cabeza, pero tengo pendiente contestar al email para declinar la invitación al taller; es algo que no se me puede pasar de ninguna manera, no quiero quedar como una maleducada o desagradecida, ni cerrarme puertas de cara al futuro.

Una vez enviado ese correo que me cuesta la vida escribir, marco el número de Amanda, pero imagino que la muy petarda no parará de beber copas en el bar dondequiera que esté, porque no me coge el teléfono.

Opto por enviarle un mensaje con solo dos palabras: «LLÁMAME YA».

Si Ami ya de por sí es expeditiva, con unas copas de más es muy directa y franca, y miedo me da su reacción, pero no me queda otra.

—¿Qué te pasa? —dice cuando descuelgo, dos horas después de haberle escrito «LLÁMAME YA».

—Tía, te he llamado y te he escrito varias veces. La última... ¡hace dos horas!

—Clau, ¿qué quieres? Deja el drama. Neni, estoy de fiesta —me riñe, y la oigo con dificultad porque hay muchísimo ruido de fondo.

No hay duda de que está disfrutando de la noche madrileña, ¿verdad?

—Me ha contactado Álex —suelto a bocajarro.

—¿Álex?

—Sí...

—Pero..., a ver, Álex... ¿Álex?

—Hummm, sí, no hay otro Álex.

—Vale, dame cinco minutos, que salgo de aquí y te vuelvo a llamar.

—Gracias —le respondo, para ser sincera con un poquito de retintín.

—¡Claudia, el drama!

Me corta.

Los cinco minutos siguientes me parecen una vida entera.

Por fin suena mi móvil.

—Cuéntame ya, chata —me pide Amanda.

—Me ha escrito de repente.

—Pero... ¿cómo? O sea, quiero decir, ¿cómo es que tiene tu número?

—Me ha contado que se encontró con mi hermano el verano pasado por casualidad, le preguntó por mí y se lo pidió...

—Ostras..., ¿y qué más te ha dicho?

—Que si quedábamos para tomar algo los tres juntos.

—¿Qué tres? ¿Conmigo?

—Sí, tía, eso me ha dicho.

—¿Y qué le has contestado?

—Pues que sí...

—¡¡¡Claudia!!!

—¡¿Qué?! —le grito al teléfono.

—No sé, tía... Es raro, ¿no?

—Sí, ¿verdad? —admito con tono inseguro.

—Mañana, si quieres, lo hablamos en el desayuno tranquilamente.

—Vale, perra, disfruta de la noche, mañana hablamos.

—Descansa, guarra.

Me voy a dormir poco después —como podéis deducir, no soy demasiado fiestera—, pero no paro de darle vueltas al asunto. Sigo sin encontrarle mucho sentido y tampoco entiendo por qué el metepatas de mi hermano le tiene que dar mi teléfono a nadie. Por lo que, además de estar sorprendida, estoy enfadada, mucho, con él.

Capítulo 6



Álex

—Tienes unas manos que son oro puro —me dice la mujer, descontracturada después del masaje terapéutico que le he dado en las cervicales.

—Gracias, Mercedes. Ya sabe que siempre es un placer atenderla.

—¿Cómo te va todo, hijo? —me pregunta mientras espera a que le dé cita para otro día.

—Bastante bien, no me puedo quejar. Este año está siendo una locura a nivel profesional, y personalmente..., bueno...

—Esa timidez no te debe de ayudar, Álex, y menos con las chicas. —Me habla como si lo estuviera haciendo con su nieto.

—La verdad es que me ha pillado. Ligar nunca ha sido mi fuerte —le respondo con una media sonrisa.

—Llegará la indicada, paciencia.

—¿Le viene bien el miércoles 25? —digo rápido para cambiar de tema.

Me incomoda un poco hablar de mi vida privada, y más con una señora mayor a la que me une exclusivamente una relación laboral.

—Me viene genial. Si no fuera por ti no podría con el vértigo que me producen mis atropelladas cervicales, hijo. Aquí me tendrás puntual.

—Quedamos así, entonces.

—Sí, y ya me seguirás contando.

—Sí... Venga, hasta pronto. —Me despido de ella medio riéndome mientras cierro la puerta de la consulta.

Me encanta mi trabajo, pero cómo desgasta... a todos los niveles. Muchas veces, mis clientes, aparte de venir a tratarse sus dolencias, quieren que los escuche. Estando de cara al público te das cuenta de la cantidad de gente que se siente sola y necesita hablar. Por cierto, soy fisioterapeuta... y, sí, doy masajes a mis amigos; todos dicen que me quieren por cómo soy, pero tengo ligeras sospechas de que lo de ser fisio es un plus que suma, y mucho.

Ahora que he terminado mi jornada laboral con los pacientes, avanzaré papeleo e informes. Si hay algo aburrido en mi profesión es toda esa parte burocrática que se me hace una bola con tan solo mencionarla. Mientras relleno casillas y escribo datos, me acuerdo de que este verano me encontré con Jaime, el hermano de Claudia. Le pregunté por ella y me dijo que iba a venir a vivir a Madrid con una amiga, Amanda. Hacía muchos años que le había perdido la pista, desde que me vine a vivir aquí con mi abuela paterna, así que le pedí su número y me lo dio. Le voy a escribir.

Hola, Clau. ¿Ya estás aquí?
Soy Álex.

Mientras espero su respuesta, tengo un nudo en el estómago, sin duda por los nervios. Es ella. Siempre fue ella, pero la vida o la situación no dio para que todo fuese diferente.

Como de momento no me contesta, aunque los ha leído, me preocupo un poco. Espero que no se haya tomado a mal que le pidiese su teléfono a Jaime. Para ella habrá sido una sorpresa; para mí, atreverme a escribirle ha sido como dar un salto al vacío.

No tengo nada en mente con Claudia, no quiero complicaciones, huyo de esas mierdas, pero no puedo pensar en que ella está en la misma ciudad que yo y no querer verla.



Aunque me apetezca menos diez, al salir de la consulta tengo que pasarme por el estreno de un cortometraje de un amigo. Él siempre me ha apoyado, así que me siento en la obligación de hacer acto de presencia.

¿No os pasa que entrar en un lugar donde hay muchísima gente os genera ansiedad? Quizá os pueda parecer exagerado, pero a mí me ocurre. No sé si es raro o no, pero el caso es que nunca me han gustado en exceso las aglomeraciones, y menos aún en un sitio cerrado, y también me disgusta hacerme notar. Digamos que cuando me siento más cómodo es en la soledad de mi casa. Mi timidez me limita y ligar no se me da bien; las discotecas, las fiestas y la noche, definitivamente, no están hechas para mí.

Cuando llego, atravieso el vestíbulo del cine y me encuentro con Óscar, así se llama mi amigo, hablando con un grupito, entiendo que de expertos en cine, sobre su documental. No pretendo meterme en la conversación, primero porque no tengo ni idea de todo este mundillo y, segundo, porque mi batería social es francamente escasa.

—¿Qué tal, Álex? Qué ilusión me hace que al final hayas venido —me saluda Óscar agarrándome del hombro y girándome hacia el corro que lo acompaña.

—Todo bien. Acabo de salir de currar y he querido venir a ver qué tal ha ido el pase —le contesto primero a él—. Hola, soy Álex, encantado —me presento.

Todos me saludan y parecen agradables. Creo que son críticos de cine y productores, por lo que espero que no me pidan una opinión formada sobre el corto de mi amigo, que vi antes del estreno formal.

—Estoy contento, ha venido bastante gente del sector —me dice mi amigo—, que es lo que esperaba. Ya sabes..., este tipo de eventos, al final, sirven para hacer contactos y darse más a conocer.

—Sí, eso es cierto. Este mundillo es complicado y hay que tener amigos y conocidos hasta en el infierno —le respondo con una pequeña carcajada.

—¿Tú qué tal estás?, ¿cómo te va todo? —me pregunta dándome una palmadita en la espalda.

—¿Yo? Pues como siempre, todo igual: muy centrado en el trabajo, en la consulta. Lo mío son huesos rotos, esguinces, cruces de ligamentos..., todo muy bonito, vaya.

—Y lo que te gusta, ¿eh? —suelta riéndose.

—La verdad que siempre fui un poco *dark.* —Me río con él mientras me sirven una copa de vino blanco.

Cada poco me da por mirar el móvil, pero todavía no hay respuesta. Espero no haberla asustado ni ofendido. Para nada era esa mi intención.

—Y... ¿de chicas?

Ya tardaba en mencionarlo; todos mis amigos con lo mismo, en algún momento siempre cae la preguntita.

—Muy tranquilo, ya sabes que el tema de amores nunca ha sido mi fuerte —le comento antes de dar un sorbo a mi copa.

«Qué amargo es este vino, joder», pienso, pero tengo que quedar bien y me termino la copa mientras sigo charlando con él.

Al rato miro de nuevo el teléfono y, sí, he recibido un mensaje, pero no de Claudia, sino de Rafa, mi compañero de piso.

¿Cuándo llegas?

No lo sé, estoy en la presentación de un cortometraje, el evento de un colega. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

No, no. Por saberlo.

Cuando decidí compartir piso contigo nadie me dijo que necesitases niñera.

Eso es porque no leíste la letra pequeña, bro.

No creo que tarde. Ponte *Titanic* mientras tanto, así te sentirás menos solo.

Jack no debía morir. Todos lo sabemos. Rose era una egoísta.

Hasta luego, gilipollas.

Y encima le hizo un cuadro, menuda...

De verdad que, con este chaval, mantener una conversación adulta es misión imposible. Me siento como un padre que tiene a un adolescente esperándolo en casa.

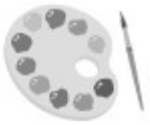
Después de un par de horas cumpliendo —el mejor momento, sin duda, ha sido cuando Claudia me ha contestado y me he retirado a

una esquina a hablar con ella a través de mensajes—, me despido y me voy.

Llegar a mi casa todavía me lleva una hora, pero no la desperdicio en absoluto: me pongo los cascos y releo la conversación con ella. Ha accedido a vernos, eso es mucho más de lo que me esperaba en el primer intento. Miro su foto de perfil y está como la recordaba. Esos ojos color miel son inconfundibles y sus hoyuelos cuando sonríe más de lo mismo. Según me pierdo en su imagen, me pregunto si he tomado una buena decisión al escribirle, porque noto que algo se desboca en mí incluso sin tenerla delante. ¿Cómo será verla en persona?

«Álex, tío, estás jodido».

Capítulo 7



Claudia

Me levanto y empiezo a hacer el desayuno; como espere a que lo haga Amanda, me pueden dar las dos del mediodía y seguiré sin haberme echado nada a la boca.

—¿Ya estás levantada? —protesta cuando voy a despertarla, con voz de dormida y un reflujo en la garganta que delata cuántas copas se tomó anoche.

—Son las once y media, Amanda —le respondo con careto y los ojos en blanco—. El desayuno está listo, te espero en la cocina. Y no rechistes, recuerda que tenemos una conversación pendiente.

—Bueno... ¿Me lo cuentas? ¿Te ha dicho algo más? —me pregunta cuando aparece.

—Qué va, lo que te dije ayer —le contesto acercándome la taza de café a los labios.

—Aclárame una cosa... ¿Habías sabido algo de Álex en todo este tiempo? —añade casi sin dejarme acabar la frase.

—La última vez que lo vi fue en las fiestas de mi pueblo, pero teníamos apenas quince años. Luego, cuando todo se nos puso en contra, especialmente a mí, se vino a vivir aquí con su abuela y

rompimos todo contacto. Resumiendo: no volví a saber de él hasta anoche.

—Es cierto, recuerdo que algo me contaste... Y, dime, ¿has pensado qué quieres hacer ahora? —me plantea mientras se unta las tostadas con mantequilla y mermelada.

La verdad es que no sé ni qué contestarle. No quiero complicarme la vida, pero por otro lado...

—Por quedar, no perdemos nada. Te lo presento y quizá pasemos una buena tarde, ¿no te parece? —le digo sacando dientes.

—Como tú veas. Pero si no me cae bien no me pidas que sea la amiga maja, ya te aviso. Ya sabes que eso de ser hipócrita no va conmigo.

—Que síííí... —convengo mientras me levanto y me voy de la cocina.

Tengo una llamada perdida; yo y la manía de vivir permanentemente con el teléfono en «No molestar». No tengo guardado ese número en contactos, pero, como estamos en «Misión buscar curro», no voy a jugármela, aunque luego resulte que sea de una compañía que me quiere endiñar cualquier cosa con la excusa de que tiene las tarifas «más bajas» del mercado.

—¿Hola? Tengo una llamada perdida de este número.

—Hola. ¿Hablo con Claudia Castro? —me dice una voz de mujer.

—Sí, soy yo.

—Ayer nos llegó tu currículum por correo electrónico y, después de echarle un vistazo, creemos que puede interesarte cubrir una vacante en nuestro museo. El caso es que nos corre cierta prisa, ha sido una baja inesperada, y sería para una incorporación inmediata. En fin, que te llamo para ver si estás interesada en realizar una entrevista.

—Por supuesto. Disculpe, pero ¿puede decirme de qué museo se trata y de qué puesto estamos hablando?

—Es para hacer de guía en el Museo del Prado..., ya sabes, acompañar a los asistentes al museo, generalmente en grupos, explicarles las piezas, su contexto histórico y artístico... Vives en Madrid, ¿verdad? Es que veo en tus datos que eres de fuera...

—Ejem, sí, sí..., vivo en la capital, claro. ¿Cuándo quiere que venga a hacer la entrevista?

—Esta misma tarde, a las cinco. ¿Te viene bien? Ya te he dicho que nos corre cierta prisa cubrir ese puesto.

—Perfecto —le digo sin pensar.

—Genial. Te espero en el museo a las cinco. Mi nombre es Patricia Martín. Pregunta por mí en la recepción del vestíbulo.

—Gracias, Patricia. Encantada. Nos vemos por la tarde entonces, y muchísimas gracias por la oportunidad.

—A ti. —Y cuelga.

Me dirijo a la cocina para contarle a Ami que me ha salido una entrevista de trabajo. A ver, ser guía de museo no es el sueño de mi vida, pero todo son ventajas. Se trata de un trabajo relacionado con mis estudios, ¡nada más y nada menos que en el Museo del Prado, ahí es nada! Además, no han pasado ni veinticuatro horas desde que les mandé el currículum, seguro que esto es una señal. Por si fuera poco, la incorporación sería inmediata, así que mi sueldo tampoco tardaría en llegar... Y, por último, me quedaría tiempo para dedicarme a la creación, lo que realmente me interesa.

Cuando entro en la cocina me la encuentro sobada, con la tostada del todo reblandecida dentro del café. No, si tal vez tendría que haberla dejado dormir más; total, para lo que hemos hablado... Quizá debería despertarla y que volviese a la cama, pero, como la

conozco, mejor que se vaya por su cuenta. Ya la he despertado una vez hoy, no voy a volver a jugármela.

A mi lista de preocupaciones existenciales acabo de añadir una más, y es que no tengo ni idea de cómo se viste una para ir a una entrevista laboral en el Museo del Prado. Si a eso le sumamos que mi gusto y mi estilo son cuestionables, pues siempre cuento con Amanda para que me asesore en estos asuntos, pues salimos de Málaga para meternos en Malagón.

Vuelve a sonar mi móvil.

—Hola, hija, ¿qué tal estos dos primeros días en Madrid? —me pregunta mi madre.

—Bien, bien..., la verdad es que no tengo ninguna queja. Esta tarde tengo una entrevista de trabajo —le explico, pero sin darle demasiados detalles, aunque soy consciente de que ahora querrá saberlo todo.

—Anda, ¿sí? ¿De qué?, ¿dónde? —suelta de inmediato mientras de fondo oigo ruido que me indica que está en la cocina preparando algo de comer.

—¿Qué estás cocinando?

—Albóndigas. Oye, ¿estás comiendo bien?

—Sí, mamá. Estoy comiendo fenomenal —le digo riéndome.

—Así me gusta, no te me vayas a quedar toda «escurría». Pero sigue, sigue..., cuéntame más de la entrevista de esta tarde. ¿De qué se trata?

—Es para hacer de guía... ¡en el Museo del Prado! Espero que con lo que gane pueda pagar mi parte del alquiler y me alcance para algún gasto más.

—Suena bien, cariño, y relacionado con lo tuyo. Te deseo mucha suerte. Mantenme informada... y ya sabes que, de todas formas, si las cosas por allí no van como esperabas...

—Que síííí, que siempre podré volver a casa —le respondo antes de que acabe la frase.

—¿Te has terminado ya lo que te llevaste en los táperes? —cambia de tema mientras oigo al bocas de mi hermano de fondo.

—Eeeh, sí, mamá, sí, buenísimo todo, como siempre.

—¿En serio ya te lo has acabado todo? Madre mía, pero si había un montón de comida.

—Así soy —le indico seca.

Mentira piadosa.

—Petardaaa, ¿cómo te va la vida? —Ese es Jaime.

—Contigo quería yo hablar.

—¿Qué he hecho? —replica riéndose.

—Luego te llamo.

—Es imposible que la haya vuelto a cagar.

—Tío, la cagas el noventa y nueve por ciento de las veces, lo raro es que no lo hagas.

—Venga, un beso, hermana, yo también te quiero —suelta con ironía.

—No te librarás.

El móvil vuelve a mi madre.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Nada, mamá, cosas nuestras. Bueno, te dejo, que me tengo que preparar.

—Vale, hija. Luego cuéntame cómo te ha ido.

—Sí, adiós.

—Un beso. —Y se corta la llamada.

Regreso al armario y no puedo negar que hay mucha ropa colgada en perchas, pero no sé ni por dónde empezar. Amanda sigue frita en la cocina, así que poca ayuda puedo tener por su parte.

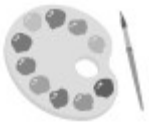
Finalmente escojo unos vaqueros negros, una blusa color champán y un cárdigan también negro, rollo *arreglá* pero informal. Me calzo unos botines y cojo un bolso y un abrigo. Me miro al espejo. Me siento bien, esa es la clave.

Meto las llaves en el bolso para salir de casa y, al pillar el teléfono, un mensaje.

¿Haces algo hoy?

Y ahora sí que estoy nerviosa, y no por la entrevista precisamente.

Capítulo 8



Claudia

Me paro frente al edificio del museo y me seco las manos, que me sudan de los nervios, en los vaqueros. Mi corazón late con tanta fuerza que ya no sé si es por la entrevista que he venido a hacer o por el mensaje de Álex que he visto al salir de casa. Lo vuelvo a leer una vez más: «¿Haces algo hoy?». No puedo evitar sonreír, y tampoco llego a entenderlo. Lo que sí tengo claro es que debo concentrarme; este curro es importante y necesito demostrar que puedo ser responsable y profesional.

Respiro hondo hasta cuatro veces para intentar relajarme; no lo puedo evitar, reconozco que estoy atacada. Cuando ya he conseguido calmarme un poco, respondo el mensaje.

Estoy a punto de entrar en una entrevista de trabajo, ¡deséame suerte! No tengo ningún plan después.
¿Tienes algo en mente?

Cuando subo las escaleras que llevan a la entrada me doy cuenta de lo que le acabo de teclear. «Joder, Claudia, ¿cómo que si tiene

algo en mente? Pero... ¿en qué momento se te ocurre escribirle eso?».

Guardo el móvil y sigo subiendo peldaños concentrada, para no dar la nota y caerme por aquí (recordad que soy patosa) mientras me esfuerzo por tranquilizarme.

Tengo que decir que el vestíbulo del museo es realmente impresionante, enorme; combina la solemnidad clásica con una elegancia contemporánea y sobria. Avanzo por este suelo encerado hasta plantarme en la recepción. Al llegar, una chica con una sonrisa me saluda y, después de decirle quién soy y qué hago aquí, me indica que tome asiento, que vendrán a buscarme. En un intento de madurez cruzo las piernas con el objetivo de no estar moviéndolas de un lado para otro y, así, aparentar calma. Cruzo los dedos en el regazo y, al poco, vuelvo a mirar el móvil para ver si Álex me ha respondido, pero no lo ha hecho. Casi que mejor, o no, bueno, no sé. Lo guardo enseguida cuando una mujer de aspecto impecable, que viste un traje perfectamente planchado de color gris marengo, sale a recibirme. Ahora sí que empiezo a temblar.

—Claudia Castro, ¿verdad? —me pregunta a la vez que me estrecha la mano—. Soy Patricia Martín, la directora del Departamento de Recursos Humanos. Encantada de conocerte.

—Igualmente, muchas gracias por la oportunidad —le digo mientras mi única obsesión es que las manos dejen de sudarme en algún momento.

Accedemos a una sala de reuniones que no es demasiado grande, pero sí muy luminosa. Al entrar, lo primero que veo es una mesa de madera con cuatro sillas que parecen cómodas. «Claudia, haz el favor de concentrarte», pienso para mí. Me siento donde Patricia me indica e intento aparentar que estoy serena y que soy toda seguridad en estos momentos.

La mujer se acomoda frente a mí y, tras un par de formalidades, comienza a formularme las preguntas habituales sobre mi experiencia laboral y habilidades, y de vez en cuando anota algo en un cuaderno que tiene frente a ella. Al rato, levanta la vista y me observa con una sonrisa.

—Se te ve con muchas ganas, y eso es algo que me gusta —afirma.

—Siempre me he sentido muy segura y feliz rodeada de arte —suelto casi sin pensar.

Patricia sigue preguntándome por algunos proyectos y algunos trabajos que constan en mi currículum y yo le respondo sin titubear. No lo estoy haciendo mal del todo, pero tengo que admitir que mi mente está en otro lugar, en el mensaje que le he escrito a Álex. ¿Por qué justo hoy he decidido enviarle un mensaje tan casual y tentador? A mitad de la entrevista me vibra el móvil en el bolso. Ahora Patricia está hablando sobre el puesto de trabajo en concreto, qué se esperará de mí si me contratan, pero yo solo puedo intentar controlar las ganas que tengo de leer el mensaje.

—Perdóname, voy a por agua. ¿Tú quieres? —me dice mientras se levanta a llenar su vaso.

—Sin problema. No, gracias, estoy bien así —le respondo con una sonrisa, y aprovecho la oportunidad para echar un vistazo rápido al móvil.

> ¡Buena suerte! ¿Qué tal si quedamos
> para tomar algo? Así nos vemos
> y nos ponemos al día. 😉

Guardo el teléfono a toda prisa, respiro profundamente y me permito una media sonrisa.

No os voy a mentir: ahora mismo siento una mezcla de emoción y ansiedad. La idea de tomar algo con Álex me parece maravillosa,

pero también sé que debo mantenerme centrada en esto, aunque la vida me lo está poniendo jodidamente difícil hoy.

Patricia se vuelve hacia mí y yo me esfuerzo por no seguir sonriendo como una tonta. En la última parte de la entrevista me explica las condiciones laborales, que me parecen correctas. Un sueldo digno, horarios alternativos de mañana y tarde, días libres variables...

—Muchas gracias, Claudia. La verdad es que tu perfil encaja a la perfección con el puesto que tenemos que cubrir y creo que podremos entendernos. Te llamaremos muy pronto para decirte algo —concluye mientras me acompaña a la salida.

—Gracias, Patricia, por tu tiempo. Estaré pendiente del teléfono. Ha sido un placer —me despido.

Según voy cruzando el vestíbulo me siento aliviada pero también noto ese nudo en el estómago que desde que he recibido el primer mensaje de Álex no ha desaparecido. Ahora tengo que contestarle, he de confirmar si quedamos o bien declinar la invitación, y sin duda estoy mucho más cerca de la primera opción.

Una vez fuera del edificio vuelvo a revisar el mensaje, y le respondo.

¡Gracias! Claro, me encantaría.
¿Sitio y hora?

Guardo el teléfono, vuelvo a respirar y escribo a Amanda.

Creo que la acabo de liar. No
hagas planes para esta noche,
luego te cuento.

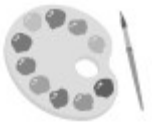
¿De verdad acabo de terminar una entrevista en el Prado que creo que me ha ido bastante bien y, además, esta noche voy a ver a Álex?

Camino hacia la parada del autobús y no puedo evitar sentirme como la protagonista de una comedia romántica. Pero, queridos, esto no es una película, es la vida real, y aunque no tengo ni idea de lo que va a pasar en cuanto a lo del puesto de trabajo, algo me dice que la quedada con Álex irá bien.

Recibo un mensaje y, segura de que es Amanda, lo miro rápidamente. Mi emoción se dispara cuando leo:

> Para tapear y beber algo, propongo Malasaña, a las nueve. Te mandaré ubicación.

Capítulo 9



Claudia

El viento de principios de febrero de Madrid me golpea con fuerza mientras camino sin rumbo después de mi entrevista en el Museo del Prado. A pesar de que todo ha salido mejor de lo que imaginaba, mi mente sigue dándole vueltas. Me queda ese regusto de duda de si he metido la pata en algo o he estado a la altura. Aunque la entrevista ha terminado, los nervios no parecen querer abandonarme y con ellos aparecen esos pensamientos intrusivos que me cuestionan constantemente todo lo que hago, recordándome que siempre podría hacerlo un poco mejor.

Cuando cruzo la plaza Mayor, echo un vistazo a los puestos de churros con chocolate y a las terrazas con las clásicas estufas de «seta» que siguen llenas hasta los topes a pesar de las bajas temperaturas. Esto es lo que me hace ser más consciente de dónde estoy. Madrid tiene vida sea la época del año que sea; ahora, por ejemplo, podrían danzar pingüinos por la calle por el frío que hace. Pensar en estas tonterías me hace sonreír. Madrid tiene esa energía vibrante y caótica que te envuelve desde el primer día. Aún no puedo creer que esté viviendo aquí, lejos de mi familia y mi ciudad natal. Es emocionante y aterrador a la vez.

Como tengo tiempo antes de la hora en la que hemos quedado con Álex, decido parar en una pequeña cafetería que descubrí la última vez que vine a pasar un fin de semana a la capital, escondida en una callejuela del barrio de La Latina, mi barrio ahora. Es un local que tiene un encanto especial: paredes de ladrillo visto, estanterías llenas de libros antiguos y luces colgantes que crean una atmósfera cálida y acogedora.

Me siento junto a una ventana, desde donde puedo ver a la gente pasar por la calle empedrada. Pido un café con leche y una porción de tarta de zanahoria. Necesito este momento para mí, para respirar y tratar de ordenar mis pensamientos.

Mientras remuevo mi café, dejo que mi mente divague. Me pregunto cómo será volver a ver a Álex de nuevo. ¿Estaremos incómodos? ¿Nos quedaremos sin temas de conversación? Han pasado muchos años desde la última vez y, aunque nuestras charlas vía chat han sido fáciles, naturales, una parte de mí teme que todo sea diferente en persona. ¿Hablaremos de lo que nos distanció, de la familia? ¿Me lo echará en cara? ¿Lo habrá olvidado por completo y solo pretende que volvamos a ser amigos?

—¡Claudia! ¿Eres tú? —me asalta una voz que me resulta familiar.

Levanto la vista y me encuentro con Laura, una amiga de la facultad. Su sonrisa amplia y su energía contagiosa me hacen levantarme de inmediato para abrazarla.

—¡Laura! —exclamo, igual de contenta que sorprendida—. No puedo creerlo. ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí desde hace un año. Trabajo en una galería de arte cerca del centro —responde con entusiasmo—. ¿Y tú? ¿Qué haces por Madrid?

—Tía, ¿tienes tiempo? Siéntate, que te pongo un poco al día.

—Pero ¿no estás esperando a nadie? Tampoco quiero molestar, que yo he quedado en una hora.

—No, no, tranquila, he entrado a tomar algo sola. Me has preguntado que qué hago en Madrid: pues buscarme la vida y vivir con mi amiga Amanda, supongo que la recuerdas. Básicamente te lo podría resumir así.

—Pero ¿llevas mucho tiempo aquí? ¿Cómo no me has llamado antes?

—Qué va, si acabo de mudarme..., y hoy he tenido mi primera entrevista laboral. Espero tener suerte...

—¡No me digas! ¿Para trabajar dónde?

—En el Museo del Prado, como guía.

—¿En serio?

—Y tan en serio, pero todavía tienen que contestarme. Si me dan el curro, te prometo un paseíto guiado por el museo gratis —le digo guiñándole un ojo y actuando como si no supiese que es el plan más cutre que puedo proponerle a alguien con quien he llegado a gatas a casa en varias ocasiones en mi época universitaria.

—Eso sería increíble —dice emocionada—. Oye, ya me dirás si al final te contratan, y no dudes en escribirme, que yo no te diré que no a ningún plan. Además, deberías pasarte por la inauguración de nuestra próxima exposición. Es de arte abstracto, y los artistas con los que contamos son una barbaridad. Creo que te gustaría mucho.

—¡Claro! Me encantaría —contesto con sinceridad.

Es reconfortante hallar una cara conocida en medio de la inmensidad de Madrid.

Después de recordar algunos episodios bastante vergonzosos de nuestra época estudiantil —todos sabemos que rememorar mierdas del pasado y melopeas importantes es la gasolina de nuestra vida, y quien diga lo contrario, miente—, nos despedimos con un abrazo y la

promesa de volver a vernos pronto. Es una gozada cuando pasan los años y te encuentras con alguien que sientes que no ha cambiado en absoluto; tanto es así que en este caso es como si la hubiese visto ayer. Laura sigue tan alegre y apasionada como la recordaba. Su amor por el arte y su forma de hablar de él me inspiraban y continúan haciéndolo. A veces olvido lo fácil que es perderme en la rutina y dejar de lado mis verdaderas pasiones. Es como si esta conversación me hubiera recordado quién soy y lo que realmente quiero hacer. Quizá Madrid no sea tan intimidante, después de todo.

Con una sonrisa renovada, voy de regreso a casa para arreglarme para la quedada con Álex. El frío de la noche me envuelve, pero no voy a quejarme. Madrid sigue sorprendiéndome, mostrándome que, incluso en medio de la incertidumbre, siempre hay espacio para nuevas oportunidades y reencuentros inesperados.

Mientras camino, mi teléfono vibra en el bolsillo de mi abrigo. Es un mensaje de Álex:

¿Te apetece que nos veamos
un poco antes?

Me detengo un momento sintiendo una mezcla de nervios y emoción. Respondo con rapidez:

Claro. Dime dónde nos vemos
y aviso a Amanda.

Verás..., es que he pensado que, para ponernos
al día, quizá sería mejor quedar los dos. Ya me la
presentarás otro día.

«Los dos». Amanda está fuera de la ecuación. Álex y yo. Solos.

De acuerdo, me apetece mucho.

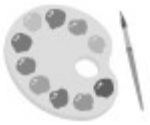
Genial. Jack’s Library, a las ocho y media.
Te invito a cenar. Te va a encantar.

«Hola, Claudia la Kamikaze, lo de contestar sin pensar se nos da de lujo».

¡Qué queréis que os diga! Tengo ganas de verlo, hace tanto de la última vez que no sé ni cómo me voy a sentir y..., qué cojones, estoy en la capital para arriesgar, ¿no?

Tiendo a pensar que las oportunidades me las está poniendo por delante esta gran ciudad, pero en el fondo creo que hay algo más. Me gusta esta sensación. Es como si estuviera comenzando a escribir un capítulo completamente nuevo de mi vida, uno lleno de posibilidades. Solo espero no acabar con el corazón machacado, porque lo de hacer caso a la razón nunca se me ha dado demasiado bien, a la vista está.

Capítulo 10



Claudia

La noche cae sobre Madrid mientras me preparo para mi cena con Álex. Mi habitación está patas arriba: ropa encima de la cama, zapatos tirados por el suelo y complementos desperdigados delante del espejo, todo muestra de los innumerables cambios de *outfit* que he hecho porque no sé qué ponerme. ¿Demasiado informal? ¿Demasiado sofisticada? ¿Demasiado sexy? ¿Qué tipo de mensaje quiero transmitir? Al final opto por un vestido negro sencillo, ajustado a la cintura y de manga larga, elegante pero sin exagerar. «¡Esa eres tú!», pienso para mí.

Amanda asoma la cabeza por la puerta con expresión de sospecha.

—¿A dónde vas tan arreglada? —pregunta cruzándose de brazos —. Por cierto, no me has dicho en qué me has metido ni a qué hora después de escribirme esta tarde, bonita de cara.

—Es que, en el último momento, los planes han cambiado...

—Los planes ¿de quién? ¿Los tuyos o los nuestros? Porque, si me tengo que arreglar como tú en dos minutos, lo siento, pero van a ser tuyos...

—Tengo una cena... —respondo distraída mientras busco mis pendientes dorados favoritos.

—¿Con quién? —indaga, ahora más interesada.

Me detengo un momento, respiro hondo y respondo sin rodeos.

—Con Álex.

Arquea las cejas como si acabara de soltar la noticia del año.

—¡¿Cena y con él?! ¿Desde cuándo lo de esta noche se ha convertido en una cita? ¿En qué momento has aceptado ir a cenar con Álex sin decírmelo?

—Bueno, verás... Primero habíamos quedado en ir a tomar algo por ahí los tres..., y luego me ha pedido que vayamos a cenar los dos solos... Pero no es una cita ni nada por el estilo, que te veo venir.

—Los dos. A cenar. Ajá. Y me dices que esto no es una cita. ¿Tú me ves cara de idiota?

—No es una cita, es solo... una cena casual entre viejos amigos —replico, aunque ni yo misma estoy muy convencida de lo que estoy diciendo.

—Claudia, las «cenas casuales» no existen cuando hay una historia como la vuestra detrás. Y denominar «viejo amigo» a alguien que es tu...

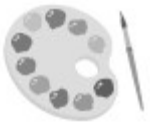
—Cállate, no lo digas, que necesito silenciar el ruido de mi cabeza si voy a ir.

—Escúchame: no sé cuántas veces tengo que decirte que esto no es algo malo, llevas años y años así... Disfruta de que eres una diosa con ese vestido negro y, por supuesto..., mañana querré todos los detalles, eso por no llevarme a cenar rico, golfa —suelta con una sonrisa pícara antes de desaparecer por el pasillo.

—Que sí, te lo contaré todo, *mamá*.

Me miro una vez más al espejo y suspiro. Quizá Amanda tiene razón, no hay nada malo en todo esto..., pero ya sufrimos una vez, no quiero que eso se repita; ni siquiera por la posibilidad de una historia romántica inolvidable.

Capítulo 11



Claudia

Llego a Jack's Library unos minutos antes de la hora acordada. El restaurante es una pasada: acogedor, íntimo y decorado con un estilo bohemio que lo hace parecer una biblioteca añeja. Las paredes están repletas de libros antiguos y velas que crean una atmósfera cálida y envolvente.

Lo veo de inmediato, sentado cerca de una ventana. Álex está inclinado sobre la mesa, revisando algo en su teléfono. Lleva puesto un jersey gris bastante grueso con una camisa blanca debajo. Ha dejado en el respaldo de una silla una chaqueta oscura y una bufanda; es lo que tiene salir en esta época del año: o vas como una cebolla, o tu vida puede peligrar. *Spoiler*: yo he priorizado otras cosas a combatir el peligro; cuando salga de aquí, voy a flipar.

En cuanto levanta la vista y me ve, sonríe de una manera que hace que mi corazón se acelere. Se levanta para saludarme y me da un beso suave en la mejilla, y deja una estela flotando en el aire con su olor. Lleva un perfume de aroma muy fresco, huele increíble. Está tal y como lo recordaba...: sus ojos verdes, ese lunar cerca de los labios al lado izquierdo, la piel morena como si viviese en un agosto permanente, y ese pelo castaño medio revuelto pero bien peinado a

la vez. Eso sí, ahora está más alto y resultón, y luce una barba como de dos días que no tenía antes. Como el vino, ha mejorado notablemente desde la última vez que lo vi.

—Me alegro de verte —dice con ese tono cálido que recuerdo tan bien.

Nos sentamos y la camarera nos trae la carta junto con una botella de vino blanco que Álex debe de haber pedido antes de mi llegada. La pobre pensará que no me he dado cuenta de que ha caído bajo el efecto Álex, y no la culpo; el chico está bueno que se rompe.

«Reconduce, Claudia, que te pierdes...».

—¿Cómo te ha ido tu entrevista en el museo? —es lo primero que me pregunta interesado.

—Mi impresión es que ha ido genial, pero quién sabe...

—No tengo pruebas, pero tampoco dudas, de que así ha sido —me dice sin apartar sus ojos de los míos mientras se lleva la copa de vino a los labios.

—Bueno, estaba muy nerviosa... Mira que he hecho entrevistas, pero no me acostumbro a la tensión de ser evaluada por alguien.

—Lo raro sería que te acostumbrases a algo así.

—Vas a hacer que me sienta bien con esto sí o sí, ¿no?

—Culpable —indica con una media sonrisa. El lunar, ese maldito lunar, me saluda y yo siento que se me derrite algo dentro.

—Lo más increíble ha sido optar a trabajar en un lugar así. Hacer una entrevista en el Museo del Prado, para mí, era algo impensable. Es cierto que no es mi meta en la vida, pero sin duda no todo el mundo tiene esa oportunidad y, por ahora, sería perfecto.

—A lo mejor las cosas más inalcanzables son las que acaban estando al alcance de nuestros dedos.

—O quizá soñar es gratis y solo he tenido suerte —replico riéndome.

—Siempre tuviste esa pasión por el arte. Me encanta que sigas luchando por lo que te hace feliz.

Cada comentario de Álex me desarma. No estoy acostumbrada a recibir este tipo de apoyo, y menos lo espero de alguien que acaba de volver a mi vida. Es muy reconfortante que te vean de ese modo.

—Y tu trabajo, ¿qué tal? Fisioterapeuta, ¿no?

Hace muchos años que no lo veo, pero eso no quiere decir que no sepa nada de su vida. Os recuerdo que su familia y la mía son muy amigas.

—Eso es. Profesionalmente me va bien. En cuanto acabé el grado en Fisioterapia, una carrera de cuatro años, trabajé aquí y allí en diferentes clínicas..., hasta que al final decidí ser mi propio jefe y abrir mi propio negocio.

—Guau, eso suena genial. Eres todo un emprendedor.

—Bueno, sonar, sonará como quieras. —Se ríe—. La realidad es que ha sido bastante complicado y también que no lo hubiese podido hacer sin la ayuda de mi abuela. Ya sabes que me vine a vivir aquí con ella cuando..., en fin, cuando ella quedó viuda y yo necesitaba un cambio de aires. El caso es que me dejó en herencia su piso, en el que vivo, y gracias a eso pude invertir en mi consulta, ya que no pago alquiler y además comparto piso. Tirar adelante un negocio como este no es fácil, pero las cosas buenas requieren su tiempo, y no me puedo quejar —afirma con serenidad—. Además, me encanta mi profesión, ayudar a la gente, los masajes...

—Vaya, vaya..., veo que a ti todo lo que sea tocar...

—Perdone, señorita, pero, que yo sepa, todavía no le he puesto las manos encima.

—¿Ese «todavía» es una declaración de intenciones?

—En absoluto —contesta, y aunque sus labios digan eso, sus ojos me miran de tal forma que me dan otra respuesta—. ¿Brindamos?

—¿Por qué quiere brindar, señor Fernández?

—Por cazar arañas.

—¡Serás cabrón! ¿No vas a olvidarlo nunca o qué? —suelto riéndome a carcajadas.

—Tenías una obsesión con Spiderman muy *gore* a tus doce años, de eso me acuerdo perfectamente.

—No tengo la culpa de que Peter Parker estuviese tan bueno.

—No voy a entrar ahí. Si te van los tíos que se pegan a las paredes y pueden envolverte en telarañas, ese fetiche es todo tuyo.

—Por los reencuentros —le digo alzando mi copa y dejando eso atrás.

—Por los reencuentros —repite chocando la suya con la mía entre risas.

El vino y la comida fluyen con la misma naturalidad que nuestra conversación. Probamos tapas deliciosas: croquetas de jamón, calamares a la andaluza y una tabla de quesos que es el broche idóneo para la velada.

A mitad de la cena, nuestras manos se rozan accidentalmente al ir a coger los dos la botella de vino. Sé que suena a muy de película romántica, pero, qué queréis, aquí vengo a ser sincera con vosotros. Es un contacto breve, casi insignificante, pero dispara algo que ambos sentimos. Lo veo en sus ojos. Y es que donde hubo fuego... Sin embargo, soy consciente de que es un fuego que tiene que seguir apagado por el bien de ambos. Por el bien de todos.

Nos sostenemos la mirada y no me cabe ninguna duda de que podría perderme en ese verde esmeralda. Estamos así unos segundos, hasta que ambos nos damos cuenta de que nos estamos devorando con los ojos. Álex levanta la mano y llama a la camarera

más cercana, haciéndole un gesto rápido como si firmase en el aire; le pide la cuenta.

—¿Te apetece dar un paseo? —me propone una vez que ha abonado la cena. Os aseguro que no me ha dado tiempo ni de ofrecer pagar a medias.

Asiento sin pensarlo dos veces. Salimos del restaurante y deambulamos por las calles iluminadas de Madrid. La verdad es que hace frío esta noche y yo no voy muy preparada, ya lo he mencionado antes..., y, sin que tenga que decir nada, Álex se quita la chaqueta y me la pone con suavidad sobre los hombros. Aprovecho para escanearlo de arriba abajo. De verdad que no puede estar más bueno, este chico, nunca un jersey me ha parecido tan sexy.

—Gracias —susurro, de repente siendo muy consciente de lo cerca que está de mí.

—No tengo telarañas, pero ahora mismo mi chaqueta me hace quedar como un superhéroe.

—Vas a morirte de frío...

—Qué va, vengo bien equipado, y no debería usted subestimar a un superhéroe —me dice frotándome los hombros.

—Totalmente de acuerdo, Chaquetaman.

—En mi cabeza quedaba mucho mejor —me dice riéndose.

Caminamos sin rumbo, disfrutando de la tranquilidad de la noche. Las calles del barrio de Las Letras son mágicas a esta hora, con sus citas de autores famosos del Siglo de Oro y sus balcones llenos de flores.

—Me alegro de que estemos aquí —suelta de pronto.

—Yo también —admito con sinceridad.

Nos detenemos frente a una fuente antigua. En ese momento siento una paz que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Estoy justo donde quiero estar, y eso es algo que no me pasaba desde hace una eternidad con un chico.

—Se está haciendo un poco tarde, quizá sea hora de retirarnos —comenta.

—Sí. Mi casa no está muy lejos de aquí.

—Te acompaño.

Asiento sabiendo que esta noche quedará grabada en mi memoria. El camino de regreso se me hace corto, como si el tiempo hubiera decidido acelerar para mantener ese momento especial intacto en mi mente.

Cuando finalmente llegamos a mi portal, Álex se detiene y me mira con intensidad, como si quisiese decir algo pero no encontrase las palabras.

—Gracias por esta noche —digo devolviéndole la chaqueta.

—Gracias a ti —responde esbozando una sonrisa cálida—. Buenas noches, Claudia.

Me quedo en la puerta, viendo cómo se aleja. Habría sido el momento idóneo para el beso, ahí en el portal, lo sé, somos unas románticas de manual, pero si eso pasase de golpe y porrazo no seríamos nosotros y tampoco llevaríamos la mochila de nuestra historia a las espaldas.

Capítulo 12



Álex

La noche está fresca cuando llego a casa después de dejar a Claudia en su portal. Camino despacio por las calles silenciosas del barrio de La Latina, repasando cada detalle de nuestra cita. Su risa suave, la forma en la que se le iluminaban los ojos cuando hablaba de arte, y ese leve roce de nuestras manos accidental al coger la botella, que ha dejado una sensación bonita en el aire.

He tenido que echar mano de todo mi autocontrol para no agarrarla, besarla y fundirme en su boca al despedirnos. Tiene algo que siempre ha sido como un imán para mí y casi salgo corriendo, pero no por cobarde, sino por hacer acopio de un poco de sentido común y escucharme. Hay veces en que las historias son imposibles y ella dejó muy claro que esta era una de esas ocasiones. Pero no puedo pasar por alto lo que siento cuando estoy con Claudia, porque no recuerdo la última vez que estuve tan cómodo con una chica, y eso es porque ella, a pesar de la distancia, a pesar de los años transcurridos, a pesar de todo, me conoce tanto como yo a ella.

Llevaba una eternidad sin verla, desde aquel verano en el pueblo, pero no puedo negar que siempre me he preguntado qué había sido

de ella. De todos modos, la vida siguió como hace siempre, y yo también..., hasta que volver a verla ha despertado algo en mí que creía muerto y enterrado.

«Pero no puede ser, Álex. Tatúatelo en la mente o en el culo, donde más rabia te dé. Claudia no es para ti».

Al entrar en casa, el silencio me recibe. Mi compañero de piso, Rafa, está fuera como de costumbre. Dejo las llaves sobre la mesa y me dirijo al sofá del salón.

Me tumbo y cierro los ojos. Sin premeditarlo, me encuentro pensando en lo que podría haber sido si...

De repente mi teléfono vibra en el bolsillo de mi chaqueta. Lo reviso con el corazón latiéndome fuerte, esperando ver su nombre en la pantalla, pero, cómo no, es Rafa.

> Tío, ¿dónde estás? No te he visto
> en todo el día.

Suspiro y respondo brevemente.

> En casa ya. Todo bien.

Dejo el móvil a un lado, sintiendo una ligera decepción. No esperaba que Claudia me escribiera después de nuestra cena; probablemente estará descansando u ocupada con sus cosas..., pero, aun así, una parte de mí lo desea.

Me levanto y me dirijo a la cocina para prepararme un té, siempre me ayuda a relajarme antes de dormir. Mientras espero a que el agua hierva, mi mirada se posa en el viejo tablero de corcho de mi cuarto, lleno de postales, fotos del Erasmus, entradas de conciertos... Todos mis recuerdos están anclados ahí, como una especie de museo personal.

En una esquina, semiescondida bajo otras fotos, veo una que no he tocado en años. Es una imagen borrosa de una tarde de verano en nuestro pueblo cuando apenas teníamos seis años. Claudia aparece en ella, con su sonrisa inconfundible. La nostalgia me golpea con fuerza.

Creo que siempre hubo ese sentimiento especial por ambas partes, y este fue creciendo a medida que lo hicimos nosotros..., eso es evidente, pero alguien decidió que no era adecuado y no pudimos, o no quisimos, según cómo se mire, luchar contra eso. La única vez que decidimos tirarnos a la piscina todo se torció, y lo mejor que pude hacer fue venirme a Madrid, porque me sentí incapaz de aceptar la situación.

Cojo la foto y la observo con detenimiento, como si fuera a encontrar en ella las respuestas que llevo años buscando. De repente mi teléfono vuelve a vibrar. Dejo la foto sobre la encimera y reviso el móvil. El corazón me da un vuelco. Esta vez el mensaje sí es suyo.

> Gracias por esta noche, me lo he pasado realmente bien. Espero que podamos repetirlo pronto, Chaquetaman.

Siento como se me relajan los hombros y una sonrisa se forma en mis labios. Antes de que pueda darme cuenta, ya le estoy respondiendo.

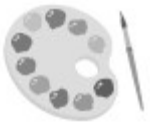
> Yo también lo he pasado genial.
> Cuando quieras, repetimos...

Me quedo mirando la pantalla unos segundos, esperando..., pero no hay respuesta. Probablemente ya estará dormida.

Termino mi infusión y me dirijo a mi habitación. Dejo la foto de aquel verano en su sitio. El pasado quedó atrás y, por primera vez

en mucho tiempo, siento que el presente es suficiente.

Capítulo 13



Claudia

El sol de Madrid entra tímidamente por la ventana de mi habitación cuando abro los ojos. El recuerdo de la noche anterior aún flota en mi cabeza: la cena con Álex, su sonrisa, nuestro paseo y ese instante frente a la fuente en el que casi sentí que el tiempo se detenía. Me quedo mirando el techo, repasando en mi cabeza cada detalle, incapaz de apartar esa imagen de mi cerebro.

Sin embargo, un pensamiento incómodo también se cuela de repente: ¿Es posible que interpretara mal lo que estaba pasando entre nosotros? Álex y yo siempre habíamos tenido una conexión especial, pero nuestra historia no fue lo que se dice «sencilla».

No quiero darle excesivas vueltas, pero vi algo en su mirada que me hizo percibir que había más de lo que ambos estábamos preparados para sentir.

Por otro lado, una voz interior me decía que desde aquella vez había pasado mucho tiempo, demasiado. Ya no éramos los mismos y tampoco las mismas circunstancias. Recuerdo perfectamente todo lo que sentimos, lo mal que lo pasé al tener que tomar esa decisión que nos cambió; al menos a mí me cambió y me obligó a alejarme de mi compañero de juegos, de vida, de todo. A mi primer amor.

Dejar entrar a Álex de nuevo en mi vida no resulta una decisión fácil para mí, pero mi cuerpo habla y yo solo puedo escucharlo..., y lo que me pide es saber más de él.

Decido despejarme y levantarme. La vida no se va a detener por mis dilemas emocionales, eso sin duda. Me preparo rápido un café y me dejo caer ante la mesa de la cocina, con mi portátil abierto. Necesito buscar nuevas exposiciones y oportunidades. Está claro que no puedes quedarte parada esperando a que tus sueños llamen a tu puerta, eres tú quien debe perseguirlos.

Mientras reviso mi correo oigo unos ruidos en el pasillo.

Amanda aparece en la puerta de la cocina con el pelo revuelto y envuelta en una bata de algodón gris que alguna vez fue blanca. Sus ojos hinchados delatan la resaca que arrastra de la noche anterior.

—Buenos días, *drama queen* —dice con voz ronca a la vez que se sirve café sin mirarme—. Cuéntamelo todo.

Sonrío, acostumbrada a su estilo directo. Ami no se va por las ramas.

—Todo, ¿de qué? —Intento hacerme la desentendida, pero su mirada inquisidora me atraviesa sin piedad, como de costumbre.

—La cita con Álex, por supuesto. ¿Creías de verdad que no te iba a interrogar?

Se sienta frente a mí con las piernas cruzadas y la taza entre las manos.

—Desembucha.

Suspiro dándome por vencida. Todos sabemos a estas alturas que no tengo escapatoria.

—Fue... bien —admito jugando con la cuchara dentro de mi taza —. Fuimos a Jack's Library, un sitio muy chulo. Cenamos, hablamos... Fue fácil, natural, supongo.

Amanda arquea una ceja.

—¿Fácil? ¿Natural? ¿Eso es todo? ¿No hubo tensión, ni siquiera sexual, ni miradas intensas, ni nada de nada? —Sonríe con picardía —. Vamos, Clau, que nos conocemos ya.

Esta tía me la tiene jurada, y también me tiene pillada. Me detengo un instante antes de responder.

—Fue... especial —Siento que mi voz se vuelve suave con esas palabras—. Pero también... raro, ¿sabes? Como si estuviéramos andando por la cuerda floja y ninguno quisiera caerse.

Amanda me observa en silencio, como si estuviera procesando algo importante. Después se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Claudia, ¿no crees que es un poco... complicado? —pregunta con un tono más serio de lo que me esperaba de ella—. Digo, tú y Álex... tenéis un pasado, una historia. Además, sabes bien que no es como salir con otro cualquiera.

Mis dedos se tensan alrededor de la taza. Sé exactamente a qué se refiere. Álex y yo no solo compartimos recuerdos de la infancia y la adolescencia...

—Sé que es complicado —reconozco agachando la vista—. Pero no podemos fingir que no hay algo. Anoche..., cómo me miraba, nuestra conversación, nuestra complicidad... Todo fluía solo, y nunca me he sentido con nadie como me siento con él. Pensé que iba a ser distinto porque han pasado siglos, pero para nada. No ha sido así, ha sido mejor de lo que recordaba. Y tengo miedo.

Amanda suspira.

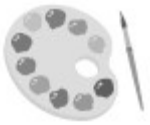
—No te hagas daño, ¿vale? —Su tono ahora es cariñoso, suave; de hecho, se me hace extraño que sea tan cercana, incluso protectora—. No quiero que te pierdas en algo que puede ser más complicado de lo que puedas gestionar. Y, sobre el miedo, las

mejores cosas se hacen con miedo. Si no nos da vértigo, quizá es que no merece la pena.

Asiento lentamente, agradecida por su honestidad.

Amanda siempre es mi brújula emocional. El problema es que, por muy claro que sea el camino, yo siempre quiero perderme.

Capítulo 14



Claudia

El día pasa entre correos interminables y tareas que parecen multiplicarse con el transcurso de las horas. Sin embargo, mi mente sigue pensando en Álex, como si una parte de mí estuviera permanentemente conectada a él. Las palabras de Amanda retumban en mi cabeza y me hacen reflexionar acerca de cómo está dándose este giro en mi vida y qué quiero hacer con ello.

Me siento como una adolescente, lo cual es absurdo porque, guapas, ya tenemos una edad, y, considerando que Álex tampoco es alguien nuevo en mi vida..., esas dudas, inseguridades e idas de olla no están demasiado justificadas. Pero, bueno, escuchamos, aunque no juzgamos.

Cuando finalmente apago el portátil, me tiro en el sofá. Hay un aroma nuevo procedente de unas velas en el piso; el otro día Ami las compró porque le gustaron, le dan un toque acogedor a la estancia. Tienen un olor especiado, como a canela y jengibre. Seguro que estas velas iban con descuento porque pertenecían a la temporada navideña que ya dejamos atrás o algo así, y esta mujer, que no se pierde una oferta, se las ha traído a casa.

Cierro los ojos y a los pocos minutos, justo cuando comienzo a dormirme, mi teléfono vibra en la mesita de centro. Lo cojo molesta, ¡¿tenía que llegarme justo cuando me estaba quedando sopa?!, pero mi corazón se acelera al ver quién es el emisor.

Me gustaría saber si te apetece dar
una vuelta conmigo mañana.

Ni un «Hola, ¿qué tal?». Simple y directo. A este chico nunca se le han dado demasiado bien las palabras.

Me encantaría. ¿A qué hora?

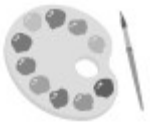
A las seis paso a recogerte.

Dejo escapar un suspiro suave mientras dejo el teléfono en mi pecho. Me resulta tan fácil decirle que sí... que me asusta. Amanda tenía razón en que esto podría complicarse, pero también sabía que no podía evitarlo.

Me tumbo en el sofá mirando el techo del salón y pienso en que cada vez nuestra linealidad se hace más borrosa... (por cierto, estas manchas de humedad son nuevas. Tengo que llamar a la casera), pero me da igual lo desdibujado que esté todo, porque yo tengo claro que quiero dejarme llevar, a ver a dónde me lleva.

Que le jodan al miedo.

Capítulo 15



Claudia

Estoy nerviosa y no dejo de mirar el reloj. Basta con que tengas algo que hacer que no te apetezca una mierda para que el tiempo pase volando y encima llegues tarde. Ahora bien, si tienes un plan que deseas que llegue, Cronos decide que el transcurso de este debe ralentizarse y las horas eternizarse. Es ley de vida, que no de Murphy, pues este te jode la marrana de otra manera.

Elijo unos vaqueros ajustados, un jersey color crema, una chaqueta *oversize* de cuero marrón y una bufanda gordita de lana para combatir el frío de esta ciudad. Me recojo el pelo en una coleta desenfadada, dejando algunos mechones sueltos. No quiero parecer demasiado arreglada.

Amanda aparece en la puerta de mi habitación justo cuando me estoy echando el perfume. Se apoya en el marco y no sé identificar si su expresión es de diversión o de preocupación.

—¿Cita? —pregunta con esa voz suya cargada de sarcasmo.

—Solo vamos a dar una vuelta —respondo directa.

Me mira con escepticismo.

—¿Has pensado en lo que hablamos ayer? —insiste.

—Ajá. Y sé que puedo salir herida, pero necesito saber a dónde me lleva este reencuentro. Es como... como si llevara años evitando esto...

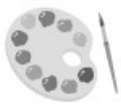
Amanda permanece en un silencio incómodo, y soy consciente de que esa preocupación nace del amor que me tiene. Puede ser dura y directa, pero también es la persona más leal que haya conocido jamás.

—Tengo que dejarme llevar. Sé que puede salir mal, pero no me quiero quedar con el «y si...». Tal vez no me entiendas, pero...

—Te entiendo. Lo hago, ¿vale? Pero ten cuidado, solo te pido eso.

—Hecho, amiga.

Y continúo arreglándome con un peso menos sobre los hombros porque, aunque sé que Ami está preocupada por mí, también me apoya, y toda chica necesita una red de seguridad, y ella es la mía.



A las seis en punto el timbre suena y siento el corazón en la garganta. Me despido de mi amiga con una sonrisa y bajo las escaleras con una mezcla de emoción y ansiedad que no puedo controlar.

Cuando abro la puerta de la calle, allí está él, apoyado contra su coche, con las manos en los bolsillos de su chaqueta gris. Sonríe al verme, y algo en esa expresión familiar me hace sentir como si todo estuviera bien en el mundo, aunque solo fuese por un rato.

—Qué puntual —comenta con una sonrisa.

—Los milagros existen —respondo con un guiño—. ¿Qué llevas ahí? —Observo que tiene algo escondido tras su espalda.

—Ahí, ¿dónde, Claudia? Especifica, que esa pregunta puede ser muy amplia.

—Serás... —Me lanzo hacia él para intentar coger lo que sea que tiene detrás.

—Para, para, fiera... Es una chorrada, pero no podía quedar contigo un 14 de febrero sin traerte nada.

Adelanta el brazo y me da una rosa roja.

—No te hacía de esos que se dejan llevar por el consumismo de festividades inventadas —le digo llevándome la rosa a la nariz para olerla.

—Bueno, a veces la ocasión lo merece —replica en el momento en que me abre la puerta cual caballero andante y me da la mano para subirme al coche. De verdad que no puede ser más mono.

Empezamos a circular por las calles de Madrid mientras suena en la radio «Would I Lie to You?», mi canción favorita. No hablamos mucho al principio, pero igualmente disfrutamos de esa tranquilidad que siempre ha caracterizado nuestra relación.

—He pensado que podemos ir a la Casa de Campo —sugiere—. El lago es muy bonito al atardecer.

Asiento. Me parece un planazo, un refugio lejos del bullicio de la ciudad.

Cuando llegamos, paseamos con calma, sin tocarnos, por el sendero flanqueado de árboles que bordea el lago. El aire frío acaricia mi rostro y me estremezco. El silencio, muy presente, no es tan cómodo como la otra noche, está cargado de cosas por decir.

Ambos somos conscientes de que tenemos una conversación pendiente desde hace mucho tiempo. Hay algo en el ambiente, como si hubiera un elefante rosa en la habitación acaparando todo el oxígeno. Pero no damos el paso. Quizá por miedo a afrontar la

realidad, quizá porque ninguno de los dos se ve capaz de decir lo que quiere.

—Siempre me ha gustado este lugar. Me recuerda a mis primeros años en la universidad, cuando de algún modo todo era más sencillo. —Rompe el hielo mientras se toca el pelo con la mano derecha, nervioso.

¿Me siento mejor al ver que él está atacado como yo? Francamente, no, porque al menos uno debería poder abordar esta situación con tranquilidad.

—A mí también me pasa, a veces desearía volver a esos días.

—Pero no vamos a hablar de eso..., porque ambos sabemos que tenemos otro tema que tratar que es importante de verdad.

—Y ahí está el elefante... —musito para mí.

—¿Cómo dices?

—Que sí, que tienes razón, pero no sé ni por dónde empezar.

—Yo quiero empezar por el principio.

Álex da un paso hacia mí y su mirada es más intensa. La tensión se puede palpar en el aire. Mi respiración se acelera. Siento que todo mi cuerpo se eriza con sus palabras. Noto que sus dedos acarician mi mano y, sin pensar, la entrelazo con la suya.

—Claudia —murmura suavemente, con un tono que hace que mi corazón lata más rápido.

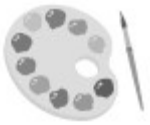
Mis ojos se encuentran con los suyos y, por un momento, el mundo se detiene. Todo lo que había entre nosotros, las dudas, las inseguridades, las preguntas sin respuesta... se desvanece. Solo estamos él y yo.

Siento que mi respiración cada vez es más rápida. Me humedezco los labios mientras mi cuerpo se acerca más y más al suyo sin poder ni querer evitarlo. Él da un paso hacia mí. Mis dedos se deshacen de su agarre y poso ambas manos sobre su pecho, por lo que percibo

que el latido de su corazón es tan fuerte y desbocado como el mío. Él no se aparta, deja que mis dedos lo exploren. Su rostro se acerca al mío. El espacio entre los dos se hace inexistente y, en un gesto que es tan inevitable como necesario, su mano se dirige a mi nuca y me acerca todavía más a él. Cuando sus labios rozan los míos, ya sé que estoy perdida.

Estoy besando a Álex, y eso es lo último que debería hacer.

Capítulo 16



Claudia

Mis labios se abren ligeramente al sentir la presión de los suyos, permitiéndole el acceso a mi boca. En ese momento el mundo se para, y todo lo que queda es él, su respiración entrecortada, el calor de su cuerpo contra el mío. Su otra mano viaja despacio hacia mi rostro, me acaricia la mejilla con suavidad, y yo me dejo llevar por su sabor, por el tacto de sus labios en los míos, por lo que siento.

El beso se profundiza poco a poco y nuestras lenguas danzan al compás. Percibo el suave vaivén de nuestras respiraciones, que se sincronizan sin esfuerzo. Cualquiera diría que estamos usando un lenguaje propio, un lenguaje que solo nosotros podemos entender.

Por último, cuando nos separamos, lo único que oigo es nuestra respiración entrecortada.

—No sé si disculparme por esto o volver a besarte... —Sus palabras quedan suspendidas en el aire.

—Me temo que no estoy en disposición de tomar decisiones en este momento, pero mentiría si negara que estaba deseando que pasase.

Mis palabras son honestas, pero están llenas de miedos. No quiero que todo esto sea producto de un impulso. No quiero que el beso se

desvanezca como algo sin importancia.

—Joder, ven aquí —me dice justo antes de devorar mis labios.

Me besa con fiereza, como si el mundo fuera a acabarse, como si este fuese nuestro último beso y no el inicio de algo.

—Para, Álex, esto no está bien —le pido de pronto apartándome lentamente.

—Sé que no quieres que pase, ya lo dejaste claro hace años, pero no puedo parar de pensar en ti, Claudia. Soy incapaz de sacarte de mi cabeza. Para mí, aceptar que no puede ser no es suficiente. Para mí, esto no es solo un beso. No ha pasado porque sí. Esto —dice señalándonos a ambos—, esto ha estado aguardando durante tanto tiempo que, ahora que finalmente ha ocurrido..., no sé cómo actuar.

—Lo entiendo, y siento lo mismo, pero nuestra situación no es habitual, no es algo que...

—No están aquí. Aquí solo estamos tú y yo.

—Pero eso no quita lo que somos..., y si nuestras familias lo supieran...

—¿Y qué somos, Claudia? Tu abuela y mi abuela eran primas segundas, lo que quiere decir que tú y yo somos primos lejanos, primos en cuarto grado. No seremos ni los primeros ni los últimos primos tan lejanos que se lían. ¡Solo compartimos tatarabuelos! Respecto a nuestras familias, que yo sepa, la única que se opuso de forma frontal a lo nuestro cuando éramos unos quinceañeros fue tu abuela, y tu madre la secundó para no enfrentarse a ella..., y tu abuela, por desgracia, hace ya tiempo que falleció. Por otro lado, tampoco te estoy pidiendo matrimonio ni nada parecido. Sencillamente nos hemos reencontrado: vivimos en la misma ciudad, en el mismo momento..., y sintiendo algo que es la hostia, y no sé tú, pero yo no quiero negármelo.

Mis ojos se encuentran con los suyos, y por un instante no sé qué decir.

—Es complicado... —señalo al fin.

—Para mí no lo es. En todo caso no conviertas esta oportunidad de conocernos lejos de todo y ver qué podemos llegar a ser en algo prohibido. Porque no depende de nadie más que de ti y de mí.

—Solo nosotros.

—Solo nosotros.

Lo noto aliviado por mi respuesta. Se acerca de nuevo, sin prisas, y se queda mirándome unos segundos, como si estuviera esperando algo de mí. Cuando sus ojos se encuentran de nuevo con los míos, algo en su mirada cambia, se suaviza. Me agarra de la cintura y me aproxima a él.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —le pregunto con una media sonrisa.

Estamos tan cerca que su respiración se entrelaza con la mía.

—De momento, recuperar el tiempo perdido.

Y vuelve a fundir nuestras bocas, y me doy cuenta de que lo inevitable era que esto no pasase.

Capítulo 17



Álex

«No puedo creerme que por fin la haya besado». Eso retumba en mi cabeza de forma constante durante el trayecto hasta el coche. No quiero dejarla en casa, pero ambos necesitamos un respiro para que todo lo que ha pasado entre nosotros y la decisión que hemos tomado se asiente.

Sin apenas darnos cuenta estamos estacionados frente a su portal y nuestras miradas se encuentran.

—Gracias por la tarde de hoy, ha sido muy...

—¿Intensa? —le digo mientras la miro con una media sonrisa.

—Sí, podríamos decirlo así.

—Vamos hablando.

—Vamos hablando —repite; posa una mano en la manija del coche para abrir la puerta y salir, pero noto que no sabe cómo despedirse de mí.

¡A la mierda! La agarro del brazo y la atraigo hacia mi cuerpo. Vuelvo a tenerla a escasos centímetros de mi boca y no lo pienso, actúo.

—Tengo que irme, pero no quiero —confiesa al separar sus labios de los míos tras ese beso.

—Así al menos pensarás en volver a verme.

—Eso no lo dudes.

Su sonrisa es lo último que recibo antes de que salga de mi coche, dejando su aroma en el cubículo y su sabor en mi boca.

Veo como entra en su casa y pongo todo mi empeño en conducir en dirección a la mía y no dar la vuelta a medio camino para regresar y quedarme con ella.



Mi mente no para de recrear una y otra vez la misma escena. Sus labios, el leve temblor en mi mano cuando he rozado su mejilla, y la manera en que nos sonreímos después, como si hubiéramos cruzado una línea que ninguno de los dos esperaba, pero que al mismo tiempo se estaba haciendo cada vez más inevitable.

Hace un rato que he llegado a mi piso. Estoy tirado en la cama comiendo techo, hasta que no puedo más y salgo de mi habitación.

Rafa está en la cocina. Me sorprende que esté en casa, ya que no es que la pise demasiado. Tiene una taza de café delante y su portátil abierto en la mesa, como si fuera el CEO de una gran empresa en lugar del *freelance* que trabaja en pijama la mitad del tiempo.

—Buenas noches, tío —dice sin ni siquiera levantar la vista del ordenador—. Explicación de tu cara, por favor.

—¿Perdón?

—Tu cara. Es la de alguien que ha tenido una tarde interesante. Vamos, suelta el chisme.

Me sirvo un vaso de agua intentando no sonreír.

—No hay chisme.

—Mentira —me rebate mirándome—. Vamos, Álex, te conozco lo bastante como para saber cuándo estás actuando raro. ¿Es la chica esa? Claudia, ¿no?

Lo miro con la ceja levantada.

—¿Qué sabes tú de Claudia?

—Lo suficiente —sentencia antes de dar un sorbo a su café, disfrutando de su papel de Sherlock Holmes—. Cada vez que hablas de ella, haces esa cosa rara con las manos..., como si estuvieras sosteniendo algo invisible. Tío, quítate esa manía ya, es adorablemente patético.

Resoplo, pero no puedo evitar reírme.

—Vale, hemos compartido... un momento.

—¿Qué tipo de momento? —pregunta dejando el portátil a un lado.

—Un beso; ¿contento? Nos hemos dado un beso...

Rafa suelta un silbido bajo.

—¡Y mírate! ¡Viviendo en la gloria posbeso! ¿Qué viene ahora, galán? ¿Una serenata bajo su ventana? ¿Declaración en un puente con fuegos artificiales de fondo?

—¿Puedes dejar de ser tan idiota? Ha sido solo un beso.

Rafa me mira con escepticismo.

—Claro, «solo un beso». Y yo soy astronauta.

—Me voy a la cama, Rafael. Espero que seas capaz de dormir algo con tanta dosis de cafeína en vena.

—Buenas noches..., y preocúpate de tus fantasmas, que esta noche tienen nombre y apellido.

Vuelvo a mi habitación ignorando al zumbado de mi compañero y cojo el móvil. Y solo viendo el nombre en la pantalla ya tengo esta

sonrisa de tonto puesta en la cara. En serio, me estoy volviendo un moñas.

Creo que ese beso de despedida
me ha dado ganas de repetir.

Pues sí que debo de besar bien
para que tengas ganas tan pronto.

Creído...

No lo he dicho yo, ha sido todo cosa tuya. Di
hora y sitio, y soy todo tuyo.

¿Un café cuando salgas del trabajo mañana?

Perfecto. Será sobre las siete.
Te escribo cuando acabe de currar. Buenas
noches, Spiderwoman.

Buenas noches, Chaquetaman.

El apodo será una mierda, pero saber que mañana volveré a verla es motivo suficiente para sentirme un puto superhéroe.

Capítulo 18



Álex

En la consulta, la mañana transcurre como cualquier otra. No ha sido la noche que mejor haya dormido, pero, a pesar de eso, es uno de los días en los que me he levantado con más energía..., y puede que una morena de ojos color miel y unos hoyuelos increíbles sea la culpable de ello. Pacientes entrando y saliendo, cada uno con sus quejas y dolencias. Mercedes, una de mis pacientes más fieles, se sienta en una camilla y le ajusto la postura.

—Hoy tienes una sonrisa tonta todo el rato, chico.

—¿Qué sonrisa?

—La de alguien que ha encontrado a alguien. ¿Es eso o te ha tocado la lotería?

—Mercedes, si me hubiese tocado la lotería, dudo que estuviese aquí con usted... Coja aire y respire hondo.

Ella sonríe y cierra los ojos, pero sé que esta mujer disfruta haciéndome sentir incómodo.

—Entonces..., ¿cómo se llama la afortunada?

—Claudia, aunque diría que el afortunado soy yo.

Creo que ella se siente satisfecha con mi respuesta porque se calla y se queda medio dormida con el masaje, y eso que es de todo menos relajante.



La jornada laboral transcurre más lenta de lo normal, eso o son las ganas que tengo de que acabe. Cuando finaliza, voy a mi taquilla y me cambio rápido. Cojo el móvil y le mando un mensaje.

Ya he terminado.

Perfecto, ¿cómo quedamos?

Te paso la ubicación. Es ideal
para merendar o tomar un café,
y no está lejos de tu casa.



La cito en una cafetería pequeña del centro que me encanta. Es toda de madera y tienen un surtido de pasteles que es una puta pasada.

Entro en el local. Ella ya está aquí, con un café en las manos y esa sonrisa que parece que ilumina allá por donde pasa... Vale, sí, admito que estoy pasando de ser moñas a ser un tío que está muy pillado.

—No has tardado nada, me gusta —dice cuando me siento delante de ella.

—Ya te he dicho que estaba listo, a punto de salir de la consulta —respondo con una sonrisa.

Pido un té y una porción de tarta de queso. Me sirven y, mientras lo tomo, la conversación es fácil, fluida, pero percibo que hay algo que flota en el aire entre nosotros, como una pregunta sin responder. Finalmente, Claudia deja la taza de café sobre la mesa y me mira con esos ojos que pueden hacer que cualquiera confiese hasta su PIN.

—¿No me vas a decir que tenías muchas ganas de verme? —me pregunta provocándome con la mirada.

Parece que quiere que le regale los oídos.

—O me falla la memoria, o fuiste tú la que anoche me propuso quedar hoy...

—Y tú, por supuesto, te viste obligado a aceptar y has venido a regañadientes para no darme plantón, claro...

—No me gustaría que sufrieses.

—No te columpies, a ver si el que va a sufrir serás tú —me contesta con chulería mientras se acerca la taza de café a los labios de nuevo.

Sin esperárselo, la aproximo a mí, dejando nuestros rostros a unos centímetros. Le rozo su nariz con la mía y ella entreabre los labios como si me estuviese pidiendo a gritos que la besase, que la devorase entera, y yo no necesito invitación.

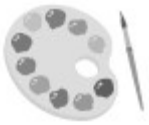
—¿Qué decías de columpiarme? —le digo en un susurro ronco mientras acaricio sus labios con los míos.

—Eres un creído que flipas —suelta a la par que una sonrisa se extiende por su boca.

—Tienes que cambiar tu repertorio de insultos o al final me lo voy a creer de verdad.

Ella se lanza y yo no puedo hacer menos que corresponder. Nuestras lenguas se encuentran y a mí ya me la suda dónde estamos. Me da igual si esto es una cafetería o si todo el mundo nos mira, para mí solo existe ella.

Capítulo 19



Claudia

No sé en qué momento ha subido tanto la temperatura en este local, solo sé que no puedo apartarme de Álex. Lo único que quiero es besarlo y perderme en él, y esa necesidad hace que no me entere ni de lo que estoy haciendo. De repente Álex se separa de mí y se pone serio.

—Claudia..., hay algo que quiero decirte desde hace un tiempo.

Su tono me vuelve a descolocar. Lo miro, esperando, mientras mi corazón late con fuerza. Hemos pasado de devorarnos a ponernos con temas trascendentales en cero coma.

—Cuando supe que te mudabas a Madrid, no pude evitar pensar en todo lo que dejamos pendiente. Siempre creí que tendría otra oportunidad de verte, pero los años fueron pasando y eso nunca ocurrió. Y ahora que estás aquí... no quiero dejar pasar la ocasión de estar cerca de ti.

Sus palabras me dejan sin aliento. No sé qué responder. Siento una mezcla de emociones: sorpresa, ilusión, miedo.

—Álex... —empiezo a decir, pero no sé cómo continuar.

Él levanta una mano, como si quisiera tranquilizarme.

—No tienes que responder nada. Solo quería que lo supieras.

Por un instante, el silencio se hace palpable entre nosotros. Fuera, las luces de la calle encendidas se reflejan en los cristales empañados de la cafetería.

—Gracias por decírmelo —declaro finalmente con una pequeña sonrisa.

Él asiente aliviado.

—¿Nos vamos? —pregunto, y vuelve a sonreír, pero esta vez con ese brillo pícaro en los ojos que siempre había sido tan suyo.

—Sí, vamos.

Nos levantamos, pagamos y salimos al fresco aire de la noche. Mientras caminamos uno al lado del otro, siento que algo está cambiando o que va a cambiar entre nosotros en poco tiempo; llamadlo «intuición», pero lo siento así.

Llegamos a mi portal y, como ya va siendo una costumbre, queda patente que ninguno de los dos quiere despedirse del otro cuando llega ese momento.

—Bueno, pues hasta aquí, ¿no?

—Hummm, esta puerta me resulta familiar, sí. Sin duda, este es mi portal, así que aquí termina nuestra...

—¿Nuestra?

Me río, porque ni yo misma sé dónde me estoy metiendo y siento entre ilusión y miedo. Si esto va a más, que tiene toda la pinta..., ¿cómo lo explicaremos?, ¿qué diré en casa?

De pronto siento que su mano me recorre la cintura y mi cuerpo reacciona, el vello se me pone de punta y mi respiración comienza a ser un caos. Pero... ¿qué me pasa con él?

Me besa y nuestras lenguas vuelven a danzar una con la otra, entrelazándose. Mientras tanto, su mano comienza a descender por mi espalda y, una vez que llega a mi culo, me aprieta contra él. Siento sus ganas, las mías, mi deseo y el suyo, muy evidente bajo

sus pantalones, y gimo..., y tengo claro que no quiero que pare. Me gustaría que subiese a casa y seguir con nuestra historia, dejando que pase el tiempo para ver a dónde nos lleva.

Me acaricia la cara con la otra mano, me coge del cuello, se separa y me susurra al oído:

—Eres preciosa, Claudia, eres jodidamente increíble. Y si te dijese todo lo que se me ha ocurrido hacerte en esa cafetería, no sé en qué lugar me dejaría..., pero es que no puedo tenerte cerca y no tocarte.

—Álex, sube conmigo a casa, no quiero que te vayas —le respondo agitada.

—¿Estás segura?

—Más que nunca.

Subimos las escaleras sin dejar de besarnos. ¿Sabéis esas películas de adolescentes en las que ninguno de los dos despega su cara del otro? Así me siento yo, nosotros.

Entramos en el piso intentando no hacer ruido, Amanda es lo último que me apetece ver en este momento.

Cierro la puerta de mi habitación tras nosotros y lo observo. Se ha quedado absorto contemplando mis cuadros mientras suelta en la mesilla de mi cuarto su cartera y las llaves del coche. La pasión del momento ha menguado, y lo entiendo, porque mi cuarto es como vivir un poco dentro de mi cabeza. Comprendo que flipe al ver todas las pinturas que hay por aquí desperdigadas, además de un montón de trastos y fotos. Es como verme a través de los ojos de otra persona, y su fascinación me llena por dentro.

—Clau, tienes que exponer esto. Es una maravilla —dice de pronto mientras contempla admirado un cuadro que hay en el suelo, apoyado contra la pared.

—Estaré satisfecha con que me llamen para trabajar en el Prado. No le pido más al universo de momento.

—No, claro que tienes que pedirle más. Nena, eres una artista y la gente tiene que ver tus obras, conocer tu talento.

—Álex..., algo me dice que tu opinión quizá no sea la más objetiva —le respondo al tiempo que pongo los ojos en blanco, en plan broma.

—No para todo el mundo vas a ser la mejor, pero para los ojos indicados siempre lo serás.

—Y ahora va a resultar que eres un entendido en pintura. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Con las personas equivocadas, porque no eras tú —me responde mirándome fijamente mientras me acaricia el pelo con una mano y con la otra me arrima a él.

Nuestros labios vuelven a colisionar y la intensidad del beso va subiendo sin que sepa cómo hemos llegado a la cama. Me recuesta sobre el colchón y sus manos me acarician por todas partes. Abro las piernas y él se coloca entre ellas. Noto su dureza contra mi pantalón y solo puedo pensar en toda la ropa que nos sobra. Necesito sentirlo.

Se separa de mí y me mira a pesar de que mi cuerpo quiere chillar por la distancia. Tiene la mirada más bonita que he visto, me hipnotizan sus ojos verdes. Me acaricia y lo acaricio, y no puedo apartar la vista del lunar que parece estar dibujado cerca de sus labios. Siento como su lengua húmeda juega con la mía, me muerde el labio y comienzo a gemir. Su mano baja por mi cuello mientras que la mía se pasea por su pecho. Me sube la camiseta y yo lo ayudo a quitármela y a quitarle la suya. Su cabeza empieza a bajar respirando hondo entre mi pecho, me desabrocha el sujetador con una sola mano y noto como el calor me sube a las mejillas. Toda su

atención va directa a mis pezones; los succiona, los lame, los saborea hasta ponerlos duros, y el placer que siento hace que esté muy mojada. Gimo y me retuerzo contra su polla, que cada vez está más dura entre mis piernas. Le desabrocho los pantalones, que acaban en el suelo junto a sus bóxeres, y comienzo a tocarlo a buen ritmo. Él gruñe y me desabotona los vaqueros.

—¿Estás bien? —me dice, y se muerde el labio.

—Sí, sigue —le respondo con la respiración agitada.

—Solo quiero asegurarme de que es lo que quieres, que lo disfrutes y estés a gusto —me contesta a la vez que sigue deslizando mis pantalones y mis braguitas por mis piernas, dejándome totalmente expuesta frente a él.

Estoy empapada, y es entonces cuando siento sus dedos dentro de mí mientras su cabeza desciende hasta estar a la altura de mi coño. Me besa allí donde más lo necesito y su lengua empieza a jugar con mi clítoris.

—Álex... —gimo extasiada.

Él no para, sus dedos y su lengua me exploran llevándome al límite. Mete y saca la lengua, y yo me retuerzo sobre la cama. Noto mi piel húmeda. Mientras me come se dedica con la otra mano a estimular mis pechos. Mete y saca los dedos más rápido; los siento empapados y yo estoy cada vez más al límite, excitadísima. Agarro fuerte las sábanas. Su lengua sigue trazando círculos, succiona, lame con suavidad y vuelve a empezar, llevándome a la locura con la maestría de su boca entre mis pliegues. Poco a poco me invade una sensación intensa, me voy acercando al orgasmo mientras él no para de jugar con mi sexo.

—Álex, me corro —jadeo, y gimo con fuerza.

—Hazlo, quiero notarlo todo.

Mi piel se eriza y llego al clímax, pero él continúa a pesar de que todo mi cuerpo está temblando de puro placer.

—Quiero sentirte dentro —le suplico al tiempo que me incorporo.

Acabo de correrme y mi cuerpo sigue teniendo ganas de él, creo que podría vivir y morir en una cama siempre que fuese él quien estuviese en ella conmigo.

Me mira a los ojos, se incorpora y deja su cuerpo completamente desnudo frente al mío. Lo miro y me inclino hacia él. La siento dura contra mi boca y, según me la voy introduciendo, le lamo, rozo la punta con los dientes y el hormigueo entre mis piernas crece en el momento en que él se tensa ante el contacto de mi lengua. Levanto la mirada. Sus ojos en blanco llenos de placer es lo que más cachonda me puede poner. Lo devoro hasta que él me separa con delicadeza.

—Joder, Claudia, o paras, o no voy a durar mucho.

—Quiero tenerte dentro —repito mirándolo a la vez que me muerdo el labio.

—¿Segura?

—Más que nunca.

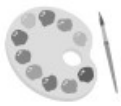
Con una destreza abrumadora, me tumba en la cama, estira el brazo hacia la mesita de noche y coge su cartera, se pone un preservativo en cuestión de segundos y noto como poco a poco se va metiendo dentro de mí. Gemimos los dos a la vez, su ritmo empieza a acelerarse y sus acometidas son certeras. Me siento invadida, plena, y voy siguiendo el ritmo con mis caderas. El placer se apodera de cada centímetro de mi cuerpo. Me besa, sin darme tiempo ni de respirar, me lame los labios, su lengua devora mi boca mientras su polla posee mi cuerpo. Lo besaría durante horas. Vamos acompasando nuestros movimientos en una danza caliente perfecta.

Cierra los ojos y continúa follándome. Le aprieto los brazos, me agarra del cuello.

—Eres preciosa, Clau —me regala a punto de correrse—. Joder...

Cierro los ojos y siento como llega a su culmen, y lo hago yo también. Su respiración se agita, gruñe y su cuerpo se tensa para, acto seguido, relajarse.

Poco después sale de mí, se retira el preservativo, lo anuda, lo mete en el envoltorio y lo deja encima de mi mesilla de noche. A continuación se gira hacia mí, me rodea con los brazos y me besa hasta que nos quedamos dormidos abrazados.



Noto un movimiento a mi lado y entreabro los ojos.

—Perdona, no quería despertarte. Justo iba a dejarte una nota. El caso es que me ha escrito Rafa, mi compañero de piso, y me he despertado. Dice que me necesita para no sé qué historia.

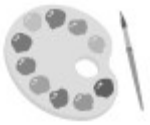
—¿De verdad tienes que irte? —protesto medio dormida.

—Sin duda eres la mujer más impresionante que he conocido y te tengo desnuda en una cama, no me lo pongas más difícil —dice besándome el cuello, la nariz y finalmente los labios.

—Mañana hablamos, entonces —susurro agarrándome a su cuello... y él cede en la postura y, sin quererlo, acabamos de nuevo fundidos el uno en el otro.

Lo siento por su compañero, pero tendrá que esperar un ratito más.

Capítulo 20



Claudia

El ruido empieza como un repiqueteo lejano, una especie de clac, clac que mi cerebro medio dormido no logra procesar. Palpo con una mano al otro lado de la cama y noto el hueco vacío. Mi cerebro va reaccionando poco a poco y recuerdo la noche de ayer. Álex y yo, y también recuerdo que se fue. Pero mis sábanas huelen a él todavía. El clac, clac pasa a ser un martillazo en toda regla que parece arrancar pedazos de mi cráneo, y abro los ojos de golpe.

—No puede ser —murmuro mientras me tapo la cabeza con la almohada.

Intento ignorarlo, lo juro. Pero cuando suena un taladro que bien podría estar agujereando una pared de mi habitación, me desespero.

Me levanto enfurruñada y voy directa a la cocina, donde Amanda ya está sentada, con su café delante y un aire despreocupado.

—¿Qué es ese ruido? —pregunto con voz de ultratumba.

—El vecino de arriba. Parece que está construyendo un cohete o algo así.

—¿Y estás aquí tan tranquila mientras yo siento que me perforan el alma?

—Estoy practicando la paciencia, querida. Me divierte verte enfadada por las mañanas.

Me sirvo un café y Amanda me observa con esa mirada que significa que va a hacer alguna de sus preguntas en cero coma...

—Y bien, ¿cómo fue la cita con Álex?

—Pues... acabó a las cinco de la mañana, en mi habitación, porque tuvo que volver a su piso.

—Ya decía yo que tenías cara de recién follada, pero no me quedaba claro si te lo habías montado con tu amiguito.

Amiguito: consolador que guardo en mi mesilla de noche.

—Desembucha, quiero detalles.

—Tía, no pienso ponerme a hablar de lo bien que folla Álex.

—Entonces bien, ¿eh? No veas con el primito...

—Oye, no lo llames así. Además, lo de anoche no quiere decir que sea algo serio, solo estamos dejándonos ir.

—Desde luego, y a gran escala.

—No ha significado nada —miento como una bellaca.

Amanda pone los ojos en blanco y se inclina hacia delante como si estuviera a punto de revelarme un gran secreto.

—Clau, tienes que ser honesta contigo misma. Estás coladita por él.

—No estoy... coladita.

—Claro que sí. Y diría que él también lo está por ti, aunque ninguno de los dos esté dispuesto a admitirlo.

Suspiro y le doy un sorbo al café. Justo en ese momento, el taladro vuelve a la carga, más fuerte que antes.

—Vale. Ya basta.

Deposita la taza sobre la mesa y se dirige a la puerta.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto.

—Voy a decirle al vecino que deje de convertir mi vida en un episodio de *Bricomanía*.

—Por favor, muéstrale tu encanto natural. Quiero oír como lo asustas.

—Claudia, no empieces.

Sigo a mi amiga discretamente —yo esto no me lo pierdo—, que sube los escalones con una mezcla de indignación y mala leche. Debe de tener sueño acumulado, a esta chica el no dormir le sienta fatal.

Cuando llega a la puerta la golpea como si su vida dependiera de que le abrieran de inmediato.

El vecino aparece después de que insista varias veces y, como buena cotilla que soy, lo escaneo desde la distancia. Alto, despeinado, con una camiseta blanca que parece de tres tallas más grande que la suya y sujetando un martillo.

—¿Quizá te estoy molestando? —le suelta a Amanda, como si no se percatara de su evidente estado de furia matutina.

Ella lo mira con incredulidad. ¿Por qué sonríe este tío si sabe que está siendo un incordio? Este chico no sabe con quién se está metiendo.

—¿Molestarme? No, en absoluto. Me encanta que me jodas el sueño al ritmo de tus martillazos. Es mejor que cualquier despertador —le replica mi amiga, directa e irónica... Como es ella, vaya.

Él se ríe. No es una risita que denote incomodidad, no. Más bien es una carcajada de esas que te hacen cuestionarte seriamente si estás siendo lo bastante intimidante.

—Lo siento. Estoy reformando el baño. Intentaré terminar antes del mediodía...

—Genial. ¿Y qué tal si paras un ratito y vuelves a la carga después de las diez de la mañana? Ya sabes, por cortesía vecinal.

—Tienes razón. Lo siento, en serio. ¿Puedo invitarte a un café para compensarte?

Veo que Amanda lo mira fijamente. ¿Un café? ¿Este chaval piensa de verdad que puede apaciguarla con cafeína?

—No necesito tu café. Necesito silencio.

—¿Silencio? Me lo pones complicado... Y sigo pensando que un café podría mejorar tu día.

Se me escapa una carcajada, Amanda se gira y yo me escondo en las escaleras enseguida. Lo que me faltaría sería que esta mujer me pillara cotilleándole su historia con el «vecino ruidoso».

—Gracias, pero no. Lo único que quiero, por favor, es que seas más silencioso.

—Entendido, jefa. —Sonríe de nuevo, como si acabara de ganar alguna especie de juego.

Bajo corriendo los escalones para evitar que me pille y descargue su ira delante del vecino. Cuando entra en casa, me mira con cara de pocos amigos y los brazos cruzados.

—¿Y bien?

—Es un pesado.

—Pero, al menos, ¿te parece guapo?

—¡Claudia!

—Sabes que sí, que tengo ojos y lo he visto.

—Serás cotilla... —me recrimina mientras se sirve otro café.

—¿Sabes? Creo que deberíamos invitarlo a cenar —suelto con sorna.

—¿Qué?

—Sí. Yo cocino, tú finges ser amable y, luego, le decimos que no vuelva a tocar un martillo en su vida.

—Estás loca.

—Para nada...

—Ni de coña voy a invitar a ese tipo.

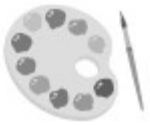
—Anda ya, al final verás qué romance de vecinos guay vamos a vivir en esta casa.

—El único romance que se va a vivir aquí es el tuyo con Álex, que estás enamorada hasta las trancas.

La miro tratando de mantener mi dignidad intacta, pero ella simplemente se ríe.

De todos modos, sé que Amanda no lo va a admitir, al menos de momento, pero tengo claro que una pequeña parte de ella está intrigada por el vecino de arriba.

Capítulo 21



Claudia

Suena mi teléfono, voy corriendo a cogerlo y veo en la pantalla que se trata de un número muy largo. Descuelgo.

—Hola. ¿Claudia?, soy Patricia Martín —me dice una voz femenina al otro lado de la línea.

—Hola, Patricia. Sí, soy yo.

—Me alegro de saludarte. Te llamo desde el Museo del Prado, por la entrevista que te hice hace unos días. Me alegra comunicarte que, si todavía estás interesada en el puesto, nos encantaría contar contigo para cubrir esa vacante.

—¿En serio? ¡Qué ilusión!, por supuesto que sí. ¿Cuándo empiezo?

—Ven mañana a las nueve, firmas el contrato y concretamos horarios y demás.

—Fenomenal, allí estaré. Muchas gracias por la oportunidad, Patricia.

Cuando cuelgo, salgo al pasillo y corro hacia el salón para contárselo a Amanda, ¡esto es un notición!

—¡¡¡Amandaaaaa!!! —chillo emocionada.

—¿Qué pasa, pirada? ¿Estás bien?

—Mejor que bien. Neni, me han cogido para el curro en el Prado.

—¡¡¡Felicidades, Clau!!! Joder, esto sí que es una buena noticia. ¿Se lo has contado a Álex?

—Todavía no, me lo acaban de decir ahora mismo.

—Hoy salimos a celebrarlo, ¿no?

—Ni hablar, que mañana a las nueve tengo que estar allí.

—Tía pesada..., que sí... Hace unos años no habrías dicho que no a una fiesta ni por una operación de alto riesgo.

—Amiga, a eso se le llama «madurar», y algún día te tocará a ti.

Estoy deseando contárselo a Álex. Sé que se va a poner muy contento por mí. Busco su número en los contactos, marco y espero.

—Hola, Clau. ¿Qué tal?

—¡Me han cogido!

—¿Sí?

—¡¡¡Síííí!!!, estoy feliz.

—Ostras, Claudia, te lo mereces. ¿Cuándo empiezas?

—Mañana a las nueve tengo que estar allí —contesto emocionada.

—Lo sabía, eres una crac. Confiaba plenamente en que el puesto sería tuyo.

—Gracias, Álex. Me encanta que todos confiéis más en mí que yo misma.

—Eso lo vamos a solucionar rápido. ¿Te apetece que lo celebremos en mi piso? Estará Rafa, por lo que podría venir Amanda también y así me la presentas.

—Me he imaginado otro tipo de celebración al entrar en la ecuación tu piso, tú y yo.

—No me tientes, que no será por falta de ganas. —Su tono ha cambiado a uno más sugerente—. Pero esa celebración tendrá que esperar porque no estoy solo hoy...

—Vaaale, pero algo sencillo, que soy una adulta responsable que mañana tiene que madrugar para llegar a su curro puntual y en

plena forma.

—De acuerdo, señorita responsable. Nos vemos esta noche, y te deberé otro tipo de celebración... —suelta mientras se ríe.

—Pues cuidado con esas deudas, que yo me las cobro todas. Hasta luego —le digo entre risas cómplices.

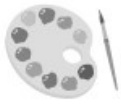
Me voy al salón, donde está Amanda. Esta noche tenemos plan.

—Álex me ha propuesto que vayamos a su piso a celebrar lo de mi nuevo curro. Estará Rafa también.

—¡Anda! ¿Ahora ya no nos importa madrugar? Pensaba que habías madurado, eras adulta y blablablá...

—Qué idiota eres... ¿A las ocho allí?

—Dale.



Son las ocho y estamos en el portal de Álex. Estoy nerviosa y no entiendo por qué. Cualquiera diría que hace mucho tiempo que no lo veo..., pero da igual, sigo teniendo el gusanillo antes de verlo y, no, no me hace gracia. Es cierto que soy una romántica, pero sentir que el estómago me da un vuelco cada vez que lo voy a ver me quita el hambre, y eso me enfada.

—Tía, ¿qué mierda le pasa al ascensor de este edificio?

Amanda y su paciencia, ya la vais conociendo.

—Pues no sé, que irá más lento que otros...

—¿Lento? Lenta era la trilogía de *El Señor de los Anillos* en su versión extendida. Este ascensor es una ruina, vamos por las escaleras.

Efectivamente, nos bajamos en la primera planta. Menos mal que esta gente vive en un segundo, llega a ser el ático y, entre mis

nervios y esta chavala, hubiese acabado vomitando en cualquier rellano. Llegamos a la puerta y Amanda llama al timbre; entre lo del ascensor y esto, cualquiera diría que la que tiene el rollito en esta casa, y prisa por verlo, es ella.

—Bienvenidas, chicas —nos dice Rafa mientras abre la puerta.

No lo conozco todavía, pero está claro que es él por descarte.

—Hola, yo soy Amanda. Tú eres Rafa, ¿no? —se presenta mi amiga dándole dos besos.

—El mismo que viste y calza. Encantado, Amanda. Pasad. —Sus ojos se posan en mí—. Y tú eres la famosa Claudia.

—Famosa, no sé, pero Claudia sí soy —contesto con una sonrisa.

Me gusta este chico.

—Encantada de conocerte, corazón.

—¿Dónde dejo esto? —pregunta Ami mostrando la botella de vino que hemos traído.

—Así da gusto invitar a alguien a cenar, oye. ¿Y este vinito? —responde Rafa cogiéndolo para dirigirse a la cocina y meterlo en la nevera mientras lo seguimos.

—Ya ves..., una siempre viene preparada.

—No olvidéis que va a ser una cena tranquila... —digo con un hilo de voz.

—¡¡¡Que mañana trabajo y madrugo!!! —suelta Amanda con cara de «Qué coñazo eres», y Rafa se ríe abiertamente.

—Pues sí.

—Oye, cortaos un poco —me defiende Álex, que acaba de llegar a la cocina, donde estamos todavía—. Hola, enana —me dice mientras me pasa la mano por la cintura para acercarme a él.

—¿Ya estás ejerciendo de superhéroe, defendiendo a las chicas desvalidas? Y eso que ahora no llevas chaqueta.

Sí, no me pasa desapercibido que este hombre va en camiseta, y sus brazos son la casa en la que quiero vivir.

—Para ti, siempre.

Le presento a Amanda, aún no se conocían, se saludan con dos besos y unas bromas y nos movemos al salón y nos sentamos en el sofá, que está pegado a la ventana. La verdad es que la estancia es austera, no hay demasiados trastos ni decoración. Se nota que es un pisito de «batalla» en el que imagino que ninguno de los dos pasa demasiado tiempo. Me siento al lado de Álex y él me pasa un brazo por los hombros y me susurra al oído:

—Me moría de ganas de verte, señorita «guía».

Lo miro y, sin querer, me pierdo en sus ojos esmeralda; tiene una mirada infinita. Si algo tengo claro es que no quiero estar lejos de esa mirada, nunca.

—Bueno, ¿qué? ¿Una copita? —pregunta Rafa al tiempo que deja la tabla de quesos más perfecta que he visto en mi vida sobre la mesita.

—Eso, eso —contesta Amanda—. Oye, si estos dos pájaros acaban juntos, me pido cambiar de compi de piso y quedarme contigo.

—Acepto la oferta, cielo. Siempre he pensado que me he equivocado de compañero de piso.

—Me pasa lo mismo todo el rato... —suelta Amanda riéndose a carcajadas.

—Os estamos oyendo, ¿eh? —les recrimino mirando a mi amiga como si fuese un mosquito al que asesinar a las tres de la mañana. Cojo un trozo de queso y me llevo la copa a los labios—. Venga, Rafa, cuéntanos algo de ti, que a esta sinvergüenza la tengo muy vista. ¿Trabajo, pareja?

—Soy un alma libre, cariño —me responde guiñándome un ojo.

—Un chico como tú no puede estar soltero —replico.

—Al revés, un chico como yo tiene que estar soltero —me rebate riéndose—. El mercado está fatal, cari. Una noche sí; dos, ya no.

—¿Eres de esos? —indaga Amanda chocando con él la copa de vino para brindar—. Yo opino que los hombres son como los clínex: usar y tirar, mi vida.

—Qué malos sois... —les digo mirándolos fijamente.

—Lo sabemos —dice Amanda riéndose.

Álex y yo no les hacemos mucho caso porque estamos en nuestra nube. Me sirve otra copa de vino y luego me acaricia la pierna. Me sube el calor solo con su roce.

—Álex...

—Dime —me susurra al oído.

—Como sigas así nos vamos a tener que ir al baño.

—¿Y cuál es el problema?

Rafa empieza a hablar de Grindr, del que lo conoce todo. La verdad es que, por lo que cuenta, es un mundo aparte. Amanda y él están catalogando a tíos como si fuesen calcetines y se descojonan de risa.

—Amanda, ¿me lo follo? —le pregunta Rafa señalándole la foto en esa app donde se ve a un rubio que es un híbrido entre Thor y Tom Cruise en *Entrevista con el vampiro*, peliculón si me preguntáis.

—Yo digo sí —contesta ella guiñándole un ojo.

—Amanda, ¿por qué no les cuentas que tienes un proyecto entre manos en ese sentido? —comento para picarla un poco.

—¿Yo? —responde Ami con la mirada clavada en mí.

—Sí, tú —insisto mientras la miro igual de desafiante—. Un vecino buenorro que despierta pasiones... —añado.

—Tenemos un vecino que es un plasta, fin de la historia —suelta tajante.

—Tus resúmenes me vuelven loco —comenta Álex con ironía.

—Ojo, que si quieres hablamos de cómo os lo montáis en casa, que aquí, si hay que cascar, cascamos todos, ¿eh, guaperas?

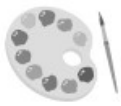
—Pido perdón, señoría —dice Álex levantando las manos.

—Oye, pues si es un vecino que está cañón, ya puedes ir invitándome a tu casa para que cate culo —interviene Rafa.

—Cielo, tú para venir a casa no necesitas invitación.

—Oído, cocina —indica chocando la copa con mi amiga.

Hemos juntado a dos monstruos.



Después de la cena, un millón de risas y demasiados momentos en los que Álex me pone a cien, doy por finalizada la velada. Me quedaría aquí mil horas más porque estoy súper a gusto, pero sé que, como siga liándome aquí con copas de vino, mañana se va a levantar Rita.

—¿No quieres quedarte? —me propone Álex mientras me acompaña a la puerta.

—Pues claro que quiero quedarme —contesto mirándolo—. Pero mañana quiero estar bien descansada, y tanto tú como yo sabemos que lo de dormir no se nos iba a dar bien hoy...

Le paso los brazos por el cuello y él me estrecha contra su cuerpo.

—¿Y no hay alguna forma de que te haga cambiar de opinión? —me dice rozándome los labios mientras aprisiona mi cuerpo con el suyo contra la puerta.

—Nada, de nada, señor Fernández.

—Joder, cómo me pone cuando me llamas así.

A continuación me devora la boca, con ansia y sin pausa. Nuestras lenguas juegan una con la otra como si librasen una batalla para ver

quién puede más..., y yo podría perderme en sus brazos. Su mano desciende hasta el final de mi espalda, donde me agarra el culo con firmeza.

—Venga..., alegría para todo el día. ¡Id a un hotel, joder! —exclama Amanda sacándonos del trance en el que nos encontramos —. Te espero abajo, babosa.

Nos apartamos, abre la puerta y sale al descansillo.

—Espera, que te acompaño hasta el portal —dice Rafa saliendo tras ella.

Nos miramos cuando ya no los vemos y nos reímos. Álex vuelve a acercarme a él y posa de nuevo sus labios sobre los míos, más calmado. Este beso es más tierno; ya no habla de ganas, habla de otra cosa.

—Hoy te dejaré ir, pero nos debemos un polvo, o varios, y me dijiste que tú te cobras las deudas, pero te aseguro que yo, con las ganas que te tengo, me las cobraré con intereses.

—Me gusta lo que oigo.

Me despido, bajo y mi amiga y yo nos vamos a casa. Amanda lleva un pedo que flipas, espero que aguante todo el viaje en el Uber. Me siento orgullosa de mi responsabilidad, aunque me está dando mucha envidia la tía esta.

Al llegar al piso, paso por el baño, me pongo el pijama y me meto en la cama. Justo entonces me vibra el teléfono sobre la mesilla de noche.

Descansa, Clau. Mañana lo harás genial, sueña bonito.

Veo el mensaje y sonrío.

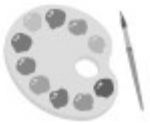
Descansa tú también, mañana tienes pacientes a los que atender con esas manos. Sueña bonito.

No voy a decirte lo que me gustaría
hacer ahora mismo con estas manos... Hasta
mañana.

Hasta mañana, señor Fernández. ❤️

Sonriendo, me quedo dormida enseguida.

Capítulo 22



Claudia

Son las nueve en punto cuando cruzo las puertas del museo. Es realmente impresionante y de inmediato me siento sobrepasada al ser consciente de que, a partir de hoy, en mi día a día voy a estar rodeada de obras pictóricas nacionales y europeas increíbles, de las mejores del mundo.

Mi trabajo como guía no será solo un empleo, sino que también me permitirá mantener una conexión profunda con el arte. Desde *Las meninas* de Velázquez hasta el enigmático *Jardín de las delicias* de El Bosco, cada obra tiene una historia que contar.

En recepción me indican a dónde tengo que dirigirme, porque les consta que me están esperando. Las luces fluorescentes, frías y brillantes, iluminan una serie de puertas cerradas cuando me adentro en un pasillo. Estoy un poco nerviosa. En algunas de ellas hay un cartel en el que se puede leer SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Avanzo por el silencioso pasillo hasta la puerta que me han indicado y llamo con los nudillos. Me abren y me llega un murmullo de conversaciones y teléfonos sonando, una mezcla que me indica que es un lugar con vida pero no excesivamente concurrido. Nada que

ver con el ir y venir del montón de visitantes que acostumbran invadir las salas de exposiciones.

Me piden que me siente frente a un despacho y enseguida vienen a buscarme.

—Buenos días, Claudia, ¿cómo estás?

—Buenos días, Patricia. Con ganas de empezar.

—Esa es la actitud —me responde con una sonrisa, con la que salen a relucir sus perfectos dientes blancos.

Patricia me hace pasar a su despacho, nos sentamos y revisamos el contrato (horas semanales, condiciones laborales, uniforme, sueldo...) y, tras firmar, me propone hacer un *tour* por los distintos departamentos, para que tenga una mínima idea de cómo funciona todo esto.

Justo al salir de su despacho, nos cruzamos con un hombre que ronda los cuarenta años. Aunque es bastante atractivo, sin tener muy claro por qué me provoca un rechazo inmediato... Tal vez sea por esa forma de escanearme, no sé. Se nota que este hombre se cuida, porque está en forma y tiene un aspecto impecable. Su mirada es profunda, incluso demasiado, y de pronto me da la sensación de que me está desnudando con los ojos, lo que me provoca un escalofrío.

—Buenos días, Ricardo. Mira, te presento a Claudia Castro, un nuevo fichaje. Empieza hoy como guía, sustituyendo a Juliette. Claudia, te presento al director del museo, Ricardo Mejía.

—Hola, Claudia. Encantado de conocerte. —Me sonríe y se humedece los labios.

—Buenos días, señor.

—Ricardo, llámame Ricardo, y tutéame..., que no soy tan mayor —me pide... ¿guiñándome un ojo?

Francamente, no entiendo muy bien el comportamiento de este hombre, aunque yo soy desconfiada y tal vez él sea muy cercano con todo el mundo.

—¿Así que hoy es tu primer día?

—Sí.

—Seguro que encajarás muy bien aquí —dice esbozando una media sonrisa y echándome un repaso.

—Espero cumplir con las expectativas —es todo lo que soy capaz de contestar. Estoy un poco cortada, la verdad.

—Estoy seguro de que así será, y si tienes algún problema no dudes en venir a ver...

—Bueno, Ricardo, tenemos que irnos. Nos disponíamos a dar una vuelta por los departamentos, para que se vaya ubicando y conozca a sus compañeros —lo corta Patricia con su seguridad aplastante.

—Suerte en tu primer día, Claudia. —Se despide dándome un apretón de manos que me provoca repelús.

—Gracias —le digo intentando sonar profesional.

—Sígueme, Claudia —me indica Patricia enfilando por un larguísimo pasillo con esculturas a cada lado y vigas decoradas de mármol verde.

El ambiente es frío y quizá por ello los trabajadores aquí intentan mostrarse tan cercanos, me digo.

Entramos en una sala con una mesa enorme que la ocupa casi por completo y en la que muchas personas están trabajando en el más absoluto silencio.

—Este es el Departamento de Curaduría. Es el área encargada de investigar, estudiar y seleccionar las obras de arte que forman parte de la colección del museo, así como de planificar y organizar las exposiciones. Normalmente están especializados en diferentes ámbitos: arte medieval, contemporáneo, europeo...

—Vaya, cuántas funciones en un mismo equipo.

—Bien cierto, te sorprenderías —contesta Patricia con una media sonrisa.

—¿Eres nueva? —me pregunta una chica rubia más bien baja pero con una energía que parece llenar el espacio.

—Hola, sí.

—Qué bien. ¿Trabajarás en este departamento?

—Hummm, no... Me da que yo solo soy una guía rasa —digo abrumada por la situación.

—Bueno, mujer, así empezamos la mayoría. Si necesitas cualquier cosa, búscame. Me llamo Emma.

—Encantada, Emma, y gracias. Yo soy Claudia.

Emma me cae bien al instante. Necesito saber quién es su peluquero porque ese rubio platino me ha enamorado. Lleva unas grandes gafas que le cubren prácticamente toda la cara. Son «del rollo»..., ya sabéis, modernitas y excéntricas; le dan un aire de persona que no tiene miedo a destacar, pero que a la vez transmite una sensación de timidez que me hace mucha gracia. Su voz es dulce, aunque habla rápido y con entusiasmo. Demuestra seguridad. Me gusta.

—Estoy segura de que disfrutarás trabajando aquí, ya verás —me dice con una enorme sonrisa—. Tal vez te cueste un poco al principio, como a todos cuando somos nuevos, pero luego lo tendrás todo bajo control.

Qué chica tan maja, oye, así da gusto.

—Eso espero.

Patricia sigue con su ruta por el museo, dándome un montón de *tips* y contándome todo tipo de curiosidades de mi nuevo puesto laboral. Subimos una planta en el ascensor y, al salir, hay una puerta

en la que se lee DEPARTAMENTO DE CONSERVACIÓN. Qué pasada poder trabajar en esa área... Lo siento, soy una friki.

—Vaya, así que eres de esas a las que el Departamento de Conservación las llama a gritos, ¿no? —me dice Patricia mientras me estudia detenidamente.

Parece que mi lenguaje no verbal ha hablado por mí.

—Me llama la atención, culpable.

—Ellos se dedican a la protección y conservación de las obras, así como a su restauración. Su función es preservar y mantener las obras en buen estado —me explica, algo que ya sé, mientras abre la puerta para que pueda verlo por dentro.

—Hace fresco aquí... —comento, y me froto los brazos.

—Aquí suele ser así. ¿Seguimos?

—Sí, claro. Tú mandas.

—Si recuerdo bien, tienes veinticuatro años, ¿verdad, Claudia?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, por charlar de algo y empezar a conocernos un poco.

Patricia aparenta unos cuarenta bien llevados. Tiene el pelo corto y oscuro, con un corte impecable y perfectamente peinado. Su mirada transmite de todo menos inseguridad. Esta mujer tiene estilo y mucho, derrocha saber estar y parece que está programada para estar lista en cualquier reunión al minuto.

—¿Tú desde cuándo trabajas aquí, Patricia?

—Desde hace unos diez años. Empecé como administrativa de personal en mi departamento, pero la verdad es que no tardaron mucho en ascenderme, y no han dejado de hacerlo.

—Vaya, qué suerte.

—La suerte no existe, Claudia, el trabajar duro, sí.

—Tienes razón. Espero aprender muchísimo aquí.

—Haremos lo posible para que así sea... —me dice con una sonrisa—. Y aquí tenemos el Departamento de Educación y Mediación.

—¿Todas las salas aquí son tan grandes?

Patricia se ríe y comienza a hablar con un chico que huele muchísimo a un perfume de Christian Dior y lleva unos anillos más grandes que mis dedos.

—¿A quién nos traes por aquí, Patri?

«¿Patri? Pues sí que se tienen confianza».

—Se llama Claudia y es una nueva compañera. Empieza hoy en tu equipo.

—Bienvenida, entonces.

—Gracias...

—Jesús, me llamo Jesús, y soy el coordinador general de Educación del museo. Para que te hagas una idea, coordino el diseño y la gestión de los programas educativos para escolares y docentes, visitas guiadas, talleres, conferencias...

Este hombre se aleja mucho de ser atractivo, tiene un poco de barriga y el pelo algo despeinado. Sin embargo, su actitud relajada y que parece afable y simpático me gustan. Además, está siendo muy amable conmigo.

—Así que vas a ser mi jefe directo, ¿no?

—Efectivamente, este es tu departamento —responde él.

—Estarás muy a gusto aquí —comenta ella.

—¿A que sí? —le dice Jesús mirándola—. Generar un buen ambiente laboral es básico para todos nosotros, y no hablo solo de este departamento.

—Y tanto... Es una política de empresa. Si los trabajadores están contentos, redunda en beneficio del museo —afirma Patricia.

Flipo con el buen rollo que hay en este lugar.

—Cuanto más sé de mi nuevo puesto de trabajo, más me entusiasma haberlo conseguido —digo sincera, y Jesús y Patricia se ríen.

—Gracias, Claudia. Ya lo irás viendo, pero te puedo asegurar que esto es una segunda familia.

Charlamos un rato más los tres, y debe de verme cara de saturada porque me propone hacer un *break*, que acepto encantada.

Nos despedimos de «mi jefe» y nos dirigimos a la cafetería mientras trato de asimilar toda la información que me han dado hasta el momento. Tomamos juntas un café y luego me explica que tiene que pasar por su despacho para hacer unas llamadas antes de continuar, así que decido salir a que me dé un poco el aire.

Ya fuera miro el teléfono y veo una llamada perdida de Amanda. Marco su número.

—Tía, ¿cómo te va? —pregunta con curiosidad.

—Pues tengo demasiada información en la cabeza, pero en general la gente está siendo agradable conmigo.

—Bien, poco a poco. No te exijas demasiado de primeras que nos conocemos.

—Que sí, no te preocupes. Lo único que me raya un poco es que he conocido al director general y ha sido un poco raro todo, me he quedado con una sensación extraña.

—¿El director del Museo del Prado?

—Hummm, sí, tía.

—Joder, qué fuerte. El primer día y codeándote con el jefe supremo.

—Tengo que dejarte, debo volver a entrar.

—Dale.

Miro si tengo algún mensaje de Álex y, efectivamente, me ha escrito.

Espero que el día te esté yendo genial, Clau.
Avísame si tengo que ponerme
la capa e ir en tu busca.

En cuanto lo leo me sale una sonrisa. Quiero llamarlo, pero no me da tiempo, debo entrar ya. Así que le contesto con un mensaje rápido.

Todo bien, Chaquetaman.
Mucha info, pero contenta.

Y entro en busca de Patricia.

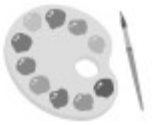
Seguimos haciendo el *tour* y vemos todos los departamentos habidos y por haber. De verdad os digo que nunca me imaginé que hubiese tantos. Que si departamentos de exposiciones, comunicación y marketing, administración y finanzas, seguridad, mantenimiento y voluntariado.

A la una me despido de Patricia hasta el día siguiente y me voy caminando con un popurrí *heavy* en la cabeza. Estoy muerta y lo único que me apetece es llamar a Álex y contarle detalladamente mi mañana. Ha sido demasiada información de golpe, ya que he estado solo cuatro horas en el museo en lugar de lo que va a ser mi jornada laboral completa, pero, vaya, suficiente para un primer día..., en el que me han presentado a más personas que en todo este tiempo que llevo viviendo en Madrid y me han enseñado cada sala y recoveco de mi futuro lugar de trabajo.

Necesito desconectar y montarme mi propia peli durante unos minutos, así que saco los cascos y le doy al *play.* En cuanto empieza a sonar «Iris», de Goo Goo Dolls, parece que todo va encajando en su sitio.

Parte 2
La aventura comienza donde el miedo termina

Capítulo 23



Claudia

Han pasado un par de semanas desde que entré a currar en el museo, y me siento muy cómoda. Los grupos de visitantes son bastante majos y me hacen el trabajo agradable. Sí pillo alguna cara de aburrimiento por parte de los escolares, pero no me desanimo e intento hacerlo lo más dinámico que puedo, ya que las valoraciones de después cuentan y quiero muchas estrellas en mis comentarios.

Según pasan los días voy integrándome cada vez más con todo el personal, y algunos de los que en un inicio eran compañeros pasan a ser «colegas» y las salidas del curro se están convirtiendo en momentos de cervezas y charlas. Ellos dicen que esas quedadas son como el reconocimiento que nos merecemos por el esfuerzo y el día trabajado (me río). A mí me viene genial porque, al estar en departamentos distintos, esos ratos en común fuera del museo hacen que nos conozcamos mejor y que ir a trabajar sea más llevadero.

Además, he entablado amistad con Emma, la chica que conocí en mi primer día, y con otra chica que se llama Carol. Con esta última comparto metros cuadrados al mismo tiempo en el museo; con esto quiero decir que mientras yo guío a un grupo ella hace lo mismo con

otro. Hacemos buen *team*. ¿Algo positivo sobre ella? No necesita banderita como yo para que se la vea. Es alta y de pelo muy rizado color azabache, la tía lo tiene todo para ser modelo. Si me tocara como guía, me quedaría hipnotizada y eclipsada por ella, y no por lo que estuviese contando, sino por sus grandes ojos azules.

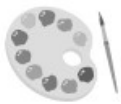
—Oye, Claudia, ¿quieres venirte con nosotros? —me pregunta Emma asomando la cabeza por la puerta. Estoy recogiendo todas mis cosas, ya que acaba de terminar mi turno.

—¿Cuál es el plan?

—Pues no lo tenemos muy claro. Tomaremos unas cerves e improvisaremos sobre la marcha. Venga, no seas rancia, que seguro que lo pasamos bien.

—Venga, me apunto. Recojo esto y voy —le contesto rápidamente.

Estoy muy cansada, pero me anima que quieran integrarme de esta manera.



Me llevan a un conocido bar en el madrileño barrio del Pilar llamado Casa Pepe, también conocido como Pepe, el Guarro. La decoración es la típica de los locales castizos de antaño, con una barra de madera oscura con azulejos, y este tiene incluso una vitrina pequeña con una Virgen y el niño Jesús rodeada de peluches gigantes. El plato más famoso de aquí son las alitas de pollo.

—Oíd, chicos, me gusta este sitio —les digo mientras nos instalamos en una mesa.

—¿Verdad? Nosotros, siempre que podemos, venimos y nos ponemos al día.

—El *networking* mejor montado del mundo. Un bar de tapas mítico madrileño.

—Bueno, Claudia, nos gustaría conocerte un poco mejor —se dirige a mí Bernardo, un chico pelirrojo del Departamento de Recursos Humanos—. Por ejemplo, ¿tienes pareja?

Vaya por Dios..., la pregunta. Desde que vivo en Madrid y me he reencontrado con Álex nadie me la había planteado hasta ahora, ya que me relaciono solo con Amanda y Rafa fuera del trabajo..., y ellos viven el día a día de nuestra historia. Bueno, he quedado un par de veces también con mi amiga Laura desde que me encontré con ella, pero en esas ocasiones más bien nos dedicamos a recordar nuestra vida universitaria. Volviendo al tema: ¿qué respondo? Si digo que no, siento que estoy faltando a la verdad, pero, si digo que sí, quizá sea tirarme demasiado pronto a la piscina.

—¿Clau? —interviene Carol al ver que no abro la boca. Ella y Emma, con las que mejor me llevo, algo se huelen porque Álex ha venido a buscarme en alguna ocasión.

—Eeeh, perdón... Bueno, sí, tengo pareja —respondo un poco presionada.

Ostras, lo he dicho.

—¿Y cómo se llama? —Bernardo otra vez.

—Álex.

—¿Y a qué se dedica? —me pregunta Carol después de pedir una ración de alitas de pollo para todos.

—Es fisioterapeuta. No tiene nada que ver con nuestro mundo.

—Bueno, yo diría que sí tiene que ver —replica Emma de inmediato.

—¿En qué? —contesto intrigada.

—Pues un fisio, evidentemente, debe tener conexión con el cuerpo humano y el artista lo mismo. En cuanto al trabajo manual, más de

lo mismo: la atención a los detalles... —me responde con entusiasmo de nuevo.

—No lo había pensado así —le digo antes de darle un sorbo a la cerveza que acaban de servirnos.

—Pues claro, tía, la paciencia, la perseverancia... Tengo argumentos más que de sobra para demostrártelo —continúa, y luego las dos brindamos.

De verdad que el poder de convicción de Emma me deja asustada.

—Tranquila, ya me has convencido con el primer argumento.

La tarde transcurre tranquila, sin más preguntas incómodas, y a eso de las ocho decido que es buena hora para irme. No he mirado el móvil en toda la tarde y debo de tener a mi gente preguntándose dónde me he metido, o eso espero.

—Chicos, me lo he pasado genial, pero me retiro ya —me despido mientras me levanto con la idea de acercarme a la barra y pedir que me cobren mi parte.

—¿Ya? Tía, quédate un rato más. Seguramente saldremos luego de fiesta. ¡Es viernes!

—Otro día me apunto encantada, pero hoy tengo otros planes...

—Que seguro tienen nombre y apellido, pillina —suelta Carla, del Departamento de Conservación, guiñándome un ojo.

—Quién sabe... Nos vemos el lunes.

En cuanto piso la calle cojo el teléfono para llamar a Álex. Me da que mis compañeros no se aburrirán esta noche y acabarán en una mañana de resaca apoteósica..., pero que no cuenten conmigo. Aún no he concretado nada, pero mi noche sí tiene nombre y apellido.

—Hola, Clau. ¿Qué tal? —responde casi al primer tono.

—Hola, señor Fernández. Pues he ido a tomar algo con los del curro al salir del museo y ahora voy camino a casa. ¿Te apetece que quedemos?

—Bueno..., es que Amanda ha escrito por el grupo.

—¿Qué grupo? —pregunto extrañada. No sé de qué me habla.

—Lo ha creado esta mañana. Su amiga Mónica viene a pasar unos días a Madrid, se ve que ha sido algo improvisado, y nos ha propuesto salir esta noche de marcha.

—Me gusta la idea.

—¿En mi casa a las diez?

—Hecho.

No contaba con Mónica este fin de semana; llevo tiempo sin verla y me apetece saber cómo está y qué es de su vida. Estudió en el colegio con Amanda, son amigas de toda la vida y es una chica alegre y fiestera a partes iguales... y eso me hace caer en la cuenta de que se vienen unos días intensos.

—¡Ya estoy aquí! —grito desde la puerta para que Amanda me oiga.

—¡Baño! —me grita ella también.

De momento no se ha quejado ningún vecino, pero somos bastante verduleras; esta casa parece un *after* con megáfono o un mercadillo en hora punta.

—Pedazo cabrona, hago un grupo con tu «novio/no novio», lo que seáis, me da igual, y ni siquiera contestas.

—Serás tóxica, colega... No lo había visto porque algunas trabajamos —le respondo con sarcasmo.

—Uy, perdona, no sabía que mi amiga fuese la que estaba levantando sola el país —replica en el mismo tono mientras sale del baño.

—¡Calla, gandula! —exclamo dirigiéndome a mi habitación.

—¿Te apuntas? —me pregunta asomándose a mi puerta.

—Ya le he dicho que sí al que llamas mi «novio/no novio».

Es la segunda vez que ese temita sale a relucir hoy; debe de ser la palabra del día o que el universo tiene tantas ganas de que sea así que manda señales a través de personas que escupen «novio» sin miedo al éxito.

—Vale, cuando quiera que me prestes ropa se la pediré también a él, ya que es poseedor de todas tus respuestas —me suelta la tía sin cortarse un pelo.

—Tendrás poca vergüenza... Ni que tú fueses de pedir permiso, si tu lema es que vale más pedir perdón...

—Ponte zorrona, esta noche hay que triunfar —me pide moviendo el culo y guiñándome un ojo como si hubiese sido poseída por la prota de *La reina del flow*.

—Loca, yo ya no tengo que triunfar.

—Chavala, ¿tú quieres dejar a Álex sin respiración? Pues hazme el favor.

—Mira que eres pe... PE-SA-DA.

—Pero, si hoy follas como una posesa, espero que te acuerdes de mí.

—¡¡¡Ni de coña!!! Solo me faltaba eso.

Vaya imagen de mierda se me acaba de meter en la cabeza: cuerpo de Álex y cabeza de Amanda. Creo que se me ha jodido la libido hasta el año que viene.

En ese momento llaman a la puerta y mi amiga corre a abrir.

—¡¡¡Mónica!!!

—¡¡¡Amanda!!! Por fin, tía. —La voz de Mónica resuena por toda la casa, aunque tampoco es difícil; vivimos en una caja de zapatos, muy mona pero pequeña.

—¿Lista para salir a zorrearles a todos los hombres de esta ciudad?

—Ya te digo yo a ti que sí. ¿Te acuerdas de Claudia?

—Sí, claro.

—Pues todo recto hasta el cuarto del fondo, ahí la tienes.

—Claudia, ¿se puede? —pregunta mientras abre la puerta sin esperar respuesta.

No sé para qué pregunta la gente si se puede o no pasar si no van a esperar a que contestes. *Spoiler*: era «no»; estoy luchando con mi vestido más ceñido porque, si la idea es ir embutidas, hay que darlo todo.

—¿Cómo estás, Mónica?

—Bien, cielo. ¿Ganas de perrear?

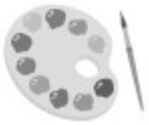
—Sí, hija, sí. Algo me dice que esta noche va a ser épica.

—Esa es la actitud.

—¡¡¡Chupito!!! —chilla Amanda antes de echarle un trago a una botella de Jäger, directamente a morro.

Pues nada, que comience la noche.

Capítulo 24



Claudia

Estamos esperando a que el Uber venga a por nosotras, porque, ante todo, somos comodonas.

—Joder, quién me manda ponerme medias, siempre me paso la noche tirando de ellas —dice Amanda, que lleva ya un puntillo importante.

Los chupitos antes de salir de casa siempre son una buena opción para el bolsillo, y para la melopea que te coges.

—Ya habrá alguien que te las arranque y se te quite el malestar... —suelta Mónica, que va fina también.

—Serás... —Ami está a punto de replicar una burrada, lo sabéis vosotros y lo sé yo.

El que no lo va a saber es el conductor del Uber que hemos pedido, que se acerca a nosotras. Llega el coche y nos montamos las tres detrás. El hombre nos repite la dirección para asegurarse de que es correcta y yo rezo para que no sea el típico que empieza con preguntas absurdas y babosadas varias. Ya tuve bastante con el que me dejó en el aeropuerto cuando me mudé aquí.

—Clau, ¿tú qué? Me tienes que contar cositas..., ¿no? —me plantea Mónica mientras mira cómplice a Amanda.

—No me cabe duda de que ya te lo ha contado la bocachancla esta, y tampoco tengo mucho más que añadir.

—¡¿Cómo que no?! ¿Sois pareja? —me rebate chocando mi hombro con el suyo.

Verás tú que es la preguntita de la semana. Segunda vez en el mismo día. ¿Me explica alguien qué está pasando? De verdad que tengo que respirar más de diez veces para no colapsar.

—Ya te respondo yo: sí, lo son —interviene Amanda antes de que me dé tiempo a contestar.

—¿Sí? —inquiere Mónica sorprendida.

—Como veo que ya te lo ha confirmado ella, tema cerrado.

—Quiero conocerlo, ¡ya! —exclama Mónica emocionada.

—No te preocupes, a eso vamos —le digo apretándole la mano.

—Bueno, eso sí lo dejas respirar y no estás como una chupona pegada a su boca —suelta Amanda, y luego simula ser un aspirador.

Os aseguro que, cuando la conocí, parecía normal.

De pronto empieza a sonar la canción «I Follow Rivers» en la radio del coche, de The Magician Remix, y nos ponemos a cantarla a pleno pulmón. Debo reconocer que este conductor es majete y nos deja poner la música a tope.

La noche empieza bien.

Bajamos del Uber dándole las gracias tras pagar y llegamos a casa de Álex y Rafa. Llamamos al timbre.

Mientras esperamos a que contesten, mi móvil vibra en mi mano con un mensaje de Álex.

¿Vais a tardar mucho?

No habéis oído el telefonillo.
Bajad, tardones.

Ya vamos. La veo algo ansiosa por verme,
señorita Castro.

No lo sabe usted bien, señor Fernández.

Amanda y Mónica están ocupadas revisando sus labios en la cámara del móvil y sacándose fotos en el espejo del portal, ya que un vecino nos ha abierto al salir, así que nadie nota el calor en mis mejillas. O eso espero. Este jueguecito que nos traemos me tiene cardiaca, y la verdad es que *ansiosa* se queda corta para las ganas que tengo de estar con él.

Rafa y él salen del ascensor y tengo que deciros que, si un día normal Álex está bueno, esta noche está demasiado bueno, otro nivel. Va guapísimo.

—¡Hola, chicas! —nos saluda Rafa a voz en grito—. Ya estamos todos, ¿no? Uy, Amanda, tú hoy has venido a matar o morir.

—Eso siempre, muñeco —le dice la descarada de mi amiga guiñándole un ojo.

—¿Habéis pedido otro Uber para ir a la disco? Espero que hayas cogido uno de siete plazas —pregunta Amanda después de hacer las presentaciones oportunas entre Álex, Rafa y Mónica.

—Que sí, mamá, que ya está en camino. Qué mujer, no se relaja nunca, oye...

Unos minutos después llega nuestro coche (o furgoneta porque, madre mía, vaya trasto tan grande) y nos montamos. Estamos los cinco muy animados, y entre Álex y yo todo son sonrisas y roces, que parecen inocentes pero que no lo son. «Casualmente» acabo sentada a su lado y, cuando nuestras rodillas se tocan, ambos nos miramos con ganas.

—Vamos, jefe, llévenos de fiesta.

Y con este comentario de Amanda, ese momento entre Álex y yo se rompe, el conductor arranca y nos vamos.

Entramos en la discoteca y, por suerte, dentro suena la música a un volumen razonable, el suficiente para dar ambiente sin que la gente tenga que gritarse en la oreja para poder hablar. Hay más peña de la que esperaba, pero no es agobiante. Bien.

Cuando las chicas volvemos del baño, mis ojos buscan automáticamente a Álex. Lo encuentro apoyado en la barra, con una cerveza en la mano, charlando con Rafa. Como si sintiera mi mirada, alza la vista y me encuentra. No sonríe de inmediato, pero hay un brillo en sus ojos que me pone nerviosa. Un brillo que dice muchas cosas.

Y lo peor es que yo también lo sé. Y él sabe que yo lo sé. Y yo sé que él sabe que yo lo sé. Siento el lío, estoy nerviosa.

—Te está mirando como si fueras su postre favorito —me dice Amanda dándome con el codo de manera sugerente.

—No digas tonterías.

Y aunque eso sale de mi boca, no me lo creo ni yo.

Rafa abandona la barra y nos trae unas copas. Agarro el vaso de lo que sea que nos ofrece y doy un sorbo. La noche acaba de empezar, y algo me dice que va a ser interesante.

Nos mezclamos entre la gente y Amanda y Rafa, cómo no, saludan a algún conocido (yo, desde luego, aquí no conozco a nadie).

La noche está siendo divertida y el ambiente invita a quedarse.

—Vamos a bailar —dice Mónica tirando de mi brazo.

—Sí, sí, a mover el esqueleto —secunda Amanda, claramente ya con bastante alcohol en el cuerpo.

Suspiro, pero no me hago de rogar.

Bailamos juntas, riéndonos y cantando cuando suena una canción que nos sabemos. Por un rato, me dejo llevar. De pronto, estoy contoneándome al ritmo de la música y noto unas manos que me rodean la cintura desde atrás.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta junto al oído, su voz apenas audible.

Levanto la vista, giro la cabeza y ahí está: sonrisa ladeada, mirada intensa y un poco más cerca de lo necesario. Sigo bailando y hago más hincapié en el balanceo de mis caderas porque, con cada movimiento, lo rozo y él se arrima más a mí.

—Bastante. Ahora mucho más —respondo, y miro de nuevo al frente para ocultar lo mucho que me ruboriza estar tan cerca de él.

Amanda y Mónica han desaparecido en algún momento de la conversación, probablemente dejándome sola a propósito en esta situación.

Él empieza a moverse conmigo y nuestros cuerpos hablan por sí solos. Me giro y quedamos frente a frente. Nuestras miradas se entrelazan a la par que lo hacen nuestras manos. Álex agacha la cabeza y noto como su nariz roza mi cuello para acto seguido percibir que sus labios empiezan a recorrerlo, dejando un reguero de besos mientras seguimos moviéndonos al ritmo de la canción. Siento que estamos solos en este local, como si el resto hubiese desaparecido.

Saca la cabeza de mi cuello y sus ojos se posan en los míos con la mirada más intensa que me han echado jamás. Roza mis labios con los suyos y yo los acaricio sutilmente con la lengua.

—Tengo ganas de ti, Claudia —susurra, y no tenía dudas de eso porque, con tanto roce, he notado perfectamente su dura erección.

Un escalofrío me recorre la espalda. Su cercanía, su voz, su todo, me ponen en jaque.

Capítulo 25



Álex

UNOS MINUTOS ANTES...

La noche está en su punto álgido. La música suena a buen volumen en la disco, la gente está en ese momento de subidón en el que todo el mundo parece ser mejores amigos, y yo tengo una cerveza en la mano y la vista clavada en la pista. ¿Por qué? Porque Claudia está justo delante de mí, bailando.

Y, joder, menudo espectáculo.

Cada vez que se mueve es como si supiera exactamente cómo excitarme, y ni siquiera me está mirando. Sabe cómo conquistarme incluso así. Y yo, como un imbécil, caigo cada vez más hondo.

—Cari, ¿todo bien? —me pregunta Rafa dándome un codazo.

—Sí, sí —respondo apartando la vista, como si no hubiera estado hipnotizado durante los últimos cinco minutos.

Rafa frunce el ceño y mira hacia donde estaba mirando yo un segundo atrás.

—¿Qué haces aquí conmigo?

—¿Qué?

—Que te la estás comiendo con los ojos cuando te la podrías estar comiendo literalmente. —Se ríe negando con la cabeza.

Antes de que pueda decir nada, Mónica, que está bailando con Claudia, le lanza una mirada sugerente a mi compañero de piso. Él, como es lógico, no le sigue el rollo, tan solo le da un trago a su copa y se hace el loco.

Decido atacar, así que dejo la cerveza en la mesa más cercana y me acerco a mi chica. Si va a provocarme, que se atenga a las consecuencias.

Me pongo detrás de ella y, en cuanto se da cuenta de que soy yo, empieza a mover las caderas con más intensidad. Joder, me está volviendo loco.

Amanda y Mónica nos miran y se alejan hablando entre ellas. «Gracias, chicas, os debo un chupito por darnos privacidad, y me debéis unos huevos nuevos por dejar que vuestra amiga me los reviente».

Bailar con Claudia resulta peligroso. Es como jugar con fuego sabiendo que te vas a quemar, pero sin poder apartarte de las llamas. La forma en que se mueve, la manera en que se pega a mí y se aleja de otros, disfrutando de esta especie de juego en el que yo ya he perdido... Pero aquí hemos venido a jugar.

—¿Te lo estás pasando bien? —Ella gira la cabeza y clava los ojos en mí.

Es preciosa, joder.

—Bastante. Ahora mucho más —me dice mientras sigue bailando y vuelve a mirar hacia delante.

Ya no puedo más y empiezo a comerle el cuello, para no cargármela al hombro, llevármela al baño y follármela contra la pared. El poco control que me queda se escapa entre mis dedos, que ahora mismo están muy al sur de su espalda.

—Tengo ganas de ti, Claudia.

Ella no contesta, pero su mirada, sus ojos, responden solos a cualquier pregunta.

—¿Siempre tienes que provocarme? —le susurro al oído cuando se acerca demasiado.

—¿Siempre tienes que caer? —responde ella, con una sonrisa traviesa.

Dios, me está matando.

Mis manos encuentran su cintura casi sin que me dé cuenta, y ella se acerca más. Peligrosamente más.

No sé cuánto tiempo llevamos así, mínimo hemos bailado ya dos canciones, pero la música lleva un ritmo y nosotros vamos por libre, solo pensando en sentirnos. Su boca se acerca a la mía; no llega a besarme, pero la intención está ahí. Jugamos, nos tentamos con los labios, cada caricia me la pone más dura y sé que, si la tocase, ella estaría preparada para mí.

La música, la gente, la noche..., todo parece muy lejano, como si fuéramos los únicos en la pista, pero, al mismo tiempo, como si estuviéramos haciendo algo prohibido.

Entonces, alguien nos interrumpe.

—Chicos, ¿habéis visto a Mónica? Tampoco encuentro a Rafa —dice Amanda apareciendo de la nada.

Claudia se separa de golpe, como si le hubieran vertido un cubo de agua fría encima, y yo maldigo internamente; a ella, por crear ese espacio entre nosotros, y a Amanda, por interrumpirnos.

—Vamos a ver qué pasa —propone Claudia acomodándose el pelo y alejándose de mí.

Respiro hondo y me obligo a calmarme.

Damos una vuelta y, cuando salimos a la terraza exterior, encontramos a Mónica apoyada en la barandilla, con Rafa a su lado.

Ella intenta ligar con él, inclinándose un poco más de lo necesario, sonriendo de esa manera que deja claro su interés. Pero Rafa, para sorpresa de nadie, se mantiene distante y procura esquivarla.

—¿Todo bien por aquí? —pregunto mientras me aguanto la risa por la situación.

Mónica se gira hacia nosotros con cara de no entender lo que está pasando.

—Todo genial —asegura ella, aunque le lanza una mirada a Rafa que sugiere lo contrario.

Él se limita a sonreírle con educación y luego mira su reloj.

—Creo que voy a por otra copa —comenta escapando antes de que Mónica pueda decir algo más.

Ella se cruza de brazos, suspira y nos mira.

—¿Me explicáis por qué demonios este chico es inmune a mis encantos?

Claudia se ríe y yo me encojo de hombros.

—A lo mejor simplemente no eres su tipo —suelta Clau.

Mónica frunce el ceño y nos observa con curiosidad, pero, antes de que pueda hacer más preguntas, Amanda nos arrastra de vuelta al interior, tiene más ganas de fiesta.

Es inevitable que Claudia y yo terminemos juntos de nuevo. Esta vez, sin bailar, pero con la tensión sexual aún vibrando entre nosotros.

—¿Sabes qué pienso? —Se inclina para que solo yo pueda oírla.

—¿Qué?

—Que esto no se va a acabar aquí.

—¿Y eso es malo?

—En absoluto.

Me quedo mirándola, sintiendo que esa confesión todavía añade más leña al fuego que llevamos conteniendo toda la noche.

Imagino cómo va a acabar, porque está claro que ninguno de los dos quiere parar.

Capítulo 26



Álex

La fiesta sigue a todo trapo, pero mi atención está en una sola cosa. O, mejor dicho, en una sola persona.

Desde que hemos vuelto de la terraza exterior, la tensión entre nosotros ha seguido subiendo. Este juego es jodidamente adictivo.

Estoy apoyado contra la pared con una copa en la mano, observándola. Ella habla con Amanda y Mónica, pero de vez en cuando gira la cabeza y me mira. No es casualidad, no cuando lo hace con esa media sonrisa que ya me conozco demasiado bien.

Me acerco.

—¿Nos vamos? —le propongo en voz baja, lo suficiente para que solo ella me oiga.

Su mirada chispea con algo que no sé si es desafío o expectación, pero, en cualquier caso, asiente sin dudarlo.

—Vale.

Nos despedimos deprisa de los demás. Amanda nos mira con la ceja arqueada y esa sonrisilla que claramente dice «Sé lo que está pasando aquí», pero no comenta nada. Mónica, por su parte, sigue frustrada con la indiferencia de Rafa, así que apenas nota que nos

despedimos. Pobre chica, a ver si alguien se apiada ya de ella y le cuenta que Rafa es experto en Grindr y no en mujeres.

Una vez fuera, el aire fresco de la noche nos sacude con fuerza.

—¿Uber o a pie? —pregunto intentando que esto parezca más casual de lo que realmente es.

—A pie, mi cartera no soporta más Ubers —responde.

Empieza a andar antes de que pueda decir nada más, así que la sigo. La ciudad de noche tiene esa magia especial, las luces reflejándose en el asfalto húmedo, la brisa que lo hace todo más nítido. Caminamos en silencio al principio, hasta que Claudia rompe el hechizo.

—No sé por qué he dicho que sí tan rápido.

Me río.

—¿Te arrepientes?

Se detiene un segundo y me mira.

—No —contesta con la vista clavada en el lunar que tengo cerca del labio. Lo reconozco, esa mirada me vuelve loco.

Seguimos andando, cada vez más cerca el uno del otro, hasta que mis dedos rozan los suyos de forma casual. No nos apartamos. De hecho, ella entrelaza nuestros dedos con naturalidad, como si lo hubiéramos hecho un millón de veces antes. Noto que está nerviosa; está tensa conmigo, y eso me crea un nudo en el pecho que no puedo soportar, no quiero esta incomodidad entre nosotros.

—No hagas eso —le digo deteniendo mis pasos y girándola hacia mí.

—Que no haga ¿el qué?

—No lo conviertas en algo raro..., porque no puedo estar cerca de ti y no volverme loco por tocarte.

—Álex, no es eso... Para nada... —me dice mientras se mira los pies.

—Mírame. —Levanta lentamente la cabeza y fija los ojos en mí. La agarro por la cintura y la acerco despacio—. ¿Lo notas? Esto es lo que somos. Joder, no es raro, solo somos tú y yo y necesito que entiendas que lo único malo que puede pasar esta noche es que no acabe entre tus piernas. Pero nosotros, tú y yo, joder, no hay nada que esté mejor en el mundo...

Me agarra del cuello de la camisa y no me deja terminar. Sus labios atrapan los míos y nos devoramos. Todo son manos, gemidos y jadeos. Menos mal que estamos a escasos pasos de mi portal porque, si no, la habría tenido que llevar a cualquier callejón; con la noche que llevamos a las espaldas, dudo que hubiese sido capaz de parar. Con sus labios todavía en los míos, saco las llaves y abro la puerta.

En el ascensor seguimos el mismo ritmo, y esto parece una escena de esas en las que siempre interrumpen parando en otro piso, pero aquí nadie nos interrumpe.

Solo somos ella y yo, y todas las ganas que nos han acompañado hoy.

Entramos en casa y la tumbo en el sofá, no soy capaz de llegar a la cama.

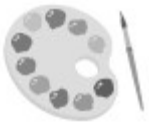
—No quiero tener que poner excusas para estar contigo. No quiero que esto deje de pasar entre tú y yo —le digo mientras la miro a los ojos. Joder, tiene la mirada más bonita del puto universo.

—No hay excusas si los dos estamos donde queremos.

Esas palabras terminan de desquiciarme y me pierdo en ella, en nosotros.

Y, joder, qué bien sienta.

Capítulo 27



Claudia

Me despierto con una enorme sensación de calma. Nada de ruido, nada de «¿dónde estoy?». Solo la conciencia tranquila y la idea de que estoy en casa de Álex y de que, sorprendentemente, todo está bien.

Giro la cabeza en la almohada y lo veo. ¿Cómo hemos acabado en la cama? Nos quedamos fritos en el sofá después de acostarnos, ¿no? En fin... Álex sigue dormido, con el pelo revuelto. Joder, qué guapo está así, sin hacer nada en absoluto. Me quedo unos segundos contemplándolo, disfrutando de esta imagen.

Me levanto con cuidado y voy al baño. Cuando salgo, ya no está en la cama. Se oyen ruidos en la cocina. Me asomo y lo veo. Lleva un pantalón de chándal y una camiseta vieja. Está preparando café y me parece la escena de la película más romántica del mundo..., o quizá soy yo, que estoy pillada por este hombre hasta las trancas.

—Buenos días —lo saludo con la voz todavía soñolienta.

—Buenos días —responde con una sonrisa de esas que desarman.

Me siento en un taburete y él se acerca a mí y me da un beso en la sien dejando una taza en mis manos. Ya se lo sabe. Café solo,

bien cargado, porque la resaca no perdona..., y lo tierno que es este chico, tampoco.

Desayunamos en silencio, entre miradas cómplices y pequeñas sonrisas. No hay prisas, ni incomodidad. Solo este momento que, por alguna razón, lo siento demasiado fácil. Y eso me asusta un poco.

—¿Plan para hoy? —pregunta él.

—Sobrevivir a la resaca y cena con las chicas —respondo dándole un sorbo al café.

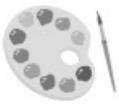
—Suena bien. ¿Necesitas que te lleve a casa?

—No te preocupes, puedo ir dando un paseo, así me despejo. ¿Te importa que me dé una ducha antes de irme?

—En absoluto, y aún menos si te la das conmigo —me dice sin casi darme tiempo a dejar la taza, cogiéndome en brazos y llevándome al baño corriendo.

Así da gusto levantarse por la mañana.

Y lo que iba a ser una ducha rápida se convierte en algo mucho mejor.



Cuando llego a mi piso me encuentro con la escena clásica de un sábado de resaca. Mónica está tirada en el sofá con una botella de agua en la mano, y Amanda, siempre más funcional que nosotras, está en la cocina preparando algo que huele sorprendentemente bien.

—¡Mírala! —exclama Mónica al verme entrar—. Recién llegada de su retiro espiritual con Álex.

No puedo ocultar una sonrisa cuando la oigo, y principalmente cuando rememoro la noche de ayer y lo de hace un rato; solo de recordarlo tengo que apretar las piernas.

—Déjala, con este chico no suelta prenda —dice Amanda entrando en la conversación.

—Eso es porque le gusta de verdad... —contesta Mónica.

—¿Hola? Estoy aquí, ¿vale? A ver, contadme qué me perdí anoche.

—Rafa, eso te perdiste —dice Mónica.

—¿Qué pasó con Rafa? —pregunto flipando, porque, como se haya liado con él, yo ya me espero cualquier cosa en la vida.

Ella suspira con dramatismo y se incorpora un poco.

—Tía, no lo entiendo. Le lancé todas las señales posibles. Le reí las gracias, le toqué el brazo, le puse ojitos, incluso me aseguré de que viera mi escote en varias ocasiones estratégicas. Y nada. Nada en absoluto. Mis dotes de ligue se me están yendo a la mierda.

Amanda y yo intercambiamos una mirada fugaz.

—¿Estás segura de que es eso? —pregunta mi amiga con un tono sospechosamente guasón.

—¿Qué más va a ser? —responde Mónica frustrada—. ¿Es un robot? ¿Un monje que ha hecho el voto de castidad? ¿Un ser de otro planeta que no comprende la seducción humana?

Amanda se muerde el labio, tratando de contener la risa. Os aseguro que no somos malas personas, pero ver a una amiga en esta situación cuando el chico en cuestión no ha aclarado que le gusta el mismo género que a ella es muy divertido. Lo que me sorprende es que Mónica haya pensado en esas posibilidades estrambóticas del monje, el robot o el extraterrestre, o incluso que ella tiene un problema, antes de deducir que quizá juegan en la misma liga, pero por los mismos jugadores.

—Mónica —le dice Amanda con voz seria, pero con una sonrisa contenida—. No quiero destrozar tus ilusiones con Rafa, pero... ¿y si simplemente a Rafa no le gustan las chicas?

Mónica parpadea. Abre la boca, la cierra, y luego vuelve a abrirla.

—¿Qué?

—Es gay, cariño —suelta Ami por fin.

Silencio.

Mónica nos mira, procesando la información como si acabara de descubrir que la tierra gira alrededor del sol.

—¿Qué?

—Que es gay —repito intentando no reírme demasiado fuerte.

—¡No puede ser! ¡Yo le gusto, a mí el radar no me ha fallado nunca! Anoche me miraba, me sonreía, me escuchaba con atención...

—Exacto —interviene Amanda antes de beber un sorbo de café—. Porque le caes bien. Como amiga. Hermana. Alma gemela. Pero no porque quiera meterte en su cama.

—Dios —susurra Mónica llevándose una mano al pecho como si le hubiera dado un infarto—. Esto es humillante. Y vosotras dos sois unas perras del infierno por dejarme acosar al pobre chaval toda la noche.

—No, es educativo, y divertido ha sido un rato ya que estamos. Ahora sabes que tu radar de atracción necesita ajustes —añado riéndome.

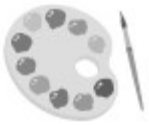
—Es que yo lo veía clarísimo —se lamenta ella, y se deja caer en el sofá.

—Lo que veías claro era tu propio reflejo en sus gafas —se mofa Amanda.

Nos carcajeamos mientras Mónica sigue dramatizando su desgracia amorosa.

Cuando se recupera de la «humillación de su vida», decidimos preparar algo ligero para comer y echarnos una siesta. Ya recuperadas de la noche anterior, organizamos la cena. Pedimos sushi y descorchamos una botella de vino para poder brindar por la fiesta, la resaca y las lecciones inesperadas.

Capítulo 28



Claudia

Aunque el plan de la noche era una cena de chicas tranquila, Amanda escribe a Rafa y los invita a cenar a los dos. Sí, mi amiga es una metomentodo y tiene ganas de ver cómo se comporta Mónica con Rafa ahora que ya sabe que es gay. Que mi... (¿iba a decir «novio»? A ver, no tengo ni idea de qué somos, pero quizá está llegando un punto en el que deberíamos aclararlo); que mi «lo que sea» venga con él es un daño colateral a su maldad, aunque jugar a celestina le mola demasiado y tal vez lo ha hecho por eso, que a estas alturas no sorprendería a nadie.

Álex y Rafa llegan con una botella de vino y una tarrina de helado, porque, sí, son adultos funcionales. Mónica ya está descorchando vino, como si lo de la hidratación fuera un mito y, en cambio, una certeza que la resaca con alcohol mejora. Amanda está colocando el sushi en unas bandejas muy cuquis con una eficiencia tal que cualquiera diría que lleva planificando esto toda la semana. Rafa está sentado en el sofá, mirando su móvil con una sonrisa sospechosa. Muy sospechosa.

Cuando todo está listo nos sentamos a la mesa y disfrutamos de un ambiente relajado. Comemos, bebemos, charlamos y nos

reímos..., hasta que, en mitad de la conversación sobre quién de nosotros tiene peor gusto para elegir series, Rafa decide soltarlo:

—Estoy conociendo a alguien.

Silencio. Los palillos para el sushi se detienen en el aire. Mónica, que estaba sirviéndose una copa, se congela como si le hubieran dado la peor noticia del siglo.

—¡¿Cómo?! —pregunta con los ojos entrecerrados.

Amanda y yo intercambiamos miradas. La pobre aún no ha superado su «fracaso» con este chico.

—Sí, bueno... —Rafa sonríe rascándose la nuca—. No quería decir nada hasta que estuviera más seguro, pero me gusta mucho...

Mónica parece a punto de caerse de la silla.

—¿Desde cuándo? ¿Por qué no nos habías dicho nada antes? ¿Quién es? ¡Exijo nombre, edad y ocupación! —Su voz sube una octava y Amanda le da un codazo para que controle el tono.

—Baja una marcha, tía, que esto roza la exnovia tóxica cuando no has llegado a ser ni rollete —le suelta Ami descojonándose.

Rafa se ríe y se encoge de hombros.

—Perdona por lo de ayer, Mónica. Bueno, imagino que ellas ya te habrán aclarado que me gustan los tíos.

—Sí, algo me han dicho... —contesta con la boca pequeña—. Me parece fenomenal, ¿eh? Pero estás demasiado bueno y una no es de piedra, y claro, mi radar..., en fin, mi radar está atrofiado.

—Tú sí que estás atrofiada —se burla Amanda.

—Te aseguro que, si me gustasen las mujeres, mi tipo serías tú.

—Joder, ¿lo veis? Si es que mi alma gemela se ha perdido, ahora seré soltera siempre. —Mónica, poco dramática, en su línea vital.

—Bueno, vamos a lo importante, háblanos del chico.

—No sé si lo conocéis... —Hace una pausa teatral y, en ese instante, el destino decide que es el momento perfecto para darle un

giro inesperado a la noche.

Ding dong.

Nos giramos hacia la puerta.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunta Álex alzando una ceja.

Amanda se levanta sin preocuparse demasiado y abre la puerta. Y entonces sucede.

Nosotros no lo vemos, pero sí oímos un:

—Tú. —La voz de Amanda suena afilada.

—¿Yo? —responde alguien con el mismo tono de sorpresa y algo de descaro.

Nos asomamos. Ahí, en el umbral de la puerta, está *él*. El vecino. El mismísimo hombre que trae de cabeza a Amanda desde hace semanas, aunque ella no quiera admitirlo. Llevo observando cómo espía por la mirilla cada vez que oye un ruido y casualmente se arregla de más hasta para ir a por el pan. Hay que decir que el vecinito se las trae. Está apoyado en el quicio de la puerta con ese aire de «No me importa nada, pero tú sí». Lleva una sudadera gris y de complemento una mirada de «He venido a quejarme, pero me estoy divirtiendo demasiado».

—¿Podemos hablar del ruido que estáis haciendo? —dice apoyándose despreocupado en el marco de la puerta.

¿Ruido? Pero si solo estamos cenando tranquilamente... Menuda jeta tiene el colega, se ha buscado una buena excusa para venir a tocarle las narices aquí a la muchacha.

Amanda se cruza de brazos y lo mira con esa mezcla de desafío y coqueteo que me hace querer preparar palomitas.

—¿Sabes qué es gracioso? Que aquí el único ruido que hay es el provocan tus ganas de saber qué pasa dentro de mi casa —espeta ella.

Él se encoge de hombros.

—Porque no soy yo el que está aquí dentro.

Collective gasp!, léase «Nos hemos quedado todos sin aliento».

Álex y yo nos miramos con los ojos como platos. Mónica se tapa la boca para no gritar y Rafa solo observa con una sonrisita de diversión.

Amanda parpadea, completamente desconcertada por la respuesta. Él sonríe, la mira un segundo más, y sin añadir nada, se gira para irse.

—Que tengáis buena cena —suelta antes de desaparecer por el pasillo.

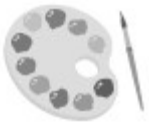
Amanda sigue en la puerta, mirándolo como si intentara descifrar el enigma del universo. Luego se gira hacia nosotros.

—¿Habéis oído eso? —pregunta señalando hacia la puerta como si acabara de presenciar un fenómeno paranormal.

—Hemos sido testigos de la historia —responde Mónica con solemnidad.

Y, en ese momento, todos sabemos que Amanda ha encontrado su próximo entretenimiento favorito.

Capítulo 29



Claudia

Odio madrugar. Mis mañanas son un desastre. No hay otra forma de describirlo. Me despierto con la sensación de que acabo de cerrar los ojos hace cinco minutos y ya tengo que estar en pie. Álex, como siempre, ya está listo, impecable, con su taza de café en la mano y esa actitud de persona funcional que envidio.

Amanda y Mónica ya deben de haber salido de casa. Esta última cogía el tren bien temprano. Me da pena no haberme despedido de ella, pero tenía cosas «más interesantes» que hacer. Ejem, a buen entendedor, pocas palabras bastan, como se suele decir.

—¿Sabes qué? —dice mirándome con una media sonrisa—. Creo que me estoy haciendo mayor. Ya me levanto antes que tú.

Lo miro entrecerrando los ojos y proceso lo que acaba de decir.

—Eso lo dices ahora, pero espérate a las ocho y media, cuando el sueño te golpee en la cara como un tren de mercancías.

—Habrá merecido la pena si eso quiere decir que he pasado la noche contigo —me susurra al oído mientras me envuelve en sus brazos.

—Estás perdiendo facultades y volviéndote demasiado tierno.

—La culpable está delante de mí.

—Ahora va a ser culpa mía que tengas el título al mejor no... —«Mierda, cagada, a ver cómo reconduzco esto»—. Quiero decir, que tú...

—Ibas a decir que tengo el título al mejor de novio del mundo.

—Veo que lo de dejar pasar las cosas no es lo tuyo.

—En absoluto, y mucho menos cuando me benefician —replica sonriendo de nuevo, y me aprieta más contra él—. ¿Quieres hablarlo?

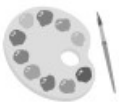
—No. Bueno, quizá. A ver, es que estas semanas todo el mundo te ha ido poniendo esa etiqueta y, aunque a mí las etiquetas no me hacen falta para nada —«pues no sé muy bien ni qué somos»—, he pasado de pensar en ti como en un primo muy lejano con el que perdí el contacto en la adolescencia a pensar en ti como en el chico que está entre mis piernas cada noche, entiéndeme...

—Te entiendo, y aunque para mí las etiquetas sobran, tú también tienes el título a la mejor novia del mundo, ¿lo sabías? —me dice, y sus labios rozan los míos—. Sí, a ti ese título te va de fábula.

—No seré yo quien le quite la razón, señor Fernández.

—Señorita Castro, va usted a volverme loco.

Sus manos me agarran el culo y me alzan hasta colocarme sobre la encimera, y os aseguro que yo quería llegar pronto, pero está claro que tengo dos adicciones: una es al café y otra, al hombre que está robándome el aliento con sus labios.



El aire de la mañana es frío, pero me ayuda a despejarme un poco. Camino rápido, tengo que llegar al metro porque voy justísima para entrar a trabajar. Lo único bueno de currar los domingos es que

normalmente puedes sentarte en hora punta. Bajo las escaleras mecánicas y tomo asiento nada más acceder al vagón. Todos mis pensamientos se centran en la conversación que hemos mantenido hace un rato; ahora ya sí que puedo decir que somos algo más, y todavía me siento algo extraña con eso. Mi cabeza va divagando sobre todo lo vivido este fin de semana hasta que el móvil vibra en mi bolsillo.

Cuando lo saco, veo una notificación de Instagram. Un mensaje privado de un tal @Ricky_00.

Frunzo el ceño.

«¿Quién narices es @Ricky_00?»

Abro el mensaje.

> Te encontré.

Me paro en seco. ¡¿Qué?!

Lo leo otra vez, como si esas dos palabras fueran a cambiar de repente. Pero, no, ahí están. Dos palabras que no me dicen nada en absoluto y, al mismo tiempo, me inquietan.

Mi cerebro entra en modo detective. Repaso mentalmente mi lista de conocidos, amigos, enemigos, exnovios, compañeros de trabajo... Nada. No tengo ni idea de quién es este tío.

Voy a su perfil, esperando dar con alguna pista que me oriente, pero... nada. Cero publicaciones, cero fotos, solo un montón de seguidores aleatorios.

Esto no me gusta. Me aseguro de que mi cuenta sigue siendo privada. Sí, lo es. No tengo etiquetas abiertas, ni fotos públicas, ni tampoco pueden verlas si no acepto a esa persona. Solo ha podido ver mi foto de perfil...

¿Quién y cómo me ha encontrado? ¿Y por qué?

Miro la pantalla, dudando. ¿Respondo? ¿Ignoro? ¿Bloqueo?

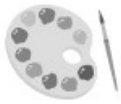
Al final, escribo lo más directo que se me ocurre:

¿Quién eres?

Lo envío y me meto en el metro, todavía con esa sensación de incomodidad en el estómago.

Nada. No responde.

Vale. Perfecto. Ahora tengo un acosador misterioso en internet y un domingo por delante. Fantástico.



Cuando llego al museo, Carol ya está en su puesto de trabajo, con un café en una mano y esa expresión de «No estoy lista para ser productiva, pero aquí estamos».

—¡Eh! ¿Qué tal estás? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla—. ¿Te ha pasado algo en el metro? ¿A qué viene esa cara de drama?

Suelto un bufido y dejo el bolso sobre la mesa.

—He recibido un mensaje rarísimo en Instagram. Un tal @Ricky_00 me ha escrito «Te encontré».

Mi compañera y amiga deja el café en la mesa y me mira con una mezcla de curiosidad y diversión.

—¿Cómo que «Te encontré»? ¿En plan película de terror, rollo «Me tienes obsesionado y llevo meses buscándote»?

—No sé. No tengo ni idea de quién es. Su perfil está vacío, no hay fotos, nada.

Ella levanta las cejas y se recuesta en su silla, dándole otro sorbo al café y con aspecto de estar analizando una teoría conspiranoica.

—Uf, esto suena fatal. O es un psicópata desconocido o es alguien del pasado que quiere llamar tu atención con el método más inquietante posible.

—Pero ¿cómo me ha encontrado? Mi Insta es privado.

—En ese caso, ¿no habrás aceptado alguna solicitud y ahora no lo recuerdas?

Me quedo pensando. Lo veo improbable, no suelo aceptar a desconocidos. Aunque quizá alguna vez...

—No lo sé, pero me da mal rollo —admito dejando el móvil sobre la mesa—. Le he preguntado quién es, pero aún no ha respondido.

Carol sonríe.

—Ay, tía, aparte del psicópata desconocido o alguien de tu pasado, se me están ocurriendo más opciones... Desde un ex que se ha cambiado el nombre en Instagram para seguirte la pista hasta un *hacker* ruso intentando hacerte caer en una estafa piramidal.

—Muy tranquilizador todo, gracias.

—O... —hace una pausa dramática— puede ser el amor de tu vida.

La miro con cara de «Por favor, no empieces con eso».

—Carol, no voy a enamorarme de alguien que manda mensajes inquietantes sin contexto.

—Pero imagina que sí. Imagínate que es un tío buenísimo que ha estado buscándote durante años; tal vez os conocisteis en una fiesta en el instituto y perdisteis el contacto...

—Que se lo curre un poco más, entonces. Porque un «Te encontré» no es el mejor inicio para una historia de amor.

Carol suelta una carcajada.

—Tienes razón. Es más rollo película de miedo. Si desapareces misteriosamente en los próximos días, ¿puedo quedarme con tu abrigo?

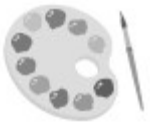
—Sí, claro, y quédate también mi sueldo y mis deudas.

Reímos y por un momento olvido el mensaje.

Pero cuando miro mi móvil otra vez, sigue ahí. Sin respuesta.

Y, no sé por qué, tengo la sensación de que esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 30



Claudia

Ser adulta me parece una trampa, una mentira, un engaño colectivo. Siempre imaginé que al llegar a esa edad me sentiría más libre para tomar decisiones, que gobernaría mi vida..., pero no es así, en absoluto.

Y aquí estoy yo, en plena farsa, cumpliendo con mis responsabilidades... o algo parecido. El caso es que me he encontrado en la cafetería con Ricardo, el director del museo —parece que ya va siendo una costumbre porque, casualidad o no, eso sucede cada vez más a menudo—, y después de insistir en invitarme a un café sentados ambos a una mesa, me ha pedido que lo acompañe a su despacho para comentarme el tema de una exposición..., ¡a mí!, que no trabajo en ese departamento y soy el último mono aquí. No sé si sentirme halagada o desconfiar, aunque eso me convierta en una paranoica.

La verdad es que debería estar prestando más atención a su discurso sobre la nueva exposición, pero hay una idea que no me deja en paz: ¿Por qué este hombre tiene tanto interés en mí? Repito, no quiero ser paranoica, pero es raro. Y yo soy muy de pensar en exceso, pero se pasa día sí y día no por mi puesto de trabajo, en

más de una ocasión lo he pillado escaneándome de arriba abajo, me plantea preguntas personales cuando coincidimos en la entrada o en la puerta de los servicios, me hace comentarios un poco fuera de lugar, como que una blusa me sienta de lujo o que el pelo recogido me hace mayor...

—Claudia, ¿me estás escuchando? —me pregunta con esa sonrisa que quiere denotar simpatía, pero que no engaña a nadie.

Pongo cara de «¡Claro que sí, jefazo, soy la empleada más atenta del mundo!» y asiento enseguida.

—Sí, sí, por supuesto. ¿Decías que la inauguración será el viernes?

—Exacto. —Ricardo se apoya en su escritorio y me mira fijamente, evaluándome—. Claudia..., voy a serte sincero: creo que como guía estás desaprovechada, creo que si estuvieras más involucrada en ese evento, podrías saltar de departamento.

—¿Cambiar de departamento? Y más involucrada, ¿cómo?

Se levanta, rodea su escritorio, se sienta en la silla que hay junto a la mía y se inclina hacia delante. Está demasiado cerca. ¿No sabe lo que es el espacio personal?

—Pues jugando un papel más representativo. Eres joven, estás preparada y tienes mucho potencial..., solo tienes que mostrármelo.

Ajá. Mucho potencial. ¿Tengo que mostrárselo? Lo dice como si él fuera un cazatalentos de Hollywood y yo, una estrella en ascenso.

Sonrío educadamente, pero por dentro me suenan un montón de alarmas: «¡Peligro, peligro, esto es rarísimo!», «¡Di cualquier cosa y sal de aquí, ya!».

—Vaya, qué honor. Pero... no creo merecerlo. Aquí hay profesionales mucho más preparados que yo y que llevan más tiempo en el museo.

Intento sonar casual, aunque me parece que no lo he conseguido, ya que mis neuronas están colapsando. Porque, vamos a ver, soy

buena en mi trabajo, pero no soy más que una guía con escasa experiencia, además de la más novata. Definitivamente no soy la más indicada para que me promocione de esa manera, resulta evidente.

Ricardo ladea la cabeza y me mira de una forma que me incomoda un poco.

—Pero tú destacas, Claudia. Y, cuando alguien destaca, hay que aprovecharlo.

¿Vale? ¿Qué es esto? ¿Un anuncio motivacional de LinkedIn?

Intento mantener la compostura mientras suelta un pequeño discurso sobre lo importante que es el talento joven, pero la verdad es que ya no estoy escuchando. Estoy demasiado ocupada intentando descifrar cuál es su verdadero interés.

Y luego pasa.

Me toca el antebrazo.

Así, como si fuera lo más normal del mundo.

Y no es una palmadita inocente o un toquecito insignificante. No. Es un contacto prolongado, porque posa la mano cerca del codo y la desliza hasta mi muñeca, *len-ta-men-te*.

¿En serio?

Me aparto de manera sutil, como quien necesita moverse porque sí, pero ya estoy en alerta máxima.

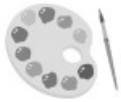
Él sigue hablando como si nada, pero mi cabeza ya ha archivado esto en la carpeta mental de «Comportamientos dudosos».

Miro discretamente el reloj y soy consciente de que llevo mucho tiempo aquí. Demasiado.

—Disculpa, Ricardo... Gracias por tus palabras, pero tengo que seguir con mi trabajo. Nos vemos luego.

No le doy tiempo a responder. Me levanto con rapidez, recojo mis cosas y salgo de su despacho con una sonrisa fingida.

«Soy educada, pero no quiero estar aquí ni un segundo más».



El día avanza y, aunque intento no darle vueltas al tema de Ricardo y su proposición, no puedo quitármelo de la cabeza.

Por suerte, cuando salgo del trabajo, Álex está esperándome fuera.

Sonrío automáticamente al verlo. Tiene las manos metidas en los bolsillos y me mira con esa expresión relajada tan suya, como si nada pudiera alterarlo.

—¿Has venido a recogerme? —pregunto con una media sonrisa.

—No. Solo pasaba por aquí por casualidad —responde con ironía —. Está claro que vengo a buscarte.

Río y me acerco a él para darle un beso. Me encanta que haga esto de vez en cuando, sobre todo porque así pasamos un buen rato juntos mientras comentamos nuestro día.

Pero, antes de que podamos largarnos, Ricardo aparece.

—Claudia, por favor, espera un momento —me pide en un tono que no admite negativas.

Álex y yo nos giramos para enfrentarlo, yo con una sonrisa forzada para disimular mi incomodidad. No me queda otra que presentarlos, y no se me escapa que, cuando le digo que es mi novio, un pequeño tic le hace parpadear varias veces el ojo izquierdo.

Después de las típicas palabras de cortesía, vuelve a dirigirse a mí.

—Para la exposición del próximo viernes de la que hemos estado hablando, quiero que vengas un poco antes de tu hora, para que pueda presentarte a los dos comisarios de esta y al artista. En este mundo hay que hacer *relaciones*...

—Claro, gracias —contesto muy cortada, deseando irme ya. El modo en que ha pronunciado la última palabra me ha dado escalofríos.

Pero Ricardo no se marcha. Se queda ahí, mirándome. Como si esperara algo más. Como si no se diera cuenta de que Álex está justo al lado fijándose en cada movimiento. Y, entonces, ocurre otra vez. Ricardo me toca el brazo, simulando un gesto casual, pero apretándomelo más segundos de los necesarios. Yo, en modo robot social, sonrío y me aparto discretamente..., pero no me cabe duda de que Álex lo ha visto y ha percibido algo porque, cuando Ricardo por fin se despide y se va, no dice nada. Solo me mira de un modo inquisidor. Yo también lo miro. Y el silencio es más elocuente que cualquier palabra.

—¿Qué? —pregunto por fin, incómoda.

—Nada. —Se cruza de brazos—. Solo que ese tipo no me cae bien, toca demasiado... y te come con los ojos.

—Bueno, no exageres. —Intento quitarle hierro al asunto, aunque no puedo estar más de acuerdo con él.

—O sea, no lo digo en plan celoso ni nada por el estilo —aclara—, pero..., qué coño, no me ha gustado nada de nada: ni su tono, ni sus palabras, ni su actitud, ni su toqueteo..., y aún menos siendo un superior.

Me río porque su cara es un poema y no sé cómo reaccionar.

—No te preocupes, Álex —le resto importancia—, él es así con todo el mundo, intenso —añado para que se tranquilice, pero la verdad es que Ricardo no es así con todo el mundo, ni por asomo.

—Sí, *intenso* es una buena palabra.

Nos quedamos un momento en silencio. Luego Álex suspira y niega con la cabeza.

—Mira, quizá he malinterpretado lo que ha pasado, pero, si en algún momento te incomoda, dímelo.

—¿Vuelves a estar de servicio, Chaquetaman? —le digo pasándole las manos por la cintura.

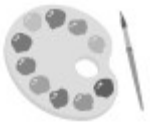
—Para ti siempre estoy de servicio, señorita Castro. Fuera coñas, no dejes que nadie te haga sentir a disgusto y, si es el caso, habla con quien sea.

Le sonrío.

—Lo haré.

Y aunque intento relajarme, me resulta imposible. A mi cabeza acuden imágenes de Ricardo en relación conmigo desde que trabajo aquí..., palabras que pueden tener doble sentido, algún roce en la cola de la cafetería que ahora me hace sospechar, muchos encuentros casuales que quizá no lo eran tanto, ese empeño por promocionarme sin que se lo haya pedido... Esperad un momento. No será Ricardo el misterioso @Ricky_00, ¿verdad? Pero ¿qué cojones...?

Capítulo 31



Claudia

Aunque me es difícil sacarme todo eso de la cabeza, pues me inquieta, el remedio perfecto ahora mismo es Álex. Acaba de decirme que se le ha ocurrido un plan especial para esta tarde, uno que visualizo como la escapatoria perfecta, porque tira de mi mano de forma decidida.

—¿A dónde vamos? —indago mientras echamos a andar, con el aire fresco de principios de marzo invadiéndome.

—Es una sorpresa, no preguntes. Confía en mí —me responde guiñándome un ojo.

El trayecto es corto, pero durante esos minutos el nerviosismo se apodera de mí. ¿A dónde me lleva? La curiosidad me crea un nudo en el estómago.

Cuando me indica que hemos llegado, accedemos a un local que me parece un poco raro: tiene las paredes negras, luces de neón y un ambiente intrigante. En la recepción, una mujer con una bata blanca nos recibe.

—Bienvenidos a Rage Room —nos saluda de forma muy profesional, como si estuviéramos entrando en un club exclusivo—. Aquí podéis hacer todo lo que queráis para deshaceros de vuestro

estrés. Nuestro servicio de habitaciones insonorizadas permite que el cliente se sienta libre para eliminar nervios, frustraciones y enfados. La única regla es no atentar contra la integridad de nadie, tampoco la de uno mismo.

Me la quedo mirando sin saber si estoy alucinando o si Álex me ha traído a un lugar en el que grabaremos una película de terror.

—¿Qué es esto, Álex? —indago alucinada.

Al verle esa sonrisa traviesa, ya sé que pasará algo fuera de lo común.

—Vas a salir de aquí como nueva —me asegura con un tono de voz divertido—. Aquí dentro podrás gritar, romper cosas, descargar tensión..., dejando el estrés atrás.

La mujer nos entrega unos guantes, un mono, un casco de protección y unas gafas de seguridad y, mientras nos lo ponemos todo, me siento como si estuviera a punto de formar parte de una especie de experimento.

La habitación me sorprende, como todo aquí. Hay platos, botellas, muñecos de peluche, pantallas, teclados... y herramientas de destrucción; incluso hay un muro en medio de la estancia listo para ser destrozado.

La idea de arrasar con todo y chillar hasta desgañitarme me atrae de una forma inexplicable.

Álex no pierde tiempo. Coge un plato y lo lanza contra una pared. ¡Qué tío! Este también necesitaba desestresarse. Se hace añicos con un sonido tan liberador que me río a carcajadas. No tenemos que contenernos y eso sin duda nos sentará bien, mucho.

—¡Esto es una pasada! —grita Álex mientras estampa más cosas contra el suelo y las paredes, chillando y riendo.

Yo me dejo llevar y, sin pensarlo, estrello una botella. El sonido de la explosión de cristal me llena de una extraña satisfacción.

Nos pasamos un buen rato así, entre risas, martillazos, golpes y gritos liberadores. Es como si volviéramos a ser niños e hiciéramos lo que nos diera la gana sin preocuparnos de lo que piensan los demás. La tensión en mis hombros desaparece por completo, y lo único que importa es el momento presente.

Cuando ya estamos agotados, rodeados de trozos de cosas rotas, nos sentamos en el suelo respirando hondo. Álex me mira con una sonrisa satisfecha, y yo no puedo evitar reírme también.

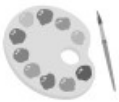
—Esto ha sido lo mejor que me has hecho hacer en mucho tiempo —le digo sin dejar de sonreír.

—¿Lo mejor? ¿Estás segura? —responde jadeando de forma muy sugerente.

—La mejor cita, desde luego —contesto mientras me giro y me subo encima de él a horcajadas.

—Gracias por especificar, señorita Castro; ya estaba pensando cómo hacerla gritar de otra manera... —suelta al tiempo que me arrima a él y junta sus labios con los míos después de que nos quitemos el casco.

Y, sí, se convierte en la mejor cita de mi vida, y no solo por lo bien que lo he pasado, sino también por la compañía.



Cuando salimos del local, el aire de Madrid nos parece distinto. Todo parece más fácil de llevar, más liviano. Lo bien que sientan unos cuantos gritos y unos cuantos trastos rotos.

Caminamos juntos, sin prisas. Es un alivio poder disfrutar de una ciudad tan viva sin tener que cargar con el estrés de todo lo demás. Según andamos noto su mano cerca de la mía y entrelazo nuestros

dedos. Se siente tan natural que pienso que estoy justo donde debo estar.

A veces nos esforzamos tanto por ser vistos que, cuando alguien simplemente lo hace, nos sorprende. Hoy, por ejemplo, sin decirle nada, ha sabido muy bien qué era lo que yo necesitaba.

Llegamos a mi portal dando un paseo y, cuando me giro para enfrentarlo, su mirada ya me está esperando. Sin darme tiempo a reaccionar, me agarra con fuerza por la cintura y me atrae hacia su cuerpo, apoderándose de mis labios como si siempre hubiesen sido suyos. Su lengua entra en mi boca sin previo aviso, casi como si estuviera reclamando algo que solo él puede tener. No hay suavidad, es fuego. No quiero separarme, quiero más.

—Álex... —susurro mientras le muerdo lentamente el labio.

—Cállate, o te cogeré en brazos y no te dejaré salir de tu habitación hasta mañana, y no puedo. Ambos sabemos que no es por falta de ganas. Recuerda que mañana tengo la primera sesión, a las seis, con ese tenista profesional, y, si todo sale bien y me contrata, puede significar un antes y un después profesional para mí. Resumiendo: hay que ser sensatos. Aunque eso me convierta en el tío más gilipollas del puto planeta, es lo que toca —me dice mientras pega todavía más mis caderas a su cuerpo.

—Ajá. Sensatos y encerrarme en mi cuarto contigo no casa en la misma frase —contesto entre jadeos contra su boca—. Y no dudo de que lo harás genial. Tus masajes son lo más, ya sabes cómo me gustan: en los pies, en la espalda, en el cuello, en...

Mi cuerpo se tensa cuando sus manos recorren mi espalda, apretándome contra su pecho. Respondo con la misma intensidad. Cada roce, cada movimiento, hace que mi piel se erice. Cuando al final nos separamos no puedo evitar acariciarle los labios con la

punta de los dedos. Estoy jodidamente enamorada de este tío y encima me pone a mil.

—Nos vemos mañana, ¿te parece? —dice con voz rasposa, apenas audible.

—Claro..., sensatos —respondo, con la boca todavía entreabierta y las manos buscando algo que aún me ate a él.

—Sensato voy a ser hoy, no me queda otra, pero mañana no me importará en absoluto continuar donde lo hemos dejado —comenta para luego darme un beso tierno en los labios.

—Lo de hacer promesas le gusta mucho, señor Fernández.

—Y ya sabes que, lo que prometo, lo cumplo.

Abro la puerta de la calle sin apartar mis ojos de los suyos, me despido y subo a mi piso. Separarme de él cada vez se me hace más difícil.

Cuando entro en casa oigo voces y me dirijo al salón. Allí me encuentro a Rafa y a mi compañera de fatigas. Anda, no me imaginaba que acabarían siendo mejores amigos, aunque debo decir que se parecen tanto que les pega. En nuestro salón no solo están Rafa y Amanda, hay otra persona sentada en mi sofá.

—¡Claudia! —exclama Rafa tratando de sonar natural, sin conseguirlo—. Te presento a Leo. Leo, ella es Claudia, la novia de... Bueno, mis líos.

El chico esboza una sonrisa que me deja claro que no tiene ni pizca de vergüenza.

—Hola, Claudia —me saluda con un tono descarado.

Lo miro sin cambiar de expresión, tratando de ocultar lo asombrada que estoy. Rafa, el rey de Grindr, ya nos confesó hace poco que estaba conociendo a alguien y, por su actitud y su nerviosismo, deduzco dos cosas: Leo es ese chico y es obvio que esto es algo nuevo para él.

—Hola, Leo, encantada de conocerte.

«Quedarte en shock ante el ligue de tu nuevo amigo no mola nada. Claudia, baja a la puta tierra, tía, que sigues todavía en Alexlandia».

—¿Qué te cuentas, guapi? —suelta Amanda con un tono excesivamente cariñoso que me confirma que de pronto están un poco incómodos con la situación.

—Qué te cuentas tú, más bien —le digo dándome la vuelta hacia ella con cara de póquer.

—Has hecho planes después de currar, ¿no? —Si no fuese Amanda, os aseguro que esta pregunta muy normal no me parecería.

—Sí, he ido a un sitio muy chulo a romper de todo y a gritar como una posesa.

—Joder, pues sí que os va lo duro... —dice Rafa con las cejas casi en el inicio del pelo.

—Es un sitio para destensar y liberar estrés, deberíais probarlo.

—Yo, para destensar, tengo otros métodos... —suelta Amanda riéndose.

—No sé cómo te aguanto —le digo mientras me dirijo a mi habitación.

—¡Porque me quieres!

—Demasiado... —murmuro para mí; cierro la puerta y los dejo a los tres en el salón.

En otro momento habría seguido nadando en una charleta con el nuevo lo que sea de Rafa, pero estoy agotada. Me echo en la cama y saco el móvil.

¿Ya en casa?

Justo entrando por la puerta.

Yo me he llevado una sorpresita al llegar. Rafa está aquí acompañado.

Le iba a escribir ahora para ver dónde se ha metido, ya que el piso está vacío. ¿Con quién está? ¿Con Amanda?

Se llama Leo. Metro ochenta, moreno y con ojos azules. Se ha apoderado de mi sofá.

No sé por qué preocuparme más:
si porque te hayas fijado tanto en él como para darme ese dato sobre su estatura o porque te hayas quedado sin sofá.

¿Está celoso, señor Fernández?

No juegues conmigo después de la despedida en tu portal, que soy capaz de volver y pasar la noche sin dormir a pesar de mi compromiso de mañana.

Antes debería haberte dicho que dormir está sobrevalorado... Buenas noches, mañana hablamos.

Buenas noches, preciosa.

Dejo el móvil sobre la mesilla con una sonrisa en los labios, pero enseguida vuelve a vibrar, dos veces. ¿Qué se le habrá olvidado decirme a este hombre? Miro la pantalla y se me hiela la sangre.

Número desconocido.

Buenas noches, Claudia. Soy Ricardo.

Me siento de un bote en la cama y me quedo mirando fijamente esas cinco palabras. No conozco a otro Ricardo que no sea mi jefe, y esto me deja flipando porque yo no le he dado mi número en ningún momento. Por tanto, ¿cómo demonios ha conseguido mi teléfono?

> Mañana me gustaría hablar contigo
> sobre algo importante. ¿Podemos
> vernos fuera del museo?

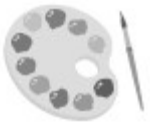
Me cuesta procesar lo que leo, como si estuviera en otro idioma.

Vale. No. Esto no es normal.

No soy una persona que se deje llevar por las primeras impresiones, pero es que este hombre tiene una forma de mirarme que me hace sentir incómoda, y desde el primer día me pareció que demostraba demasiado interés en mí. Y esa mala vibra ha ido en aumento: demasiados encuentros casuales, demasiados repasos visuales, demasiadas propuestas que no me cuadran, demasiados toqueteos fuera de lugar..., pero esto... Que tenga mi teléfono sin que yo se lo haya dado y me mande un mensaje pidiéndome quedar fuera del trabajo hace que me parezca todo tremendamente turbio.

Y eso, amigos, no me hace ni puta gracia.

Capítulo 32



Claudia

Despierto con la luz del sol filtrándose a través de las cortinas. Ya hemos hablado de lo mucho que odio las mañanas, ¿verdad? Pero esta en cuestión se me está haciendo bola por cómo acabé la noche. Estoy nerviosa y no tengo ganas de ir a trabajar.

Anoche, armándome de valor, acabé respondiendo al mensaje, con la intención de cortar este tema de raíz y dejar las cosas claras.

> Buenas noches. No, no podemos vernos fuera del entorno laboral, no lo considero necesario. Y te agradeceré que no me envíes más mensajes, para empezar porque no te he facilitado mi teléfono personalmente.

Estoy tensa y, al coger el teléfono, reviso las notificaciones. Me importa mucho este trabajo, no me gustaría tener un problema cuando ya me he hecho a todo el equipo, pero hay cosas por las que no voy a pasar. También me estoy planteando hablar con Jesús, mi jefe directo, o con Patricia, porque fue quien me contrató y porque tenemos bastante buena relación, pero... ¿qué les voy a contar?,

¿que Ricardo Mejía es demasiado amable conmigo y quiere impulsar mi carrera? Para empezar, no sé si me creerían, y, para acabar..., no hablarán con él; sería la palabra del director del Museo del Prado contra la mía. Lo tendría jodido.

Me levanto, me doy una ducha y me visto para ir al museo. Antes de dirigirme a la cocina, me froto los ojos y suspiro. Está claro que ayer mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza: el peso del mensaje me dejó exhausta y el sueño me venció. Ahora, al ver que tengo varios de Álex, siento un pequeño nudo en el estómago. No quiero preocuparlo, así que le respondo con naturalidad, con el mismo tono de siempre.

Buenos días a ti también.
He dormido genial, gracias.

Pero algo en mi modo de expresarme, o que no se los contesto uno por uno, debe de delatarme, porque Álex no tarda en decir:

¿Segura, enana? No sé, te noto rara.

Suspiro con fuerza y me quedo mirando la pantalla. No puedo decirle nada, al menos por ahora. No quiero que la paranoia se apodere de mí ni tampoco asustar a Álex. Así que opto por restarle importancia:

Sí, de verdad. Hablamos luego,
voy al trabajo.

Cuando entro en la cocina, Amanda me mira con el ceño fruncido mientras le da un sorbo a su café.

—Tienes cara de haber visto un fantasma —dice levantando una ceja.

—Digamos que me escribió uno —respondo con una mueca, tomando mi taza y sirviéndome un café, y luego suspiro por enésima vez en lo que va de mañana.

Amanda se cruza de brazos y me observa fijamente.

—¿Y eso?

Vuelvo a suspirar.

—Por tu cara, no estamos de coñas, ¿verdad? —insiste.

—Digamos que de pronto el jefazo máximo del museo se dedica al arte de dar sustos nocturnos con mensajes crípticos.

Pongo los ojos en blanco y me froto la sien.

—Que ese tipo te escriba de noche no es algo muy normal; lo sabemos las dos, ¿cierto?

—Cierto, y más cuando ni siquiera le he dado mi teléfono. Pero, bueno, no quiero ser malpensada.

—Hummm, claro. Porque huir de los problemas siempre ha sido tu estrategia favorita.

—Exacto, y funciona de maravilla —replico con ironía mientras recojo mi bolso tras terminarme el café—. Me voy al trabajo antes de que me hagas una sesión de terapia gratis.

—Con Dios, y cuidado con los fantasmas, que no eres Melinda Gordon.

Salgo corriendo de casa porque, como siempre, voy con el tiempo justo y noto que me vibra el móvil. Un nudo se me aprieta en el estómago, pero me relajo un poco al ver que es Álex.

He olvidado preguntarte si quieres que nos veamos luego, al salir del curro.

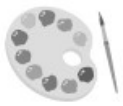
Sí, de acuerdo.

¿Seguro que estás bien?

Perfectamente. Te dejo, que llego tarde.

Sé que he sido seca y que me ha notado rara fijo, pero ahora no tengo tiempo para apagar ese fuego.

Me meto en el metro corriendo con la música sonando a tope a través de mis cascos; necesito dejar de pensar.



El ambiente en el trabajo parece ser el de siempre..., o eso quiero creer.

Mientras avanzo por los pasillos en busca de mi primer grupo de visitantes y me cruzo con compañeros, siento que todo a mi alrededor tiene un aire distinto. No puedo asegurarlo, pero presiento que hay algo que no va como debería. Miradas fugaces, silencios más largos de lo habitual, la sensación de que alguien me está observando. ¡Joder, me estoy volviendo paranoica! Intento concentrarme, enfocarme en mis tareas, pero cada vez que levanto la vista mi corazón late un poco más rápido.

Y, entonces, ahí está: Ricardo.

Apenas lo veo en la otra punta de la sala, siento que el estómago se me encoge. Pierdo el hilo de lo que estoy explicando y esto es lo peor que me puede pasar en mi curro. Él también me ha visto. Y no aparta la mirada.

Procuro disimular, giro sobre mis talones y me refugio en mi grupo de escolares, como si de repente los chavales estuvieran sumamente fascinados por lo que les cuento y las obras de arte que nos rodean y yo estuviera entusiasmada por ello. Pero puedo sentirlo. Ricardo continúa ahí, siguiéndome con los ojos como si fuera un detective de película de bajo presupuesto.

La visita acaba, pero, después de despedirme, no me muevo de la puerta por la que los chicos se han ido. No sé cómo salir de esta.

En ese momento Emma pasa delante de mí y se detiene a mi lado.

—¿Me he perdido algo o estás jugando a la estatua humana?

Suelto el aire.

—Solo intento evitar una catástrofe.

Mi amiga me mira sorprendida.

—¿Catástrofe nivel «Me he olvidado de decirles a esos estudiantes que vuelvan pronto y me planteo salir detrás de ellos para hacerlo» o nivel «Mi ex psicópata me acecha y estoy aquí esperando a la policía para denunciarlo»?

La señalo con un dedo.

—La segunda, pero con el jefe máximo y sin policía.

Emma silba.

—Madre mía, esto es más entretenido de lo que esperaba.

—Para ti, quizá. Para mí, es una pesadilla.

—No entiendo nada, explícate.

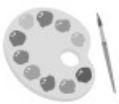
—Yo tampoco. La verdad es que no sé si soy yo, que estoy paranoica perdida, o realmente ese capullo no para de buscarme.

Emma me mira con una sonrisa divertida.

—Lo dudo mucho, cielo. Ricardo es un buen tipo. De todos modos, si en algún momento decides que necesitas un plan de escape, hazme una señal y nos vamos a tomar el aire.

Resoplo.

—Voy a fingir que eso no es tu idea de apoyo emocional.



A medida que avanza la jornada, la tensión se acumula en mi espalda y en mi pecho. Necesito sentirme mejor. Así que, sin pensarlo demasiado, saco el teléfono y escribo a Álex.

¿Puedes venir a buscarme a la salida? No me apetece volver sola. Mi turno termina en una hora.

Por supuesto. Te recojo allí en un rato.

Cuando finalmente salgo del edificio, el frío de la tarde me envuelve, despejando un poco mi mente. Me cruzo de brazos y miro a mi alrededor, tratando de ignorar la sensación persistente de que algo va mal. Y, entonces, veo a Álex... y no está solo. Un momento, ¿es Patricia? ¿Qué hace charlando con la persona que me contrató?

Frunzo el ceño y mi corazón da un pequeño vuelco. Me detengo para contemplar la escena desde la distancia, puesto que ellos no me han visto.

Patricia habla con expresión severa y Álex la escucha con los labios apretados. No parece una conversación cordial ni trivial. Cuando al fin Álex gira la cabeza y me ve, sus ojos se suavizan de inmediato, pero Patricia mantiene su semblante inmutable.

Trago saliva. Me acerco con paso firme, intentando no parecer una espía de serie barata.

—¿Va todo bien? ¿Pasa algo? —pregunto mirándolo primero a él y luego a ella.

—Sí, va todo bien... nada importante —me contesta Álex mientras se frota la nuca, claramente incómodo.

—Solo le aclaraba ciertos protocolos de la empresa —interviene Patricia con una sonrisa forzada.

—¿Protocolos de la empresa que incluyen a mi novio? —replico al tiempo que arqueo una ceja.

No sé de qué va esto, pero no me está gustando un pelo y noto que me estoy enfadando por momentos.

—Nada de que preocuparse, Clau —señala Álex antes de soltar una risa nerviosa.

—Ajá. —Me cruzo de brazos y miro a Patricia sin entender nada, pero ahora mismo tengo tal nube en la cabeza que lo que quiero es largarme cuanto antes de aquí.

Patricia me sostiene la mirada un segundo más del necesario y luego sonríe con una amabilidad tan falsa que casi brilla de lo plástica que es. Me cae bien, pero tiene un «algo» que siempre me deja helada.

—Bueno, nos vemos mañana, Claudia.

Y, sin más, se gira y se aleja.

Me vuelvo hacia Álex.

Él suspira y se mete las manos en los bolsillos.

—Joder, es que me ha pillado aquí y ha empezado a hablarme... ¿Qué querías que hiciera?

—Nada —le respondo escueta—. ¿Nos vamos?

Y nos montamos en el coche rumbo a mi piso.

Capítulo 33



Álex

Conduzco sin prisa por las calles de Madrid hasta llegar a casa de Claudia. El trayecto le ha sentado bien; de alguna manera, siento que toda esa tensión que arrastraba desde la conversación con Patricia se ha ido desvaneciendo. La veo un poco más relajada, aunque sigue con esa expresión de «Tengo demasiadas cosas en mente». Ya no está enfadada, pero claramente algo la tiene inquieta, va a mil por hora. Lo noto en sus movimientos, en cómo recoge las cosas con más rapidez de la necesaria.

—Oye, no te lo tomes a mal, pero ¿Patricia te da miedo o solo es una experta en hacer que la gente se sienta incómoda? —le suelto nada más entrar en su piso.

Claudia se ríe, pero de ese modo que le sale cuando está un poco agobiada.

—¿Patricia? No, claro que no. —Me lanza una mirada burlona.

Resoplo, porque está claro que no estamos abordando la situación.

—¿Qué tal con ella, entonces? —me pregunta. Por fin parece que quiere ir al meollo del asunto.

—En realidad, ni bien ni mal. Te estaba esperando fuera y me ha preguntado qué estaba haciendo allí, así que me he presentado y se lo he contado, nada más —le respondo mientras me quito el abrigo, y le lanzo una sonrisa.

—Cómo no, ella lo quiere tener todo bajo control, siempre —añade, y empieza a organizar sus cosas en el salón para ponerse a pintar. Sigue mirándome como si estuviera esperando que le respondiera algo—. En fin, no es para tanto.

Claudia se encoge de hombros y asiente. No está tan preocupada como parece, pero es evidente que tiene otras cosas en la cabeza.

—Ya, tienes razón —dice mientras empieza a colocar sus pinceles y pinturas sobre la mesa, como si se estuviera preparando para una batalla creativa—. ¿Te importa poner algo de música?

—Claro que no —le contesto sacando el móvil de mi bolsillo y poniendo una lista de canciones que sé que le van a gustar. La música empieza a sonar de fondo, suave y tranquila.

Claudia coge un pincel y lo mira concentrada; no está pendiente de mí, pero sé que es consciente de que la estoy observando. Le encanta hacerse la dura.

Sigo su movimiento cuando mete las cerdas en la pintura y comienza a dar pinceladas sobre el lienzo..., y al rato caigo en la cuenta de que estoy más pendiente de su cuerpo que de la pintura en sí. Me fascina la forma en que se mueve, como si cada cambio de su cuerpo estuviera calculado, pero, al mismo tiempo, surgiera de una forma espontánea, natural. El calor comienza a subirme, me estoy poniendo cachondo con tan solo contemplarla.

—¿Te atreves? —me dice de repente interrumpiendo mis pensamientos; me enseña un pincel, proponiéndome que me levante y pinte con ella.

Me lanza una mirada desafiante; los ojos le brillan con diversión.

El juego acaba de empezar.

—Soy la reencarnación de Picasso, nena, no me retes —suelto sonriendo mientras acepto el pincel y luego lo deslizo sobre la tela de una manera descuidada, creando una línea irregular.

—No tengo ninguna duda... —contesta Claudia, que se acerca un poco más. Hay algo en su tono que cambia, como si estuviéramos compartiendo algo más que la pintura—. Concéntrate, usa la música para que guíe tus trazos.

Pone su mano encima de la mía, y dirige mis movimientos.

Según va deslizando el pincel por el lienzo vuelvo la cabeza hacia ella y la miro; está totalmente concentrada, pero me da igual, me acerco y le doy un beso en el cuello.

—Estate quieto, así no puedo ayudarte... —protesta todavía guiando mi mano, aunque noto que sus dedos se han tensado un poco al sentir mis labios en su piel.

—Claro que puedes ayudarme —susurro con voz ronca.

La presión de mi erección en mis vaqueros ya es evidente, solo con tenerla cerca se me pone dura. La distancia entre nosotros es cada vez más corta, y la temperatura sube en la estancia, como si estuviéramos acercándonos a un límite, pero sin cruzarlo.

Sin pensarlo, cojo con la otra mano otro pincel, lo paso por la pintura y, con una sonrisa provocadora, lo acerco a su rostro, tocando suavemente su mejilla, dejando una ligera línea en ella.

Ella se tensa por un instante; estas cosas la cabrean, lo sé.

—¿Así que ahora me estás pintando? —murmura en voz baja, una voz cargada de algo que no puede ignorarse.

Yo sonrío, pero no me aparto. Siento el deseo de acercarme aún más, de dejar que la pintura sea solo una excusa para tocarla.

—Solo estoy probando, experimentando... —le respondo mientras sigo trazando líneas suaves sobre su piel, disfrutando de cómo la

textura de la pintura fría hace que se le erice el cuerpo. Es evidente que en su camiseta se le empiezan a marcar los pezones, y tengo que controlarme más que en toda mi vida para no arrancársela y metérmelos en la boca.

Puedo percibir su respiración cada vez más fuerte; jadea. Y esa es la última chispa que necesito para prender en llamas. Me acerco aún más. Ella me mira, como si esperara que dijera algo, pero no puedo. La agarro del brazo, la giro un poco hacia mí, nos acerco al sofá y, sin mediar palabra, le empiezo a besar el cuello. Mis manos manchadas de pintura impactan en su culo, me siento y ella lo hace a horcajadas sobre mí y comienza a moverse hacia delante y hacia atrás sobre mi polla, buscando la máxima fricción y su propio placer.

—Dios, me encantas... —musito en su oído mientras le aprieto las caderas para arrimarla más contra mi miembro.

Es abrupto, sin suavidad, casi como buscando algo más que el mero roce de nuestros cuerpos. Es crudo. Intenso. Quiero follármela. Mi respiración sale entrecortada. La suya también. La cojo en brazos y la siento encima de la mesa. Ella abre las piernas.

—Por favor, Álex... —Está tan cachonda que no le sale nada más, pero sé perfectamente lo que me está pidiendo.

Me coloco entre sus piernas y, con delicadeza, le deslizo las medias y el tanga por las piernas, dejándola del todo expuesta ante mí. Empiezo a acariciarle el clítoris en círculos mientras ella eleva las caderas pidiéndome más, y le introduzco un dedo buscando ese punto que le hace arquear la espalda. Está completamente empapada. Acerco mi cara a sus muslos y comienzo a besarla de manera descendente hasta que llego a su coño. Mis dedos se apartan de su clítoris y paso a lamérselo, jugando con la lengua. Chupo, succiono, introduzco otro dedo y subo la intensidad. Ella cierra los ojos y sus gemidos ganan fuerza. Se retuerce y la sujeto

con una mano para que no se mueva. Más gemidos. La tengo dura. Joder, cómo me pone. Aumento más y más la velocidad y por sus espasmos y gemidos noto como llega al éxtasis.

—Joder..., joder, Álex..., te necesito —me dice abalanzándose sobre mí y desabrochándome los vaqueros. En cuestión de segundos la tengo fuera y ella está gobernando mi placer; como siga a este ritmo, voy a correrme antes de haber empezado.

Le aparto la mano y la siento sobre mí. Si por ella fuera haría que estallase sobre su cuerpo, pero sabe lo que necesito, lo mismo que ella. Saco un condón de la cartera y lo abro con la boca. En un segundo ya estoy en su interior y ella está cabalgándome.

—Claudia, eres una diosa —le digo mientras paso una mano entre sus pechos y la agarro del culo con la otra, incentivándola a que siga moviéndose sobre mi polla.

—Vamos, Álex, córrete conmigo...

Y su ritmo asciende hasta ser frenético y yo ya no puedo más, así que, con un gruñido sobre su cuello, exploto y me dejo ir al tiempo que oigo sus gritos en mi oído. Ella me mantiene dentro y yo acaricio su espalda de arriba abajo mientras sus pulsaciones y las mías van regulándose.

—Te lo dije... —afirmo.

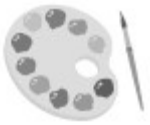
—Que me dijiste ¿qué?

—Que te haría gritar de mil maneras diferentes...

—Serás... —suelta riéndose, y las contracciones de su coño se sienten demasiado bien. Acabo de correrme y sería capaz de volver a empezar.

Nos quedamos abrazados. Estoy jodidamente enamorado de esta niña.

Capítulo 34



Claudia

Tras la sesión de sexo nos quedamos dormidos hasta que, un par de horas después, me despierto y veo como Álex está de pie en la puerta de mi habitación contemplando mis pinturas. Es bonito ver que alguien es capaz de admirar algo que has creado tú de la nada, pero la inseguridad que llevo encima hace que, de alguna manera, quiera taparlos todos y que deje de mirarlos.

—¿Vas a hacer por fin una expo? —me pregunta sin rodeos.

—No lo creo, no me siento tan segura de mí misma como para exponer mis cuadros a miradas críticas y comentarios ajenos —le digo antes de echarme la mano a la boca y bostezar como si no hubiese un mañana.

—Pues deberías. ¿Me dejas sacarles unas fotos?

—¿Para qué? —inquiero extrañada.

—Me gustan, y es una manera de tener tus obras cerca y a la vista siempre que quiera. Además, esa en concreto —añade señalando la que casualmente es mi obra favorita— me gustaría ponérmela de fondo de pantalla.

—Ah, vaya, pensaba que pondrías una foto nuestra —suelto mientras le paso las manos por detrás de la cintura.

—Para eso deberíamos tener una y, cuando estamos juntos, más que fotos estamos haciendo otras cosas —me indica burlón antes de girarse, y me da un suave beso en los labios.

—¿Alguna queja de eso?

—En absoluto, pero pongámosle remedio.

Abre la cámara de su móvil y me acerca a él.

—Ni de coña me sacarás una foto con esta cara —le digo mientras me revuelvo, pero él me arrima a su cuerpo y sigue enfocándonos.

—Listo.

—Listo, ¿el qué? ¡Enséñame eso ahora mismo! —le exijo cogiéndole el móvil de la mano. Si hay documentos gráficos míos con esta cara de mierda, debo hacer algo al respecto.

Lo que veo me sorprende. La foto está movida, con mi pelo al aire en medio de ese forcejeo. Ambos nos reímos. Es una foto preciosa, imperfecta pero que muestra la esencia de lo que somos los dos juntos.

—Joder, me encanta.

—A mí me encantas tú, pequeña. —Me coge en brazos y yo me agarro con las piernas a su cintura.

—Eres demasiado mono, ¿lo sabías?

—Sí, me lo han dicho varias veces...

No puedo controlar la carcajada que sale de mi pecho; cuando estoy con él, soy muy feliz. Me deslizo por su cuerpo y noto su dureza en el descenso. Este chico no tiene fin, y no lo culpo, yo ahora mismo haría un segundo *round* sin dudarlo.

Veo que sigue observando el cuadro y, acto seguido, me mira como pidiendo de nuevo permiso.

—Dale, sácalas —le digo al fin—. Eso sí, como intentes comercializarlas con tus clientas, te arrancaré la piel a tiras.

—Joder, como para hacerlo. Descuida, señorita Castro.

—La que avisa no es traidora, señor Fernández.

Oigo como la puerta de la entrada se cierra. Es Amanda, no cabe duda. Y menos mal que me ha dado tiempo a echar el polvo con Álex antes de que esta mujer llegara o le habría dado un colapso. A la mierda el segundo *round*.

—Clau, ¿estás en casa? —dice desde el pasillo.

—Estamos —le respondo al momento.

—Cómo no... el Dúo Dinámico junto... o, más bien, Pimpinela.

—Amanda, vete a la mierda.

—De hecho, a ello voy —me asegura entre risas.

Lo de esta tía es acojonante, la vergüenza ni la siente ni la conoce. Menos mal que aquí, el amigo, la conoce de sobra porque con estas cosas que hace yo me muero de vergüenza y la mataría.

—Enana, voy a tener que irme a casa —me dice Álex acariciándome la cara.

—Ya me lo imaginaba, pero me va fatal que te vayas —contesto haciendo el puchero más grande de la historia.

—¿Mañana nos vemos?

—Obvio que sí —afirmo al momento. Y los dos nos echamos a reír.

Lo acompaño hasta la entrada muy a mi pesar y, cuando estoy a punto de despedirme de él...

—Ojo, pues la mierda ha salido sola, sin esfuerzo —oímos desde el otro lado del pasillo.

—¡¡¡Amanda, tronca!!!

De verdad, esta mujer nació con el don de la inoportunidad.

—Adiós, enana. Nos vemos mañana.

—Adiós, señor Fernández.

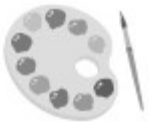
Y le doy un abrazo.

«¿Un abrazo? Joder, Claudia, ¿qué haces, tía? ¿Por qué te cuesta tanto mostrar lo que sientes delante de la gente?»

En fin, conozco perfectamente la respuesta. Él me mira con cara de confusión, cosa que entiendo, y se va. Según cierro la puerta, me quedo unos segundos apoyada en ella. Soy idiota, y lo peor es que en mi casa lo saben porque solo vivo con una zumbada y la única persona normal aquí soy yo. Hablando de la zumbada...

—¡¡¡Amandaaaaaaa!!! —le grito mientras voy en su busca.

Capítulo 35



Claudia

Mi grito resuena por todo el piso y voy como un misil hacia ella.

Aquí mi amiga está en la cocina, removiendo un café como si no hubiera soltado semejante barbaridad hace menos de un minuto; alucino con su pasotismo.

—¿Qué pasa, loca? —me dice sin inmutarse, pegando un sorbo a su taza.

Me cruzo de brazos y la miro fijamente, intentando ordenar en mi cabeza las mil cosas que quiero decirle.

—¿Tu cometido en la vida es avergonzarme o qué te pasa?

—Mi cometido en la vida es sobrevivir a tus crisis existenciales, que van a tres por semana, colega. ¿Qué te pasa a ti? Porque esta reacción muy normal no es.

—Estoy agobiada —me sincero dejándome caer en una silla.

—Vaya novedad. ¿Qué ha hecho ahora el fisio? —pregunta arqueando una ceja.

—No tiene nada que ver con Álex.

—Claro que no, y yo me chupo el dedo.

—Yo no sé qué te chupas, pero no es...

—¿Puedes dejar de mentirme en la cara por una vez y decirme qué te está pasando?

—Joder..., es que... si lo digo en alto...

—Se hace presente, sí, lo sabemos, pero soy yo, tu mejor amiga, y creo que te ocurre algo desde hace tiempo. Puedes seguir haciéndote la vida difícil o puedes intentar que el peso sea más llevadero entre las dos. ¿Qué te preocupa? ¿Hay algo con él que no vaya bien? Si hay que pegarle, se le pega. A mí me cae bien, pero hay prioridades...

—Es que eres más bruta... —comento con una media sonrisa. Sé que si hay alguien en el mundo que me quiera con locura es la pirada que tengo sentada enfrente.

En realidad hay dos cosas que me preocupan bastante ahora mismo. Una es el tema de Ricardo, su extraño comportamiento conmigo y mis sospechas de que pueda ser Ricky_00..., pero me parece tan fuerte que estoy por descartar esa idea, deben de ser alucinaciones mías, y en todo caso de momento no le voy a comentar nada a Amanda, no todavía. La otra cosa, en cambio, sí puedo contársela.

—O sea, todo va bien con él, pero... pero no puedo dejar de pensar en lo de nuestra familia.

—¿Qué pasa con la familia? —pregunta tan pancha.

—Que técnicamente somos parientes. Aunque ese vínculo sea lejano, sigue ahí.

Amanda me observa en silencio durante unos segundos y luego suelta:

—Clau, si tu abuela, con la ayuda de tu madre, tuvo que hacerte un diagrama en una servilleta y aun así no quedó claro, eso no cuenta.

—¡Pero sí que cuenta! Es raro, ¿no? Dime que es raro.

—Lo que es raro es que me hayas preocupado por este drama de telenovela barata. Pero, oye, si tanto te come la cabeza, ¿se lo has comentado a él?

—Lo hablamos muy al principio, cuando apenas nos habíamos besado y él se sinceró conmigo. Le dije que lo nuestro era complicado por ese motivo, y me contestó que no lo era para él y me pidió que nos diéramos una oportunidad. Y decidí hacerlo. —«Solo nosotros», recuerdo mis palabras, que Álex repitió—. ¿Qué le voy a decir ahora? ¿«Oye, Álex, sé lo que acordamos, pero resulta que no puedo borrar ese pequeño detalle de que somos familia de mi cabeza, rollo culebrón»?

—Mira, a veces te creas unos problemas de la nada que te juro que te admiro —suelta apoyándose en la encimera—. Si el chico te gusta, te trata bien y te hace feliz, deja de buscarle tres pies al gato. Porque, si sigues así, al final el que se va a rayar de verdad será él.

—Tienes razón, pero no puedo dejar de pensar en lo que me dirían mis padres si se enterasen..., mamá sobre todo. Aunque sea un parentesco la hostia de lejano, para ella es como si Álex fuera mi primo hermano. Hemos crecido juntos, nos conocemos desde niños... Para mi madre, esto está mal, ya me lo dejó claro hace unos años, junto con mi abuela.

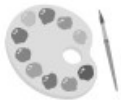
—Ya, Claudia, pero piensa que eso fue hace un siglo. Vive el presente, y ya veremos a dónde te lleva esto. Estás pillada hasta las trancas y él bebe los vientos por ti. ¿Podemos vivir una historia de amor sin dramas y no crearlos a estas horas de la noche?

—Eres una buena amiga, Amanda.

—La mejor, y tú, una intensa, pero te quiero igual.

No hay mejor chaleco salvavidas que una amiga. La sinceridad muchas veces está sobrevalorada, pero tener una amiga que te coge

la mano y aparta los problemas de golpe es un regalo. Amanda es mi regalo.



Al día siguiente, recién llego al museo, sigo dándole vueltas a la conversación que mantuve anoche con Amanda, no puedo evitarlo. A media mañana, casi sin pensarlo, saco el móvil y escribo a Álex.

¿Me pasarás a buscar
después del curro?

Su respuesta llega en segundos.

La duda ofende, enana.
A las ocho estaré ahí.

Sonrío y guardo el teléfono. Estoy más tranquila sabiendo que al final del día podré estar con él. Tengo que empezar a sentirme más segura con mi relación y dejar de comerme la cabeza con que estoy haciendo algo malo. Es complicado porque yo dejo que lo sea, pero me esforzaré por cambiar eso.

Mi jornada laboral se me pasa muy rápido; hoy tengo la cabeza a diez mil revoluciones y mis pensamientos van por libre. Doy gracias por que no he tenido que enfrentarme a Ricardo —desaparecido desde que le contesté ese mensaje de forma seca y clara, y no me ha respondido—, por que los grupos que han venido han sido mucho más llevaderos que otras veces y por que ya son las ocho menos cinco y estoy lista para salir de aquí.

Cojo mi cazadora vaquera y me la pongo. ¡Qué gustazo da notar la llegada de la primavera, ir quitándose capas y comprobar que los

días son cada vez más largos! Es una gozada, porque nos estamos alejando del frío, que no me mola nada.

Me dirijo hacia la salida. Mientras estoy fichando, veo que Álex se acerca a Emma, mi compañera y amiga. No penséis que voy a soltar un comentario tóxico, me importa cero todo ese rollo de los celos y confío mucho en él; además, me gusta que conozca a la gente de mi trabajo y sepa quién es quién cuando le hablo de ellos. Lo que de verdad hace que me fije en ellos es el extraño comportamiento de Álex, que no la conoce de nada pero se acerca directamente a Emma para hablarle entre susurros y de forma acelerada. Y... ¿eso que le acaba de dar es una tarjeta?

Capítulo 36



Álex

—Hola, Emma. Imagino que no sabes quién soy...

—Te he visto recogiendo a Claudia más que mi abuela el *Telecupón*. Álex, ¿verdad? Tu novia no para de hablarme de ti.

—Me alegro de que sea así, y me atrevo a abordarte de este modo porque necesito un favor. —Voy directo al grano, antes de que Claudia salga del museo.

—Uy, miedo me das —dice cruzándose de brazos.

—¿Puedes enseñarle las fotos de estos cuadros de Claudia a alguien del museo que pueda echarle una mano? Ya imagino que aquí no exponéis obras de pintores noveles, pero seguro que hay mucha gente con contactos con galeristas y demás, ¿verdad?

De pronto Emma se queda paralizada, realmente sorprendida. Solo me mira, y pienso que es probable que no tenga ni puta idea de que Claudia pinta. Tanto me da, necesito un trampolín para ella, quiero ayudarla y, por lo que me ha contado de Emma mi chica, ella puede ser una buena opción.

—Se me ocurre que podría enseñárselos a Patricia Martín, no sé si la conoces. Es la jefa de Recursos Humanos, pero ha pasado tanta

gente por aquí que sé que tiene contactos hasta debajo de las piedras...

—Esa misma.

—No prometo nada, pero lo intentaré. Sabes que esto es un poco invasivo, ¿verdad?

—No si lo haces con buena intención —le digo con la mejor de mis sonrisas; aquí hay que sacar la artillería pesada.

—Vale, haré lo que esté en mi mano, pero no te puedo prometer nada.

—Sí, por favor, inténtalo. Te dejo por aquí mi número. —Le doy una tarjeta de la consulta, la forma más rápida de darle mi contacto —. Con lo que sea, me dices.

—De acuerdo. En menudos jardines me meto yo sola..., o me meten —comenta para sí, aunque lo suficientemente alto para que la oiga, mientras guarda la tarjeta en el bolso.

—Muchísimas gracias, Emma.

Cuando levanto la cabeza veo a Claudia mirando en nuestra dirección. Alzo la mano y la saludo con total normalidad. Ella me mira con el ceño algo fruncido y se queda observando a Emma, que se va en dirección contraria.

Sé que le habrá parecido cuando menos raro que su novio esté aquí dándole tarjetas a su compañera de curro, pero, si esto ayuda a Claudia a creerse su talento, me vale.

Llega hasta mí con paso ligero y, antes de poder darle una explicación a lo que acaba de presenciar, ya tengo sus brazos alrededor de mi cuello y los míos están en modo automático acercándola a mí. Me da un beso corto y me sonríe.

—Vaya, señorita Castro, veo que tenía muchas ganas de verme —le digo dirigiéndola poco a poco hacia la salida.

—De verte, siempre. —Entrelaza mis dedos con los suyos y nos encaminamos al coche, aparcado cerca de la entrada. Abre la puerta y se instala en la plaza del copiloto.

—¿Todo bien? —le digo mirándola de reojo.

Me parece extraño que no me haya preguntado por Emma después de su reacción cuando me vio con Patricia, pero, si ella no menciona nada, mejor. No quiero mentirle, y ocultar para mí es lo mismo.

—Sí, solo ha sido un día largo. Estoy agotada —responde apoyando la cabeza en el respaldo cuando arranco el motor y empezamos a movernos.

—Ya queda poco para que termine —contesto con una pequeña sonrisa antes de que mi móvil comience a sonar.

Como está conectado al coche, ambos vemos aparecer en la pantalla lo mismo: «Mamá». Miro a Claudia y ella asiente con la cabeza, invitándome a coger la llamada.

—Hola, mamá, dime.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás? Llevo toda la semana llamándote, pero me ha sido imposible pillarte.

—Perdona, he estado muy ocupado. ¿Ha pasado algo?

—No, no, tranquilo, cariño. Es que te quería contar que tu prima Lucía se casa y nos ha invitado al enlace. Es este verano.

—¡No jodas! Pensaba que lo había dejado con Periquiño.

—Sí, todos creíamos lo mismo, pero al final acabará en boda.

—Bueno, pues espero que sea para bien.

—Seguro. Ahora a ver qué me busco yo para ir guapa, porque ya sabes que tu tía y sus amigas son unas criticonas.

—Tú siempre vas estupenda, mamá. Bueno, ¿te parece si te llamo más tarde y charlamos? Me pillas algo ocupado.

—A ver si es verdad, que todavía estoy esperando a que me cuentes lo de la chica esa que dices que estás viendo...

—Sí, sí, ya te contaré —le digo mirando de reojo a Claudia, que parece que está perdiendo todo el aire de sus pulmones—. Hablamos luego. Dale un abrazo a papá de mi parte.

—Se lo doy. Te quiero, cariño. —Y corta la llamada.

Claudia me mira y se ríe, parece que el oxígeno ha vuelto a entrar en el coche, y debe de hacerle gracia ver que sigo siendo tan cariñoso con mi madre.

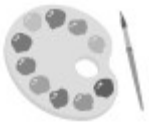
—Vaya, qué planazo una boda en verano. ¿Te hace ilusión? —suelta riéndose.

—La misma que meter la mano en un avispero. Pero, si no voy, mi familia me deshereda.

—Bueno, piensa en la comida gratis.

—A la que me voy a comer es a ti —susurro abalanzándome sobre ella, aprovechando que un semáforo se ha puesto en rojo.

Capítulo 37



Claudia

Llego al trabajo más dormida que despierta. Álex me dejó en casa temprano, pero me puse a ver vídeos absurdos en el móvil hasta las tantas después de cenar. Malas decisiones, como siempre.

Cruzo la puerta del museo y Emma me mira con cara de «Otra vez sobrevives con apenas tres horas de sueño».

—Buenísimos días, estrella del arte —me saluda con sarcasmo.

—Calla y dame café.

—No soy una máquina expendedora, Castro.

—Pues empieza a serlo.

Antes de que Emma pueda soltarme una de sus respuestas brillantes, oigo mi nombre desde lo lejos.

Es Ricardo, quiere que vaya a su despacho.

«Ay, mierda».

—¿Otra vez? —susurra Emma.

Hacía varios días que había dejado de encontrármelo por todas partes, pero hace más o menos una semana que me lo encuentro hasta en la sopa; eso sí, dentro del museo. Es verdad que no me ha mandado ningún mensaje más al móvil ni ha hecho alusión a este, pero no sé si eso es peor, porque es como llevar una mancha

gigante en la camisa durante una reunión importante y que nadie lo mencione, aunque todo el mundo la mire. En todo caso, desde hace unos días no para de hacerse el encontradizo, llamarme para comentarme cualquier chorrada y acercarse más de la cuenta si puede, con esa mirada lasciva que me pone los pelos de punta... Cómo será de evidente el tema que hasta Emma se ha dado cuenta.

—Mátame.

—Te cubriré si quieres huir por la ventana.

Respiro hondo y camino hacia la boca del lobo, o sea, su despacho.

—¿Me llamabas, Ricardo?

—Pasa, Claudia, y cierra la puerta.

Uf. Malo. Nunca es buena señal cuando alguien te dice que cierres la puerta, pero no me queda otra. Lo hago y me quedo de pie, como si eso me diera algún tipo de poder.

—¿Ocurre algo? —pregunto intentando sonar casual.

—No, no, tranquila —contesta él reclinándose en su silla, consciente de que ser el director del Museo del Prado le otorga mucho poder—. Solo quería hablar un momento contigo, saber cómo te sientes aquí, cómo vas avanzando.

—Pues... bien —respondo con cautela.

—Eso me gusta. Te he estado observando, Claudia. —«¡No hace falta que lo jures», pienso—. He visto cómo te desenvuelves, lo bien que realizas tu trabajo, cómo *disfrutas*... Tienes potencial para llegar muy lejos.

—Gracias...

Ahora viene el «pero»... y no me ha gustado nada cómo ha pronunciado esa palabra, aunque quizá me lo he imaginado a causa de los nervios.

—Pero... —lo sabía— depende de cuán en serio te tomes tu trabajo para triunfar en tu carrera artística. La gente con contactos llega lejos, y los que se *arriman* a ellos también.

No, no me lo he imaginado. Tengo ganas de vomitar. Me revuelvo un poco en mi sitio. No me gusta un pelo este tío. Primero pensaba que estaba intentando ser motivador, pero me da a mí que hay un doble sentido en todo esto. Me incomoda mucho esta situación.

—Yo solo quiero hacer bien mi trabajo y aprender —digo sonriendo, a ver si así salgo de aquí cuanto antes.

—Me gusta tu actitud. Y has de saber que tengo grandes planes para ti.

Ah, genial. ¿Cómo le digo «¡¡¡NO LOS QUIERO, MÉTETELOS POR EL CULO, GRACIAS!!!»?

Asiento como si todo estuviera en orden y me giro rápidamente para abrir la puerta.

—Bueno, si eso era todo...

—Sí, sí, puedes volver a lo tuyo.

Salgo sin mirar atrás y cierro la puerta como quien escapa de una trampa mortal. Me paro un segundo en el pasillo para respirar, porque, sinceramente, cada vez que salgo de ahí siento que necesito un exorcismo. A veces pienso que soy como esos payasos que siempre sonríen aunque por dentro estén hechos polvo.

Veo a Emma, a lo lejos, hablando con Patricia mientras le enseña algo en su teléfono y, por las caras que están poniendo las dos, parece como mínimo algo importante que no quieren compartir conmigo, así que espero a que acaben. Cuando termina de hablar con ella, se acerca a mí.

—¿Sigues viva? —me pregunta Emma en cuanto me ve—. No sé qué perra le ha dado a Ricardo contigo esta semanita, pero está muy pesado, ¿no? ¿Todo va bien?

—Sí todo bien, aunque siento que acabo de firmar un pacto con el diablo y ni siquiera sé por qué...

No quiero decirle que me siento un poco acosada, ni que me parece un baboso, porque tal vez estoy malinterpretando las cosas..., por algo me pide siempre Amanda que deje el drama, ya lo sabéis.

Emma resopla sin saber muy bien qué decir y vuelve a lo suyo, pero yo no puedo evitar quedarme pensativa. Hay algo en la forma en que Ricardo me habla, cómo me trata, que no me gusta nada.

Regreso a mi escritorio para repasar los grupos y los horarios de las visitas guiadas de hoy, y de pronto veo a Patricia cruzar mi departamento con su elegancia habitual y entrar directamente en el despacho de Ricardo, después de echarle un vistazo a Emma, que evita mi mirada..., y eso me hace sospechar que sabe algo que yo no.

—¿Se viene salseo? —susurra ella como disimulando de qué va esa visita de Patricia al director.

—Ni de coña.

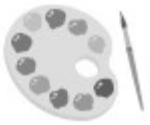
—Si pasa, te rapas al cero.

Media hora después, la puerta se abre de golpe y Patricia sale con paso firme. Ni nos mira. Ricardo aparece tres segundos más tarde con cara de satisfacción, mucha...

¿Me habré equivocado y tendré que raparme?

Y así empieza otro día en este increíble museo lleno de gente que no sé si me da trabajo o dolores de cabeza. Probablemente ambos.

Capítulo 38



Claudia

El día sigue su curso en el museo y yo intento sobrevivir. Estoy terminando de guiar a un grupo de colegiales que, a juzgar por sus caras, no han entendido ni la mitad de lo que he explicado. Uno de ellos me pregunta si «aquí hay cuadros famosos» y siento como mi alma abandona mi cuerpo. Es que solo le quiero responder «Sí, claro. Por cierto, tenemos un par de Goyas escondidos en el baño, por si te interesa llevártelos».

Emma, que pasaba por aquí en ese preciso momento, se aguanta la risa y me da un codazo en cuanto el grupo se aleja.

—Eres la peor guía de la historia.

—No es culpa mía que la gente venga sin informarse un poco antes o sin ningún interés, como muchos estudiantes —respondo encogiéndome de hombros.

—Bueno, para tu información, he vuelto a ver a Patricia con Ricardo, esta vez en la cafetería..., y hablaban de ti.

Frunzo el ceño.

—¿De mí? ¿Y qué decían?

—No he podido enterarme, estaban un poco lejos, pero parecía una cosa seria.

—¿Seria en plan «Vamos a despedirte» o seria en plan «Hay una invasión alienígena y hemos decidido que tú eres la elegida para que se te lleven»?

—Más bien rollo «Algo importante está pasando y deberías enterarte». —Emma se cruza de brazos con aire conspirador.

Intento no obsesionarme, pero la curiosidad empieza a carcomerme. Sin embargo, antes de que pueda preguntarle más a Emma, mi móvil vibra. Miro la pantalla, es Álex.

Voy a buscarte.

Perfecto, por fin algo normal hoy.

¿Has tenido algún problema?

En realidad, creo que no.
Ahora nos vemos.

Miro a Emma con el teléfono en alto.

—Viene a por mí.

—Ni que eso fuese una novedad, siempre te recoge —dice poniendo los ojos en blanco.

—Soy afortunada de tener chófer personal...

—Y si encima está bueno y te fo...

—¡Cállate, animal! Que puede oírte alguien.

—Sí, sí, pero sabes que tengo razón. —Y se va, la tía, dejándome con la palabra en la boca.

¿Puede acabar este día ya?

Capítulo 39



Álex

Cuando he recibido el mensaje de Emma debo decir que me ha sorprendido que todo haya ido tan rápido.

Novio del año, cuadros enseñados
a Patricia. Ha flipado, ¡tanto que
ha tratado el tema con Ricardo!
Patricia tiene contactos, pero Ricardo
es otro nivel. El caso es que ella me
ha dicho que vengas esta tarde para
hablar contigo.

Joder, qué bien. Clau no
sabe nada, ¿verdad?

Nada de nada, me lo estoy pasando
teta viéndole la cara sabiendo yo
todo el chisme.

Eres una cabrona XD, pero, bueno, es por su
bien. Dile a Patricia que estaré allí a las siete, así
hablo con ella y luego recojo a Claudia a las
ocho.

Veremos si mis encantos con Patricia también funcionan y no acabo cagándola.



Son las siete en punto. Me siento en una de las oficinas del museo mientras espero a Patricia. Entra haciendo ruido con sus tacones y moviendo las caderas más de lo necesario; no sé si es su forma de caminar o si lo hace con otra intención. Le tiendo la mano y la saludo.

—Bueno, Álex, antes de nada, gracias por hacerme llegar las fotos de los cuadros de Claudia, jamás me imaginé que tuviese tanto talento —me dice mientras enciende la tablet que lleva en la mano y empieza a pasar las imágenes que yo le di a Emma—. Son realmente impresionantes. Y todavía no ha expuesto en ningún sitio, ¿verdad?

—No..., y si por ella fuera así seguiría. Me va a matar —le respondo con una leve sonrisa.

—Sin duda voy a echarle una mano, no hacerlo sería un error porque sus pinturas son buenas, mucho.

Patricia se reclina en su silla.

—Lo que me da miedo es que, al habértelo hecho llegar de este modo, a sus espaldas, se cabree y se cierre la puerta a esa oportunidad... No sé si he actuado correctamente...

—No te preocupes por eso, déjamelo a mí —me pide—. Yo la convenceré.

Diría que eso me tranquiliza algo, pero, no, no me tranquiliza en absoluto.

Nos despedimos y me meto en el coche a esperar a Claudia. Siento que la he traicionado un poco con todo esto, pero necesitaba

que alguien de este mundillo viera de lo que es capaz. Solo espero que, cuando se entere, no se enfade conmigo.

Pasado un rato, en cuanto el reloj marca las ocho, salgo del coche y la espero apoyado en él. Ella no es consciente de que nada más salir por la puerta ya lo está llenando todo de luz, estos ratos con ella son los mejores de cada día... Valeee, sí, me paso de moñas, lo sé, ya paro.

—Hola, enana —la saludo antes de besarla.

—Hola. Te he echado de menos —me dice mientras me abraza. Es uno de esos abrazos cómodos, de esos que desearías que fuesen eternos.

Nos separamos sin ganas y subimos al coche.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le pregunto.

—Pues, ya que lo preguntas..., te diré que hoy ha sido un día muy raro.

—Raro, ¿por qué?

—No sé... Siento que Emma sabe algo que no me está contando y creo que eso que ignoro nos involucra a Patricia y a mí..., e incluso al director del museo. Todos están más extraños de lo normal. No sé, es como si me estuviese perdiendo algo...

—Seguro que son cosas del museo que no te incumben.

«Soy una rata, soy una rata mentirosa y un cabronazo, pero de verdad que lo estoy haciendo por ella».

—¿Y tú? ¿Algo interesante que contar?

—No, lo de siempre. Trabajo. Mucho trabajo —aseguro mintiendo de nuevo. Me siento como un mierda.

—¿Estás bien? —me pregunta posando una mano en mi brazo y frunciendo el ceño.

—Sí, perfectamente. Un poco cansado, esto es todo.

—¿Vemos una peli juntos hoy?

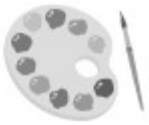
—Suena a planazo —le digo, y le doy un ligero apretón en el muslo—, pero ya he quedado con Rafa para cenar con él. Lo siento mucho, pequeña. —Y sigo con las trolas, de verdad que hoy me estoy ganando el Oscar al más cabrón.

—Vale, tranqui, no pasa nada, lo dejamos para mañana —contesta sonriendo.

Encima ella es perfecta. Soy un gilipollas.

Cualquier propuesta que ella me haga me parece ideal, pero hoy no me veo capaz de seguir mintiéndole descaradamente a la cara, necesito un respiro... Además, como continúe comportándome así, va a empezar a sospechar algo y me va a pillar. Cuando se me ocurrió todo esto no me imaginé que guardar este secreto ante ella me haría pasarlo tan mal.

Capítulo 40



Claudia

Algo no cuadra. Lo noto en el ambiente del museo, en las miradas cómplices de Emma con el resto de mis compañeros, en la extraña actitud de Patricia, en la cara de satisfacción de Ricardo... y, sobre todo, en Álex. Está raro, distante. Me dice que está cansado, que ha quedado con Rafa para cenar, pero lo conozco demasiado bien. Álex es muchas cosas, pero mentiroso no, y hoy ha soltado más excusas que un niño sin los deberes hechos.

Cuando llego a casa, Amanda ya está en el sofá con un bol de palomitas tamaño bañera. Se ha puesto su pijama de gatos —uno de los muchos que tiene, es igual que yo en eso— y me mira por encima de sus gafas de estar por casa, ya que en la calle usa lentillas.

—¿Qué pasa? Tienes cara de haber visto a un fantasma. ¿Han vuelto a dejar una momia suelta por el museo? Porque ya te dije que eso no es lo mío, yo veo un muerto y echo a correr.

Suelto una risa breve y me dejo caer en la silla de la cocina después de dejar el bolso y servirme algo de cenar. De verdad que no sé de dónde se saca esta tía esas salidas.

—No, nada de eso. Es Álex. Está rarísimo. Y en el museo todo el mundo parecía estar en un complot secreto del que soy la única excluida..., aunque ya sabes que soy un poco paranoica, además de *drama queen*.

Amanda se encoge de hombros y se lleva un puñado de palomitas a la boca.

—Mira, lo del museo, ni idea, pero lo de Álex... A lo mejor se ha dado cuenta de que ya te tiene ganada y está planeando desaparecer para volverse un *cowboy* solitario. Ya sabes que todo el mundo está ahora en su era *cowboy*, él no querrá ser menos.

Le lanzo una servilleta y ella la esquiva con habilidad.

—En serio, tía. Me ha mentido en toda la cara, lo he notado.

—Pues, cuando tengas pruebas, lo matamos. Pero ahora cenemos mientras vemos algo que nos distraiga, que analizar tanto las cosas te va a dejar arrugas.

—¿Qué vemos? —contesto claudicando.

Amanda sonríe con picardía y alza el mando.

—Hoy es noche de clásicos. *Pretty Woman.*

—¿Otra vez? ¿En serio? —Puede que esta película me la haya tragado medio millón de veces y casi todas por culpa de mi amiga.

—Cállate y agradece que te educo en cultura general.

Suspirando, cedo y nos instalamos en el sofá para verla, con la cena en la mesa de centro y una manta delgadita sobre las piernas, que a pesar de estar en primavera por las noches aún refresca.

—A ver, lo que yo digo es... si a mí un millonario me quiere sacar de la calle, yo ni me lo pienso. Pero, por favor, que no me haga andar en tacones todo el día —suelta Ami, que ha durado en silencio diez minutos.

—Ya ves —respondo riendo—. Si tuviera tanto dinero, lo primero que haría sería comprarme una cama enorme para dormir bien

ancha, sin que nadie me molestase.

—Eso y contratar a alguien para que te llevase el café a la cama cada mañana.

—Uf, soñar es gratis.

—Tía, qué fuerte que esto sea de los noventa y todavía ninguna historia de amor la haya superado. O sea, ¿dónde están mis multimillonarios dispuestos a romper sus propias reglas por mí?

—A lo mejor es que tienes el radar estropeado —digo con una risita.

—Esa es Mónica —replica soltando una carcajada, sin duda al acordarse de la que le dio a Rafa nuestra amiga—. Tengo clarísimo que nací en la década equivocada. Deberíamos haber vivido en una comedia romántica de los noventa.

—Sí, con música épica sonando de fondo cada vez que conocemos a alguien.

Nos reímos y seguimos viendo la película hasta que los párpados empiezan a pesarme. Estoy riendo cuando miro el móvil. Decido escribir a Álex.

Buenas noches. Espero que te lo hayas pasado bien con Rafa y que puedas descansar esta noche.

Dejo el teléfono en la mesita y vuelvo a concentrarme en la historia. La vida amorosa de Julia Roberts en esta peli es mucho más sencilla que la mía.

Amanda me da un codazo sin apartar la vista de la pantalla.

—Mira qué escena, tía. Si a ti te viene a buscar Álex en un coche así, me da un parraque de la emoción. Aunque, pensándolo bien, a lo mejor lo verías llegar y, en vez de emocionarte, te daría por preguntarle cuánto ha costado la gasolina.

—Pero ¿qué dices? Eso lo harías tú, que estás tarada, tía. Seguro que, en lugar de besarlo, le harías un presupuesto de gastos.

—Venga ya, guapa. No soy TAN aburrida.

—Hummm... Está por verse.

Miro el móvil. No hay respuesta de Álex.

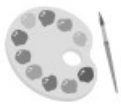
La película está llegando al final, con Edward subiendo por la escalera de incendios con un ramo de flores para demostrarle su amor a Vivian.

Me muerdo el interior de una mejilla.

¿Cómo sería que me pasase algo así? Tengo que decir que quizá la movida no es que hayamos nacido en la década equivocada, tal vez estas películas nos dejan los estándares del amor demasiado altos y, en noches como esta, en que mi novio no es capaz de contestarme y me ha puesto excusas para no estar conmigo, ver a este señor conquistando a Julia Roberts no está siendo de gran ayuda.

Amanda ya se ha quedado frita, con la boca entreabierta y una palomita pegada en el pijama.

Me muevo con cuidado para no despertarla y apago la tele. Mi mente sigue dándole vueltas a todo, pero el cansancio me vence. Mañana será otro día. Y espero que, con él, lleguen algunas respuestas o un Richard Gere con un ramo de flores que me saque del bucle en el que estoy, moreno, de ojos verdes y con un lunar cerca de la boca.



Abro los ojos con dificultad. Aunque he dormido como un tronco, siento como si no hubiese descansado nada. Miro el reloj del móvil:

las nueve y media. Bueno, al menos hoy entro a las doce, así que puedo descansar un poco más.

Noto que mi mente vuelve al lugar en el que la dejé anoche: Álex. Miro el teléfono y, ¡sorpresa!, sigue sin haber respuesta a mi mensaje.

Muy bien, pedazo de imbécil, qué guay todo.

Intento convencerme de que estoy exagerando, que a lo mejor se quedó dormido o tuvo un día complicado y le pasó factura, pero la realidad es que esto me huele a chamusquina.

Me levanto, me preparo un café bien cargado y me siento a la mesa. Amanda aparece en la cocina con el pelo revuelto y un bostezo monumental.

—Buenos días, morros tristes —me saluda mientras saca la leche de la nevera.

—Sigo sin saber nada de Álex —le digo sin rodeos.

—¿Y eso? ¿Crees que ha sido abducido por extraterrestres? Porque, si es así, a lo mejor podríamos negociar su rescate. Conociéndolo, seguro que ya los tiene convencidos de que lo devuelvan.

Le lanzo una mirada que dice «No estoy para bromas» y ella suspira.

—Tía, tranquila. Igual se quedó dormido o está en una misión secreta para salvar el mundo y tú aquí sufriendo como si fuera una telenovela. Ya verás que luego aparece con una explicación que no tendrá ni pies ni cabeza, pero que te hará derretirte igual —me tranquiliza, y se encoge de hombros—. Es lo que tiene estar enamorada, que una se vuelve un poco gilipollas.

Le saco la lengua y termino mi café. Me ducho, me visto y salgo de casa con la esperanza de que miraré el móvil de camino al metro y habrá un mensaje suyo. *Spoiler*: no lo hay.

El trayecto al museo se me hace eterno. Llego al trabajo con la cabeza hecha un hervidero, espero sobrevivir al día de hoy.

Capítulo 41



Álex

Son las doce del mediodía y sigo sin saber qué hacer con mi vida. Bueno, sí lo sé, tengo que hablar con Claudia y confesarle lo que hice, pero es que, joder, no sé ni cómo empezar. Me siento como un niño que ha roto el jarrón favorito de su madre y está esperando a que llegue a casa para contárselo y recibir el castigo. Solo que aquí el jarrón es su confianza y la madre enfadada es mi novia. Genial.

Miro el móvil por enésima vez y allí sigue, su mensaje de anoche. Simple. Amable. Sin rastro de que algo sospecha. Y yo ni siquiera he sido capaz de responderle, ni ayer ni hoy. Cierro los ojos y me paso una mano por la cara. Soy un cobarde.

Conozco a Claudia, sé que odia sentirse expuesta, que le cuesta compartir lo que hace y que le asusta que la juzguen. Y yo, el cretino del siglo, he ido y he enseñado sus cuadros sin decirle nada. Si la situación fuera al revés, al enterarme ardería en llamas de la rabia.

Resoplo y decido hacer lo que cualquier persona desesperada haría en mi situación: llamar a Amanda.

—Dime —contesta seca.

Solo con ese tono ya sé que la he cagado con ella también.

—¿Estás ocupada? —pregunto tanteando el terreno.

—No más ocupada que Claudia anoche esperando a que su novio tuviera la decencia de responderle, supongo. ¿Te acuerdas de ella? Imagino que sí, ya que es tu pareja, tío, y no sé a qué juegas, joder. —Escupe cada palabra y se me clavan todas como un aguijón.

Cierro los ojos. Genial. Me cruzo de brazos y apoyo la cabeza en el respaldo.

—Admito que he sido un capullo —voy directo al grano—, pero es que lo que tengo que decirle no es precisamente fácil.

Amanda suelta una carcajada vacía.

—¡Ah, claro! Pobrecito Álex, pasándolo mal porque no sabe cómo confesarle a Claudia que ha estado comportándose como un gilipollas. A ver, ilumíname, ¿qué has hecho ahora?

Tomo aire y lo suelto despacio.

—Le he enseñado fotos de sus cuadros a Patricia a través de Emma. Sin decírselo.

Silencio.

—¡Tú eres imbécil! —explota Amanda al fin—. Pero imbécil nivel leyenda. Vamos a ver, chaval, ¿se te ha olvidado con quién sales? Claudia odia que la presionen, odia sentirse fuera de su zona de confort, odia no controlarlo todo, y tú vas y le muestras sus pinturas a alguien sin consultarle. ¿Lo has hecho porque has perdido una apuesta y no te quedaba más remedio? ¿O tal vez te has dado un puto golpe en la cabeza?

—Lo sé, lo sé... —intento justificarme, pero Amanda no me deja.

—No, no lo sabes, porque si lo supieras no te habrías comportado como un idiota. A ver, dime, genio, ¿qué se supone que vas a hacer ahora? Porque, si tu plan es seguir escondiéndote, te aviso que ya le estás dando motivos para dudar de ti.

Me froto la cara con las manos.

—Voy a hablar con ella hoy. Se lo contaré todo.

—Más te vale. Y que no me entere de que le has pegado alguna trola, porque te juro que te reviento. Dile la verdad, asume que la has cagado y reza para que no te mande a la mierda.

Cuelgo y dejo el móvil sobre la mesa. Vale, ya tengo claro lo que he de hacer. Ahora solo necesito reunir el valor suficiente para hacerlo.

Paso la tarde intentando distraerme con el trabajo, pero es misión imposible. A las siete y media decido cambiarme, coger el coche y plantarme en la puerta del museo para recogerla. Mejor enfrentar esto de una vez que seguir dándole vueltas.

El trayecto se me hace eterno. Voy ensayando mentalmente lo que le voy a decir, pero sé que, en cuanto la tenga delante, todo se me olvidará y me tocará improvisar. Perfecto.

Cuando llego, bajo del coche y me apoyo en él, meto las manos en los bolsillos y respiro hondo. Me siento como un condenado a punto de oír su sentencia.

Y entonces la veo.

Baja las escaleras con cara de cansancio y el ceño fruncido. En cuanto me ve, su expresión pasa de sorpresa a algo más parecido a la sospecha.

Esto va a doler.

—¿Qué haces aquí? —pregunta cruzándose de brazos.

—Quería darte una sorpresa.

—Ah, ¿sí? ¿Y la sorpresa es ignorarme toda la noche y todo el día? Porque vaya regalazo, la verdad.

Suspiro y me paso la mano por el pelo; sé que se lo tomará mal, pero no puedo seguir haciendo la bola más grande. La miro a los ojos y me armo de valor.

—Lo que te voy a decir no te va a gustar... ¿Recuerdas que hice unas fotos de los cuadros de tu habitación? Pues... no me pude resistir. A los pocos días me las ingenié para que Patricia les echara un vistazo porque, con su cargo, imaginé que tenía muchos contactos en este mundillo. —No le contaré cómo, no quiero meter a Emma en este lío.

Silencio. Pasan unos segundos que se me hacen eternos y empieza a abrir la boca y a cerrarla, como si estuviese gestionando la información.

—¿Perdona? —dice al fin. Su tono ya no es de sorpresa, sino de incredulidad.

—Tal vez no debería haberlo hecho, pero no podía dejar que algo tan increíble se quedara ahí encerrado. Alguien tenía que verlos.

—¿Y no se te ocurrió que yo debería haber decidido eso? ¿Que a lo mejor no quería mostrárselos a nadie? ¿Que a lo mejor no quería que Patricia Martín los viera? —replica cruzándose de brazos enfadada.

—Lo sé —admito—. Lo sé, y lo siento. Pero... quería hacer algo bueno por ti.

Aprieta los labios. Está más que enfadada, cabreada. Pero noto como su gesto va relajándose poco a poco y una especie de alivio inunda mi pecho. Suelta un suspiro largo.

—Eres un imbécil.

—Lo sé —admito de nuevo, y una sonrisa se escapa de mis labios.

—Pero un imbécil con buenas intenciones —reconoce a regañadientes.

No puedo soportarlo más y me acerco a ella pasándole un brazo por la cintura; ahora solo necesito tenerla cerca y que me perdone por haberla cagado.

—Por si sirve de algo, he hablado con Amanda. Me ha dicho que tenía que ser sincero contigo y dejar de actuar como un idiota.

Levanta una ceja.

—¿Amanda? ¿Dándote consejos a ti? Pero ¿en qué mundo estamos viviendo?

—Lo sé, yo también estoy asombrado.

Empieza a reírse y, joder, es el mejor sonido del mundo. Me da un ligero empujón en el pecho y me aparta sonriéndome.

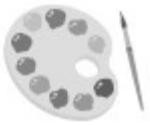
—No creas que esto queda aquí, todavía tengo que decidir si te perdono del todo.

—Lo que tú digas, enana —respondo, y la beso en la frente.

Ella levanta la vista y, en cuanto la miro, sé que estoy donde quiero estar.

Me acerco, la beso y, cuando me fundo en sus labios, entiendo que puede que me la guarde, pero sería capaz de todo por esta chica.

Capítulo 42



Claudia

Después de su confesión, que me ha sorprendido como pocas cosas en mi vida, Álex me propone que vayamos a tomar algo. Resulta evidente que está arrepentido, incluso incómodo, y que necesita reafirmar que todo entre nosotros está bien, y mentiría si no dijese que yo también lo necesito después de estos últimos días tan extraños.

Estoy absorta mirando mi taza de café, viendo el humo salir de la taza y disiparse en el aire, mientras me repito mentalmente que debo estar calmada, ser racional; que todo esto no es el fin del mundo..., pero la verdad es que no puedo dejar de darle vueltas al asunto.

Álex, el chico que acaba de admitir su error, mi novio... Sabía que le pasaba algo, pero jamás me habría imaginado que esas fotos de mis cuadros se las mostrara a alguien sin mi permiso. Podría no dolerme, pero lo hace porque él me importa. Cuando alguien te importa, hasta el más mínimo detalle que consideres una traición, por buena intención que tenga, te duele.

Lo tengo enfrente, sentado con la vista fija en su taza como yo, como si esta pudiera darle alguna respuesta importante o sacarlo del

entuerto.

Cuando lo he visto allí plantado y me lo ha confesado todo, no sabía si debía abrazarlo o pegarle un bofetón, porque, claro, todo lo que ha hecho ha sido a pesar de mí, pero para mí. Y, por supuesto, después de todo este embrollo y mi desconfianza, me da por pensar si lo que más me molesta no es que él haya cometido un error, sino que sea mi inseguridad la que ha reaccionado tan a la defensiva.

—¿Vamos a estar así durante mucho rato? Porque tomar café en silencio mola mucho, pero hablar de lo ocurrido me molaría más —digo rompiendo el mutismo incómodo que nos envuelve.

—Ya te he dicho que lo siento, no lo hice con... —comienza de nuevo a disculparse mientras se despeina en ese gesto tan suyo que es sinónimo de nerviosismo.

—Ya me ha quedado claro que lo sientes, pero ¿puedes comprender que con eso no es suficiente? —lo corto, sin dejarle terminar la frase.

Álex abre mucho los ojos, su cara muestra que acaba de darse cuenta de que la cosa es más seria de lo que creía.

—Vale, ¿y qué quieres que haga? ¿Me disculpo con una cena? ¿Te vale un helado de esos gigantes? —Intenta destensar el ambiente de nuevo, con una sonrisa más bien nerviosa.

—¡Una cena! —me mofo entre risas—. ¡Qué nivel! Lo que no arregles con una cena... —ironizo.

Soy muy consciente de que estoy siendo una tirana, pero la Claudia enfadada ha tomado las riendas de esta conversación y me siento incapaz de frenarla.

—Oye, el helado no es mala idea tampoco... —se atreve a decir encogiéndose de hombros.

Estoy a punto de soltarle un «No te pases», pero entonces me llega un mensaje al móvil. Miro la pantalla y veo que es Amanda.

Casi puedo oír su voz en cada palabra.

¿Qué tal va el drama?

Sin rodeos. Mi amiga siempre va al grano.

Lo dejo en visto durante unos segundos. Álex me observa, pero yo, ni caso.

Todo solucionado. Luego te cuento. Estamos tomando algo, ven.

¡Perfecto! Comparte ubicación.

Hago lo que me pide y le mando la ubicación de la cafetería.

Llego en nada, estoy al lado. 😌

—¿Quién era? —pregunta Álex curioso.

—Amanda —le contesto sin añadir más.

—¿Y qué quiere? ¿Está bien?

—Bueno, como le has contado a ella antes la situación, estaba preocupada y quería saber si todo iba bien. Ahora va a pasarse por aquí.

Justo en ese momento, la puerta de la cafetería se abre y entra mi amiga, con su energía de «Vengo pisando fuerte». ¡Menudo huracán!

—A ver, ¿cómo va todo? ¿Te has disculpado ya o estamos en plena reconstrucción del desastre? —dice bromeando mientras le da un abrazo a Álex.

Él se encoge de hombros y mira hacia el suelo, como si tuviera que confesar algo todavía más vergonzoso.

—Estoy trabajando en ello... —responde intentando sonar serio.

Amanda pone los ojos en blanco.

—Lo que te gusta un drama, amiga... —suelta riéndose y mirándome a mí—. Vamos a ver, que el chaval la ha cagado, sí, pero lo ha hecho para ayudarte y darte un empujón... porque, si no, esos cuadros habrían acabado colgados por todo el cuchitril en el que vivimos.

—Pero lo ha hecho sin mi permiso —le rebato.

—Pero con buena intención, Claudia. Jamás haría nada para perjudicarte —contrataca Álex.

—Y eso es lo importante, ¿no? —concluye Amanda, que está claro con quién se está posicionando. Traidora, ten amigas para esto—. Pero, bueno, tortolitos, dejaos de historias y arregladlo o me voy de aquí, que no he venido para hacer de celestina, que esto parece sacado de un capítulo viral de *El diario de Patricia*.

—Eres demasiado joven para conocer ese programa —declaro riéndome.

—Ya, pero ya me dirás cómo lo conoces tú. Será que no hay vídeos absurdos rememorando las mierdas de la gente que fue allí... —contesta entre carcajadas.

Noto que la mano de Álex se apoya sobre la mía y, cuando lo miro, sus ojos ya me están esperando.

—Perdóname, por favor.

Creo que solo necesitaba eso, una disculpa sincera, de corazón.

—Álex, te he perdonado hace un rato..., pero, por favor, no vuelvas a hacer algo así —pido con total sinceridad.

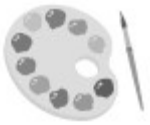
Acerca su cara a la mía y me da un beso rápido en los labios.

—Bueno, bueno, así está mejor, pero id a un hotel, hombre... Aquí comiendo delante de los hambrientos, hay que joderse. —Amanda interrumpe el momento siendo ella.

Comenzamos los tres a reírnos y noto que ese peso que llevaba unos días acompañándome se diluye un poco, y ahora mismo estoy

justo donde quiero estar.

Capítulo 43



Claudia

Cuando terminamos de tomar el café, Amanda nos comenta que han abierto un bar de copas nuevo por la zona, en el que ponen música y se puede jugar al billar o a los dardos, y propone que vayamos. Como no tenemos mucho que hacer, accedemos a pasarnos. Además, resulta que el garito es de un colega suyo y quiere apoyarlo en la reapertura.

Vamos andando y hablando de todo y de nada. Me encanta ver a Álex y a Amanda juntos porque, aunque son la noche y el día, se complementan muy bien y mi chico no se deja arrasar por el carácter de mi amiga, cosa que me gusta mucho, porque ella, al darse cuenta de eso, vive en un pique constante con él. Son muy divertidos.

Cuando llegamos al bar del amigo de Amanda, ella se acerca a la barra porque quiere saludarlo y nosotros nos quedamos un poco rezagados esperándola. No hay mucha gente de momento, por lo que puedo observar con calma todo lo que me rodea. Es un sitio sencillo, en tonos oscuros, con mesas de madera y butacas color verde de terciopelo. Al fondo se ve la sala de juegos de la que nos

ha hablado Ami; hay un par de billares y un tablero de dardos colgado de la pared.

Algo que me llama muchísimo la atención, y que me chifla, es que hay una especie de gramola. De verdad que creía que esto no seguía funcionando, y posiblemente sea solo parte de la decoración, pero hace que me sienta un poco como en una película tipo *Grease*.

Amanda vuelve cargada ya con tres copas; esta chica pasa del café al cubata con alevosía y premeditación.

—Oye, ¿por qué no jugamos a Yo nunca? Así, como para darle un toque de emoción a la vida, ¿no? —propone cuando llega a nosotros.

La miro entre divertida y aterrada.

—¡Ay, Dios, Amanda! ¿Qué tenemos, quince años?

—¿Mentales? Por supuesto, mira la madura. Anda, anda, lo que pasa es que tienes miedo de que se sepan más cositas de ti de las que tú hayas contado, te conoceré yo ya... —Amanda lo tiene claro. Siempre sabe cómo convertir cualquier situación en un caos controlado.

—No sé si quiero saberlo... —murmura Álex riéndose.

—¿Y tú no tienes nada que ocultar? —le digo provocándolo.

—¿Yo? Absolutamente nada.

—Hace un rato no habrías dicho lo mismo, campeón... —replica Amanda con sorna.

—*Touché*. Venga, ¿quién empieza?

—Bueno, ya conocéis las reglas del juego. Cada vez que sí hayáis hecho algo de lo que mencionamos, bebéis un sorbito. Y, si alguien os pilla mintiendo, también bebéis —explica Amanda como si de una clase de Historia se tratase.

¿Si alguien te pilla mintiendo? Eso suena a que voy a acabar ebria antes de que esto termine.

Álex se acomoda en su silla, como si ya supiera que la vergüenza será su mejor amiga durante los próximos minutos.

—Dicho esto, vamos allá. Empiezo. Yo nunca... —comienza Amanda levantando la copa como si estuviera haciendo un brindis— he tenido un amorío con algún compañero de facultad de Claudia.

Me quedo paralizada. ¡¿Qué?!

Álex la mira, luego me mira a mí, y luego otra vez a Amanda, como si estuviera en una película de suspense.

—¡¿Qué?! —exclamo, casi pegando un salto.

—¡Tienes que beber! —dice Amanda riendo a carcajadas.

—Y tú, no te jode, será que no te has liado con chicos que iban a mi clase...

—Chinchín, hermana.

Ambas bebemos después de chocar nuestras copas...

Pero antes de que pueda reaccionar, Álex toma un trago, como si eso fuera a salvarlo.

—Yo nunca... —sigue él poniéndose serio— he follado en un sitio público.

—¿Ha dicho «follado»? —pregunta Amanda de forma exagerada.

—¿Tú estás bien? —Le pongo la mano en la frente a Álex riéndome.

—Sois unas mamarrachas, y os estáis haciendo las locas.

—Chinchín —dice Amanda brindando con el aire y bebiendo—. Te toca, guapa.

—Yo nunca me he enrollado con un vecino —suelto rápidamente.

Amanda me mira y entrecierra los ojos cuando alza la copa y se la lleva a los labios.

—Así que el vecinito, ¿eh? —comenta Álex—. Qué calladito te lo tenías.

—¿Qué vecinito ni qué niño muerto? Aquí nadie ha especificado de qué vecino se trata ni nada de nada, idiotas —se defiende ella, que ya va un poco tocada. No se ha salvado en ninguna ronda.

—Yo no digo nada... —responde Álex levantando las manos.

Y así seguimos: declaraciones épicas, confesiones de amoríos pasados y secretos que ni en mil años me habría imaginado. Al final, todos estamos un poco piripis. Bueno, sobre todo mi amiga, que creo que, cuando ha propuesto el juego, no ha caído en la cuenta de que su vida sexual y sentimental es más amplia que la de Carrie de *Sexo en Nueva York*. Álex, en cambio, está bastante bien para ser su primera incursión en esta «experiencia» con nosotras.

Amanda, más suelta que nunca, se pone de pie, estirándose como una diva.

—¡Bueno, bueno, bueno! —dice con una sonrisa pícara—. Creo que es hora de que me vaya a encontrar con mi..., bueno, ya sabéis, un amigo muy especial. —Hace un guiño.

Yo la miro sabiendo de antemano cómo va a acabar esto.

—Amanda, ¿en serio? ¿Ahora?

Ella se encoge de hombros, sin arrepentimientos.

—Mujer, no soy de quedarme cuando las cosas se ponen aburridas..., y vosotros estáis pidiendo cama a gritos, y dudo que sea para dormir. ¡Nos vemos, chicos! ¡Seguid a lo vuestro!

Dicho esto, sale por la puerta sin mirar atrás.

—Parece que ella lo tiene claro, ¿no? —suelto entre risas.

Álex asiente y, aunque está un poco sonrojado, hay algo en su mirada que me dice que está disfrutando más de lo que parece a simple vista.

—Sí, por lo visto estamos pidiendo cama a gritos... —suelta repitiendo sus palabras, con una sonrisa torcida.

Álex y yo nos quedamos un rato más en el bar, pedimos otra copa y nos reímos del juego que acabamos de compartir, con la sensación de que, aunque la noche ha empezado un poco espesa, acabamos juntos la velada, sin discusiones y felices.

Capítulo 44



Álex

La noche ha dado un giro bastante curioso. Hace solo una hora estábamos en un bar jugando a Yo nunca, riendo como si fuéramos adolescentes, y ahora estoy aquí, en su casa, en su cuarto, preguntándome cómo demonios hemos llegado a este punto.

Claudia está dormida, tapada hasta la cabeza con las sábanas, y no puedo apartar los ojos de su rostro.

He estado con muchas chicas, pero ella es diferente. Sé que suena a tópico, pero es que es tenerla cerca y el mundo se detiene y el tiempo se convierte en inexistente, y, joder, no es ni medio normal lo consciente que soy de que haría cualquier cosa por ella.

No puedo dormir. No me quito de la cabeza lo que ha pasado hoy; en realidad no puedo negar que mi cagada ha sido monumental, pero volvería a hacerlo. Soy una puta *red flag*, o quizá estoy exagerando un poco, pero, qué cojones, habría hecho lo que fuera para dar a conocer su obra y también para que me perdonase.

Con los ojos posados en ella, le acaricio el pelo. Está completamente relajada, respirando profundo, como si la vida fuera solo un eterno estado de *chill*. Yo, sin embargo, sigo en modo

«Mente a mil por hora». Ella se remueve un poco y acaba con la cabeza sobre mi pecho, y es ahí cuando empiezo a acompasar mi respiración con la suya al tiempo que le acaricio con dulzura la espalda.

De pronto me llega un ruido, una especie de zumbido; es el teléfono de Claudia vibrando. Luego un ping, bajito, casi susurrado. Luego, otro. Y otro. Y otro. Primero he pensado que era algo puntual, pero es que las notificaciones no paran de llegar. La curiosidad empieza a ganarme la partida. Miro el móvil, lo tengo al alcance de la mano, pero... ni hablar. «¿Vas a volver a hacerlo, cabrón?, ¿la vas a volver a cagar?». Eso sería invadir su privacidad otra vez, así que me contengo y no me incorporo para levantarme..., pero de pronto vuelve a sonar, varias veces. Aparto a Claudia con cuidado y me asomo al móvil sin tocarlo.

Hay un montón de notificaciones, y lo que me pone más tenso es que todas son de un tal Ricky_00. Ese nombre que no me suena de nada. Y son demasiados *likes*. Es como si este tipo estuviera intentando batir un récord de «Me gusta» por segundo en el Instagram de Claudia. Pum, *like*. Pum, otro *like*. Pum, pum, pum, *like*, *like*, *like*, uno tras otro. Como si no tuviera nada mejor que hacer a las tres de la mañana que darle «Me gusta» a todas sus fotos.

Leo «A @Ricky_00 le ha gustado la publicación de @Claunet_».

Decido apartar la vista. No es mi teléfono, ni mis notificaciones, y en el fondo tampoco tengo por qué estar fisgando, aunque... ¿Ricky? ¿Quién es Ricky?

Me tumbo en la cama de nuevo, me doy la vuelta y respiro hondo. Estoy aquí, no tengo nada que hacer con las notificaciones de ese tipo. Al final, no es mi problema. Solo son *likes*, ¿quién no le da *like* a las fotos de alguien en Instagram? Pero... ¿por qué tantos y a

estas horas? Nunca me ha hablado de ese tal Ricky, imagino que será un colega de profesión.

Al final cierro los ojos, intentando dormir, como si la curiosidad fuera algo que puedo dejar de lado. Después de todo, no tengo por qué preocuparme, seguro que mañana le preguntaré y me dará una explicación...

Pero la verdad es que me ha dejado con una sensación extraña, de duda.



Me despierto y lo primero que noto es que Claudia no está en la cama. Miro a mi alrededor con los ojos soñolientos. ¿Dónde coño se ha metido? Me incorporo y oigo ruidos en la cocina. Mi chica ya está localizada.

Me levanto y voy hacia allí, intentando no parecer un zombi y fracasando estrepitosamente en el intento. Claudia está preparando el desayuno como la persona más funcional del mundo.

—Buenos días, princesa —la saludo antes de darle un beso en la sien, y luego me siento en un taburete de la cocina.

—Buenos días, señor Fernández. Hoy su camarera personal le está preparando un desayuno especial, a su medida.

—¿Hay besos de buenos días en esa carta? —Entro en el juego al tiempo que la agarro de la cintura y la atraigo hacia mí.

—No sé si nos quedan... —responde contra mis labios.

Acto seguido me levanto del taburete y la beso. Esta chica me vuelve loco.

Lo que comienza con un simple beso termina encendiéndonos a los dos. Me pasa la mano por el cuello y me arrima más a ella; en un

movimiento rápido, la alzo y la pongo sobre la encimera para de inmediato colarme entre sus piernas.

—Así sí que son buenos días... —dice sonriendo contra mis labios.

—Y tú, sin duda, eres mi desayuno favorito.

La vuelvo a besar, pero suena una notificación en su móvil, que descansa sobre la encimera, y mis ojos van directos al teléfono.

El bucle en el que me vi sumido anoche vuelve a mi mente. Ricky_00 reaparece y, con él, todo el ruido mental regresa con más fuerza.

—Ayer no paraba de vibrarte el teléfono —comento; intento que suene casual, aunque no sé si lo logro.

—¿Qué? —contesta frunciendo el ceño y bajándose de la encimera para coger su móvil.

—Eso. Que tu teléfono no paraba de recibir notificaciones. Como si alguien estuviera tratando de comunicarse contigo con la intensidad de un vendedor de seguros desesperado.

Antes de que me responda, el destino decide hacer su entrada triunfal: suena el teléfono. Su madre.

Me cruzo de brazos mientras la veo atender la llamada. Conversación típica de madre: que si has comido bien, que si cuándo vienes a casa, que si deberías probar una receta que he visto en Facebook.

Cinco minutos después, cuelga, y ahí es cuando ocurre.

Su cara cambia. O, mejor dicho, su cara entra en modo «¿Qué cojones es esto?».

—¿Todo bien? —pregunto sin segundas intenciones.

Claudia no responde. Está mirando la pantalla de su móvil, como si acabara de descubrir que su teléfono tiene vida propia. Me inclino un poco para poder verlo mejor, pero ella lo bloquea con rapidez. No insisto. Si quiere contarme algo, lo hará.

—Son... muchas notificaciones —dice finalmente, más para sí misma que para mí—. Perdona, no había cogido el teléfono hasta ahora y... —Su voz denota que está agobiada.

Se toca el pelo y sigue con la mirada fija en el aparato que tiene entre las manos.

Asiento y bebo un sorbo de café. No voy a presionar. No quiero ser ese tipo de persona. Si hay algo que necesite decirme, lo hará cuando quiera.

—Me apetece estar sola. No te importa, ¿verdad? Ya nos veremos mañana, ¿vale? —añade mientras deja el móvil del revés sobre la encimera. Sin esperar respuesta, se da la vuelta para dirigirse a su habitación, dejando la conversación a medias y un millón de dudas en mi puta cabeza.

Parpadeo. No esperaba esto. De todas las opciones posibles, esa no estaba en mi lista.

—Vale —digo, porque... ¿qué otra cosa puedo hacer? No voy a obligarla a compartir lo que sea que le esté pasando si no quiere hacerlo aún.

Pero, joder, eso solo hace que quiera saberlo más.

Me levanto con mi taza de café en la mano y me dirijo a la sala, pero mi mente sigue dándole vueltas a lo mismo. ¿Quién es Ricky_00 y por qué, de repente, parece tan importante?

Quizá no sea nada. Quizá es solo un chaval *random* que ha decidido pasar su madrugada dándole *likes* a todo lo que encuentra en Instagram. Pero hay algo en la forma en que Claudia ha reaccionado que me indica que, sea lo que sea, no es tan simple.

Me pongo las zapatillas deportivas y cojo las llaves sin hacer ruido. Antes de salir, miro hacia su habitación tentado de entrar y continuar hablando aunque no quiera, pero, no, no es el momento. Cierro la puerta detrás de mí.

«Vale, Claudia, quieres espacio, lo tienes. Pero, joder, esto no ha terminado aquí».



Salgo del edificio y el aire fresco me golpea en la cara. Respiro hondo, intentando despejarme. No estoy cabreado. De verdad que no. Solo quiero entender qué le pasa a mi chica y cómo puedo ayudarla sin meter la pata. Porque tengo claro que algo le ocurre. No sé qué, pero lo noto.

Camino sin rumbo fijo un rato antes de decidir que lo mejor es irme a casa. No sirve de nada quedarme deambulando como un idiota. Lo que necesito es perspectiva. Y si hay alguien que siempre tiene una opinión, sobre todo, ese es Rafa.

Cuando llego, él está en el sofá, con una bolsa de patatas en una mano y el mando de la tele en la otra.

—Traes cara de funeral —dice sin apartar la vista de la pantalla.

Me dejo caer en el sillón de al lado y suspiro.

—Claudia me ha pedido que la deje sola hoy.

Rafa pausa la tele. Eso ya es decir mucho. Me mira, esperando más contexto. Se lo doy. Lo de las notificaciones, su reacción, su petición de espacio.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta antes de meterse una patata en la boca.

—Pues eso. Darle espacio, dejarla sola —contesto encogiéndome de hombros—. No voy a negarme, pero me jode, porque siento que debería hacer algo.

Rafa asiente despacio, como si estuviera analizando cada palabra.

—Mira, tío, a veces ayudar es saber cuándo no meter la nariz. Si necesita eso, dáselo. Sin embargo, si ves que esa situación va para largo, dile que estás ahí. Que sepa que no estás esperando explicaciones, pero que, si necesita apoyo, cuenta contigo.

Me quedo en silencio un momento. Es un buen consejo. Bastante maduro para ser Rafa, la verdad. Lo miro con sospecha.

—¿Desde cuándo eres el dalái lama de las relaciones humanas?

—Desde que llevo años viendo a mis colegas hacer el ridículo con sus novias. Aprendo de los errores ajenos, hermano. —Sonríe y vuelve a darle al *play* en la tele.

Me voy a mi cuarto con una sensación extraña. Por un lado, me tranquiliza saber que estoy haciendo lo correcto. Por otro, sigo sin poder sacarme a Claudia de la cabeza. ¿Estará bien? ¿Debería haber insistido un poco más?

Me tumbo en la cama para leer un rato, con la clara intención de distraerme y dejar de pensar en ella. Al rato, el teléfono, que he dejado en la mesita de noche, vibra. Un mensaje.

Mi corazón da un pequeño brinco. Lo abro enseguida.

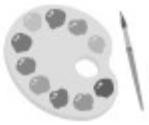
¿Estás ahí?

Siempre.

¿Puedes venir?

Y antes de responder a su pregunta ya me estoy calzando.

Capítulo 45



Claudia

El timbre suena y se me encoge todo el cuerpo. Antes me he pasado un buen rato mirando el móvil con las manos sudadas, sin saber si mandar ese mensaje o no. Al final lo he hecho. Y él está aquí. Álex.

Abro la puerta. La lluvia le ha empapado el pelo y parte del jersey. Tiene esa expresión de estar completamente presente. No me dice nada, solo me mira. Yo tampoco hablo. No puedo. Me aparto para dejarlo pasar.

—¿Va todo bien? —me pregunta a pesar de saber que la respuesta es un enorme «no».

Niego con la cabeza.

—¿Quieres contármelo? —añade poniendo sus ojos a la altura de los míos. Asiento con la cabeza.

Posa una mano en mi espalda y cierra la puerta del piso con cuidado, me dirige hacia el sofá y yo me dejo llevar por su impulso como si fuera una muñeca; la verdad es que su mero contacto ya me hace sentir mejor. Aunque sé lo que tengo que contarle, siento un nudo en el pecho que me ahoga. Me cuesta arrancar, pero cuando empiezo ya no puedo parar.

—Hace semanas que recibo mensajes raros. De un perfil anónimo de Instagram. Ricky_00. Al principio pensé que era un tío cualquiera, un salido más, ya sabes..., aunque me extrañó porque mi cuenta es privada, pero pensé que podía haberlo aceptado por error. El caso es que enseguida comenzó a hacerme comentarios sobre cosas demasiado personales. Cosas que solo alguien de mi entorno puede saber. Aun así, lo dejé estar, con la esperanza de que se cansara y me dejara en paz..., pero no ha sido así, más bien todo lo contrario, porque últimamente va a peor. —Álex no me interrumpe. No me quita los ojos de encima. Me deja hablar—. He estado pensando y, no sé por qué, pero creo que es Ricardo. El director del museo, mi jefe máximo. No tengo pruebas, pero... —Hago una pausa, me tiembla la voz—. Hay algo en la forma de escribir, en los tiempos, y también en cómo me trata y me mira en el trabajo. Hoy Ricky_00 ha hecho un comentario sobre un cuadro mío que tengo aquí en casa... Tal vez lo ha visto a través de una foto de esas que le entregaste a Patricia, no sé. Me estoy volviendo loca, Álex. Tal vez no sea para tanto, pero...

Me tapo la cara con las manos. Me siento estúpida.

—No estás loca —dice con una calma firme—, y tampoco estás exagerando. Esto que me estás contando no es normal, Clau. Si estás en lo cierto, si es el director, se trata de acoso, y es grave. Tendrías que denunciarlo.

Lo miro. Sus palabras me golpean porque sé que tiene razón. Me siento tan vulnerable, asustada y a la vez enfadada que ni siquiera tengo fuerzas para discutírselo.

—Bloquéalo. Ya —me pide.

Cojo el móvil con manos temblorosas. Abro Instagram. Busco el perfil. Ricky_00. Lo bloqueo. Luego, sin pensarlo demasiado, lo denuncio en la aplicación. Al hacerlo, siento que algo en mi pecho se

libera, pero no me da paz. Me echo a llorar. En silencio, sin escándalo. Me riño mentalmente porque tendría que haberlo hecho antes.

Álex se acerca. Me abraza. Me recoge entera.

—Estoy aquí. No voy a dejarte sola —me susurra, y no me cabe duda de que así será, porque su abrazo es de los que sostienen.

—¿Te puedes quedar a comer conmigo y pasamos la tarde juntos? —pregunto sin apartar la cara de su pecho.

—No me voy a ir a ningún sitio —responde.

Y cumple su palabra. Yo tengo el día libre y Álex ha anulado todas las citas de su agenda de esta tarde para no dejarme sola.

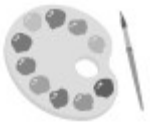
Preparamos la comida codo con codo y, aunque no tengo hambre, me obligo a ingerir algo. Por la tarde me propone que demos un paseo y luego cenamos viendo una peli cualquiera. No ha sido uno de mis mejores días, eso desde luego, pero estoy acompañada.

—Buenas noches, Clau.

—Buenas noches, Álex.

Duermo sin sobresaltos. Sin mirar el móvil. Sin pesadillas. Por primera vez en semanas, el mundo que llevaba sobre mis hombros parece que pesa un poco menos.

Capítulo 46



Claudia

Después de una noche de calma, hoy tengo la certeza absoluta de que todo va a ir mal. No es una sospecha, ni una exageración. Es un hecho. El día comienza raro. Me despierto con una mezcla de náusea emocional y ansiedad en la garganta. Álex sigue dormido, cubierto con las sábanas. Me acerco en silencio, le dejo un café recién hecho en la mesilla tras darle un beso y los buenos días y salgo hacia el museo con una sensación en el cuerpo que no sé cómo describir.

Llego al trabajo con un nudo en el estómago y cero ganas de existir. No entiendo nada de lo que está pasando y, sinceramente, preferiría meter la cabeza en la tierra como un avestruz y salir cuando todo se haya resuelto solo.

Hablar ayer con Álex y pasar todo el día y toda la noche con él me ha ayudado mucho. Pero ahora me tenso porque siento que me encuentro en territorio hostil, aunque también siento que necesito afrontar esta situación para ponerle fin de una vez. Me encantaría estar en cualquier lugar menos en este museo, pero, no, aquí estoy, intentando parecer una persona funcional cuando en realidad me noto al borde de un colapso mental.

Desde el momento en el que cruzo la puerta, percibo que me observan. Me da la impresión de que alguien está pendiente de cada uno de mis movimientos y, en cierto momento, cuando me giro, veo a Ricardo. Y a partir del instante en que mis ojos se encuentran con los suyos, aparece en cada maldito pasillo por el que intento escapar. Es como un NPC programado para seguirme, pero en versión real y mucho más inquietante.

—Claudia, ¿podemos hablar? —me dice tras mi espalda por fin.

—Lo siento, Ricardo, ahora mismo no puedo —respondo volviéndome con cara seria.

—¿Desde cuándo una subordinada puede hablarle así a uno de sus superiores? ¿No recuerdas quién soy? No te estoy pidiendo una cita, tengo que hablar contigo de un asunto laboral. Te quiero en mi despacho en cinco minutos.

Acto seguido gira sobre sus talones y se va, dejándome con la palabra en la boca y ganas de vomitar.

Miro mi teléfono y pienso en escribir a Álex, pero decido que es mejor no hacerlo; soy adulta, tengo que resolver esto yo sola. Solo he de ir al despacho y quitarme esta agonía que tengo dentro de una vez por todas.

Camino hacia allí con resignación. Respiro hondo y llamo a la puerta con los nudillos, oigo unos pasos que se acercan a la misma y se abre ante mí.

—Pasa y toma asiento, Claudia.

Obedezco sin rechistar. «Cuanto antes pase, antes me iré», ese es mi mantra. Noto que me tiemblan las manos y las entrelazo encima de mis rodillas una vez que tomo asiento.

—Mira, Claudia, creo que antes he estado un poco rudo cuando lo único que quiero es hablar contigo de algo que nos interesa a los

dos —dice mientras cierra la puerta y se acerca con largos pasos a su mesa.

Desbloquea su iPad delante de mí y lo que veo me deja muda.

Siento como si mi cerebro empezara a derretirse. No sé si reír, llorar o salir corriendo. Las fotos de mis cuadros, las que hizo Álex, están frente a mis ojos en la pantalla del iPad, ocupando cada rincón del dispositivo, y yo noto que el aire se me escapa de los pulmones sin opción de recuperarlo. ¿Qué cojones hacen mis cuadros ahí? Oigo que se coloca a mi espalda mientras va pasando cada una de las fotos.

—Patricia me enseñó tus obras. ¡Qué calladito te lo tenías! Jamás imaginé que pudieras tener tantos secretos y tantas virtudes... ¿Qué otras sorpresas podemos esperar de ti?

Esta última pregunta la hace pasando la mano por mi hombro, pero me revuelvo y la aparta rápidamente.

Intento mantener la compostura, aunque me queman los ojos y un miedo atroz se instala en mi estómago. Respiro hondo y, con la poca seguridad que me queda ahora mismo, le doy al botón del iPad para apagarlo y echo la silla hacia atrás, notando que Ricardo tiene que retroceder. Me levanto al tiempo que busco un espacio que siento que no tengo porque de pronto ese despacho se ha hecho diminuto.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué quieres? —pregunto finalmente, intentando sonar calmada.

Me dedica una sonrisa socarrona, me mira de arriba abajo y se aclara la garganta cogiendo el dispositivo de la mesa, a la vez que acorta de nuevo la distancia entre nosotros.

—He pensado que sería todo un detalle por mi parte mostrar tu talento, que la gente pueda ver lo increíble que eres. ¿No tienes ambiciones, Claudia? ¿No quieres darle un impulso a tu carrera como

artista? Porque yo estaría encantado de ayudarte... —Se acerca más a mí y yo retrocedo—. No tengas miedo, tonta, solo quiero ser bueno contigo...

Me quedo sin palabras por un segundo. ¿Detalle? ¿Mostrar mi talento? ¿Impulsar mi carrera? ¿Ser bueno conmigo? Necesito salir de aquí. ¡YA!

—Me tengo que ir... —Prácticamente corro hacia la salida, pero, cuando voy a abrir, un peso cae sobre ella y me empotra contra la puerta.

—No sabes la de veces que te he imaginado así, contra esta puerta y gimiendo mi nombre —me susurra a la oreja, apretando su cuerpo contra el mío por detrás y sobándome a placer.

—Por favor, no... —Me revuelvo, lucho, forcejeo... y por último consigo un poco de espacio para moverme, pero me agarra fuerte del brazo y chillo.

—No entiendo por qué te haces la sorprendida con todo esto si sabes muy bien quién soy —me dice mientras me empuja contra la pared y me bloquea cualquier vía de escape con su cuerpo, ahora frente a frente. Siento asco, mucho.

—¿Q-Qué...? —digo confundida.

—Soy Ricky_00.

Me quedo helada.

—¿Qué... has dicho?

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Ahora vas a hacerte la difícil? —indica sonriendo lascivo al tiempo que una de sus manos sube por mi costado y la otra aterriza en mi pecho.

Un grito desgarrador escapa de mi garganta y, cuando me está acercando su boca con intenciones asquerosas, llaman a la puerta repetidamente.

Ricardo me suelta de inmediato y pregunta quién es; yo estoy tan asustada que no me sale ni la voz.

Oímos a Patricia fuera, insistiendo para entrar, así que a este cerdo no le queda más remedio que abrir la puerta.

Las lágrimas corren por mis mejillas, ni siquiera me he dado cuenta de cuándo han empezado a caer. Levanto la vista y veo a Patricia frente a mí, que pasea los ojos de mí a Ricardo y viceversa. Su cara muestra perplejidad absoluta y no la culpo, esto es demasiado, inaudito. Yo no noto ni un solo músculo de mi cuerpo, estoy petrificada.

—Claudia, por favor, sal de aquí. Tengo que hablar con Ricardo a solas, es urgente —me pide señalando la puerta y mirándome con los ojos muy abiertos.

Ricardo no abre la boca; tampoco lo espero y, cuando logro reaccionar, salgo corriendo. Los pasillos se me antojan eternos y solo quiero escapar de aquí. En el vestíbulo, cojo el móvil con manos temblorosas y marco su número. Responde al tercer tono.

—Dime, preciosa. Justo te iba a escribir para ver cómo va todo —contesta Álex con su tono cariñoso de siempre.

—Po-por favor, ¿pu-puedes venir ahora? —Consigo que las palabras salgan de mi boca como si de mi último aliento se tratase y me dejo caer al suelo, me hago un ovillo y rompo a llorar.

—¿Claudia? ¡¿Qué coño ha pasado?! Ya mismo voy para allá.

Pero no contesto. Solo quiero irme a casa, meterme en la ducha y limpiarme la piel que ese hombre ha tocado, con un estropajo si es necesario. Corto la llamada y me quedo así, sin reaccionar... hasta que alguien me abraza con delicadeza. Primero me asusto, pero cuando veo a Emma, que me mira con cara de preocupación, le devuelvo el abrazo con todas mis fuerzas y lloro todavía más fuerte.

Capítulo 47



Álex

Conduzco como un loco por las calles de Madrid. Ni siquiera siento el volante en las manos. El tráfico me desespera y me salto semáforos y señales. Solo pienso en Claudia. En su voz rota al otro lado de la línea. Oírla me ha desquiciado y me ha entrado tal furia que necesito llegar ya, comprobar que está bien y romperle la cara a quien sea que le haya hecho daño.

Por fin llego al museo. Aparco mal. Me importa una mierda. Entro sin saludar a nadie y la busco con la mirada hasta que la veo. Está sentada en el suelo, apoyada contra una pared. Tiene la cara y los ojos rojos y las manos en el regazo; está rota. A su lado está Emma, que intenta tranquilizarla.

Me acerco, me agacho a su lado y, sin importarme nada ni nadie la abrazo con todas mis fuerzas. No sé quién de los dos necesitaba más este abrazo, si ella para calmarse o yo para asegurarme de que está bien.

—Estoy aquí. Estoy contigo... —le digo acunando su cara con las manos al separarme de ella para mirarla—. ¿Qué ha pasado?

Claudia me mira con los ojos llenos de todo: miedo, rabia, impotencia. Y de pronto veo como su mirada se dirige a algo detrás de mí y sus ojos se abren como platos con una expresión de terror. Su cuerpo se tensa y se revuelve apartándome las manos de su rostro, como si quisiese escapar. Le doy la mano y me giro. Y entonces lo veo. Ahí está ese cabrón, y sin necesidad de palabras sé que es el responsable de que mi novia se encuentre en este estado.

Me levanto y voy directo hacia él con aspecto amenazante. Sé que es el director de este sitio y que no debería cruzar ciertos límites, pero él ya los ha sobrepasado todos con creces, así que tanto me da. Lo agarro del brazo de malas maneras.

—¡¿Qué le has hecho, hijo de puta?! —le grito zarandeándolo con toda mi mala leche—. ¿Te lo pasas bien así? Acojonando a las jovencitas que trabajan para ti. Hay que ser muy poco hombre para ocultarse detrás de un *nick*, acosar a las mujeres y abusar de tu poder, ¿no te parece, Ricardo?, ¿o tal vez prefieres que te llame Ricky_00?

—Aparta tus putas manos de mí o llamaré a seguridad. —Se zafa de mi agarre y se aleja un poco—. ¿Quién se ha creído tu novio que es, Claudia, para tratarme así? —pregunta con todo el descaro y la soberbia del mundo mirándola a ella, que está temblando de pies a cabeza mientras las lágrimas le caen por las mejillas. Acto seguido, este desgraciado me mira con una sonrisa que muestra claramente que he dado en el clavo y que el muy cerdo está acosando a Claudia —. Sal ahora mismo de aquí, chico, y deja de hacer el ridículo.

—Ya puedes ir llamando a seguridad porque... —Tomo impulso para abalanzarme sobre él, pero no llego a tocarlo porque me interrumpen.

—Álex, ¡déjalo ya! —grita una voz de forma autoritaria.

Patricia.

Aparece acompañada de un hombre, por su aspecto probablemente del equipo de dirección.

—¡Este tío ha estado acosando a Claudia durante semanas! Y todavía no sé qué ha pasado hoy aquí, pero lo sabré y me las pagará.

—Por favor, Patricia, llama a seguridad para que echen a este tipo de aquí, y que le prohíban la entrada de por vida. Jamás me he visto en una situación similar. Tomaré medidas legales contra ti por esta terrible agresión... —empieza a decir Ricardo con un tono más alto del que ha usado antes, intentando que todo el mundo lo oiga, haciéndose el ofendido, además de la víctima.

—¡Basta ya! —grita Patricia, que corta la verborrea de Ricardo y nos deja a todos sumidos en un profundo silencio.

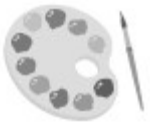
Estamos siendo observados por un montón de gente, empleados y visitantes del museo, que se han ido situando a nuestro alrededor. No quiero imaginarme cómo se habrá visto desde fuera este espectáculo.

—Por favor, Claudia, llévate a tu novio a mi despacho y esperadme allí. Ricardo, por desgracia para ti, tu despacho tenía cámaras —lo informa Patricia de forma seria y rotunda. Él abre exageradamente los ojos, pero enseguida controla su expresión—. Te doy un máximo de cinco minutos para recoger tus cosas..., y tendrás noticias de nuestro departamento legal.

Vuelvo con Claudia, le paso el brazo por los hombros. Me mira. No necesita decir nada. Yo tampoco. Se deshace de mi abrazo, me da la mano y vamos hacia lo que imagino que es el despacho de Patricia.

Me importa una mierda lo que pase ahora, solo tengo clara una cosa: no voy a dejar que nadie le vuelva a hacer daño. Nunca.

Capítulo 48



Claudia

Estoy sentada en la silla frente al escritorio de Patricia, apretando los dedos como si así pudiera mantener la compostura. Álex se encuentra de pie a mi espalda; me acaricia los hombros para intentar transmitirme calma, pero sin conseguirlo ni un poco. Estoy tensa, el corazón me bombea fuerte, como si me hubieran pillado haciendo algo que no debía. Es absurdo, pero real.

Ella está al otro lado de su mesa, seria, con las gafas puestas, repasando lo que parece un vídeo sin sonido en su móvil, como si no quisiera mirarme directamente. Luego respira hondo, se quita las gafas y me clava los ojos. Se ha soltado un poco el pelo, tal vez para sentirse más cómoda: imagino que todo esto es difícil para ella.

—Claudia, no sé ni por dónde empezar... —dice; resulta evidente que no sabe ni dónde meterse. Alza la vista y mira a mi novio—. Álex, toma asiento, por favor, no te quedes ahí de pie.

—No, gracias. Prefiero quedarme como estoy —contesta él apretándome los hombros un poco más, para infundirme fuerza.

—Bueno, Claudia, esto que ha sucedido es del todo intolerable —prosigue Patricia mirándome fijamente a los ojos, y noto como un nudo se asienta en mi estómago.

—Lo sé —respondo, y aunque mi intención no era susurrar, por más que me esfuerce, no me sale la voz.

—Quiero pedirte perdón.

La frase me deja clavada en la silla. Ella sigue, sin vacilar.

—He visto cosas extrañas en Ricardo desde que entraste a trabajar aquí... Actitudes. Gestos. Miradas. Primero pensé que eran imaginaciones mías, tonterías sin importancia, pero con el paso del tiempo una especie de alarma dentro de mí comenzó a sonar, indicándome que algo raro estaba pasando, pero no quise enfrentarlo, no quise verlo, no quise creerlo. Además, hablé con Jesús, tu jefe directo, y le pregunté cómo te veía y si tenías alguna queja de algo, y me respondió que estabas contenta y que todo iba bien, así que pensé que era yo, que tenía una percepción equivocada. Finalmente, también me dije que, si no tenía pruebas, lo mejor era callarme. Y me equivoqué.

No digo nada. Me cuesta tragar saliva. El nudo en mi garganta ya está hecho.

—Menos mal que tenemos cámaras —continúa, bajando la mirada hacia el vídeo pausado en su móvil—. Como le he dicho a ese desgraciado, ha quedado todo registrado, y revisaremos las grabaciones anteriores, porque seguro que encontraremos algo más. En todo caso, lo que ha hecho hoy es... Bueno, que no hay lugar a dudas. Suerte que pasaba por allí y te he oído gritar, porque en caso contrario... no quiero ni pensarlo. En fin, está todo grabado, y aunque ese material no se podrá utilizar en su contra en un juicio como prueba porque se considera un espacio privado dentro del entorno laboral, sí es suficiente para que ese tipejo se vaya por la puerta de atrás sin hacer ruido ni reclamar nada.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que suelto el aire de golpe.

—Gracias —digo, pero mi voz suena lejana, como si saliera de otra persona.

—Siento muchísimo que hayas pasado por esto. Que sintieras que tenías que callarlo. Que no supiéramos prevenirlo. Nadie debería vivir una situación así.

Niega con la cabeza. Parece enfadada, pero no conmigo, sino con toda esta situación. Con él. Con el sistema. Con no haber estado más atenta.

—He hablado con Dirección. Te vamos a dar unos días libres. Para que descanses. Para que te centres en ti. No es una baja, ni una sanción, por supuesto. Es simplemente que necesitas parar. Y está bien parar.

Asiento. Me arden los ojos.

—Dicho esto, ahora te hablo como Patricia, como persona. Como mujer. Como alguien que te aprecia y que te ve. Si decides denunciar..., tendrás todo mi apoyo. No como directora de Recursos Humanos, no como una superior aquí, sino como amiga. Porque estas cosas hay que ponerlas sobre la mesa. Hay que sacarlas de la sombra. Porque no puedes ni debes cargar con esto sola. Y porque, si no lo quieres hacer por ti, tienes que hacerlo por todas las que vendrán después.

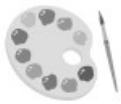
Me tapo la boca con una mano. Siento que, si digo algo ahora mismo, me romperé en mil pedazos. Las lágrimas empiezan a caer sin control. Patricia se levanta, rodea el escritorio y se agacha hasta quedar a mi altura.

—Evidentemente, sabes igual que yo que una denuncia de este calibre afectará a la institución, al museo, y es posible que tenga que venir unida a una renuncia por tu parte de tu puesto... Por eso esto es una decisión tuya, pero no puedo callarme lo que pienso antes de

que salgas de este despacho. Creo que debes hacerlo, no hay nada más importante que uno mismo en estos casos.

Se me escapa un fuerte sollozo y creo que ella se está conteniendo para no emocionarse. Noto como las manos de Álex se apartan de mí, dejándole espacio para que ella me dé un fuerte abrazo, de los que sostienen.

Y por primera vez siento que por fin esta pesadilla tiene un punto final porque ya no está en las sombras, ya la puede ver todo el mundo, y solo depende de mí qué hacer o cómo hacerlo.



No sé cuánto tiempo pasa desde que salgo del museo hasta que me doy cuenta de que ya no estoy allí.

Voy en el coche de Álex, con la cabeza apoyada en la ventanilla y las manos apretadas en el regazo. El cristal está frío. Todo está frío. Incluso yo. Aunque vaya con la cazadora vaquera puesta, aunque él esté a mi lado. Hay un temblor que no me suelta desde que he salido corriendo del despacho de Ricardo.

Ricardo. El cabrón. El asqueroso. El cerdo.

Cierro los ojos y revivo la escena una y otra vez. Su voz. Su risa. Sus manos y su cuerpo sobre mí. La manera en que ha dicho «Soy Ricky_00», como si fuese algo gracioso, como si me estuviera regalando una verdad. Siento ganas de vomitar.

Álex no habla. Solo conduce. De vez en cuando me lanza una mirada fugaz, como si necesitara comprobar que sigo aquí, que no me he desintegrado. No lo culpo. Yo también tengo la sensación de haberme roto en mil pedazos y no sé si podré volver a pegarlos.

—¿Quieres ir a casa o prefieres que demos una vuelta? —me pregunta bajito, como si no quisiera romperme más.

—A casa —susurro.

No dice nada, solo asiente.

Cuando llegamos, Amanda está en el salón. En cuanto abro la puerta y me ve la cara, se levanta de un salto.

—¿Qué coño ha pasado? —dice mi amiga, preocupada, corriendo hacia mí—. ¿Qué ha pasado? —insiste mirando a Álex y luego otra vez a mí, como si le hubiese caído una bomba en el pasillo.

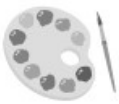
Yo no contesto. Me siento y me echo a llorar. Otra vez. Pero ahora no es un llanto suave. Es uno de esos que salen del fondo del estómago, como si tuviera fuego dentro. Ella me abraza, me acuna, me protege. No sé cuánto rato pasamos así, las dos abrazadas en el sofá; solo sé que me levanto y voy en dirección al baño. Me encierro dentro y me siento en el suelo. Me encojo. Me tapo los oídos.

No quiero oírme.

No quiero pensar.

No quiero nada.

Solo quiero desaparecer.



Oigo un golpe suave en la puerta del baño.

—Soy Ami. ¿Puedo pasar?

No respondo, pero la puerta se abre igual. La conozco demasiado bien. Ella se sienta conmigo en el suelo y me pasa un brazo por los hombros.

—Álex me lo ha contado todo. Vamos a ir a por ese hijo de puta, Clau. Ese cabrón va a pagar por lo que ha hecho.

Asiento. Aunque todavía me cuesta creerlo. El miedo sigue ahí. Enroscado en mi cuerpo.

Me doy una ducha para quitarme los restos de ese malnacido del cuerpo mientras Amanda me trae un pijama limpio, y luego salimos del baño. Álex está preparando una infusión en la cocina. Nos mira con esa expresión que me dice que no sabe si acercarse o voy a preferir que me dé espacio.

—¿Te quedas? —le pregunto con la voz seca.

—Si tú quieres, sí.

—Quiero —respondo sin dudar.

Me siento en el sofá. Me dejo envolver por la manta. Álex se sienta a mi lado, sin tocarme, sin presionar. Solo está. Amanda trae la infusión. Nos la tomamos en silencio.

La televisión está encendida, pero nadie la ve.

—Claudia... —dice Álex de repente rompiendo el mutismo—. Esto no es culpa tuya. Ni una pizca. No te lo guardes dentro como si lo fuera.

Lo miro. Me cuesta sostener su mirada, pero lo intento. Y cuando lo logro, me veo reflejada en sus ojos. Y por primera vez desde que ha pasado todo, me siento mejor. Nadie me juzga. Me siento... comprendida.

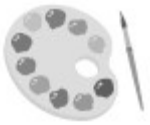
—Gracias por venir hoy. Por estar —le digo bajito.

—Siempre —contesta. Y lo pronuncia tan convencido que no lo dudo.

Nos quedamos los tres ahí. Callados. En la calma después de la tormenta.

Y esta vez sé que no estoy sola.

Capítulo 49



Claudia

A causa de todo el asunto del cerdo de Ricardo en el museo —solo quiero meterme en una cueva y no salir hasta 2030, y qué rabia que me sienta así cuando el que debería sentirse de esa manera es él, pero, claro, cómo no, la responsabilidad siempre recae sobre nosotras—, siento que necesito parar. Tomarme un respiro.

Como Patricia me ha ofrecido tiempo libre para recomponerme y reflexionar sobre qué quiero hacer, en el primero en quien pienso es en Álex. ¿Y si me paso más tiempo con él? El cuerpo me lo está pidiendo y mi gurú espiritual me dice que tengo que empezar a aprender a escucharme. Mira, yo no sé si esas cosas tienen efectividad, pero por una vez le voy a hacer caso. Si hay algo que me apetece ahora mismo es estar con alguien a quien quiero, que además me saca carcajadas en lugar de lágrimas.

¡Planazo desbloqueado! Días libres + Álex = lo que sea que esté por venir.

Saco el teléfono y le escribo.

Oye, ¿y si nos vamos al autocine esta noche?

No ha pasado ni medio minuto y ya tengo la respuesta. De verdad, Chaquetaman está en todo.

Hora y dónde te recojo.

¿Nueve? ¿En mi casa?

Compramos entradas para ver *Virgen a los 40* porque, según Álex, «No hay nada mejor que reírnos de gente que está peor que nosotros».

Nos acomodamos en el coche, yo metida bajo una manta con dibujos de aguacates, con una bolsa de palomitas y dos latas de cerveza bien fría.

—Por nuestras decisiones cuestionables —brindo—. Por cierto, tengo una norma: las palomitas no se empiezan hasta que no comienza la peli.

—Joder, Clau..., ¿ni una? —replica Álex guiñándome un ojo.

—Ni una —contesto muy seria.

La película empieza y en menos de diez minutos ya estoy llorando de la risa. Hay una escena en la que Steve Carell intenta depilarse el pecho y grita «¡Kelly Clarkson!» de puro dolor. Casi me ahogo con una palomita.

—Te juro que, si algún día tienes que depilarte así, yo no voy a ayudar —le digo entre carcajadas.

Álex se ríe tan fuerte que el coche tiembla. No me extrañaría que nos echaran de aquí como cuando tenía quince años y la tía del Burger King a donde iba con todos los colegas siempre nos acababa echando por... ser unos malditos adolescentes hormonados hasta las cejas.

Al acabar la película nos quedamos sentados y, cuando su mirada se posa en la mía, las palabras salen de mi boca sin ayuda ni esfuerzo.

—Te quiero —declaro.

Noto que Álex deja de respirar por un segundo.

«Mierda, la he cagado».

—Yo a ti también te quiero, Clau —me responde mirándome a los ojos mientras me acaricia la mejilla. Dios, adoro ese *fucking* gesto.

¿Qué coño se hace después de decirle a alguien que lo quieres? Me lanzo sobre él y comienzo a besarlo dulce y lentamente, para luego ir cogiendo más intensidad. Siento su mano en mi entrepierna, sus dedos poco a poco se van colando dentro de mi pantalón y empiezan a presionar ese punto que él tan bien conoce y que me vuelve loca. Nuestras respiraciones se aceleran, su lengua roza la mía y sus dedos entran dentro de mí. Estoy empapada.

La manta cae al suelo del coche. Mi chaqueta también. Empiezo a quitarle el jersey. Joder, me besa el cuello, me muerde mientras sus dedos siguen entrando y saliendo de mi interior, acelerando el ritmo por momentos. Me recuesto sobre el asiento trasero como puedo, me arqueo, me muerdo el labio y mis manos se agarran a cualquier superficie buscando el alivio que mi cuerpo pide a gritos. Veo como va bajando hasta llegar a mi coño y empieza a hacer círculos sobre mi clítoris con la lengua. Joder, Álex...

—Cada vez me gusta más... —le digo gimiendo.

Él sigue, más rápido; lo cojo del pelo y tiro hacia mí. Solos él y yo.

—Métemela, quiero que nos corramos juntos.

Álex me mira y no duda ni un segundo. Busca en la chaqueta su cartera y saca de ella un preservativo.

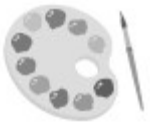
La siento perfectamente dentro de mí, al principio despacio, después más rápido. Álex me agarra del cuello. Me besa. Nos aceleramos. Mis manos arañan su espalda. Estamos sudados y, cuando llegamos al final, lo hacemos juntos. Gemimos a la vez. El

coche tiene todas las ventanas empañadas, creo que este ha sido el mejor polvo de mi vida.

Álex me recuesta sobre su pecho y me abraza, pasa las manos por mi pelo y mi espalda y esparce un reguero de besos que expresan más de lo que lo haría ninguna palabra.

No sé cuánto tiempo pasamos en el asiento trasero entre caricias y susurros, pero de ahí pasamos a ver *reels* absurdos de Instagram y a reírnos a carcajadas, y, joder, qué bien me siento al estar con él. Al rato abrimos las ventanas y nos golpea el aire frío en la cara. Os juro que repetiría esta noche mil y una veces.

Capítulo 50



Claudia

Es por la mañana y tengo que ir a comisaría. Planazo donde los haya. Cuando entro, siento que todo el mundo me está juzgando sin haber abierto todavía la boca. Qué horror de sensación. Estoy sentada frente a una mesa fría, un policía delante de mí con mi DNI en la mano. Amanda, a un lado; Álex, al otro. Me sudan las manos. No porque dude de mi relato, sino porque la situación es muy incómoda. El hombre me empieza a hacer preguntas y yo respondo; lo único que se oye es el silencio, nuestras voces y a ese señor tecleando. Anota cada detalle, cada coma y cada punto. Una chica se acerca y me ofrece un café.

Amanda me aprieta la rodilla con fuerza cuando firmo la denuncia. Y yo solo quiero irme de aquí y llorar. Me explican que tengo que esperar a que me llamen y, tras casi dos horas, salgo con un nudo en la garganta, aún sin creerme lo que acaba de pasar. Menos mal que estoy acompañada de mis dos personas favoritas, porque no sé cómo habría soportado todo esto sola.

—Vamos directos al museo. No pienso alargar más esto. Voy a contárselo a Patricia —les digo.

—¿Estás segura, Clau? —me pregunta Amanda mientras me aprieta la mano.

—Sí, quiero acabar con esto cuanto antes.

—De acuerdo —acepta Álex.

Cuando entro en su despacho, la expresión de Patricia es seria, como si llevara horas esperando esta conversación.

—Claudia, has puesto la denuncia, ¿verdad? —inquiere en cuanto cierro la puerta.

Asiento en silencio, y ya no sé si lo que me cae de los sobacos es sudor o un río de agua...

—Bien —dice ella soltando el aire como si también hubiera estado conteniéndolo.

Siento una punzada extraña en el pecho. No es alegría. Es alivio. Es tristeza.

—Bueno, ambas sabemos lo que esto significa, pero, aunque ya no vayas a trabajar más aquí, quedo a tu disposición para todo.

—Gracias —susurro.

—Te deseo toda la suerte del mundo, Claudia, te la mereces. Y antes de irte quiero que sepas que has sido una trabajadora excelente y que lamento muchísimo que haya pasado esto.

—Muchas gracias, Patricia —le digo levantándome y sin poder evitar que una lágrima corra por mi mejilla.

Patricia se levanta también de su asiento y, antes de que pueda reaccionar, me abraza. Y es un abrazo de verdad, de los que se sienten como un refugio.

Salgo del museo y veo a lo lejos a Amanda y Álex. No hablamos mucho. No hace falta. Me basta con que estén a mi lado.

Cuando llego a casa, me siento como si hubiese corrido una maratón sin moverme del sitio. Me quito los zapatos y me tiro en la

cama. Cierro los ojos unos segundos, intentando vaciar la mente, pero todo sigue ahí, y yo solo quiero salir de este puto bucle.

Amanda llama a la puerta, entra y me entrega un sobre de color salmón.

—Tía, no sé si es el momento, pero esto te llegó ayer. Lo entregaron en mano.

Lo abro con desgana, la verdad es que no estoy esperando ningún documento... Genial. Una invitación de boda.

«Nos casamos el próximo 24 de junio y nos gustaría que compartieras ese día tan especial con nosotros, así que estás invitada a nuestro enlace. Con amor, Pedro y Lucía».

Luego hay la típica información del sitio, la hora, la cuenta corriente para el regalo... y también se pide confirmación de asistencia.

Dejo el sobre en la mesilla. Me levanto y voy a la cocina. Me sirvo un vino. Sin copa bonita. En un vaso de agua, porque no hemos ido a comprar copas todavía, y eso que llevamos aquí más de tres meses.

—Joder, Amanda, ¿recuerdas que te dije que Álex tenía que ir a la boda de una prima suya con un amigo nuestro, Pedro?

—Y... ¿qué pasa, tía? —me dice sin entenderme todavía.

Álex sale del baño, de darse una ducha, y entra en el salón.

—¿Y esas caras? —pregunta al vernos serias.

—Me ha llegado la invitación de boda de Pedro y Lucía.

Salgo y me dirijo al salón, donde me tiro en el sofá y me paso las manos por el pelo; me estoy agobiando muchísimo. Vaya día de mierda.

Lo último que necesitaba ahora era tener que pensar en esto, pero la vida no tiene pausas y, si tiene que dar golpes, los da sin plantearse cómo te viene recibirlos.

Capítulo 51



Álex

Estoy tirado en el sofá con Claudia. No hace más que mirar la invitación una y otra vez, y tengo esa sensación de que vale más que no abra la boca..., aunque no entiendo dónde está el problema de que sea la boda de mi prima. A mí ya me había avisado mi madre y no me ha sorprendido en absoluto que ella haya recibido la invitación. Claudia y Lucía se conocen y los padres de mi novia son muy amigos de mis tíos.

Me mira.

—¿Qué hacemos, Álex? —pregunta sin mirarme directamente.

—¿Qué hacemos de qué? —le digo casi sin pensar.

—Vamos a tener que ir los dos... a esa boda..., donde nadie sabe que estamos juntos.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Ella apoya la cabeza en el respaldo, sin mirarme, pero puedo ver en su perfil que está luchando con algo por dentro.

—¿Y cuál es el problema?

—Acabo de decírtelo: que nadie sabe que estamos juntos, Álex.

—Bueno, quizá sea un buen momento para que lo sepan.

—No... no estoy preparada ahora mismo para afrontar esto también. Acabo de perder mi trabajo tras ser acosada por mi jefe, que intentó abusar de mí, y al que he denunciado. Lo último que me apetece es tener que dar explicaciones de con quién salgo o dejo de salir.

Sus palabras son como una flecha que se clava en mí. Si digo que no me ha jodido oírle decir eso, como si lo nuestro fuese un verdadero problema, mentiría, pero decido callarme. Ella gira la cara hacia mí, con los ojos brillantes. No está llorando, pero está al borde. Y eso duele más. Joder, si duele. Asiento despacio y me muerdo la lengua para no decirle lo que pienso: que nosotros no estamos haciendo nada malo, que sus padres no tienen nada que entender y que no tiene sentido avergonzarnos de lo que somos, pero decido cerrar la boca. Está jodida; efectivamente, no es un buen momento, y prefiero no echar más leña al fuego hoy.

—Lo entiendo —respondo con un nudo en la garganta—. En serio, lo entiendo. No tienes que explicarme nada más, ni justificarte.

Ella me mira, creo que buscando una señal de que realmente estoy bien con esto. Pero no lo estoy. Yo no quiero tenerla a medias, quiero ir con todo.

La atraigo hacia mí. Apoya la frente en mi pecho, respirando hondo.

—Lo que deseo —susurra— es que esto no se rompa por culpa de los prejuicios de fuera —añade mientras veo que se le cae una lágrima.

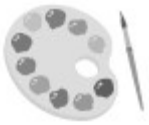
La beso en la cabeza. No respondo, porque lo que tendría que decir es que los prejuicios, sobre todo, los tiene ella.

Nos quedamos un rato así, sin pronunciar palabra. No necesitamos hablar más de eso ahora mismo, habrá tiempo. Todo lo importante ya se ha dicho.

El día transcurre espeso, complicado; es uno de esos días de mierda, pero, por suerte, estos siempre tienen fin.

Parte 3
Lo que siempre quise decirte

Capítulo 52



Claudia

23 DE JUNIO DE 2025

Es alucinante lo mucho que puede cambiar una vida en cuestión de unos meses. Me encantaría deciros que ahora mismo soy una pintora consagrada con infinidad de cuadros expuestos en galerías porque un cerdo me atacó sexualmente en el trabajo y una cosa llevó a la otra, pero va a ser que no.

Los últimos meses han sido una especie de encierro. Una mezcla entre tristeza y querer encontrar la mejor versión de mí. He pasado horas y horas en mi cuarto sin querer ver a nadie. Solo a Álex y a Amanda, y a esta última porque vivo con ella, porque, si no fuese así, posiblemente mi nivel de aislamiento habría sido aún mayor. En resumen: no me apetece una mierda estar con gente.

Si os soy sincera, echo de menos mi día a día de antes: ir a trabajar, ver a mis compañeros y hacer una vida normal sin sentir que, encima, he sido la culpable de todo lo sucedido..., porque, sí, Ricardo perdió de inmediato su trabajo cuando todo sucedió, pero yo lo perdí con él al reclamar justicia.

El arte se ha convertido en mi refugio y es en lo que me he volcado todo este tiempo. He pintado y creado más que nunca, y he pasado con Álex todo el tiempo restante. «Amor», lo llaman.

¿Mi situación económica? Pues sobreviviendo gracias al paro, como muchos otros aquí en la capital, ya sea gracias a la prestación de desempleo o a trabajos. Lógicamente me he estrechado el cinturón: para poder pagar las facturas, comida de subsistencia, cero salidas, cero cafés fuera de casa, más bien de supermercado y del barato, de ese que sabe a mierda... El sueño de cualquiera, oiga.

La parte positiva es que he aprendido a estar sola conmigo misma, a soportar el eco de mi propia cabeza, y creo que me caigo bien. Diría que soy una tía maja.

Con Álex ha sido fácil y difícil a la vez. Todo muy *amor indie*; ha sido mi mejor compañero. Los dos hemos tenido que aprender a vivir en la realidad que nos ha tocado. Hemos hecho equipo, lo somos. En nuestro micromundo, como yo lo llamo. Y ahora mismo lo único que siento es que hoy puede irse todo a la mierda, como si un meteorito estuviese viajando directo a nosotros, pero en vez de ser una bola de fuego que viene a toda leche contra nosotros es una boda con muchos invitados, entre ellos nuestras dos familias.

Meto el vestido con mucho cuidado en la bolsa de viaje. Lo adquirí hace unas semanas gracias a Amanda, cómo no, que convirtió la búsqueda de mi *outfit* perfecto en una especie de *reality show*. El caso es que, con todo lo sucedido, adelgacé tanto que nada me sentaba bien..., pero esta chica siempre logra todo lo que se propone, así que, tras mucha búsqueda, acabé en un probador enano, sudando y peleándome con la cremallera, arrepintiéndome por segundos de haber aceptado esa invitación de casamiento. La verdad es que me lo podría haber ahorrado con cualquier excusa,

haber dicho cualquier cosa para no tener que plantarme allí y exponerme ante todos, pero no lo hice..., y aquí estamos.

Miro el teléfono. Faltan diez minutos para que Álex pase a recogerme y ya tengo un mensaje suyo:

> Voy de camino, cariño.
> Estoy deseando verte.

Mi corazón late con fuerza..., y es que este es el efecto Álex Fernández. ¿Qué os puedo decir? Pues que me gusta más que el café, y eso que es una de mis adicciones.

Recojo todo lo que me queda lo más rápido posible y salgo del piso.

Dioses de todas las religiones, haced vuestro trabajo y no os olvidéis de mí en esta ocasión, soy una tía maja.

Cuando piso la calle, el coche de Álex está estacionado frente a mi portal. Pone los *warnings* y baja. Joder, mi novio podría haber salido de un catálogo de revista..., y, recordando las cosas que hicimos ayer, al verlo salir tan guapo, con esa camisa blanca y ese pantalón vaquero, inconscientemente aprieto las piernas. Sonrío con ganas y él me mira como si el resto del mundo no existiera.

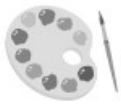
—Estás preciosa —me regala, como quien dice «Hace sol».

—Y eso que todavía no me he cambiado y no has visto mi vestido, señor Fernández —le digo pasando los brazos por su cuello.

—Espero ser capaz de controlarme y no quitártelo nada más verte, señorita Castro —responde, y me besa; un beso que empieza siendo tierno y, como siempre, acaba alargándose un poco más de la cuenta.

—Vamos, o llegaremos tarde y nos tocará el sitio junto a la tía que colecciona gatos —murmuro abriendo la puerta del coche.

Durante el viaje a Baiona hablamos de todo lo irrelevante que se nos ocurre: del tráfico, del calor, de lo absurdo que es que haya *influencers* de bodas. Charlamos de cualquier cosa menos de que vamos de camino a un evento que puede causarnos mil problemas. Lo nuestro se queda guardadito en el maletero, entre los nervios y el miedo. Lo de enfrentarnos a los problemas ya si tal en otro capítulo, cuando la mierda nos escupa en la cara.



Cuando ya estamos a pocos minutos de llegar, Álex me coge la mano y me la aprieta. Y yo pienso en lo fácil que es quererlo y en lo difícil que es ser valiente.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Me dan ganas de reírme y llorar al mismo tiempo. Estoy de todo menos bien, joder. Estamos entrando en esta histórica villa marinera cuando me incorporo en el asiento.

—¿Puedes dejarme en la estación de autobuses, por fa?

Me mira frunciendo el ceño, como si no entendiese nada, y evidentemente es así porque soy una cobarde y durante todo el trayecto no le he dicho lo que había planeado. Lo de la confianza de pareja y esas mierdas de la comunicación quizá me lo perdí; soy una novia pésima en este momento, lo sé, no me juzguéis.

—¿Qué pasa? ¿Tenemos que recoger a alguien? —inquiere girándose hacia mí.

—No, no es eso... He quedado con mis padres allí —le respondo sin mirarlo—. Todavía no les he contado lo nuestro. Sé que quedé contigo en que se lo diría cuando encontrara un buen momento..., pero no me he visto capaz. Quizá ahora que voy a pasar unos días

con ellos me será más fácil, pero necesito tiempo, Álex. Así que... por ahora prefiero que no digamos nada delante de los demás. Es como fingir que no estamos juntos.

A Álex le cambia la expresión.

—«Es como», no, Claudia, es fingirlo —replica con tono de enfado —. Ya entré por el aro con tu petición de que no se lo dijese a mis padres hasta que tú hablases con los tuyos, y pensaba decírselo nada más llegar hoy porque daba por hecho que tú habrías cumplido tu palabra.

Se queda con las manos en el volante, cabizbajo, y os prometo que odio verlo así, pero ni puta idea de cómo se gestiona esto.

—Te prometo que lo voy a hacer, pero dame tiempo, solo te pido eso.

Me mira y asiente con la cabeza sin decir nada.

—Me voy, ¿vale? —le digo a Álex mientras le cojo la mano.

—Nos vemos allí —contesta.

Espera a que baje y pille mis cosas del maletero.

Y no hay besos, ni sonrisas, ni caricias, ni abrazos. No hay ese Álex y esa Claudia, ni ese equipo, y me doy cuenta de que la he cagado, pero bien.

Capítulo 53



Álex

Observo como Claudia se aleja del coche y meto primera para irme. Me siento el tío más gilipollas del puto universo. Una cosa es estar enamorado y otra pasar por encima de uno mismo, pero, mierda, es Claudia y por ella lo puedo hacer. Entiendo que necesite tiempo, pero eso no quiere decir que no me joda.

Me pongo una lista de reproducción en modo aleatoria. Me la suda qué escuchar, lo único que necesito es apagar el ruido de mis propios pensamientos.



Aparco en la entrada del parador de Baiona. El lugar tiene unos jardines enormes, las islas Cíes de fondo y una estructura que simula un castillo. Bajo del coche y abro la puerta trasera para pillar el traje que he dejado extendido para que no se arrugase. Cuando estoy abriendo el maletero para coger la bolsa de viaje, me giro al oír unos pasos a mi espalda.

—¡Áleeeeeex! —exclama mi madre, que viene corriendo en mi dirección—. Hijo mío, pero qué delgado estás. ¿Tú comes? —pregunta cuando ya ha llegado a mi lado, poniéndome ambas manos en la cara y luego apretándome en un abrazo fuerte.

—Sí, mamá. De momento como y gracias a eso sobrevivo.

—Qué ganas tenía de verte. Ya le he comentado muchas veces a tu padre que deberías volver a casa más a menudo, no nos visitas nada.

El sonido de unas ruedas nos interrumpe y, cuando giro la cabeza, veo un vehículo rojo que se acerca. Son los padres de Claudia, de puta madre.

Aparcan su coche al lado del mío y de inmediato bajan sus hijos. La mirada de Claudia y la mía se encuentran.

—¿Qué pasa, tío? —me saluda Jaime, el hermano de Claudia, dándome un abrazo y varias palmadas en la espalda.

—Todo bien. Me alegro mucho de veros —respondo, y mis ojos se posan en ella, que está evitando mi mirada—. Hola, Claudia.

—Hola, Álex, ¿qué tal? —me saluda, y me da dos besos..., y yo me acerco a la comisura de su boca más de lo necesario.

Noto como se tensa y mi polla da un brinco en el pantalón. Al final esto va a ser divertido...

Sus padres se acercan y los saludos continúan, pero yo no puedo apartar los ojos de mi chica. Menos mal que llevo las gafas de sol, pero estoy seguro de que ella nota perfectamente que no le estoy quitando la vista de encima.

—Bueno, deberíamos irnos a nuestras habitaciones para ir acomodándolo todo, que a las siete comienza la preboda —comenta la madre de Claudia.

—Perfecto, querida —dice mi madre—. Pues ya nos veremos luego.

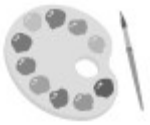
La familia de Claudia se va y yo me giro para cerrar el coche.

—Claudia está guapísima —comenta mi madre—. Lo que ha crecido esta niña.

—Sí, mamá, muy guapa —contesto, y una risa nerviosa se me escapa.

«Si tú supieras, mamá. Si tú supieras».

Capítulo 54



Claudia

He vivido muchos acontecimientos chocantes en mi vida, pero el encuentro en el aparcamiento de hace un rato creo que ha sido de los más incómodos. Cuando iba en el coche de mis padres mi cabeza no dejaba de dar vueltas a cómo había reaccionado Álex, así que lo último que me esperaba era que fuese a jugar conmigo delante de nuestras familias.

La habitación es amplia, me atrevería a decir que es más grande que todo mi piso de Madrid al completo, aunque en realidad eso tampoco es tan difícil. Tiene una cama doble y un baño con una bañera que podría ser validada como piscina olímpica. Bueno, puede que esté exagerando un poco, pero dejadme vivir mi momento princesa.

Dejo mis cosas encima de la cama y empiezo a colocar las cuatro cosas que me he traído. Estoy entretenida en ello cuando oigo que llaman a la puerta.

—Voooy —respondo mientras cuelgo el vestido de la boda en el armario.

Cuando abro no me da tiempo a reaccionar porque Álex entra corriendo y me coge entre sus brazos. Cierra la puerta con el pie y

su boca devora la mía..., y un gemido escapa de inmediato de mis labios.

Caemos los dos sobre la cama y me separo como puedo para buscar su mirada.

—Creía que estabas enfadado... —le digo al mismo tiempo que me besa el cuello.

—¿Y quién te ha dicho que no lo estoy? —señala, y empieza a desabrocharme los pantalones—. Pero también me he puesto demasiado cachondo al verte llegar y fingir que no somos nada, como si lo nuestro fuese algo prohibido, y no he podido evitar acabar aquí.

Termina la frase, me baja de un solo movimiento los pantalones y empieza a hacer círculos con una mano por encima de mi ropa interior. El placer hace que arquee la espalda y otro gemido sale de mis labios, esta vez como una plegaria.

—Joder..., Álex...

—Has sido muy mala, y ahora te va a tocar suplicar, Claudia.

Sigue moviendo los dedos, aparta la tela de mis bragas, introduce uno en mi interior con esa profundidad que sabe que me encanta y mientras, con el pulgar, continúa martirizándome al rozar el punto más sensible de mi deseo.

—Estás empapada, nena —susurra a la vez que introduce otro dedo en mí.

Gimo con fuerza y meneo las caderas en busca de más profundidad. De más ritmo. De más todo, de más él. Me está volviendo loca.

—Pídemelo, dime qué quieres, Claudia.

—Por favor, Álex, te necesito a ti. —Mis gemidos cada vez son más intensos contra su boca y él no se lo piensa. Saca un preservativo,

se baja los pantalones y, sin desvestirse siquiera, se lo coloca y me penetra.

Bombea dentro de mí a un ritmo infernal, me muerde el cuello y me besa, y un gemido liberador lo informa de que he llegado al clímax. Unos minutos después él me sigue con un gruñido gutural, dejando caer su peso sobre mí.

—Creo que voy a tener que hacerte enfadar más a menudo —le digo con una sonrisa.

—No juegues conmigo..., que tengo para otro asalto —responde, y sale de mí. Se quita el preservativo y lo deja anudado en la mesilla de noche—. Sabes que no puedo enfadarme contigo.

Su mirada me demuestra que sobran las palabras, y lo beso. Volvemos a dejarnos llevar, pero unos golpes en la puerta nos sobresaltan.

—¿Qué cojones...? —masculla Álex.

—Joder, joder..., escóndete, por favor. —Creo que se me va a salir el puto corazón por la boca.

Álex salta de la cama, y mira a su alrededor en busca de un escondite.

—Voooy —contesto al visitante, que no invitado.

Dirijo la vista a Álex y rápidamente lo empujo.

—Corre, corre, enciérrate ahí —musito.

Álex se mete en el baño y cierra la puerta tras de sí.

Me encamino a la entrada y abro.

—Clau, ¿todavía estás así? —pregunta mi hermano, que entra directamente y sin pedir permiso en la habitación. Solo espero que no huela demasiado a sexo.

Mi mirada se va directa al preservativo que descansa en la mesilla.

ME. CAGO. EN. MI. PUTA. VIDA.

—¿Has visto qué bonito es el cuadro que hay en la pared? —comento nerviosa, esforzándome por dirigir su atención hacia un cuadro feo de cojones que está al lado contrario de la cama.

—Joder, qué obsesión con la pintura. De todos modos, esto es un espanto, tía. Quizá por eso no estás triunfando en lo tuyo. Se te ha jodido el gusto artístico o algo así —responde Jaime, que está mirando el cuadro mientras busca algo bueno en él.

Aprovecho que tiene toda su atención puesta ahí para coger el preservativo y meterlo en el cajón de la mesilla.

—Bueno... —continúo; tengo que sacar a este pesado de aquí—. Dile a mamá que enseguida iré a su habitación, para ayudarla con el maquillaje como siempre.

—Creo que la va a ayudar la madre de Álex. Oye, por cierto, no me dijiste si te llamó...

—Jaime, vete, que me estás haciendo perder el tiempo y necesito arreglarme. —O se lo digo así a las bravas o este tío no se entera.

—Joder, qué rara estás hoy.

—No estoy rara, soy rara. Hale, sal —insisto empujándolo hacia la salida—. Luego nos vemos.

—Vale, vale... Joder, para no verme en tanto tiempo parece que te molesto y todo.

Ese comentario me hace sentirme como una mierda y freno en seco.

—No, Jaime, de verdad que os he echado mucho de menos, pero tengo que vestirme. Ahora nos vemos en la habitación de mamá.

Y con eso se va por fin. Al cerrar la puerta, me quedo apoyada en ella y suspiro. Por los pelos.

Álex asoma la cabeza y se me escapa la risa al verlo todo apurado y con el pantalón todavía mal abrochado.

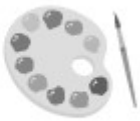
—Que sepas que me debes una muy gorda después de esto.

Acorto la distancia y, antes de que salga del baño, lo empujo dentro de nuevo.

—Me parece perfecto, señor Fernández. Puede empezar a cobrársela ahora mismo.

Y aunque ambos sabemos que no tenemos excesivo tiempo para estar listos, hacemos un segundo *round* en la bañera. Ya habrá tiempo de pensar en lo que viene después.

Capítulo 55

Álex

Si ayer llegan a decirme que me iba a ver follando como un animal por toda la habitación de un hotel, baño incluido, y que iba a ocultar nuestra relación a todos para que mi novia estuviese contenta, no me lo habría creído ni de coña. Pero aquí estoy, poniéndome unos gemelos en la camisa celeste de lino y con una sonrisa de satisfacción que no me la quita nadie.

Esto del amor prohibido al final tiene su morbo, no voy a mentir a nadie, y aunque me fastidie no poder tocar a mi chica cuando me dé la gana, tampoco pasa nada por esperar un poco. Confío en ella y creo que saldremos de esta boda juntos y sin contratiempos, tampoco es pedir mucho.

Cuando ya he terminado de vestirme me dirijo a la habitación de mis padres y llamo dos veces con los nudillos.

—Hola, hijo, pasa —me saluda mi padre con la camisa a medio abrochar.

—¿Todavía no has acabado de arreglarte? Nos quedan quince minutos para estar abajo.

—Se lo llevo diciendo hace un buen rato, pero es que tu padre es un caso, siempre llegamos tarde por su culpa.

—De verdad que sois unos cagaprisas —replica mi padre soltando un bufido y metiéndose la camisa blanca por dentro de los pantalones.

—Bueno, os espero abajo —contesto, y cierro la puerta, porque ya conozco estos momentos y es uno de los motivos por los que volver a mi casa más de lo necesario no es una opción. Siempre están discutiendo por cualquier tontería.

Desciendo las escaleras y me quedo en el recibidor. Unos diez minutos después, mis padres llegan. Él, con rostro serio, y ella, tan contenta. A ver qué tal se nos da la velada.



Nos hemos sentado a una mesa en el jardín y de momento no he visto a Claudia; debe de estar saludando a algunos invitados venidos del pueblo con su familia, pues los Castro siempre han sido muy populares y lo de hablar y dejarse ver va mucho con ellos. La única que es todo lo contrario es Claudia, y menos mal.

Mi padre aparece con dos cervezas y me tiende una. En ese momento estamos los dos solos porque mi madre se ha levantado para saludar a la madre del novio.

—Cuéntame, hijo, ¿cómo van las cosas por Madrid? —me pregunta.

—Pues bien, la verdad. Bueno, ya sabes, trabajo y más trabajo, pero no me puedo quejar. Estoy intentando que todo fluya...

—Bueno..., ¿y nada más? Tu madre me comentó que estabas conociendo a alguien.

Directo a la yugular, para qué se iba a andar con rodeos.

—Sí, algo hay —respondo de manera huidiza. Justo ha sacado el único tema del que no puedo, o, mejor dicho, no me dejan hablar.

—¿Y cómo es? ¿Cómo se llama?

He desviado la mirada con el objetivo de evitar la pregunta de mi padre y ganar tiempo para ver cómo puedo escapar de esta situación cuando la veo.

Claudia está riéndose con su hermano y, aunque no puedo oír su risa, suena directamente en mi cabeza porque sé muy bien cómo es: el mejor sonido del puto mundo.

Está impresionante. Lleva un vestido vaporoso de tirantes color amarillo pastel y el pelo recogido en un moño despeinado. Lo daría todo ahora mismo para poder agarrarla de la cintura delante de todos y acercarla a mí para besarla. Ante ese pensamiento, las comisuras de mi boca toman vida propia y ascienden un poco..., y de repente un carraspeo que procede de mi padre me saca de mi ensimismamiento. Cuando dirijo mis ojos hacia la persona que probablemente más me conoce, su mirada ya me está esperando y acto seguido mira hacia Claudia.

—Entiendo... ¿Qué tal si empiezas a contármelo todo desde el principio? —me pide acercándose a mí y haciendo un brindis corto contra mi cerveza.

Pues a la mierda lo de fingir. Bebo un trago y comienzo a hablar.

Claudia

He estado en muchas celebraciones a lo largo de mi vida, pero esta me está pareciendo preciosa. Después de saludar a medio jardín y de estar callada durante más tiempo del que puedo llegar a

especificar, he observado cada detalle y todo está cuidado al milímetro.

Hay varias mesas desperdigadas aquí y allá para que la gente pueda sentarse. En un lado hay una barra libre con tres camareros que no dan abasto. Han contratado un servicio de cortador de jamón, y varios camareros no dejan de pasar por todas partes con bandejas llenas de canapés. Todo está decorado con pequeñas lucecitas que le dan un ambiente romántico al lugar, parece sacado de un cuento.

Me lo estoy pasando genial con Jaime. Al final mi hermano y yo somos el mejor tándem del mundo y, aunque tuviéramos nuestras diferencias cuando éramos pequeños, como todos los hermanos habidos y por haber, en esta etapa de la vida puedo decir que es una de mis personas favoritas.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Estás ya dedicándote a lo tuyo? —me pregunta.

—Qué va. Tuve un problema en el museo y lo dejé..., y durante el tiempo que estuve currando allí tampoco pude dedicarme a nada más.

—¿Y eso? Papá y mamá no me han contado nada de todo esto.

Evidentemente, porque no lo saben.

—Ya, es que todavía no les he dicho que he dejado de trabajar allí —comento llevándome la copa de vino blanco a los labios, sin mirar a mi hermano a la cara.

—Claudia, pero ¿qué pasó?

—¿Podemos hablarlo en otro momento?

—Podemos hablarlo cuando quieras, pero necesito saber a quién tengo delante, porque jamás he sentido que estoy tan fuera de tu vida como ahora mismo..., y no me gusta una mierda —contesta molesto.

—Te prometo que hablaremos. He pensado en quedarme unos días con vosotros antes de volver a Madrid. Te lo contaré todo, te pondré al día.

También creo que será un buen momento para comunicarles mi situación con Álex, hacérsela entender.

—Vale, te tomo la palabra. Voy a por un poco de jamón. ¿Quieres algo?

—No, gracias —respondo con una sonrisa, y se gira en dirección al cortador de jamón.

Bebo un poco más de mi copa, al final a lo tonto ya estoy algo contentilla. Decido ir al baño para retocarme un poco el maquillaje. Estoy andando por el caminito de piedra en dirección a los aseos cuando noto que alguien me agarra del brazo y, antes de que pueda chillar, me tapa la boca.

—Chist, no grites —susurra Álex contra mi oído.

Mi respiración se normaliza.

—Joder, Álex, después de lo que me pasó, esto es lo peor que puedes hacerme, coño —respondo con voz chillona porque me he asustado de verdad.

—Mierda, perdona..., no lo había pensado. Necesito hablar contigo.

Nada más verle la cara tengo claro que lo que se viene no me va a gustar.

—Mi padre ya lo sabe.

—¡¿Qué?! Estás de coña, ¿no?

—No, no estoy de coña. Me ha pillado mirándote y debe de ser que soy demasiado evidente... —dice, y, aunque ahora mismo estoy un poco en shock, esa afirmación me parece monísima—. Puedes estar tranquila, se lo he contado todo y no va a decir nada.

Todo el aire sale de mis pulmones en un suspiro; no me había dado cuenta hasta este instante de que estaba retenido ahí.

—Joder, menos mal —murmuro.

Él me da un abrazo y apoyo la cabeza en su hombro; creo que no hay lugar en el mundo en el que me sienta más segura que entre sus brazos.

—¿A dónde ibas?

—Al baño, a retocarme un poco —respondo, y lo miro. Madre mía, está guapísimo.

—¿Retocarte? Pero ¿tú te has visto? —dice, y me da una vuelta sobre mí misma y suelta un silbido—. Estás impresionante, te queda increíble este vestido, aunque... tengo más ganas de verte sin él cuando acabe la noche.

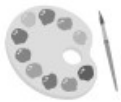
—¿Eso es una propuesta indecente?

—Peor que la de Romeo Santos —responde con rotundidad, y se me escapa una carcajada.

Le doy un beso fugaz en los labios y me separo de él.

—En ese caso, nos vemos luego, señor Fernández.

—Me muero de ganas, señorita Castro —contesta con voz grave, y se muerde el labio inferior.



El resto de la noche lo pasamos entre risas, conversaciones banales y, aunque ambos desearíamos estar juntos el mayor tiempo posible, sabemos que no es el momento..., y menos ahora que encima sé que su padre lo sabe y me siento mucho más observada por él, aunque es probable que sean movidas mías.

Cuanto más avanza la velada más vuelan las copas y la gente está realmente animada..., y es entonces cuando nuestras miradas empiezan a buscarse con más descaro y no necesitamos mucho más que un par de sonrisas para decirnos sin palabras que para nosotros ya se ha acabado la preboda y ahora lo que nos toca es el *postparty*.

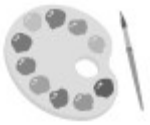
Me despido de mis padres y de los novios y me voy a mi habitación. No me ha dado tiempo ni de quitarme el vestido cuando oigo el sonido de unos nudillos contra mi puerta.

Al abrirla me encuentro a Álex apoyado en el marco de esta con una sonrisa lobuna.

—Servicio de habitaciones, señorita Castro.

Y tampoco me da tiempo a responder, porque ya estamos besándonos y la noche se transforma en una mezcla de gemidos, sonrisas y un millón de cosas bonitas que nos convierten en nosotros.

Capítulo 56



Claudia

La luz del sol se filtra a través de las ventanas de la iglesia, iluminando el pasillo central en el que la novia avanza hacia el altar. Lleva un vestido palabra de honor de seda y encaje que se adapta perfectamente a su figura y, aunque es bastante sencillo, encaja con Lucía a la perfección, está impresionante. Tiene todas las miradas puestas en ella y no puedo evitar emocionarme.

La música del coro que han contratado es una maravilla, acompaña de fábula este momento. Ella sonríe nerviosa mientras mira hacia delante, con los ojos puestos en su prometido. Cuando me fijo en Perico, una lágrima rueda por mi rostro.

Mis ojos buscan a Álex, que está sentado en el banco de enfrente con sus padres y su mirada ya está esperándome. Me sonríe y me guiña un ojo, y tengo que contener la risa para no llamar la atención de los invitados porque una chica esté flirteando con su novio secreto mientras el momento más emotivo tiene lugar ante sus narices.

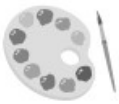
Anoche fue una de nuestras noches más apasionadas desde que estamos juntos; fue como si tuviésemos que cobrarnos con creces todo lo que no nos habíamos podido tocar con naturalidad. No

descarto usar esta técnica del noviazgo secreto al volver a casa solo para mantener estas ganas y este jueguecito un poco más.

Hoy al levantarme me he arreglado y prácticamente no he tenido tiempo de nada porque el enlace es al mediodía. Pero me he despertado sola, ya que ambos convinimos en que era algo arriesgado dormir juntos teniendo en cuenta que en cualquier momento alguno de nuestros familiares podía ir a nuestra habitación. Y durante el desayuno hemos seguido con una guerra de miradas y sonrisas..., por lo que creo que más de uno debe de haberse dado cuenta.

El padre de Álex desde anoche no deja de mirarme y sonreírme; al menos eso me tranquiliza, porque, si el que puede decirse que es mi suegro acepta esto, ¿por qué no van a aceptarlo mis padres?

Me quedo ensimismada durante toda la ceremonia, y el aplauso de los invitados cuando los novios se besan me transporta a la realidad. Ceremonia superada, vamos a por la fiesta.



Los novios están pletóricos y, tras varios discursos de los padrinos, que están igual de emocionados, comienza un pequeño cóctel que da paso después al almuerzo.

Han dispuesto una zona que han decorado con multitud de flores; los centros son en tono azul y blanco. No descarto hacer un cuadro y regalárselo a los recién casados, porque está todo tan bonito que quedaría precioso.

Noto como mi bolso de mano vibra y saco mi teléfono.

En cinco minutos voy a ir al baño...

Vaya, señor Fernández, lo veía
muy capaz de sujetársela solo,
pero si necesita ayuda...

Voy a necesitar una puta ambulancia
como sigas moviéndote con ese vestido.
La tengo dura desde que te he visto
entrar en la iglesia.

Qué pecador...

La verdad es que está feo que lo diga yo, pero mi vestido es una pasada, y se lo debo a Amanda. Sudor y lágrimas nos costó encontrarlo, pero es perfecto. Es de color salmón y se adapta a mi cuerpo como si fuese una segunda piel. La manga, porque solo tiene una, es abierta y con forma de campana al llegar a mi mano, y el otro hombro queda al descubierto, dejando al aire el brazo así como la mitad de la espalda. Sí, voy guapa, y no está mal decirlo, que parece que cuando decimos que lo estamos o lo somos es cosa de creídas.

Te doy cinco minutos.

Levanto la mirada y veo como se aleja y tengo que reírme. Me parece excitante, a la vez que arriesgado, lo que estamos haciendo delante de las narices de todo el mundo.

Dejo pasar un par de minutos y sigo los pasos de Álex en dirección al baño. Cuando llego a las puertas, en las que se ve la imagen de una pamela en una y en la otra una corbata, no encuentro a mi novio por ningún lado; entiendo que quizá algún imprevisto ha cambiado la situación. Aprovechando que estoy aquí, me meto en el baño de señoras, y nada más abrir la puerta Álex me coge y me besa fogosamente.

Sus manos recorren todo mi cuerpo, suben y bajan por él como si tuviesen vida propia, y nuestras respiraciones se agitan. Solo existimos él y yo. Sus dedos se deslizan por mi muslo y suben un poco mi vestido, y yo levanto una pierna hacia su cadera dándole acceso. Lo deseo, lo deseo tanto que no puedo soportarlo.

Un golpe a nuestra espalda nos hace salir del trance y me quedo paralizada todavía entre los brazos de Álex.

—¡¿Claudia?!

Mierda.

Capítulo 57



Álex

Me giro y veo a la madre de Claudia parada en la puerta del baño de señoras, y justo detrás de ella está la mía, con la boca tan abierta que, si no fuese porque este es un momento de tensión máxima, la avisaría de que así entran moscas, como me decía cuando yo era niño.

—¡¿Qué demonios significa esto?! —exclama molesta la madre de mi chica.

—Mamá, no... Esto no es nada... No es lo que parece.

«¿No es nada? ¿No es lo que parece?». No, Claudia, por supuesto, te estaba empotrando contra la pared del baño y, si llegan a venir unos minutos después, te la estaría metiendo hasta el fondo, pero, no, no es lo que puto parece.

El enfado está invadiendo mi cuerpo por segundos y no creo que vaya a ser capaz de controlarlo. Para nada.

¿Esta es la forma en la que ella lucha por esta relación? Después de todo lo que he hecho por ella. Por nosotros.

—Mamá, de verdad, desde ahí puede parecer algo que no es, nada que ver. Álex es mi primo, jamás haría algo así con él, y solo

me estaba... me estaba...

La madre que me parió.

—A tomar por culo —suelto sin poder contenerme—. Me voy, te dejo con tus explicaciones —añado dirigiéndome a Claudia, que está paralizada mirándome, como si no diese crédito a cómo estoy actuando..., pero, no, niña, esta vez el que se ha quedado sin palabras, y sin ganas, soy yo.

—Álex, no... —interviene mi madre.

—No tengo nada más que decir, mamá. Voy a despedirme de los novios.

Salgo como alma que lleva el diablo del baño, sin mirar atrás.

Ahora mismo solo quiero irme a mi puta casa, y es exactamente lo que voy a hacer.



Tras disculparme fugazmente con Lucía y Perico por marcharme tan pronto, voy a mi habitación a recoger mis cosas. Necesito salir de aquí y necesito hacerlo ya. No pienso tolerar ni un minuto más los desprecios que estoy viviendo por parte de Claudia.

«Álex es mi primo, jamás haría algo así con él».

Las palabras de Claudia me atraviesan y una lágrima corre por mi mejilla, pero la aparto con rabia.

Llaman a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto, porque no tengo ni ganas ni ánimo para hablar con nadie ahora mismo.

—Soy yo. —Oigo su voz rota a través de la puerta.

En un inicio siento la necesidad de abrir, pero la declino.

—Vete de aquí.

—Álex, por favor, abre la puerta, necesitamos hablar.

Y cuando oigo ese «necesitamos hablar» decido que sí, lo necesito yo, y ahora a ella le va a tocar escucharme le guste o no.

Agarro la manija con determinación y abro ferozmente la puerta.

—Pasa. Tienes razón, tenemos mucho de lo que hablar.

Entra corriendo y yo cierro de un portazo. Pega un brinco. Se ha sobresaltado y lo entiendo, creo que nunca me ha visto tan cabreado. Se queda de pie apoyada en la pared.

—Álex, yo...

—No, ahora me vas a escuchar tú a mí. Estoy cansado de que todo gire siempre a tu alrededor, Claudia —suelto, y cierro los puños a mis costados mientras las rodillas me tiemblan un poco por la propia ira contenida—. Nuestra relación se basa en Claudia y sus circunstancias, y ya está bien. ¡Somos dos! Lo que has hecho ahí ha sido...

—¡Sobrevivir! Eso es lo que he hecho —me rebate subiendo el tono de voz.

—No, eso ha sido ser una cobarde de mierda y esconderte detrás de una mentira porque eres incapaz de admitir que estás enamorada de mí ante tu familia.

Se queda en silencio y se mira los pies. Noto un nudo en el pecho e inspiro y expulso el aire.

—No quiero esto, y dudo que nadie pueda querer algo así. Estoy cansado de prórrogas, de putas promesas que nunca van a llegar. Así que se acabó.

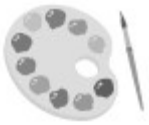
—No, Álex, no creo que...

—Se acabó —repito, y cojo la bolsa con mis cosas—. Si no eres capaz de afrontar esto que somos tú y yo, no quiero que haya un nosotros. Que te vaya bien, Claudia.

No espero a oír su respuesta. Ni la necesito ni me importa.

Cierro la puerta tras de mí y regreso a Madrid.

Capítulo 58



Claudia

Lo que pasó después del «momento Álex» se desdibuja un poco en mi mente. Él abandonó la fiesta y cogió su coche sin mirar atrás, y yo fui incapaz de salir de la habitación hasta el día siguiente, sin importarme quién llamase a mi puerta. Mis padres intentaron hablar conmigo, Jaime también, pero no me sentía con ánimos ni ganas de hacerlo, ni con ellos ni con nadie. Mi familia ya se encargó de pedir disculpas a los novios en mi nombre, que los tranquilizaron, comprensivos, restándole importancia al asunto..., porque «son cosas que pasan». En fin, no sé si hay alguien más a quien le haya pasado esto, pero, si es así, por favor, conseguid mi teléfono y ayudadme.

Como un caracol, al día siguiente me metí en mi propio caparazón y no abrí la boca en todo el viaje a casa de mis padres. Tanto ellos como mi hermano evitaron sacar el tema y yo no pude agradecerlo más. No estaba preparada. No de momento. No estaba lista para afrontarlos, para confrontarme a mí misma y asumir hasta qué punto mis malas decisiones habían sido las causantes de toda esta mierda.

Pero no soy idiota y solo con mirar a mi madre sabía que la había decepcionado, y eso me generaba una carga sobre la espalda

demasiado pesada de aguantar.

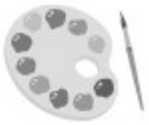
Cuando crucé el umbral de la casa de mis padres y entré en mi antigua habitación, lo único que fui capaz de hacer fue llorar en mi cama. Mi hermano entró y me acarició el pelo sin decir una sola palabra, y ahí permanecí sollozando hasta que mis ojos se quedaron sin lágrimas.

Los dos días siguientes no variaron demasiado. Me sentía como una especie de espíritu que iba deambulando por la casa, hablando con monosílabos y sin ningún rumbo.

Dicen que no hay nada peor que el hecho de que te rompan el corazón, pero sí lo hay: ser verdugo del corazón de otro.

Y yo me sentía tan culpable que hasta respirar me costaba trabajo.

Capítulo 59



Claudia

Suena el telefonillo de la casa de mis padres y me acerco a la cámara. Tras mirar, me quedo pálida, no me esperaba esto para nada. Y cuando digo «para nada», es que de verdad que ni en el más remoto de mis pensamientos. Toco el botón de abrir y espero a que llegue el ascensor.

Segundos después está frente a mí. Lleva unos vaqueros cortos y una camiseta blanca y me tiro a sus brazos. No puedo creerme que haya venido hasta aquí.

—Chist, tranquila —dice acariciándome el pelo y sosteniéndome, como siempre hace, y las lágrimas corren por mis mejillas—. Venga, vamos dentro.

—Joder, Ami, la he cagado muchísimo —contesto entre hipidos mientras cierro la puerta y me dirijo al salón.

—Lo sé, lo sé todo.

—¿Cómo te has enterado?

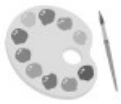
—Rafa me llamó nada más llegar Álex al piso para contarme que habíais roto. Como no me contestabas a los mensajes ni a las llamadas, escribí a tu hermano y me explicó que te habías

convertido en un puto híbrido de Casper y, bueno..., aquí estamos —suelta mi amiga mientras se encoge de hombros.

—Pero... ¿y tu trabajo?

—Mi trabajo puede esperar; no te preocupes, me deben dos días. Ahora necesito arreglar el mundo de mi amiga.

Y yo me tiro sobre ella y la abrazo con todas mis fuerzas porque no sabía lo mucho que la necesitaba hasta este momento.



—Vale, entonces tu madre os vio, ¿y dices que no habéis hablado del tema todavía? Pero si os pilló en los baños, en pleno morreo y magreo..., aunque, bueno, seguro que no sois los primeros que liberáis la pasión después de unas copas en una boda —dice Amanda riéndose cuando he terminado de contarle lo que ocurrió.

—Deja de reírte, tía, estoy pasándolo fatal.

—¿Y qué esperabas que ocurriese, Claudia? ¿Que Álex mintiese cuando tú negaste estar con él en su puta cara? Entiendo que estuvieras cagada de miedo porque sigues con la tontería de que sois primos metida en la cabeza, pero no es así, no sois absolutamente nada, tía. Eso caducó hace tiempo, ¿recuerdas? Vuestras abuelas eran primas segundas, tienes el mismo parentesco que puedo tener yo con los reyes de España.

—Ya lo sé, pero mi familia... Tendrías que haber visto la cara de mi madre..., era un poema.

—Pues que escriba un poemario. Sin ánimo de ofender, pero me la suda lo que piense tu madre. Mira, contéstame a una cosa: ¿Tú quieres a Álex?

—Más que a nadie en el mundo.

—¿Quieres estar con él?

—Claro, pero... es complicado.

—¿La tiene grande?

—¡Amanda, joder!

—Tenía que intentarlo, que te veía muy entregada a mi interrogatorio y el chaval tiene pinta de que calza bien. En fin, pues entonces a por ello.

—No quiere saber nada de mí.

—Eso no lo sabes. Llámalo y saldrás de dudas.

Miro mi móvil, que descansa sobre la mesa de centro, y valoro la posibilidad de hacerlo, de marcar su número y hablar con él. Amanda lo coge y me lo tiende, invitándome a hacerlo y, joder, de perdidos al río. Busco su contacto y aparece su foto en la pantalla cuando doy a llamar.

Un tono.

Dos tonos.

Se corta la llamada. Me ha colgado.

—Bueno, pues tal vez no quiere saber nada de ti, pero podemos ponerle remedio, ¿vale?

Una lágrima se desliza por mi mejilla y ella la para.

—Eh, mírame, Claudia —dice poniendo un dedo en mi barbilla y levantando mi cara para que la enfrente—. Lo vamos a solucionar, pero primero tienes que hablar con tus padres, ¿de acuerdo?

La miro y tardo un poco en reaccionar, pero asiento con la cabeza. Sé muy bien lo que tengo que hacer.

Capítulo 60



Álex

Veo su nombre en la pantalla de mi móvil y corto la llamada. Suelto un bufido y tiro el teléfono de malas maneras, para luego volver a centrar la vista en la tele, para seguir viendo la serie que está puesta.

—Joder, tío, otro golpe así y te vendrán a buscar los Servicios Sociales de los teléfonos por maltrato —comenta Rafa en tono burlón, pero francamente ahora mismo no me hace puta gracia—. Sabes que en algún momento vas a tener que enfrentarla y hablar las cosas, ¿no?

—Yo no tengo nada de lo que hablar, ya está todo dicho.

—Ya, eso es lo que piensas ahora, pero es evidente que ella no comparte tu opinión.

Me paso la mano por el pelo, agobiado. Estoy cansado del mismo puto tema y estoy cansado de tener que dar explicaciones a todo el mundo.

Después de irme de la boda como si fuese el protagonista de la nueva versión masculina de *Novia a la fuga*, mi madre me llamó pidiéndome explicaciones. Se las di, pero sin mencionar mi último

encontronazo con Claudia en mi habitación. Ella no dijo nada, excepto que no entendía por qué lo habíamos mantenido en secreto; no le veía el sentido a eso, y yo no podía decirle nada al respecto porque ya éramos dos.

—Lo que opine ella en esta ocasión me importa una mierda, Rafa. La he priorizado todo este tiempo, he pensado en ella, en todo lo que necesita, sin siquiera plantearme lo que necesito yo, y lo único que me ha quedado claro después de esto es que ella quiere estar conmigo SOLO en Madrid. Me quiere, pero no lo suficiente como para que forme parte de cada ámbito de su vida, y eso no es una relación, joder.

—Pero a lo mejor se asustó y no supo reaccionar. Las personas se equivocan, Álex.

—Lo entiendo, pero era el momento de demostrarme que apostaba por nosotros. Verás..., cuando teníamos quince años ya estábamos enamorados, pero la familia de Claudia, concretamente su abuela materna y, de rebote, su madre, se opusieron porque somos primos ultra-mega-lejanos, y Claudia decidió por los dos. Ese fue el motivo de que viniera a Madrid a estudiar el bachillerato, aprovechando que tenía a mi abuela paterna aquí, y ya no regresara más. Ahora pensaba que todo sería distinto..., e incluso así me había prestado a sumarme a esa puta farsa porque me prometió que iba a hablar con su familia de lo nuestro; y ya ves, en el momento en que ya estaba todo sobre la mesa, prefirió tirar sus cartas y las mías a la basura. La decisión fue suya.

Me levanto enfadado y me dirijo a la cocina a por una cerveza. Vale, que sí, que las penas no se ahogan en alcohol, eso es un mito, pero es que tal vez me sirva para mitigar el puto dolor que siento en el pecho.

Rafa me sigue y se sienta en un taburete de la cocina, taburete en el que infinidad de veces he abrazado a mi chica, en el que la he besado, en el que...

«Basta, Álex; una cosa es ser un gilipollas de manual y otra ser, además de eso, masoquista».

—Yo solo te digo que te tomes tu tiempo y que no te cierres en banda, que le des la oportunidad de hablar contigo. Al final todos la merecemos y ella, en su momento, también te la dio cuando pasó lo de los cuadros.

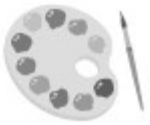
—No te digo que no, pero esto es diferente.

—Es diferente porque el que ha salido dañado eres tú. Tenéis que hablar, antes o después. Piénsalo.

Y dicho esto se levanta y se va a su habitación, dejándome solo en la cocina.

Y sé que tiene razón, pero necesito tiempo porque ahora mismo la cabeza me dice que la escuche, pero el corazón, que está hecho mierda, habla más fuerte.

Capítulo 61



Claudia

La llegada de Amanda ha sido aire fresco, y con su ayuda y su empuje me siento mucho más valiente para afrontar lo que se viene ahora mismo. Hemos terminado de cenar hace un momento y, después de un interrogatorio de tercer grado a mi amiga, que ha capeado los temas delicados como una campeona, estamos todos de sobremesa y ha llegado la hora de decir todo lo que sé que ellos necesitan escuchar y yo necesito soltar.

—Bueno, tenemos que hablar —me arranco, y noto que todas las miradas se posan sobre mí. La mía se clava en Amanda, que me la devuelve y sonríe, dándome toda la fuerza que preciso.

—Alabado sea el Señor —murmura mi hermano de forma dramática, y mi amiga suelta una carcajada.

Mis padres, en cambio, no están ni para bromas ni para risas.

Trago saliva y continúo.

—Cuando llegué a Madrid, Álex se puso en contacto conmigo después de años de no vernos. Al parecer Jaime se había encontrado con él por casualidad y le había comentado que me iba a vivir a la capital, así que le pidió mi teléfono. En fin, que no dudó en escribirme. Comenzamos a quedar, era de las pocas personas que

conocía allí. La verdad es que me fui con muchos sueños, pero sin tener ni puta idea de cómo alcanzarlos..., y me sentía un poco sola.

—Esa boca, Claudia —me reprende mi madre.

—Perdón —me disculpo, y prosigo—. Yo no quería que las cosas se complicasen así, pero pasó. Me enamoré de Álex, y él también de mí. Es más, puedo decir que desde que vivo en Madrid ha sido un apoyo incondicional, no creo que hubiese podido superarlo sin su ayuda teniendo en cuenta todo lo que he tenido que pasar.

Oigo un carraspeo procedente de mi amiga y se me escapa una sonrisa nerviosa.

—Junto con Amanda, claro —recalco para que ella se sienta mejor y porque es verdad—. Me han apoyado en todo, me han animado a seguir después de lo que pasó en el museo, de lo que tuve que vivir...

—¿Qué te pasó en el museo? ¿Por qué dejaste tu trabajo? ¡No nos has contado nada de eso, hija! —interviene mi padre frunciendo el ceño.

Las imágenes de Ricardo aprisionándome contra la pared con su cuerpo, sobándome, llegan a mi mente y empiezo a temblar. Amanda me da la mano y asiente, incitándome a contarlo.

—El director del museo intentó abusar de mí después de acosarme durante semanas.

—¡¡¡¿QUÉ?!!! —grita mi padre, tan fuerte que me sobresalto.

—Menudo hijo de puta, voy a matarlo —masculla mi hermano.

—Relaja, Batman, que ya está todo bajo control. Lo he denunciado y ha perdido su trabajo, pero ya sabéis cómo son estas cosas...

—Te han echado a ti también —afirma mi madre, que ha llegado a la conclusión acertada.

—Así es —digo con un hilo de voz. Carraspeo para recuperar la fuerza que necesito para continuar con mi discurso—. En todos esos momentos, Álex estuvo a mi lado y os puedo asegurar que es la mejor persona que he conocido jamás. Él...

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunta mi madre, y me quedo atónita.

—¿Y tú lo preguntas, mamá? Sabes de sobra que ya de adolescentes nos gustábamos, que nos enamoramos con quince años..., pero la abuela consideró que ese amor era imposible porque somos familia, primos.

—Pero ¿qué dices, Claudia? No somos primos ni somos nada de nada. ¿Qué gilipollez es esa, mamá? —suelta Jaime.

—A ver..., su abuela materna y vuestra abuela eran primas segundas, eso es cierto, Claudia, pero nada más. ¿Qué importancia tiene que Álex y tú compartáis algún tatarabuelo? —Eso es lo que me dijo él cuando hablamos del tema—. No hay ningún problema en esa relación. Siento haberme puesto de parte de mi madre en este tema hace años, pero nunca imaginé que Álex era el hombre de tu vida..., y no quise discutir con ella, aunque no tuviera razón. Pero ahora todo es distinto. Después de estos días... Tu padre y yo hemos hablado y nada nos haría más felices que el hecho de que acabases con un chico como él.

—Pero, mamá, cuando nos pillaste en el baño..., tú estabas decepcionada conmigo, te lo vi...

—Claro que estaba decepcionada, posiblemente toda esta mesa lo estaba —afirma, y un sollozo se escapa de mi boca—. Pero no por tu relación con Álex, sino por mentirnos y esconderlo, para luego negarlo en nuestra cara. Creo que ha quedado claro que nos has estado ocultando cosas muy importantes, como la situación tan

horrible que has tenido que vivir en el trabajo. Llevas meses mintiéndonos, y eso nos duele, nos entristece, nos decepciona...

—Lo siento muchísimo —murmuro.

—Pero eres nuestra hija y te queremos más que a nada. Solo deseamos tu felicidad, ya sea al lado de Álex, pintando cuadros sola o comoquiera que desees vivir tu vida. Siempre vamos a estar para ti —sentencia mi padre con una sonrisa en los labios.

Las lágrimas caen por mis mejillas sin control, no puedo parar de llorar. Mi hermano se levanta y me abraza.

—Ya está, hermanita. Mientras me traigas a casa amigas así de buenorras, yo te lo perdono todo —bromea Jaime para hacerme reír, y lo consigue.

—Si tuvieras unos añitos más, Baby Born, te aseguro que no te me escapabas, pero me gustan mayores —contesta mi amiga sin un ápice de vergüenza, y le guiña un ojo.

Todos nos reímos y siento como si la mochila que cargaba hubiese perdido muchos kilos.

Reconecto con mi familia esa noche, me dan todo su apoyo y les prometo llamarlos más a menudo y, lo que es más importante, ser sincera.

Al día siguiente, Amanda y yo cogemos un autocar de vuelta a Madrid; de vuelta a la realidad, sea cual sea la que me espere al llegar.

Capítulo 62

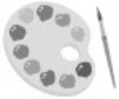


Claudia

Me acerco al calendario de la cocina y paso la página. Amanda, al empezar el año, compró un calendario de bomberos buenorros, que es el que nos informa de en qué día vivimos. Veo el bombero que toca en julio, y no puedo más que reírme al ver la imagen: un señor con una tableta de chocolate más marcada que la de Nestlé con una manguera en la mano de lo más sugerente. Perfecto para empezar uno de los meses más calurosos en Madrid, sí, señor.

Julio comienza igual que acabó su antecesor: sin noticias de Álex, sin trabajo y con muchos cuadros empezados. Estoy muy metida en uno de ellos que evoca todo lo que tengo en el corazón. A veces necesitamos sacar de dentro lo que nos hace daño o lo que nos hace sentir, ya sean emociones positivas o negativas, y en mi caso la pintura está siendo mi mejor terapia.

Me sirvo una taza de café y vuelvo a mi habitación y a mis pinceles. Otro día más en el que la soledad será mi compañera.



Estoy terminando de hacer un trazo sobre el lienzo cuando oigo el sonido de mi móvil proveniente de la cocina. Me lo debo de haber dejado allí al hacer el café. Voy corriendo y mis ojos se abren como platos cuando leo el nombre que aparece en la pantalla.

—Hola, Patricia. ¡Qué sorpresa! —la saludo al descolgar la llamada —. ¿Cómo estás?

—Buenas tardes, Claudia. —«¿Buenas tardes?». Miro el reloj del teléfono y soy consciente de que había perdido la noción del tiempo porque ya son más de las tres—. Estoy bien, gracias. Por aquí todo en orden. Te llamo por un tema profesional, artístico.

—¿Artístico? ¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto extrañada.

—Tengo un amigo que tiene una galería de arte en la calle Serrano y está buscando pintores desconocidos con talento para que formen parte de una exposición. Me preguntó si conocía a alguien porque se le había caído del cartel un participante y le pasé un dosier improvisado con tu trabajo. Te pido disculpas por no haberte avisado antes, pero todo surgió así de rápido y no quise perder la oportunidad de mostrar tus obras...

—Entiendo. No te preocupes, Patricia, de verdad que no pasa nada. Te lo agradezco enormemente y, bueno, si no le han gustado...

—¿Gustarle? ¡Le han entusiasmado! —exclama animada—. Me ha pedido que me ponga en contacto contigo porque necesita saber si podrías tener una obra inédita lista para antes del 15 de julio, día de la inauguración de esa muestra en su galería. Las obras estarán expuestas un par de meses, así que es una gran oportunidad para darte a conocer.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¡Dios mío, esto es un sueño! Claro que sí, sí. Es más, ahora mismo estoy trabajando en un cuadro

que es muy especial para mí y es el que le voy a presentar. Dile a tu amigo que cuente conmigo, y gracias por pensar en mí.

—Genial. Te paso sus datos en un mensaje para que ultimes los detalles con él. Por supuesto, Fer te entregará un par de invitaciones para el día de la inauguración, para que puedas llevar a un acompañante en caso de que no quieras ir sola. Estoy segura de que Álex estará encantado de ir contigo.

—Sí, claro. —Mis palabras dejan un sabor agridulce en mis labios, pero no me importa. No es momento de pensar en eso—. Muchísimas gracias, Patricia, de verdad.

—No me las des, es lo mínimo que podía hacer después de todo lo que pasó. Nos vemos el día 15, yo también iré.

—Perfecto, un abrazo muy fuerte.

—Otro para ti, Claudia. —Y estas son las últimas palabras que dice antes de colgar el teléfono y enviarme el correo electrónico con toda la información.

Dejo el móvil totalmente *shockeada* en la encimera de la cocina y me dirijo a mi habitación. Miro el cuadro que tengo ante mí, que de momento está tomando un aire totalmente diferente al resto de mis obras, y suspiro.

En este instante me encantaría descolgar el teléfono y contárselo todo a Álex. No sé qué más hacer para arreglar lo que he roto. Me quedo sentada en la cama mirando al infinito y de pronto una idea cruza mi mente y me levanto como un resorte, voy corriendo a la cocina, busco el contacto y realizo la llamada.

A los tres tonos, descuelga.

—Hola. Imagino que no quieres saber nada de mí, pero necesito tu ayuda.

Álex

Los días han pasado como si fuesen meses y nos vamos acercando a mediados de julio. Menos mal que en la consulta tenemos aire acondicionado porque os juro que, entre paciente y paciente, si no fuese así me daría un puto chungo.

Me acerco a la taquilla y saco una botella de agua para refrescarme. Va a ser un día largo y duro de cojones. Acabo de llegar y ya estoy deseando irme a casa. La desidia y el cabreo constante se han integrado en mi personalidad; aprender a vivir sin Claudia durante estas casi tres semanas es una de las cosas más complicadas que he hecho porque, al final, esta chica se me había metido debajo de la piel. Llegó para poner mi maldita vida patas arriba, pero al alejarme también me he dado cuenta de que desde un primer momento no estábamos haciendo las cosas del todo bien. Nos dejamos llevar por lo que sentíamos, pero nunca nos proyectamos, nunca nos vimos más allá, y eso no es lo normal en una pareja. Pero es que nosotros jugamos a serlo todo sin pensar en nada deseando cosas distintas. Yo a ella la quería como mi mundo y ella solo me ofrecía una pequeña parcela del suyo.

Tiro la botella de nuevo dentro de la taquilla y cierro de un portazo, a la mierda.



Meto las llaves en la cerradura y abro la puerta de mi piso. Me llega un olor a pizza casera nada más entrar. ¡Qué rico, joder!, y más para un día como hoy, que tengo la hostia de hambre.

—Hola, querido —me saluda Rafa poniendo la voz de la puta señora Doubtfire—. Tenemos menú especial y mesa para dos —dice señalando el comedor.

—¿A qué viene este despliegue?

—Sabía que salías hoy a las dos del curro y, como yo estoy teletrabajando, me ha apetecido hacer pizza. Uno no sabe ya cómo contentarte.

—Qué gilipollas eres —respondo riéndome.

—Ve sentándote, majete, que voy a por unas birras y en nada estoy contigo.

Me acerco a la mesa donde hay dos platos y el cortador de pizza y veo un sobre, apoyado en mi vaso de agua, que va a mi nombre.

—¿Qué es esto, Rafa? —inquiero levantando el sobre hacia mi amigo.

—Eso..., bueno, ha llegado hoy.

No necesito preguntar de quién es porque su caligrafía es inconfundible. Acorto la distancia con la isla de la cocina y dejo el sobre en la encimera.

—Tíralo a la basura, hazme el favor.

—Álex, tío, de verdad que te estás comportando como un gilipollas. Y no puedes seguir así, vas como un puto zombi por la casa. No te reconozco, joder. Si no abres este sobre no es porque no te mueras de ganas de hacerlo, sino porque eres un maldito cobarde que no es capaz de afrontar lo que ha pasado. Claudia la cagó, sí, lo sabemos..., pero al menos abre el puto sobre, mira lo que sea que haya dentro y luego decides qué sientes al respecto. Desde luego yo no voy a tirarlo ni a hacer nada con él. Ese es tu problema y no me haré responsable de que llegue el día en el que te arrepientas de no haberle dado ni una mínima posibilidad a arreglar lo vuestro.

Me quedo mudo; no me sale ni una palabra porque tiene toda la razón. Tengo miedo, miedo a arreglar algo y que luego vuelva a ser todo mentira. Miedo a que esta chica me vuelva a romper en dos y a que me deje tirado con todo lo que siento por ella.

—Y ahora, cabezón, siéntate y vamos a comer. Luego seguimos arreglando el puto mundo si quieres.



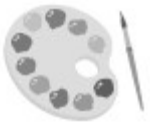
Después de la comida me voy a mi cuarto y el sobre se viene conmigo. Lo miro y al final decido abrirlo. Frunzo el ceño al descubrir que es una invitación y no una carta, pues no hay absolutamente nada escrito a mano.

> **La galería Fernando Bambini tiene el placer de invitarte a la inauguración de la exposición JÓVENES LIENZOS, VIDA EN MOVIMIENTO.**
>
> 15 de julio de 2025, a las 18:00 horas
> Calle Serrano, 56 - 28011 Madrid
>
> No es necesaria confirmación. Presenta la invitación en la entrada.

Releo la invitación tres o cuatro veces. Habría sido mucho más fácil una carta o que me citase en algún sitio para hablar, ¿no? Una invitación sin mensaje ni contexto personal, eso es todo. Mi mente va a tres mil revoluciones y siento que este sobre no ha mejorado nuestra situación, nos sitúa en el mismo punto en el que me encontraba antes de abrirlo, pero con un plan para dentro de tres

días al que pienso asistir, y el corazón desbocado de pensar que es ella la que me ha invitado a esto, pero sin tener ni idea de por qué.

Capítulo 63



Claudia

Mañana es el gran día. No os imagináis lo nerviosa que estoy. Y ya no solo por exponer el cuadro en el que he estado trabajando estas semanas..., mañana, tarde y noche, si me apuras. Hace un par de días entregué esa obra a Fernando Bambini, y previamente ya le había mandado algunas fotos del proceso creativo y una descripción técnica, para la confección del folleto. La galería me envió un chófer con una furgoneta para recogerlo y luego me pasé por allí para firmar el contrato de la cesión para la exposición y ver las instalaciones.

Estoy nerviosa porque, desde que hablé con Rafa y días después le di el sobre con la invitación que me hizo llegar Fernando, no he tenido noticias de ninguno de ellos dos.

Debo admitir que yo tampoco he preguntado ni he insistido. Rezo para que todo salga bien.

—¡Amandaaaaaa! —la llamo desde mi habitación.

—¿Qué pasa, cansina? —Asoma la cabeza a la leonera que es ahora mi cuarto y pone una mueca de asco—. Tía, necesitas empezar a colgar las prendas en el armario o acabarás sepultada bajo esa tonelada de ropa.

—Calla, exagerada, que te juro que mañana lo ordenaré todo. No sé qué ponerme para la inauguración, ¿me echas una mano?

—Por supuesto, sabes que eso se me da de lujo.

Una hora después mi cama está todavía más invadida, pero debo reconocer que Amanda tiene razón y esto se le da de lujo; podría ser asesora de imagen.

Ahora ya solo me queda esperar. Mañana mi vida puede pegar un giro increíble, ¡ojalá!

Capítulo 64



Álex

15 DE JULIO DE 2025, 18:00 HORAS

Me aliso el traje al bajar del coche y me peino el pelo hacia atrás con las manos. Estoy nervioso, mucho, porque no sé qué cojones va a suceder ahí dentro. Esto es como cuando vas a una cita de Tinder y no tienes claro qué coño te vas a encontrar. En este caso tengo claro quién me ha invitado, pero poco más.

Ando por una alfombra roja que lleva hacia la entrada. Hay mucha gente y todos van muy arreglados. Menos mal que Rafa me ha hecho cambiarme antes de salir de casa al verme con unos vaqueros y una camiseta, pero ¡yo qué narices sé de *outfits* de artistas! Para mí todos son muy bohemios, pero, al parecer, el hecho de que sea una galería renombrada en Serrano cambia las cosas, principalmente el ambiente y el *dress code*.

Le entrego la invitación al encargado de la puerta y accedo al interior sin problemas, no sin antes recoger un folleto con el nombre de los artistas y las obras, que ni abro porque me la suda. Yo solo quiero ver si está Claudia dentro.

Traspaso el umbral y unos techos altísimos me dan la bienvenida. Cada uno de los cuadros está acordonado como si fuese un museo y los invitados están arremolinados alrededor de las pinturas, con una copa de champán en la mano, pues unos discretos camareros se pasean por la estancia con bandejas repletas de ellas. Por lo que veo, los artistas están junto a sus creaciones, presentando y contestando a las preguntas de los que pueden convertirse en sus compradores.

Sigo avanzando, y veo que hay un revuelo impresionante alrededor de una de las obras y me acerco a mirar. En ese momento mi corazón se salta un latido.

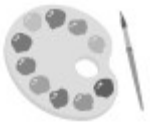
El lienzo me muestra una imagen que no es desconocida para mí, ya que somos nosotros. El atardecer en la Casa de Campo es el telón de fondo de dos amantes a punto de besarse. Me acerco un poco y busco información sobre el cuadro: «*Lo que siempre quise decirte*. Claudia Castro, 2025».

Me yergo y giro la cabeza hacia ambos lados en busca de la autora de esta obra, pero no la encuentro.

«No debe de haber venido», me digo, pero, entonces, ¿qué pretendía invitándome a venir? ¿Solo quería que viese el cuadro que había pintado evocándonos? No entiendo nada, aunque tampoco quiero perder más tiempo aquí, así que me giro y ando en dirección a la salida..., y me quedo parado al oír una voz a mi espalda:

—Hola de nuevo, señor Fernández.

Capítulo 65



Claudia

Estoy temblando de pies a cabeza desde que lo he visto entrar. He estado pendiente de cada paso que ha dado hasta acercarse al cuadro y un nudo se me ha instalado en la garganta al ver su reacción, al comprobar que ha reconocido al instante que esa obra somos nosotros.

Sí, durante todo este tiempo solo he podido pintarlo a él, recrear los momentos vividos, porque ha sido la única manera de entender lo que fuimos y aferrarme a lo que quiero que seamos.

Tras contemplar el cuadro y leer el título, veo que me busca con la mirada, pero tengo mucho miedo de que esté enfadado, de que me rechace, de que no me deje hablar, así que me escondo entre la gente. Lo que no me esperaba es que, acto seguido, al no encontrarme, se dirigiese hacia la salida.

En ese momento mi cabeza hace clic. No puedo perderlo, no me lo puedo permitir, no otra vez. Aligero mis pasos hasta que me sitúo justo detrás de él.

—Hola de nuevo, señor Fernández.

Se para en seco y se gira para enfrentarme. Su mirada es dura, como si estuviese hecha de acero. Me pide explicaciones sin abrir la

boca, y yo me agarro al poco valor que me queda y a todo lo que siento por dentro solo teniéndolo cerca, y empiezo a hablar.

—Es posible que no entiendas qué hacemos aquí y también que ni siquiera te apetezca escucharme, pero tienes que hacerlo. —Hago una pausa y lo miro fijamente a los ojos. Al ver que no se mueve, me lo tomo como una invitación a seguir—. No voy a pedirte perdón porque no hay palabras suficientes que abarquen la forma en la que te fallé, la manera en la que nos fallé a los dos. Pero sí te voy a decir que te quiero, te quiero como nunca he querido a nadie, y no creo que sea capaz de dejar de quererte. Ese cuadro ha sido mi refugio durante el tiempo que hemos estado separados, y ha sido el único modo en el que he sentido que podía seguir estando contigo. He sido una cobarde, una niñata, y tú no te lo merecías, no te lo mereces. —Suspiro y de pronto caigo en la cuenta de que no he estado pendiente del reloj, joder—. ¿Qué hora es?

Él me mira extrañado de que haya cambiado de tema de esta manera tan brusca.

—Son las 18:29 —responde serio.

Justo en ese momento su móvil vibra en su mano.

—Pero ¿qué...? —comienza a decir, y abre la aplicación de Instagram.

—No sabía si ibas a presentarte, ni tampoco sabía si ibas a dejarme hablar, pero sí tenía claro que yo no te escondo, ni quiero esconderte.

Él sigue mirando la pantalla de su teléfono, en la que se ve una publicación en la que lo he etiquetado. La he dejado programada hace horas. La fotografía nos la sacamos el día que acabamos de pintura hasta arriba en mi salón y en el pie de la imagen pone: «*The one and only*. Te quiero, señor Fernández».

Levanta la cabeza en mi dirección y, antes de que pueda seguir hablando, me besa. Sus labios se apoderan de mi boca con fiereza y una pasión que habla de las ganas, de lo que nos hemos echado de menos, de perdones sinceros y de amor verdadero.

Una lágrima corre por mi cara y él, sin dejar de besarme, me enmarca el rostro y me acaricia las mejillas con los pulgares, convirtiendo ese primer contacto pasional en algo tierno, en algo nuestro. Me pongo de puntillas y le paso los brazos por los hombros..., y el mundo deja de girar para que absolutamente todo se centre en él y en mí.

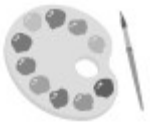
Me separo despacio y nuestros ojos se encuentran, pero ya no hay en los suyos una mirada fría; ya es él, mi Álex.

—¿Esto quiere decir que me perdonas?

—Me tenías con el «Hola» —dice con una amplia sonrisa, parafraseando una de mis películas favoritas, *Jerry Maguire*.

Volvemos a besarnos y, sin palabras, prometemos no dejar de hacerlo nunca más. Porque en nuestra historia ha habido muchos comienzos y muchos giros. Hemos crecido primero como amigos siendo algo así como familia, para después convertirnos en el hogar y refugio del otro, pero siempre ha habido un Álex y una Claudia y sé que este es el principio del resto de nuestras vidas.

Epílogo



Claudia

31 DE DICIEMBRE DE 2025

—Chicos, venga, que van a empezar las campanadas —nos avisa mi madre a Álex, a Jaime y a mí; estamos los tres jugando a las cartas en la mesa del salón.

—Ya vamos, madre —contesta mi hermano.

—Qué madre ni madre, este niño cada día está más tonto, qué forma es esa de llamarme.

Nos vamos colocando todos en los sofás y cogemos nuestras doce uvas.

Estamos en el pueblo, pasando las Navidades. Como la madre de Álex le regaló a su marido un viaje a las Islas Canarias por estas fechas, mis padres invitaron a mi novio a pasar estas fiestas en casa..., así que mi madre, encantada, se ha quedado con la custodia exclusiva de su yerno por unos días.

Álex se sienta a mi lado y me mira. Desde que nos reconciliamos en la galería, nuestra vida se ha convertido en una sola. Ya no hay secretos; de hecho, a veces se enfada conmigo porque no paro de grabarlo y subirlo a mis redes sociales.

Mi cuadro, bueno, nuestro cuadro, obtuvo mucho éxito en la exposición. Se vendió a un buen precio y me ayudó a crear una lista de contactos de gente que se ha interesado por mis obras. A la vuelta de estas vacaciones tengo organizada una pequeña exposición, de la mano de Patricia, exclusivamente de pinturas mías, por lo que estoy muy feliz.

La situación de Ricardo sigue en el aire y a la espera de juicio. En todo caso estoy tranquila porque no he sabido nada más de él, y eso es de gran ayuda para poder pasar página. Me costó mucho aceptar que nada de lo sucedido fue mi culpa y sufrí muchísimo al perder mi trabajo, aunque de las peores cosas salen las mejores y al final aquí estoy, despegando poco a poco como artista.

Mi móvil vibra y veo la foto de Amanda en la pantalla.

—Amiii —saludo al descolgar.

—Feliz entrada y salida de año, mamona, que luego las líneas se colapsan y no voy a poder felicitarte.

—Igualmente. ¿Qué tal por Ibiza?

—Pues... muuuuucho mejor de lo que me esperaba, querida. Aquí hay buen material —contesta riéndose—. ¿Ya tienes tu lista de propósitos?

—Ay, se me había olvidado. Te dejo, hablamos mañana y me cuentas tu noche. Te quiero muchísimo, Ami.

—Te quiero, perra. Dales un abrazo a todos, en especial a tu hermano —contesta descojonándose.

—Serás...

—Hasta lueguitooo. —Y corta la llamada.

Me levanto y Álex me mira extrañado, pero se queda donde está.

Entro en mi antigua habitación y cojo mi cuaderno y un boli. Recuerdo que el año pasado escribí una lista de propósitos, y menos

mal que no los cumplí todos, porque no enamorarme estaba en ella y es lo mejor que me ha pasado este año que ahora despedimos.

Cojo el papel y el boli y escribo. Luego me meto la nota en el bolsillo y vuelvo al salón junto a mi chico.

—¿A dónde has ido? —pregunta, y me da un beso corto.

—A confeccionar mi lista de propósitos para este año. Es una tradición no tradición; nunca lo había hecho, pero el año pasado decidí lanzarme a la piscina y Amanda me lo ha recordado.

—¿Puedo verla?

Meto la mano en el bolsillo y se la enseño.

PROPÓSITOS 2026
Seguir siendo feliz.

Álex me mira y me besa.

—No puedo estar más de acuerdo con ese propósito.

—Si estás a mi lado será mucho más fácil lograrlo —le digo acariciándole la cara.

—Te quiero, señorita Castro.

—Te quiero, Chaquetaman.

La cuenta atrás de los cuartos da inicio y después llegan las campanadas. De la mano del amor de mi vida despido uno de mis mejores años, y estoy segura de que lo mejor de este que dejo atrás será lo peor del siguiente, y que el propósito que me he marcado lo voy a alcanzar porque no puedo ser más feliz.

Agradecimientos

A Beli, Eduardo y Cristina, porque sin vosotros este libro no existiría. Habéis sido mi inspiración, el motor y la compañía silenciosa en los días de duda. Gracias por estar, por creer, por empujarme incluso cuando yo no tenía claro el camino. Esta historia también es vuestra.

A Esther y Valentina, mis editoras, por estar en cada momento, en cada etapa del proceso, con paciencia, entrega y amor. Por implicaros en cada página y por acompañarme tan de cerca en este viaje. Gracias por hacer equipo de verdad, por no soltarme incluso cuando todo parecía temblar. Por acompañarme tanto en lo bueno como en lo difícil, y por cuidar este libro como si también fuera vuestro. No se me olvidará nunca.

A ti, que me das la mano sin hacer ruido; que estás cuando el suelo tiembla y el mundo se desordena. A ti, que me sostienes con calma y me recuerdas quién soy cuando se me olvida. Gracias a ti, los hilos que creía perdidos volvieron a tejerse. Y la vida, poco a poco, vuelve a parecerse a casa.

A ti, Juan, que un día escribiste un libro y me dejaste, sin saberlo, una semilla. Hoy, con este, siento que te respondo.

Porque un libro nunca se escribe solo. Siempre hay manos, miradas y abrazos invisibles entre líneas.

Banda sonora

«Would I Lie to You?», A Capitol Records Release; ℗ 1992 Capitol Records, LLC, interpretada por Charles & Eddie.

«Iris», ℗ 2007 Warner Records Inc., interpretada por Goo Goo Dolls.

«I Follow Rivers», ℗ 2010 LL Recordings bajo licencia exclusiva de Warner Music UK Limited para el mundo excepto Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia e Islandia, interpretada por The Magician Remix.

«Propuesta indecente», ℗ 2013, 2014 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Romeo Santos.

Biografía

Me llamo Carmen Bianchi, tengo veintisiete años y vivo en Madrid. Nací en Galicia y me siento ibicenca de adopción. Aunque llevo escribiendo desde siempre, hace poco que me atreví a compartir lo que sale del corazón.

Soy fan de lo sencillo, de lo natural y de las historias románticas que se sienten reales, con personajes que podríamos ser tú, yo o cualquiera que haya amado de verdad.

Puedes encontrarme en Instagram o TikTok como @carmenbianchii_, donde muestro mi día a día y todo aquello que no se ve, pero que inspira cada una de mis historias.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Lo que siempre quise decirte
Carmen Bianchi

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Inés Pérez
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

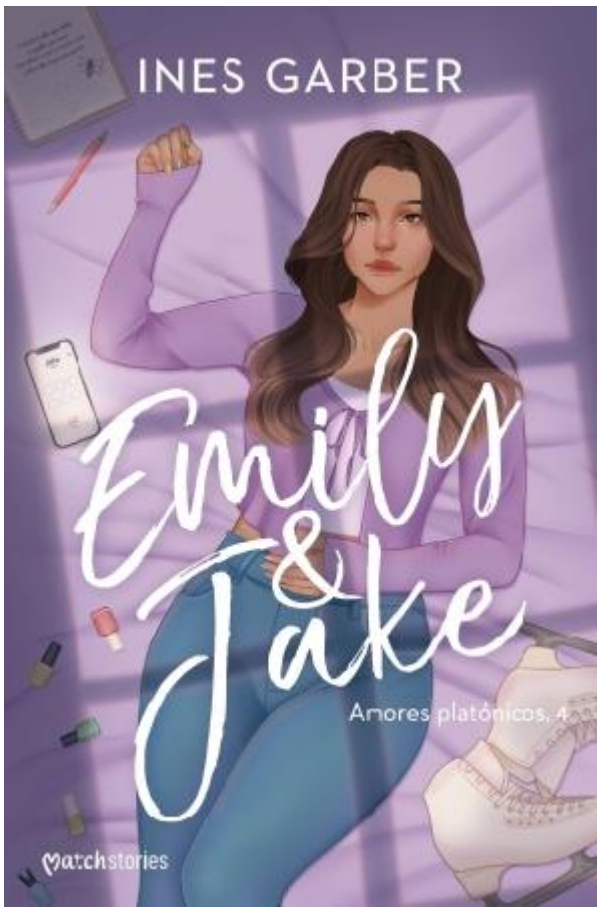
© Carmen Bianchi, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30924-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Emily & Jake

Garber, Ines

9788408309208

432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Quererse bien es la única forma de amar sin perderse.

De la amistad al amor no hay solo un paso. Hay muros y barreras que debemos estar dispuestos a derribar o a dejar caer.

Emily tiene un pasado que le gustaría olvidar y miedos de los que no le ha hablado a nadie. A lo largo de los años, ha ido creando una barrera para protegerse de aquello que le hizo daño, pero **sus fantasmas no dejan de perseguirla, reabriendo heridas y creando nuevas grietas.**

Sin embargo, **Jake es divertido, carismático y siempre está ahí para Emily,** y ella no puede evitar que su corazón se desborde cada vez que se acercan más de lo debido.

¿Conseguirá Jake derribar sus muros por completo? ¿Podrá Emily superar su pasado o se encerrará aún más para no volver a ser herida?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te encontré en Bisáu

Cámara, Sonia

9788408305156

352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El legado inolvidable de Sonia Cámara: una historia de amor que rompió todas las barreras.

«Nunca imaginé **el giro que daría mi vida** cuando en abril de 2018 me ofrecieron una misión en Bisáu como enfermera. **Casi diez meses allí lo cambiaron todo.** No solo descubrí un país, **un idioma y una cultura diferentes, sino que además hice amigos que dejaron una huella profunda en mí.** Y, sobre todo, **encontré a Du,** quien se convirtió en **mi compañero.** Pero también tuve que afrontar la dureza de lo que significa un **"amor prohibido"** y los obstáculos diarios para luchar por él.

Siempre que compartía mi historia con Du, alguien me decía que debía escribir un libro y contar **el camino que recorrimos para ser quienes fuimos.»**

Este proyecto era el sueño de Sonia, pero la enfermedad no le permitió terminarlo.

Du, el amor de su vida, ha hecho posible que su historia vea la luz. Como una promesa cumplida, como el testimonio de **una historia que merecía ser contada.**

Ahora será también vuestra, como Sonia siempre quiso, como Sonia siempre soñó que sería: **eterna.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ni yo tan santa ni tú tan Claus

García, Yanira

9788408310914

408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella domina el caos. Él lo provoca. Bienvenidos a la romcom navideña con más tensión del año.

Querido Santa Claus:

No creo que te sorprenda que te escriba para explicarte el lío tan gordo en el que me han metido este año. ¿Ha sido el destino? ¿El karma? ¿Una ingesta de setas alucinógenas? ¿Todo a la vez?

A lo que vamos… **¡Él también está aquí!** ¿Que a quién me refiero? No pongas esa cara, seguro que sabes de quién te hablo. **No te dejes engañar por ese hoyuelo** tan mono horrible que tiene, **ni por la sonrisa** pícara estúpida que sigue usando como arma de destrucción masiva, **ni por ese encanto** que parece deslumbrar a todas. **Sigue siendo tan guapo y sexi imbécil** como siempre.

En fin, Santa, he decidido comportarme como una persona racional. Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me lo encuentre por ahí? ¿Que tropiece y caiga en sus brazos? ¿Que recuerde cuánto lo he echado de menos? ¿Que aún me tiemblen las piernas cuando diga mi nombre? ¿Que quiera comérmelo… a besos?

Repite conmigo, Santa: **no me cae bien. No me gusta. No lo quiero.**

Me crees, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una Navidad muy fun, fun, fun

Maxwell, Megan

9788408296409

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor tan mágica como la Navidad.

Adriana Peña, técnica de sonido de Navacerrada, **vive tan enamorada del famoso cantante estadounidense Deacon**

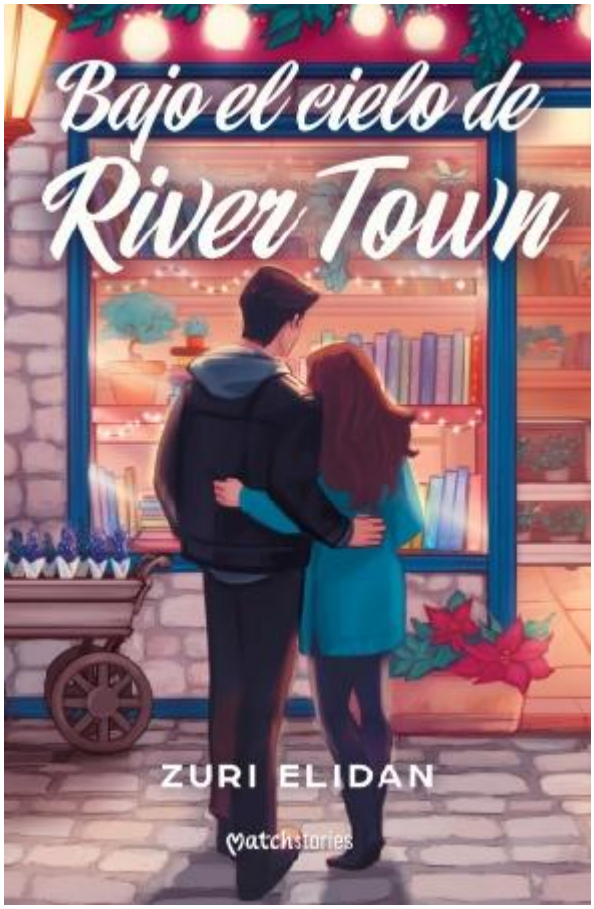
Black que incluso lleva tatuada una frase de una de sus canciones. Por eso, cuando le ofrecen trabajar en la gira asiática de Deacon, acepta emocionada. Aunque su **relación es puramente laboral**, una noche coinciden en el *spa* del hotel y hablan de todo menos de trabajo. Disimular estando a solas con su *crush* se le hace muy difícil, pero debe ser profesional, así que se **calla sus sentimientos**.

Tras una dolorosa ruptura, **Deacon se sumerge en su gira** mundial y no quiere saber nada de su ex. Al finalizar el tour, Adriana **lo invita a pasar las fiestas en su hogar** en Navacerrada. Deacon, que odia la Navidad, acepta sin saber que el espíritu navideño lo espera.

¿Cómo lograrán Deacon y Adriana sobrevivir con sus diferencias?

Una historia de amor ambientada en Navidad con la que soñarás y te enamorarás, y en la que nada de lo que ocurra te dejará indiferente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Bajo el cielo de River Town

Elidan, Zuri

9788408310846

528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

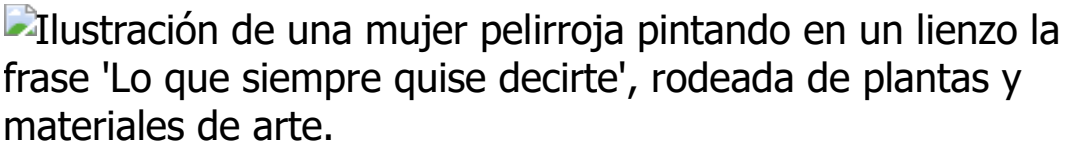
Una historia de amor que te abrazará tan fuerte que te dolerá soltarla.

Empezar de cero no es fácil, pero **Acalia** necesita huir. **River Town** parece el lugar perfecto: allí nadie la conoce y, por primera vez en mucho tiempo, puede respirar tranquila. Lo que no imaginaba era que en ese rincón perdido descubriría el verdadero significado de la **amistad,** la **familia elegida** y, quizá, **el amor.**

Pero no siempre basta con llegar a un lugar nuevo para dejar atrás el pasado. A veces, lo que creías superado vuelve con más fuerza, y lo que parecía estable se tambalea cuando **el miedo** decide por ti.

Un historia que **te rompe y te reconstruye,** con **romance, segundas oportunidades y emociones que enseñan que amar también es volver a confiar**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Ilustración de una mujer pelirroja pintando en un lienzo la frase 'Lo que siempre quise decirte', rodeada de plantas y materiales de arte.